

¿QUÉ HACE UN FLAMENCO TEJIDO EN ARICA PASEANDO POR NUEVA YORK?

¿PUEDEN SER LOS HONGOS UN MURO DE ESCALADA?

¿EXISTE UN MUSEO DE LA PAPA?

¿UNA BACTERIA SE PUEDE COMER LA CONTAMINACIÓN?

¿SE ESCUCHA EL CANTO DE LAS BALLENAS CON UN MICRÓFONO?

¿TIENE LA ANTÁRTICA UN CORAZÓN QUE LATE?

¿EN CHILE TENEMOS UNA PISCINA TAN GIGANTESCA QUE LOS ASTRONAUTAS LA VEN BRILLAR DESDE EL ESPACIO?

Todas estas historias pasaron de verdad, y siguen pasando, en distintos rincones de Chile. Un taller en el desierto. Un galpón en el sur. Una cocina en una isla que casi nadie conoce. Chile está lleno de gente común y corriente que un día tuvo una idea chiquita –a veces medio loca– y la hizo crecer hasta convertirla en algo enorme. Se llaman emprendedores, pero antes de serlo eran como tú: niños y niñas con una curiosidad enorme y ninguna idea de hasta dónde los iba a llevar. Este libro tiene 365 cuentos y actividades – una idea genial para cada día del año– y la más importante de todas es esta: la próxima gran idea de Chile podría estar creciendo ahora mismo, adentro tuyo. Solo te falta un empujoncito para descubrirla. Este libro puede ser ese empujón.



CREATIVEROS

ISBN: 978-956-08522-0-5



UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA

CREATIVEROS

UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA





¿QUÉ HACE UN FLAMENCO TEJIDO EN ARICA PASEANDO POR NUEVA YORK?

¿PUEDEN SER LOS HONGOS UN MURO DE ESCALADA?

¿EXISTE UN MUSEO DE LA PAPA?

¿UNA BACTERIA SE PUEDE COMER LA CONTAMINACIÓN?

¿SE ESCUCHA EL CANTO DE LAS BALLENAS CON UN MICRÓFONO?

¿TIENE LA ANTÁRTICA UN CORAZÓN QUE LATE?

¿EN CHILE TENEMOS UNA PISCINA TAN GIGANTESCA QUE LOS ASTRONAUTAS LA VEN BRILLAR DESDE EL ESPACIO?

Todas estas historias pasaron de verdad, y siguen pasando, en distintos rincones de Chile. Un taller en el desierto. Un galpón en el sur. Una cocina en una isla que casi nadie conoce. Chile está lleno de gente común y corriente que un día tuvo una idea chiquita –a veces medio loca– y la hizo crecer hasta convertirla en algo enorme. Se llaman emprendedores, pero antes de serlo eran como tú: niños y niñas con una curiosidad enorme y ninguna idea de hasta dónde los iba a llevar. Este libro tiene 365 cuentos y actividades – una idea genial para cada día del año– y la más importante de todas es esta: la próxima gran idea de Chile podría estar creciendo ahora mismo, adentro tuyo. Solo te falta un empujoncito para descubrirla. Este libro puede ser ese empujón.



CREATIVEROS

ISBN: 978-956-08522-0-5



UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA

CREATIVEROS

UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA



CREATIVEROS

La liga del espíritu emprendedor

Había una vez un país largo y lleno de gente talentosa, ese país se llamaba ¡Chile!

Un camino tan largo como Chile, país de geografía amplia y diversa donde viven niños y niñas curiosos, soñadores y capaces de imaginar, inventar y transformar el mundo desde lo más pequeño hasta lo más grande.

Este libro es el primer paso de un camino que queremos recorrer contigo.

Tú eres uno de ellos, y este libro está hecho para ti.



TU-TU



ERRORÍN



MONY



ANTARA

¡Vamos a explorar!

A través de cuentos basados en historias reales de personas que crearon, se equivocaron, insistieron y convirtieron problemas en oportunidades desde distintos rincones del país,

y también con actividades para que juegues, crees y explores, este libro está hecho para que recuerdes siempre algo fundamental:

Tu lugar importa y tu idea vale.

Porque desde Chile, sí se puede cambiar el mundo.



EMPATÍN

CHILCOLINA



SR. TRABEJO



YO-YO

¡Vamos con energía positiva!



PERRITO DE LA ENERGÍA POSITIVA



ENCUENTRA ALGO QUE ESTÉ FUERA DE LUGAR Y DEVUÉLVELO DONDE CORRESPONDE, AUNQUE NO HAYAS SIDO TÚ QUIEN LO DEJÓ AHÍ.





CIERRA LOS OJOS DURANTE 1 MINUTO Y ESCUCHA CON ATENCIÓN. ¿CUÁNTOS SONIDOS DIFERENTES PUEDES RECONOCER?

ANTES DE BOTAR ALGO, DETENTE Y PIENSA: ¿PUEDO ARREGLARLO?, ¿PUEDE USARLO OTRA PERSONA? O ¿PUEDO CONVERTIRLO EN ALGO NUEVO? ELIGE UNA OPCIÓN Y

¡DALE UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD!





TOMA UNA PRENDA DE ROPA Y MIRA SU ETIQUETA. CON AYUDA DE UN ADULTO, DESCUBRE UNA INDICACIÓN PARA CUIDARLA Y APRENDE QUÉ SIGNIFICA.





SAL DE LA HABITACIÓN MIENTRAS ALGUIEN CAMBIA 5 COSAS DE LUGAR. CUANDO VUELVAS,

¡CONVIÉRTETE EN DETECTIVE Y DESCUBRE QUÉ CAMBIÓ!

MIRA A TU ALREDEDOR Y DESCUBRE UNA PEQUEÑA ACCIÓN QUE PUEDAS HACER POR TU ENTORNO: RECOGER ALGO, APAGAR UNA LUZ, CUIDAR UNA PLANTA O REUTILIZAR UN OBJETO. ¡ESCOGE UNA Y HAZLA!

HAZ UN REGALO QUE NO SE PUEDA COMPRAR.

PUEDE SER REGALAR 10 MINUTOS PARA JUGAR CON ALGUIEN, AYUDARLO, ESCUCHARLO O ENSEÑARLE ALGO. ¡TÚ DECIDES QUÉ REGALAR!



RECUERDA 3 OLORES QUE TE GUSTEN MUCHO. PUEDE SER UNA COMIDA, UNA PERSONA O UN LUGAR. ¿A QUÉ TE RECUERDA CADA UNO?



CUANDO ALGUIEN QUIERA ALGO DIFERENTE A TI, PRUEBA HACER UNA PREGUNTA ANTES DE RESPONDER:

"¿POR QUÉ PREFIERES ESO?".

ESCUCHA SU RAZÓN Y DESCUBRE ALGO NUEVO SOBRE ESA PERSONA.

HOY APRENDERÁS ALGO NUEVO:

MUCHOS ALIMENTOS TIENEN UNA FECHA DE VENCIMIENTO. CON AYUDA DE UN ADULTO, DESCUBRE DÓNDE APARECE ESA FECHA EN 3 PRODUCTOS DE TU CASA.

¡CONVIÉRTETE EN EXPERTO EN ENCONTRARLA!

ENCUENTRA ALGO ANTIGUO EN TU CASA Y CONVIÉRTETE EN INVESTIGADOR.

PREGÚNTALE A ALGUIEN DE DÓNDE VIENE, QUIÉN LO USABA ANTES O QUÉ HISTORIA TIENE.

INVENTA UNA REGLA NUEVA PARA TU CASA QUE AYUDE A QUE TODOS ESTÉN MEJOR. CUÉNTASELA A TU FAMILIA

Y VOTEN SI QUIEREN EMPEZAR A USARLA.



CUANDO ACOMPAÑES A UN ADULTO A COMPRAR ALGO, PÍDELE HACER TÚ EL PAGO. SI ES EN EFECTIVO, ENTREGA EL DINERO Y RECIBE EL VUELTO; SI ES CON TARJETA, HAZLO CON SU AYUDA. ¡DESCUBRE CÓMO SE PAGA UNA COMPRA!

DALE UNA SEGUNDA VIDA A ALGO QUE YA CASI NO USAS. ANTES DE BOTARLO O DEJARLO OLVIDADO, INVENTA UNA FORMA DE REUTILIZARLO, COMPARTIRLO O TRANSFORMARLO.





UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA

HAZ TU PROPIA ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA DE ESTE LIBRO

BIENVENIDAS Y BIENVENIDOS AL MUNDO DE LOS EMPRENDEDORES

Tu misión... si decides aceptarla... es leer y jugar con todos los cuentos y actividades que hemos preparado para ti.
Si lo logras, podrás completar tu Pasaporte de Emprendedora o Emprendedor, y habrás descubierto que cualquier idea, por pequeña que parezca, puede convertirse en algo grande de verdad.

Los cuentos de este libro están inspirados en historias reales de personas que un día se atrevieron a intentarlo. Y las misiones están hechas especialmente para ti, para que juegues a observar, crear, colaborar y explorar, así como lo hicieron ellos.

El camino no es solitario. Irán contigo en cada paso los Creativeros: Yo-Yo, Errorín, Chilcolina, Tu-Tu, Empatín, Mony, Sr. Trabejo, Antara y el Perrito de la Energía Positiva, para enseñarte lo que cada uno sabe hacer mejor: crear, insistir, ayudarse, cuidar, ahorrar, cumplir y explorar.

¿ACEPTAS LA MISIÓN?

PASAPORTE DE EMPRENDEDOR/EMPRENDEDORA:

NOMBRE:

FECHA DE NACIMIENTO:

MI SUPERPODER ESPECIAL:

COMIDA FAVORITA:

MI MASCOTA (O LA QUE ME GUSTARÍA):

LA IDEA MÁS LOCA QUE SE ME HA OCURRIDO:



ACTITUD EMPRENDEDORA

HABILIDADES ASOCIADAS: Iniciativa, curiosidad, planificación, autoeficacia, toma de decisiones, resolución de problemas

PERSONALIDAD: Hiperactivo, soñador, no sabe estarse quieto

VIVE EN: Un acantilado del archipiélago Juan Fernández, Región de Valparaíso

MEJORES AMIGOS: Cualquiera con una idea nueva que contarle

LE ENCANTA: Empezar cosas

DETESTA: Quedarse pensando demasiado antes de intentarlo

FRASE TÍPICA: "¡Ya voy, ya vuelvo, ya llego!"

DATO CURIOSO: Mide solo 12 centímetros y nunca vuela en línea recta – persigue varios sueños, todos al mismo tiempo.

CREATIVIDAD



HABILIDADES ASOCIADAS: Flexibilidad cognitiva, originalidad

PERSONALIDAD: Excéntrica, cambiante, nunca hace lo mismo dos veces

VIVE EN: Una quebrada húmeda del sur de Chile

MEJORES AMIGOS: Los últimos picaflores y abejorros del otoño

LE ENCANTA: Cambiar de forma y de color sin avisar

DETESTA: Que le digan "eso no se hace así"

FRASE TÍPICA: "¿Por qué elegir una sola forma?"

DATO CURIOSO: Es la única flor que se abre en pleno otoño, cuando todas las demás ya se durmieron.



RESILIENCIA

HABILIDADES ASOCIADAS: Mentalidad de crecimiento, autoconocimiento, autoestima, autorregulación, optimismo, atención plena, tolerancia a la frustración

PERSONALIDAD: Torpe, terco, imposible de derrumbar de verdad

VIVE EN: Los tepuales de Chiloé, Región de Los Lagos

MEJORES AMIGOS: Quien también se haya caído alguna vez

LE ENCANTA: Levantarse

DETESTA: Que lo ayuden antes de intentarlo solo

FRASE TÍPICA: "Como si nada".

DATO CURIOSO: De tanto caerse, se aprendió de memoria cada rincón blando del bosque.

COLABORACIÓN



HABILIDADES ASOCIADAS: Escucha activa, sentido de pertenencia, cooperación, comunicación

PERSONALIDAD: Dos en uno, inseparables, se completan sin hablar

VIVE EN: Parque Nacional Pan de Azúcar, Región de Atacama

MEJORES AMIGOS: El otro (obviamente)

LE ENCANTA: Hacer cualquier cosa en pareja

DETESTA: Que los separen

FRASE TÍPICA: "Cuando uno tiene frío, el otro es su abrigo".

DATO CURIOSO: Nacieron el mismo día, de la misma ola.

CREATIVEROS

CONCIENCIA SOCIAL



HABILIDADES ASOCIADAS: Empatía, amabilidad, gratitud, toma de perspectiva, inclusión

PERSONALIDAD: Callado, generoso, siempre atento a quien lo necesita

VIVE EN: Bajo tierra, en un bosque húmedo del centro-sur de Chile

MEJORES AMIGOS: Cada árbol del bosque, aunque nadie lo note

LE ENCANTA: Compartir sin que se lo agradezcan

DETESTA: Que alguien se quede sin ayuda por vergüenza a pedirla

FRASE TÍPICA: "Nadie mira hacia abajo, pero yo sí siento todo".

DATO CURIOSO: Puede traspasar comida desde un árbol de 300 años a un arbolito débil, sin que nadie se entere.

RESPONSABILIDAD



HABILIDADES ASOCIADAS: Autonomía, organización, responsabilidad, perseverancia

PERSONALIDAD: Cumplidor, metódico, el primero en llegar

VIVE EN: El Parque Nacional Fray Jorge, un bosque escondido en pleno desierto de la Región de Coquimbo

MEJORES AMIGOS: Su lista de tareas

LE ENCANTA: Terminar lo que empieza

DETESTA: Dejar algo a medias

FRASE TÍPICA: "Todavía me queda trabajo".

DATO CURIOSO: Es el único capaz de llegar al fondo del copihue con su lengua larguísima.

EDUCACIÓN FINANCIERA



HABILIDADES ASOCIADAS: Toma de decisiones, priorización, ahorro y valor, planificación, intercambio

PERSONALIDAD: Reservado, paciente, guarda más de lo que parece

VIVE EN: Un barrio de la Gran Avenida, Santiago

MEJORES AMIGOS: Sus amigos chanchitos de verdad, aunque sea tan distinto a ellos

LE ENCANTA: Guardar tesoros

DETESTA: Gastarlo todo de una sola vez

FRASE TÍPICA: "Algo me dice que hay que guardarlo".

DATO CURIOSO: Es de greda, no un chancho de verdad – para sacarle lo guardado, hay que sacudirlo entero.

CREATIVEROS

EXPLORACIÓN



HABILIDADES ASOCIADAS: Observación, exploración, clasificación, orientación, pensamiento científico

PERSONALIDAD: Curiosa hasta el cansancio, nunca se queda quieta

VIVE EN: Una colonia junto al mar de Weddell, Antártica

MEJORES AMIGOS: Cualquiera que también se anime a preguntar

LE ENCANTA: Explorar cada rincón

DETESTA: Que le digan "eso no se pregunta"

FRASE TÍPICA: "¿Por qué...?"

DATO CURIOSO: Gracias a explorar tanto, salvó a toda su colonia durante una tormenta.

ENERGÍA POSITIVA



VIVE EN: Todo Chile, de norte a sur, sin casa fija

PERSONALIDAD: Puro entusiasmo, no para nunca

MEJORES AMIGOS: Quien tenga una idea sin atreverse a empezarla

LE ENCANTA: Contagiar energía

DETESTA: Quedarse en un solo lugar

FRASE TÍPICA: no habla, solo ladra de pura energía

DATO CURIOSO: Nunca explica ni enseña – solo aparece, y sigue camino apenas la idea ya está en marcha.



El trabajo del Señor Trabejo

En pleno desierto de Coquimbo, escondido entre los cerros, hay un pedacito de bosque que no debería estar ahí: el Bosque Fray Jorge, que se mantiene húmedo y verde gracias a la neblina que sube desde el mar. Ahí vive el abejorro más grande y más naranjo de todos.

Le pusieron Sr. Trabejo porque todos los días tiene trabajo, y trabajo y más trabajo. Tiene el trabajo de despertar a las flores más dormilonas cada mañana, zumbándoles cerca hasta que abran los pétalos. Tiene el trabajo de avisarle al bosque cuando se acerca la neblina, porque su cuerpo la siente antes que nadie. Y tiene el trabajo más grande de todos: es el único abejorro con la lengua lo bastante larga para llegar al fondo de las campanas del copihue, donde vive el néctar que nadie más alcanza.

Eso significa que si él falta a su trabajo, nadie más lo hace por él.

Así que lleva una lista –hojas marcadas con savia– con cada tarea del día: qué flor despertar, qué neblina avisar, qué copihue visitar antes de que se cierre para siempre.

Todos los días, con el sol parado o con un viento que casi lo vuela, el Sr. Trabejo vuela igual, hasta alcanzar las flores más escondidas.

Los demás insectos, guardados entre las rocas, no entienden tanto trabajo en medio de la nada. Sr. Trabejo tampoco se detiene a explicarles: tiene la lengua ocupada, y todavía le queda mucho por hacer.

Ilustración: Daniela William



Errorín
no se rinde

En Chiloé, donde el bosque siempre está mojado, en medio de tepuales, suelos de troncos y musgos, nació el pudú más pequeño y tierno de todos, Errorín.

Con sus patitas cortas y su guata redonda, cada vez que pisaba donde no debía –y en un tepual eso pasa todo el rato– Errorín se hundía, resbalaba, rodaba entre las quilas como una pelota peluda.

–Ahí va Errorín, cayendo sin parar –se reían el monito del monte y el zorro chilote, viéndolo desaparecer entre el musgo.

Pero apenas tocaba el fondo, algo pasaba: su cuerpo redondo y sus patitas cortas lo hacían rebotar de vuelta arriba, parado, como si nunca se hubiera caído. CO-MO SI NA-DA.

El único que aplaudía en vez de burlarse era un chucao, tan chico y redondo como él, que se hizo su amigo. Y cada vez que Errorín se levantaba, el chucao saltaba de alegría y se paraba en su cuerno.

Un día llegó una lluvia de esas que solo caen en Chiloé, de las que ablandan hasta las piedras. El monito del monte y el zorro chilote quedaron atascados en el musgo, hundiéndose cada vez más. Errorín, que se sabía cada rincón blando del tepual de tanto caer en ellos, fue el único que supo por dónde sacarlos: pisando exactamente donde él ya había aprendido a no hundirse. Los guió fuera, rodando y parándose, con su fiel amigo el chucao.

El monito del monte y el zorro chilote aprendieron que lo que antes les daba risa era, en realidad, un gran valor.

Ilustración: Daniela William

Ilustración: Daniela William



Yo-Yo,
siempre para adelante

En Chile, en el medio del Océano Pacífico, a 670 km de la tierra continental, en la grieta de un acantilado, en la rama de un naranjillo, en un nido de musgo y telaraña, nació Yo-Yo, el picaflor más pequeño y más naranjo del mundo.

Apenas medía 12 centímetros y ya tenía la cabeza llena de sueños que lograr: un chip para cantar como sirena, un huerto de flores para que todos los picaflores del bosque tuvieran néctar, un traductor para entender a las ballenas. Los quería todos ya, y para eso pensaba volar derechito, rápido, como una flecha.

El problema: cada sueño necesitaba algo distinto, y en lugares diferentes. Para el chip, un cardumen de vidriolas, allí abajo, le diría el secreto. Para el huerto, las semillas más dulces, en lo alto de un acantilado. Para el traductor, un eco de ballena atrapado en un caracol, en el fondo de una quebrada.

–Ese no sabe ni hacia dónde va –se reían los cachuditos, viéndolo dudar entre las tres direcciones–. Que elija una sola.

Pero ninguna línea recta lo llevaba a los tres lugares a la vez. Así que Yo-Yo dejó de intentarlo: aprendió a girar en pleno vuelo, ir, volver, subir, bajar y saltar cada vez que otro sueño lo llamaba.

Los cachuditos ya no se reían. No lograban seguirlo con la mirada, ni entender cómo alcanzaba a hacerlo todo.

Ni Yo-Yo sabe bien hacia dónde iba, solo que lo impulsan sus ganas de lograrlo.



Chilcolina, crea que crea

En las quebradas húmedas del sur de Chile, donde el bosque se moja los pies en el río, creció Chilcolina con las raíces metidas en el agua.
Desde chica no quiso ser una flor más: quería soñar y crear cosas que nadie hubiera visto.
A su lado otras flores se veían siempre igual, el notro rojo mirando al sol, el radal blanco y derechito. Chilcolina no.
Ella soñaba despierta, y lo que imaginaba se le iba quedando pegado al cuerpo: pétalos que colgaban boca abajo, un color por fuera y otro por dentro, formas que cambiaban de un día para otro, tanto que ni ella se reconocía en el espejo de una poza del río.
–Esa no terminó de crecer bien –decían el notro y el radal, mirándola de reojo–. Todavía no decide qué forma tener. Ni qué color.
Llegó el otoño. El notro y el radal cerraron sus últimas flores y se durmieron para pasar el invierno. Las laderas del río y los bosques se quedaron casi sin color. Pero Chilcolina, que seguía imaginando en sus sueños las cosas más lindas y curiosas, ni se enteró de que ya tocaba dormir.
Siguió floreciendo, campanita tras campanita, colgando de sus ramas como adornos de Navidad.
Fue la única flor del otoño abierta en todo el bosque. Los últimos picaflores del año, y hasta los abejorros más tardíos, llegaron desesperados por comida antes del frío – y ahí estaba ella, soñando despierta, llena de néctar para dar.
Nadie más había imaginado una flor para ese momento del año.
Chilcolina, sin saberlo, la había creado.

Ilustración: Daniela William

Tu-Tu, la otra mitad



Un 17 de enero, en Pan de Azúcar, en Chile, nacieron de la misma ola Tu y Tu, dos chungungos color cielo. Y desde entonces algo raro pasa cuando están juntos: todo lo que hacen de a dos les sale mejor y en la mitad de tiempo que a cualquier otro animal solo.

Un día, los demás animales de la caleta los desafiaron a construir el castillo de arena más alto de la playa. Los otros llevaban toda la mañana intentándolo, con torres que se caían una y otra vez.

Los Tu-Tu se miraron y en cinco minutos tenían un castillo con puente, foso y bandera de alga. Uno amontonaba arena mientras el otro ya estaba decidiendo dónde iba la siguiente torre. Dos ideas a la vez, sin perder ni un segundo.

–Eso no vale, son dos –protestaron los demás.

–Ustedes también podrían ser dos –dijo uno de los Tu-Tu.

–Si se juntaran de verdad –dijo el otro–, y se ayudaran uno a otro, todo les saldría mejor.

Porque el truco de los Tu-Tu no era la arena, ni la velocidad, sino que ninguno de los dos estaba solo. Cuando a uno se le ocurría media idea, el otro ya tenía la otra mitad lista. Cuando uno quiere subir, el otro lo hace volar. Cuando uno tiene frío, el otro es su abrigo.

Por eso, hasta hoy, dos mentes de Tu-Tu piensan más rápido que diez mentes solas.

Ilustración: Daniela William

Empatín,
secreto bajo tierra



En la costa de la selva valdiviana,
donde llueve casi todo el año y crecen árboles centenarios,
vive Empatín: un hongo coral rosado tan chico que la mayoría
lo pisa sin darse cuenta.
Arriba, casi nadie lo nota. Abajo, es otra historia: sus brazos
se extienden bajo tierra, kilómetro tras kilómetro, tocando la
raíz de cada árbol de la reserva. A través de esa red, Empatín
siente lo que sienten los árboles –sed, hambre, frío– como si
el bosque entero fuera su propio cuerpo.
Un día le llegó la señal de un arbolito atrapado entre dos
piedras, casi sin luz, demasiado débil para producir su propio
alimento.
Empatín rápidamente conectó sus brazos a esa raíz diminuta
y le mandó azúcar desde los olivillos más viejos, árboles que
llevan trescientos años acumulando sol –un poquito de cada
uno, sin que ninguno lo notara siquiera.
Años después, cuando el arbolito ya era árbol, los demás se
preguntaban cómo había sobrevivido en un lugar tan difícil,
sin luz ni tierra buena. Nadie miraba hacia abajo.
Empatín, chiquito y morado, seguía ahí, sintiendo al bosque
entero, repartiendo lo que sobraba entre quienes no tenían,
sin que nadie, ni una sola vez,
le preguntara cómo lo hacía.

Ilustración: Daniela William



Mony, el que guarda siempre tiene

En un barrio de la Gran Avenida vivía Mony, un chanchito de greda, con una ranura en el lomo por donde le entraba de todo: monedas, botones brillantes, cualquier cosa que le pareciera un tesoro.

Sus amigos eran chanchitos de verdad, de esos que se revuelcan en el barro y devoran cáscaras de sandía, restos de fruta, y hasta algún calcetín perdido que encontraban por ahí. Pero Mony no podía hacer nada de eso: era de greda, así que ni comía, ni se ensuciaba, ni corría como ellos.

–Qué raro eres –le decían sus amigos, mirándolo con cariño–. Nosotros aprovechamos todo apenas lo encontramos. ¿Para qué guardas tanto adentro? –No sé bien para qué –contestaba Mony–. Pero algo me dice que hay que guardarlo.

Sus amigos gastaban cada moneda que encontraban en dulces, el mismo día que la conseguían.

Un día llegó al barrio un circo, solo por una noche.

–¡Mony! –gritaron los amigos–.

¡Necesitamos tus monedas para ir al circo!

Mony no tenía tapón ni puerta secreta: para sacar lo guardado, se tenía que sacudir. Empezó a saltar, a menearse, a bailar como loco, hasta que las monedas empezaron a salir disparadas por la ranura, y rebotaron en el suelo. Sus amigos se reían mirándolo bailar, y aplaudían cada moneda que caía.–¡Gracias, Mony! –le dijeron, juntando las monedas del suelo, ya corriendo hacia el circo.

Y esa noche, todos entraron juntos, gracias a lo que Mony había guardado, poquito a poquito, sin que nadie se lo pidiera.

Ilustración: Daniela William

Antara y las preguntas que no paran



En una colonia de pingüinos emperador, junto al mar de Weddell, vivía una polluela distinta a las demás: Antara.

Mientras los otros pichones solo pensaban en cuándo volverían sus papás con pescado, Antara se la pasaba moviéndose: picoteando el hielo, asomándose a las grietas, metiendo su nariz donde nadie más se fijaba.

–¿Por qué el hielo de allá se mueve más rápido que el de acá? –preguntaba, corriendo hasta el borde para mirar de cerca.

–¿Por qué esas nubes son grises y esas otras blancas?

–¿Adónde va el agua cuando el hielo se derrite?

–Nadie sabe, y a nadie le importa –se burlaba un pichón vecino–. Mejor quédate quieta y espera la comida, como todos.

Pero Antara no podía quedarse quieta. Necesitaba tocarlo todo, recorrerlo todo, verlo con sus propios ojos.

Un día llegó una tormenta tan fuerte que amontonó bloques de hielo por todos lados, y los papás no encontraban por dónde pescar. La colonia entera se quedó con hambre.

Antara, que se había pasado semanas recorriendo cada rincón de la costa, se acordó de algo.

–Por ahí –dijo, corriendo hasta un canal angosto entre los bloques–. El agua se mueve rápido justo ahí. Ahí tiene que haber peces.

Nadie le creyó al principio. Pero los papás, desesperados, probaron.

Y ahí estaban: cardúmenes enteros, esperando.

Desde ese día, cuando algún pichón se quedaba quieto por miedo a moverse de más, Antara se acercaba, y sin decir nada, empezaba a caminar, hasta que el otro también salía a explorar.

Ilustración: Daniela William



Ilustración: Daniela William

La Energía Positiva mueve montañas



El Perrito de la Energía Positiva es chico, de patitas cortas y orejas paradas. Duerme una noche en el campo, otra en la ciudad, otra en un pueblo junto al mar. Y conoce más casas y rincones de Chile que nadie.

Este perrito no es de los que se quedan quietos. Cuando se encuentra con una idea, hace todo por hacerla realidad.

Una madrugada llegó a una panadería en Santiago, donde una señora amasaba con los ojos todavía medio cerrados.

–Hoy no tengo ganas –le confesó ella, sin saber por qué le hablaba a un desconocido–. Hace frío, y estoy cansada de partir tan temprano.

El perrito la miró fijamente, empezó a dar vueltas ladrando amistosamente a su alrededor y ¡bravo! La señora se animó y siguió amasando con más fuerza. A las 7 de la mañana, la cuadra entera olía a pan recién hecho.

En el desierto del norte, encontró a un hombre mirando un local vacío, con un letrero a medio pintar: "Café...", decía, y nada más.

–Llevo meses pensándolo, pero nunca me decido –le confesó, aunque no esperaba respuesta.

Abrió sus ojos, paró sus orejas y se metió de un salto al local, jugando entre las mesas vacías como si ya estuviera lleno de gente. El hombre lo miró asombrado, e inmediatamente se puso a pintar el letrero como nunca había pintado en su vida. Una semana después abrió la cafetería.

Muy al sur, en Chiloé, vio a un pescador parado frente al mar helado, con el bote listo, pero sin ganas de subirse.

–Hace un frío que cala los huesos –dijo, mirando el agua gris–. Hoy mejor me quedo en la cama.

El perrito miró al capitán pidiéndole permiso para subir a su bote y agarró un remo. El pescador se río, se puso los guantes, y remó mar adentro justo cuando salía el sol.

Así es el Perrito de la Energía Positiva: aparece, encendido con una energía imparable, que contagia las ganas de convertir una idea en algo real, de hacer las cosas, de transformar una idea en una oportunidad y lograrlo todo.

Casa Hacker

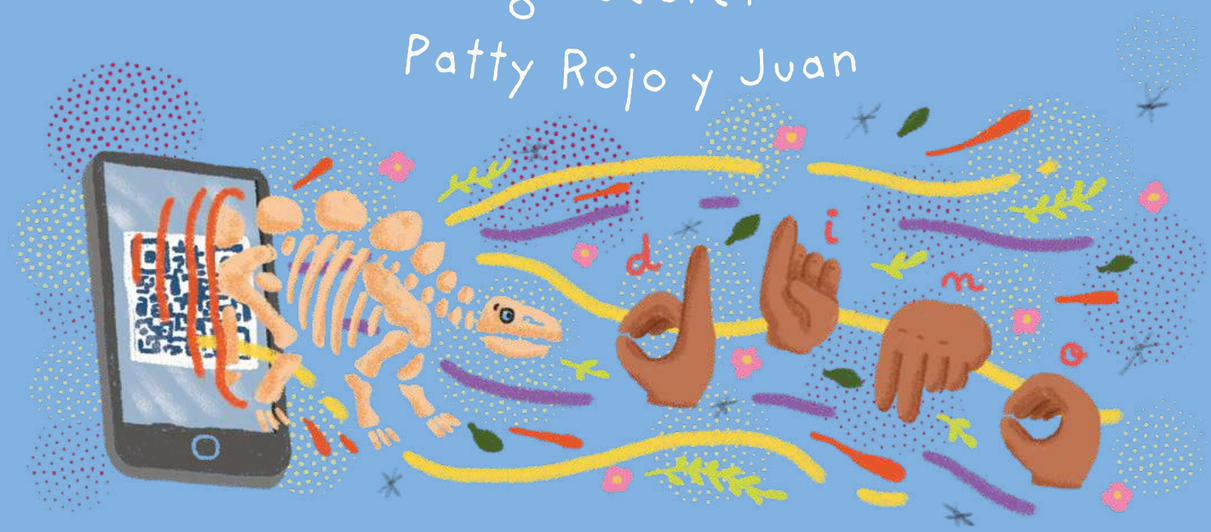
A los doce años, Danilo era campeón de cartas Pokémon.
Tenía el mazo más temido del colegio.
Pero un día tuvo que venderlo. Su familia necesitaba esa plata para pagar una deuda, y él, sin dudarlo, entregó su tesoro más preciado.
Un tiempo antes había visto una película sobre hackers, y desde entonces soñaba con aprender el idioma secreto de las máquinas. Mientras sus compañeros salían a jugar a la pelota, Danilo se quedaba en la sala leyendo libros de programación, aunque estuvieran en inglés y le costara entenderlos.
Aprendió tanto, que decidió hacer algo por otros niños con talento, como él. Empezó a instalar contenedores gigantes, llenos de computadores, dentro de colegios donde los estudiantes casi no tenían acceso a la tecnología. Los llamó "Hacker House".
Hoy ya hay varios repartidos por Chile, y pronto habrá uno en Isla de Pascua, enseñándole a cientos de niños el idioma secreto de las máquinas.

Este cuento está inspirado en la historia de Danilo Naranjo y la Fundación 9House.



Ilustración: Camila Cruz

El código secreto de Patty Rojo y Juan



¿Has ido alguna vez al Museo de Historia Natural? En el Salón Central hay esqueletos de dinosaurios de millones de años, y normalmente un guía te cuenta toda la historia apenas llegas.
Juan soñaba con ir a verlos, y Patty, su mamá, por fin lo llevó. Pero cuando llegaron, esto fue todo lo que Juan pudo entender del esqueleto gigante frente a él: Nada. Absolutamente nada.
Porque Juan es sordo, y solo entiende lengua de señas. Y en el museo, nadie sabía hablarle en su idioma.
Se puso taaaaaan triste, que hasta se le olvidó lo emocionado que venía.
Pero entonces se le ocurrió una idea: ¿y si todos los museos, y todos los lugares donde vamos a aprender cosas, tuvieran una forma de hablarle también a la gente que no puede oír?

Ilustración: Daniela William

¡Así nació el código secreto!
Un pequeño código QR, pegado justo al lado del esqueleto del Chilesaurus, que si lo escaneas con el celular, muestra un video de una persona contando en lengua de señas que este dinosaurio vivió hace millones de años en la Patagonia chilena, y que es tan especial que hasta lleva el nombre de nuestro país.
Ahora, cada vez que Juan –o cualquier niño que se comunique distinto– entra a un museo, ya no se queda afuera de la historia. Escanea, mira, y entiende todo, igual que los demás.
Porque todos somos diferentes. Pero todos merecemos entender el mismo cuento.

Este cuento está inspirado en Muestra tu Seña, la iniciativa creada por la educadora y mamá de Juan Patricia Avendaño, para eliminar las barreras de comunicación con personas con sordera profunda, ceguera y neurodivergentes.

Idea de palo

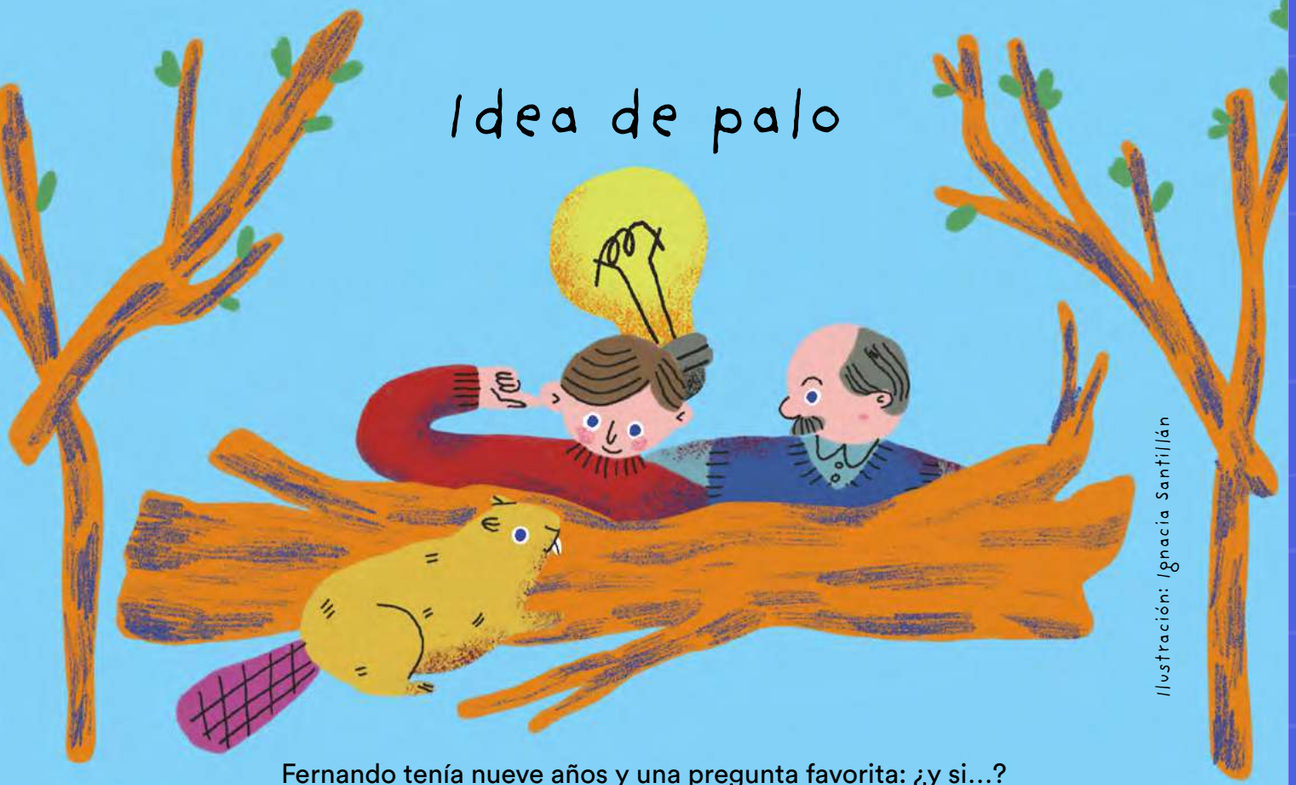


Ilustración: Ignacia Santillán

Fernando tenía nueve años y una pregunta favorita: ¿y si…?
Cada verano viajaba a la estancia de su abuelo, en Tierra del Fuego, donde el viento sopla tan fuerte que casi se te vuelan las ideas.
Un día su abuelo lo llevó al bosque de lengas. Fernando esperaba árboles enormes y quizás un puma. Encontró troncos caídos, con raras marcas de dientes: obra de un castor, un roedor llegado de lejos que cortaba todo sin pedir permiso.
Fernando miró toda esa madera tirada, mojándose, sin hacer nada. ¿Y si…?
–Abuelo, ¿y si usamos esta madera para calentar las casas del pueblo?
–Eres un poco loco –dijo el abuelo–. Vamos a intentarlo.
Construyeron una máquina curiosa con tablas viejas. Las primeras semanas fueron tragicómicas: leños torcidos, húmedos, que explotaban. Pero el abuelo decía siempre: «Vamos de nuevo».
El día que salió el primer leño perfecto, festejaron afuera del galpón, mientras tres cóndores giraban en el cielo, como aplaudiendo.
Fernando creció y siguió preguntándose ¿y si…? hasta convertir esos leños en energía limpia. Las ideas pueden ser de flores, de sol, de agua… o de palo.
Y la idea de palo, a veces, es la mejor idea del mundo.

Este cuento está inspirado en Humos de la Patagonia, fundado por Fernando Ojeda. Apoyado por Socialab.

DIBUJA UN OBJETO QUE TENGAS A LA VISTA SIN LEVANTAR EL LÁPIZ DEL PAPEL.

¡no importa cómo quede!

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

IMAGINA QUE VAS DE PASEO

Y TU MOCHILA TIENE ESPACIO PARA LLEVAR UNA COSA QUE NECESITAS, UNA COSA PARA ENTRETENERTE Y UNA COSA PARA COMPARTIR.
¿QUÉ PONDRÍAS EN CADA LUGAR?

HOY TIENES UNA MISIÓN: INVENTAR O JUGAR A ALGO SIN USAR NINGÚN OBJETO NI NADA MATERIAL. PUEDES USAR TU CUERPO, TU VOZ O TU IMAGINACIÓN.

¡A VER QUÉ JUEGO SE TE OCURRE!

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM



Las reinas de las tuercas

Hasta ese año, las niñas del liceo solo miraban el taller de mecánica desde el pasillo. Nadie se los prohibía exactamente, pero tampoco nadie las invitaba a entrar.
Ese día, la profesora Daniela cambió las reglas: por primera vez, ellas también podían tomar la clase.
Sofi se arremangó el overol hasta el codo.
–¿Por dónde se empieza? –preguntó, sin disimular las ganas.
–Hoy nos toca debajo del motor –dijo Caro, agitando el manual como si fuera un mapa del tesoro.
–El paciente no parte –leyó Vale–. O le falta corriente, o tiene un perno mareado.
–Es el cable del alternador –dijo Caro, tomando la llave inglesa.
–¡Pásenme la llave catorce! –saltó Sofi, metiendo medio cuerpo entre las piezas.
–¡Conectado! ¡Dale arranque!
¡Clack! ¡Rrrrrrrrum!
El motor rugió y el taller entero tembló. Las tres saltaron en un abrazo lleno de aceite.
Daniela, sonriendo, se acercó a mirar.
–Llevaba seis meses muerto este auto –dijo, sorprendida–. Y ustedes lo resucitaron en una tarde.

Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en la iniciativa Mecánicas en Acción, de la profesora Daniela Salgado en el Liceo Politécnico Pueblo Nuevo de Temuco, apoyada por Dale Profe.



Frente en alto

El día que Esteban le perdió el miedo al mar, su papá los tomó a él y a su hermano de la mano y los llevó al agua. Con cariño, pero sin preguntarles.
–¡Papá, noooooo, no queremos ir al mar!
Siguieron avanzando. Primero el agua les llegaba hasta los pies.
Después hasta las rodillas. A Esteban y a su hermano les comenzó a agradar.
–¿Ven? –dijo su papá–. Con mucho cuidado y con respeto, todo se puede lograr.
Años después, en uno de sus trabajos, alguien desconfió de Esteban, sin razón.
Esteban pensó en el mar. En que la única forma de solucionar los problemas era afrontandolos. Así que siguió trabajando. Todos los días, igual de bien.
Con el tiempo, esa misma persona que desconfiaba de él empezó a decir:
–Esteban es un gran trabajador, es el que mejor soluciona todo.
Y solucionó este problema, tal como su papá le enseñó: al mar no se le pierde el miedo mirándolo desde la orilla. En sus siguientes trabajos, Esteban avanza siempre con la frente en alto.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Esteban Cárdenas, encargado de producción de la planta de Lipigas, en Arica, Región de Arica y Parinacota. Apoyado por Lipigas.

¡RECICLAAAAAAR!



¡Reciclaaaaar!!!

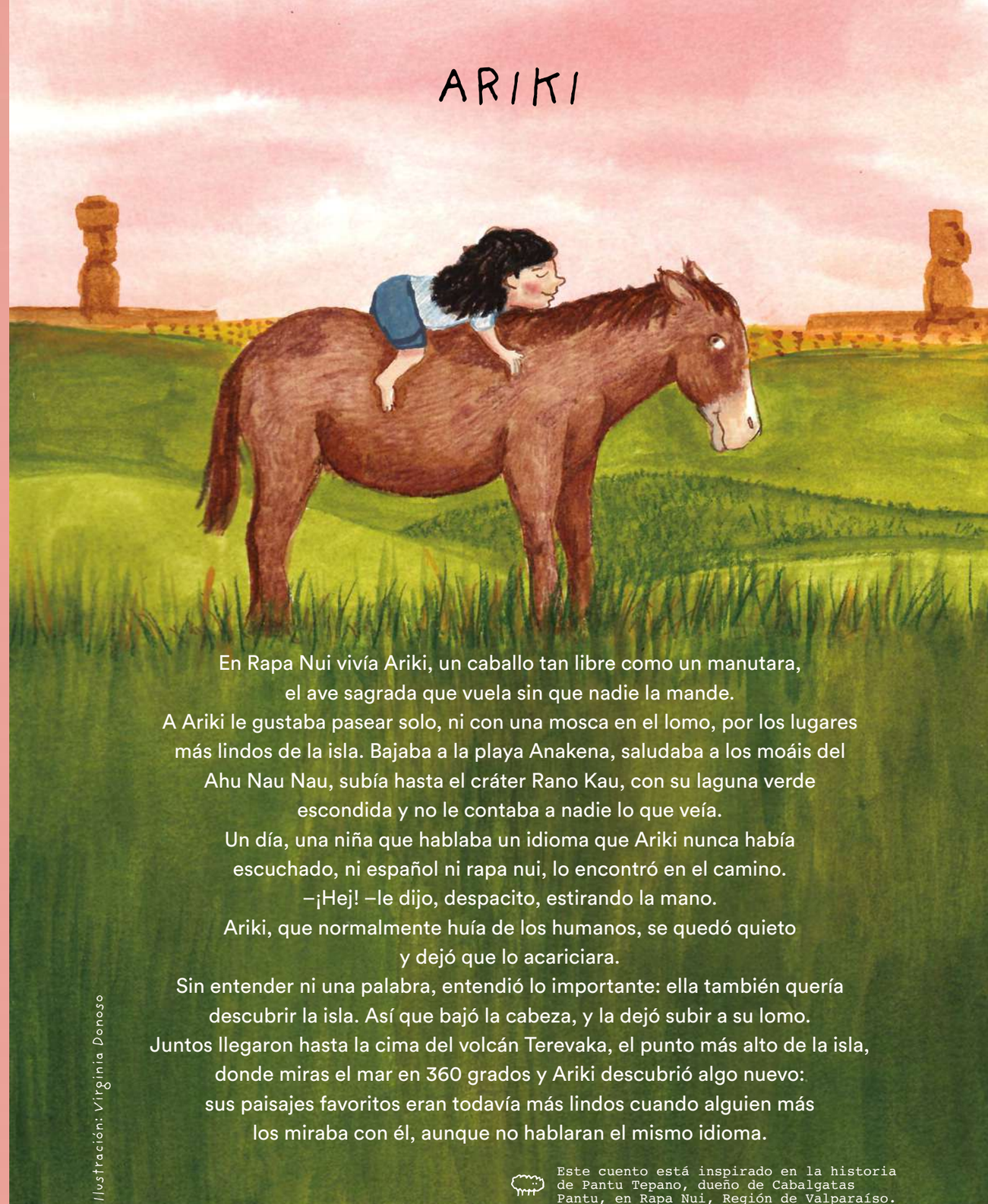
Yo fui una botella de plástico. Alguien me tomó entera,
y después... ¡puf! Me tiraron.
La mayoría de las botellas terminan ahí para siempre,
tardando cientos de años en desaparecer. Cientos, o
sea como mil recreos.
Pero en Rengo pasó algo distinto.
Max se había quedado sin trabajo. Miró alrededor y
notó algo raro: en su ciudad no había ningún lugar
para reciclar. ¡Ninguno!
–¡RECICLAR! –gritó de repente, así, sin más:
¡RECICLAR, RECICLAR, RECICLAR!
La gente lo miraba raro. Pero a Max no le importó.
Empezó a pasar casa por casa, gritando su grito
entusiasta y juntando botellas, latas, vidrio y plástico.
Poco a poco, el grito se contagió. Los vecinos
empezaron a gritarlo también.
–¡RECICLAR, RECICLAR, RECICLAR!
A mí me recogieron, me lavaron, y en vez de terminar
como basura eterna, me transformaron en algo nuevo,
todo gracias a la solución que encontró Max.
Ahora, cada vez que alguien recicla algo, en algún
lugar del mundo una botella se alegra y grita:
¡Reciclaaaaar!!!



Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Reactua, empresa de reciclaje creada por Max Tapia, en Rengo, Región de O'Higgins. Apoyado por Super Pollo.

ARIKI



En Rapa Nui vivía Ariki, un caballo tan libre como un manutara,
el ave sagrada que vuela sin que nadie la mande.
A Ariki le gustaba pasear solo, ni con una mosca en el lomo, por los lugares
más lindos de la isla. Bajaba a la playa Anakena, saludaba a los moáis del
Ahu Nau Nau, subía hasta el cráter Rano Kau, con su laguna verde
escondida y no le contaba a nadie lo que veía.
Un día, una niña que hablaba un idioma que Ariki nunca había
escuchado, ni español ni rapa nui, lo encontró en el camino.
–¡Hej! –le dijo, despacito, estirando la mano.
Ariki, que normalmente huía de los humanos, se quedó quieto
y dejó que lo acariciara.
Sin entender ni una palabra, entendió lo importante: ella también quería
descubrir la isla. Así que bajó la cabeza, y la dejó subir a su lomo.
Juntos llegaron hasta la cima del volcán Terevaka, el punto más alto de la isla,
donde miras el mar en 360 grados y Ariki descubrió algo nuevo:
sus paisajes favoritos eran todavía más lindos cuando alguien más
los miraba con él, aunque no hablaran el mismo idioma.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en la historia de Pantu Tepano, dueño de Cabalgatas Pantu, en Rapa Nui, Región de Valparaíso. Apoyado por Maururu Travel.

Rumbo a Machu Picchu



Vicente y su hermana Millaray soñaban con viajar a las ruinas de Machu Picchu.
Cuando se lo contaron a sus papás mientras tomaban desayuno, Lena, la mamá, sacó las cuentas.
–Está difícil, no nos alcanza –dijo.
Esa noche, los cuatro se sentaron a planear.
–Yo puedo trabajar los sábados –dijo Lena–, y guardar esa plata solo para el viaje.
–Yo dejo el helado todo el año –dijo Vicente.
–Yo puedo regar los jardines de los vecinos –agregó Millaray–. Me pagan mil pesos cada vez.
El papá, Andrés, habló al final: –Y todo lo que juntemos lo metemos en el banco, para que dé intereses.
Cada mes anotaban cuánto llevaban ahorrado. Algunos meses avanzaban rápido, otros casi nada, pero nunca dejaron de sumar.
Un año después, los cuatro iban en el tren rumbo a Machu Picchu, con ganas de ver de cerca el Huayna Picchu, el cerro puntiagudo que habían visto en tantas fotos.
–Lo logramos entre todos –dijo Vicente.
–Perseguimos una meta –dijo Lena.
–Y planificamos –dijo Andrés.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Ilustración: Ignacia Santillán

¿QUÉ TAN ALTA PUEDE LLEGAR TU TORRE?

REÚNE 10 OBJETOS SEGUROS Y CONSTRUYE LA TORRE MÁS ALTA QUE PUEDAS.



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

SI SE CAE, CAMBIA ALGO Y ¡VUELVE A PROBAR!

Mi puerta favorita

En el pasillo de la casa de la abuela había una puerta que Variña adoraba abrir a escondidas.

Adentro no había juguetes, ni ropa, ni nada de eso. Había frascos y más frascos: mermeladas de todos los colores, ajíes flotando en vinagre, condimentos con nombres raros de países lejanos. Un tesoro entero, guardado en la oscuridad de un clóset.

–Ven a ayudarme –le decía su abuela, y juntas hacían tallarines: ella los estiraba, Variña los enrollaba, y después, sin que nadie se diera cuenta, desaparecían de la cocina antes de llegar a la mesa.

Con los años, Variña creció, pero nunca olvidó esa puerta ni ese olor a mermelada casera.

Hoy, en el campo, entre cerros y viñedos, ella hace lo mismo que hacía su abuela, pero para muchísima más gente: cocina con los mismos sabores de esa despensa secreta, verduras recién cortadas, carnes doradas al fuego, y postres que saben a casa.

Y aunque su cocina de hoy es enorme, con mesas larguísimas bajo la cordillera, en el fondo sigue siendo la misma niña, abriendo con cuidado la puerta de una despensa llena de deliciosos secretos.

Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en la banquetera Variña Astorga y su propuesta gastronómica en Pirque, Región Metropolitana.

Ilustración: Karina Letelier

El río del desierto

En medio del desierto más seco del mundo, atravesando Calama, corre un río: el Loa, el más largo de todo Chile.

–¿Un río, aquí? –preguntaba cualquier visitante, sorprendido, la primera vez que lo veía.

Pero cuando se acercaban, muchos se encontraban con algo que no esperaban: bolsas, botellas y basura flotando entre el agua.

A Leslie eso le dolía en el orgullo. Para ella, su ciudad – con desierto y todo– era preciosa, y no le parecía justo que la conocieran solo por estar sucia.

–Esto no puede seguir así –dijo, arremangándose–. Si nadie más lo hace, empiezo yo.

Se metió al río y empezó a sacar bolsas de basura, una por una, ella sola.

Pronto entendió que limpiar una sola vez no bastaba: la basura volvía a aparecer apenas se daba vuelta.

Necesitaba que más gente entendiera por qué cuidar el río importaba.

Así que empezó a hacer algo más: fue a colegios, juntas de vecinos y empresas, enseñando a separar la basura antes de que llegara al agua. Instaló puntos verdes por toda la ciudad, y poco a poco, más y más personas se sumaron a cuidar su río.

Hoy, Calama y su río están mucho más limpios, y a Leslie le brillan los ojos de orgullo.



Este cuento está inspirado en Leslie Plaza, fundadora de Redimir, empresa de reciclaje y educación ambiental en Calama, Región de Antofagasta. Apoyado por Inacap.



Un ejército enano

–¡Escuadrón, atención! –grita la capitana bacteria, aunque nadie en el mundo humano puede oírla: es tan chica que ni con lupa se le ve la boca.

Frente a ella, en fila, están sus tropas: el Pelotón del Polvo, que se come el polvo fino que enferma a los mineros; el Pelotón de las Cañerías, que patrulla los tubos para que no se rompan; y el Pelotón de la Basura, recién llegado de la Patagonia, que se come el gas de los vertederos.

–¿Y si el trabajo es muy grande para nosotros? –pregunta un soldado nuevo, nervioso.

–¿Grande? Llevamos millones de años ganándoles a cosas más grandes que esta, responde la capitana.

Detrás de esta tropa hay otro grupo que tampoco se ve: un equipo de científicas que las entrena y las manda a cumplir su misión, sin hacerse notar.

Esa noche, mientras la mina duerme, cada pelotón cumple su trabajo: comen, limpian, protegen. Despacito y sin molestar a nadie, un ejército del tamaño de nada hizo, otra vez, algo enorme.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Pamela Chávez, creadora de Domolif, empresa de biotecnología con base en Antofagasta.



Hecho a mano

Ilustración: Daniela William

Existe un lugar lleno de herramientas gigantes y preciosas: una prensa de imprenta del tamaño de un refrigerador, telares con hilos a medio tejer, cajones repletos de letras de metal, garlopas de carpintero alineadas de más chica a más grande. Herramientas que antes se usaban para los oficios de siempre –imprimir, tejer, tallar madera– y que hoy están ahí para que nadie olvide lo que se puede hacer con las propias manos.

Pepa llegó de la mano de su tía, mirando todo con los ojos bien abiertos.

–¿Y esa cosa, qué hace? –preguntó, señalando la prensa gigante.

–Aplasta niñas curiosas –dijo la tía, sin sonreír, hasta que Pepa se rió primero. Ahí se rió ella también.

–Hoy tenemos una misión –anunció la tía, sentándola frente a un montón de piezas de madera con forma de alas, cuerpo y cola–. Vamos a lijar, perforar y armar. En ese orden, con cariño, como una verdadera carpintera.

Pepa siguió cada paso al pie de la letra, y le presentó el pajarito terminado a su tía.

–¿Ahora vuela? –preguntó, ansiosa.

–Quizás –dijo ella, colgando el móvil de un clavo junto a la ventana.

Justo entonces entró una corriente de aire, y el pájaro empezó a mover las alas, despacio, como si de verdad respirara.

–¡Vuela de verdad, vuela mi pajarito! –gritaba Pepa.

–¡Misión cumplida! –dijo la tía–. Ahora lo tendrás todos los días volando al lado de tu ventana, hecho completamente con tus manitos.

Este cuento está inspirado en el Museo Taller, fundado por Francisco Dittborn en Santiago.



Ilustración: Ignacia Santillán

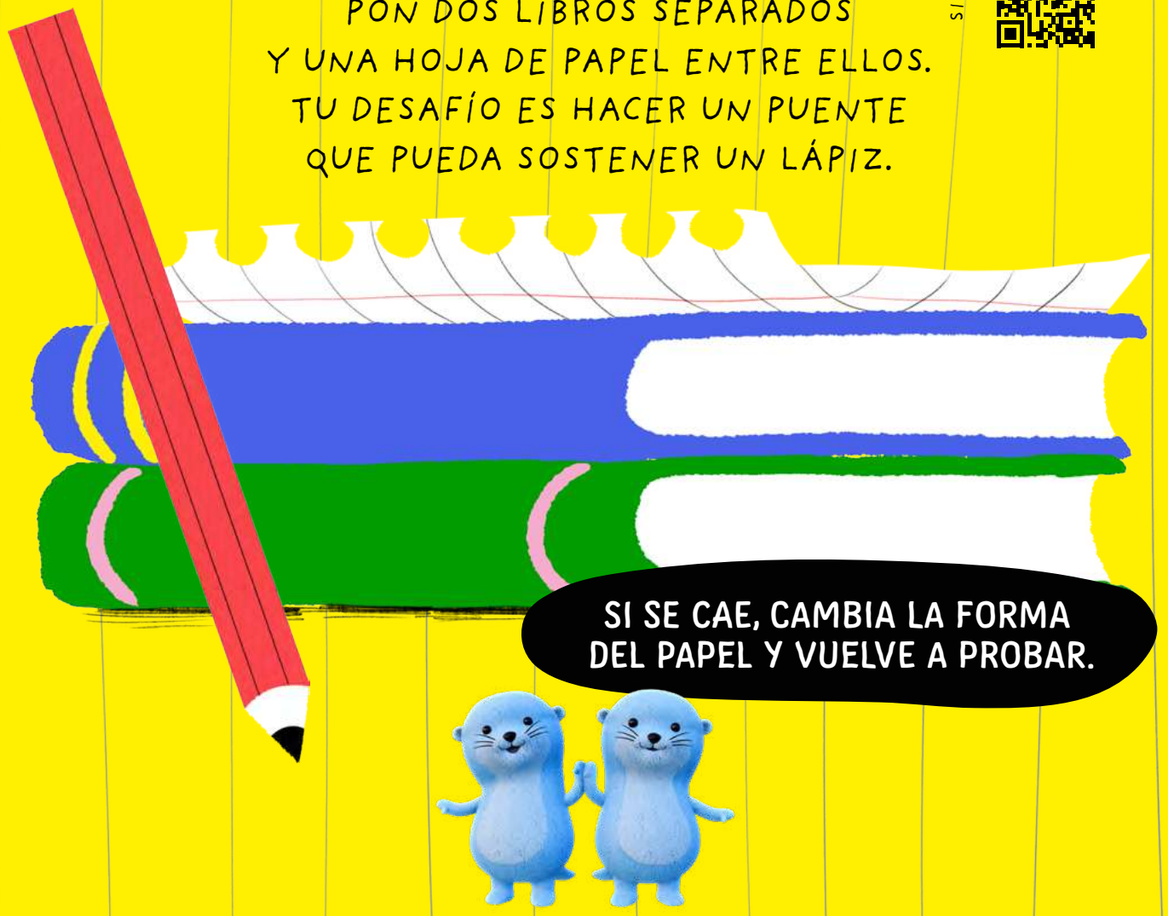
LAS RUTAS DEL DESIERTO

En el desierto de Antofagasta, los camioneros contaban leyendas sobre Eduardo. Que nunca llegaba tarde. Que se sabía cada bache del camino. Que de chico, en Bolivia, había arreado llamas por cerros que nadie más conocía.
Rorro, conductor nuevo, lo imaginaba enorme y serio, con voz de trueno.
El primer día que lo vio, Eduardo se bajó en plena ruta. Llevaban horas manejando por el desierto, con el sol encima y el camión cargado de cilindros de gas, y todavía les faltaban familias por abastecer. Eduardo se acercó y le preguntó una sola cosa:
–¿Has tomado suficiente agua? Es muy importante.
Eso fue todo. Subió de nuevo y se fue.
Rorro se quedó parado en la carretera, con su botella en la mano.
Tenía sentido, pensó Rorro. Quien creció cuidando animales en el altiplano sabe que en el desierto, lo primero es cuidar a los que van contigo.

Este cuento está inspirado en Eduardo Salvatierra, transportista de Lipigas, en la Región de Antofagasta. Apoyado por Lipigas.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

PON DOS LIBROS SEPARADOS
Y UNA HOJA DE PAPEL ENTRE ELLOS.
TU DESAFÍO ES HACER UN PUENTE
QUE PUEDA SOSTENER UN LÁPIZ.



DI 4 COSAS QUE PUEDES Y SABES HACER
EMPEZANDO CON "YO PUEDO...".

YO PUEDO:

YO PUEDO:

YO PUEDO:

YO PUEDO:

Profe de la noche

Aa Bb Cc Dd Ee

Ilustración: Antonia Berger



Mi abuelo era alguien muy especial.
Era un profesor que hacía clases en un pueblo tan lejano y frío que casi nadie llegaba hasta ahí: Puerto Aysén.
Ya está en el cielo, pero yo lo llevo conmigo todos los días.
De niño, mi papá me contaba que mi abuelo enseñaba a leer con una lámpara de aceite, en la cocina, porque de noche no había electricidad. Y no solo hacía clases a los niños: abrió una escuela nocturna, para que los adultos que trabajaban todo el día pudieran aprender a leer cuando tenían un rato libre.
Cuando me hice grande, quise seguir sus pasos. Una pregunta no dejaba de darme vueltas: ¿quién le enseña hoy al adulto que trabaja todo el día y quiere seguir estudiando?
Así que creé algo parecido a la escuela de mi abuelo, pero mucho más grande: un lugar donde cualquiera puede seguir aprendiendo desde cualquier lugar y a cualquier hora. Y, cada vez que alguien termina un curso, pienso en mi abuelo, enseñando a leer bajo esa lámpara.

Este cuento está inspirado en Horacio Pavez Aro y Grupo Enovus.

Mucho que enseñar

Ilustración: Daniela William

Mateo no entendía por qué sus papás querían ir al desierto. Nada de piscina, nada de wifi, nada de nada.
–Aquí no hay nada –dijo, cruzado de brazos.
Pero en el jardín del hostal en San Francisco de Chiu Chiu, vio un tubo larguísimo apuntando al cielo.
–¿Y eso? ¿Un cañón?
–Un telescopio –dijo Silvia, la dueña–. Esta noche lo descubres.
Mateo pensó que "descubrir un tubo" no sonaba muy emocionante.
Se equivocaba.
Después de comer, Silvia apagó todas las luces, hasta el letrero de la entrada. Mateo levantó la cabeza y se quedó con la boca abierta.
Nunca había visto tantas estrellas juntas.
–¿Y esa mancha blanca?
–La Vía Láctea. La misma que miraba la gente que vivió acá hace miles de años, para saber cuándo sembrar y cuándo cosechar.
–O sea que las mismas estrellas que veo yo, las vieron ellos.
–Las mismas.
–¿Y cómo sabe usted tanto de esto?
–Tal vez porque fui profesora y me gusta aprender y enseñar.
Mateo se durmió pensando que sus papás sí tenían razón. En el desierto no había nada.
Excepto el mejor cielo del mundo, y una señora que sabía contarlo sin necesitar wifi.



Este cuento está inspirado en Sol del Desierto, proyecto creado por Silvia Lisoni, en San Francisco de Chiu Chiu, Región de Antofagasta. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.

El mensajero invisible



Cada vez que su mamá pasaba la tarjeta en la caja del supermercado, Ignacio se quedaba mirando fijo, esperando ver algo que nunca aparecía.

Según él, tenía que haber un mensajero invisible: alguien que salía disparado apenas sonaba el "pip" de la máquina, corría hasta un banco lejano, agarraba billetes, y volvía antes de guardar las bolsas.

–¿Cómo hace para llegar tan rápido? –le preguntó un día a su mamá, muy serio.

Ella se rió: no había mensajero, ni billetes en un cajón. La plata de mamá, en el banco, no eran billetes ni monedas: era un número, anotado en una computadora.

Pagar con la tarjeta era solo restarle un poco a ese número, y sumárselo al número de la tienda, en el mismo segundo.

–Entonces, ¿no es magia? –preguntó Ignacio, un poco decepcionado.

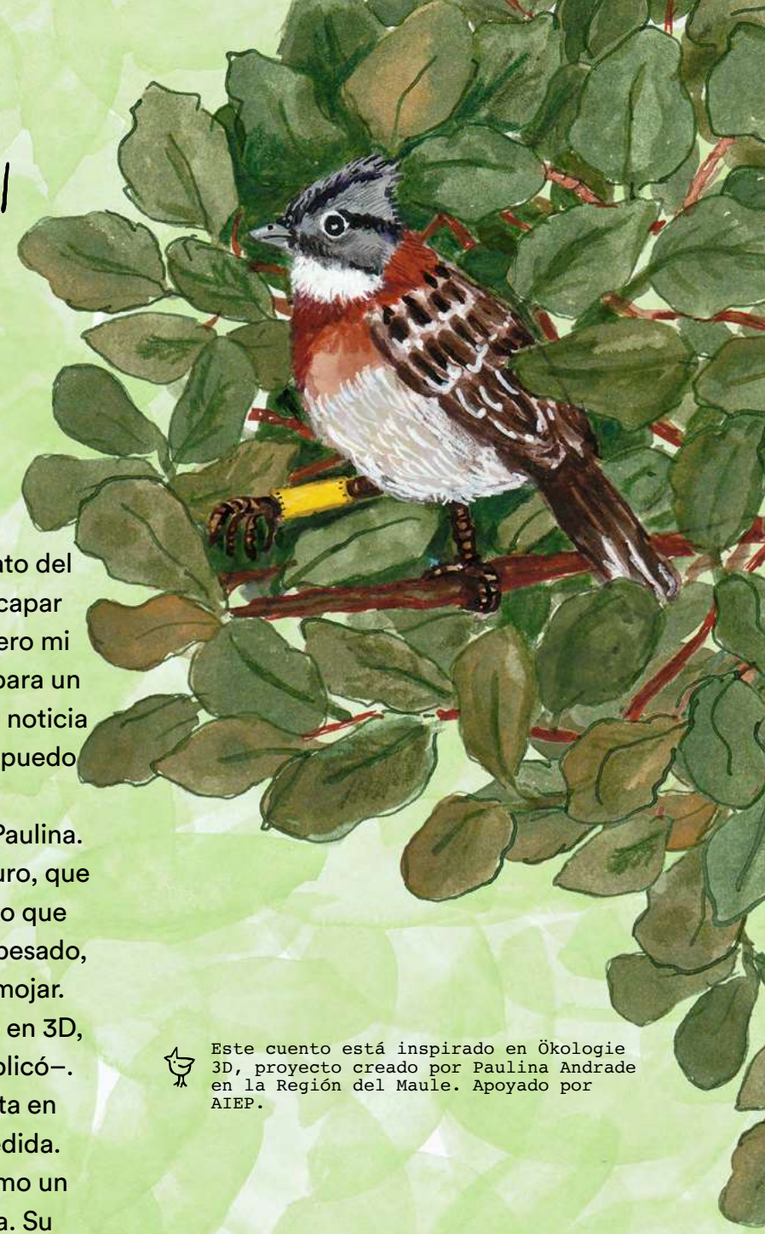
–Es mejor que magia –dijo su mamá–: es ese mismo número, moviéndose tan rápido que parece invisible.

Esa noche, Ignacio se quedó dormido imaginando millones de números viajando de un banco a otro, en silencio, sin que nadie los viera pasar.

Ilustración: Ignacia Santi/Jan

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Un chincol con SUERTE



Un segundo de descuido y el gato del vecino casi me mata. Logré escapar entre las ramas de un quillay, pero mi patita quedó muy malherida. Y para un chincol de campo, eso es la peor noticia del mundo: ¡sin patita firme, no puedo volar!

Por suerte, caí en las manos de Paulina. Ella hace férulas –el yeso del futuro, que reemplaza al viejo y blanco yeso que tus amigos llenaban de dibujos: pesado, incómodo, y que no se puede mojar.

–Con una máquina que imprime en 3D, haré algo nuevo para ti –me explicó–.

Una férula cómoda, liviana, lista en minutos, y hecha justo a tu medida.

Me midió la patita, delgada como un fósforo, y diseñó en la pantalla. Su máquina sonó: ¡zzzt, zzzt, zzzt! Y salió una mini férula, liviana como una pluma.

Me la puso con cuidado. Di un par de saltitos y... ¡zaz!, salí volando directo a la copa del árbol.

Ese día, el chincol con suerte se encontró con la ciencia y la tecnología y aprendió que los animales también pueden vivir mejor con ella.

Este cuento está inspirado en Ökologie 3D, proyecto creado por Paulina Andrade en la Región del Maule. Apoyado por AIEP.

Ilustración: Virginia Donoso





El capitán de la mesa larga

Un cocinero soñador tuvo una idea gigante: armar la mesa más larga del mundo, para que nadie se quedara sin comer.

Pero para llenar esa mesa, necesitaba ingredientes. Así que empezó a rescatar verduras que nadie más quería: zanahorias enroscadas, tomates arrugados, papas llenas de ojos de papas, que los supermercados no compraban.

–¡A esta zanahoria le sobra el sabor, y le sobran cototos! –decía, mostrándosela a un grupo de jóvenes que estaban aprendiendo a cocinar con él.

Les enseñó a cortar, sazonar y servir, como verdaderos chefs, usando esos ingredientes que otros habían descartado.

Con las ollas ya hirviendo, prepararon comida para miles de personas: familias que necesitaban un plato caliente, niños aprendiendo a comer sano, jóvenes buscando su primer trabajo en una cocina.

Hoy, ese cocinero y su mesa larga se conocen en varios países. Y en su mesa, siempre hay un lugar más: una silla vacía, esperando a quien todavía no ha llegado.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en la Fundación Gastronomía Social, liderada por Rafael Rincón, presente en Chile, Colombia, Perú y Argentina.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

PIENSA EN UN LUGAR DONDE TE SIENTAS PARTE DE UN GRUPO, COMO TU CASA, CURSO O EQUIPO. AGREGA 3 COSAS QUE HACEN ESPECIAL ESTAR AHÍ.

1

2

3



INVITA A LAS PERSONAS CON LAS QUE VIVES A JUGAR

"EN MI CANASTA LLEVO".

UNA PERSONA EMPIEZA DICIENDO UN OBJETO. LA SIGUIENTE REPITE ESE OBJETO Y AGREGA UNO NUEVO.

¡EL DESAFÍO ES RECORDAR LA LISTA COMPLETA SIN EQUIVOCARSE!

JUEGA A "¿QUÉ PREFIERES?" CON OTRA PERSONA. POR TURNOS, INVENTEN PREGUNTAS CON DOS OPCIONES, COMO

¿VOLAR o SER INVISIBLE?

CADA UNO ELIGE UNA Y CUENTA POR QUÉ.

CUÉNTALE A ALGUIEN CÓMO TE SENTISTE HOY SIN DECIR LA EMOCIÓN. ELIGE UN COLOR, UN ANIMAL Y UN TIPO DE CLIMA QUE SE PAREZCAN A CÓMO TE SENTISTE.

¿PUEDE ADIVINAR TU EMOCIÓN?



ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS



Las palabras BAILARINAS

Martín nunca supo bien cómo decir lo que sentía. Las palabras se le atoraban, como autos pillados en un taco.

Hasta que un día, caminando al colegio, descubrió algo: si le ponía ritmo a lo que pensaba, las palabras dejaban de atascarse y salían solas, una tras otra.

–¡Mira esa micro doblando en la esquina, corre tan rápido que parece bailarina! –improvisaba con todo lo que se le cruzaba en el camino.

Sus amigos se reían, y después querían intentarlo también.

–Yo no sé rimar –se quejaba uno.

–Nadie sabe hasta que lo intenta –contestaba Martín–. Aquí no hay respuesta mala, solo falta ritmo.

Con los años, ese juego de la calle se convirtió en su trabajo: creó un centro freestyle, donde los niños que no encuentran las palabras se juntan en ronda a inventarlas.

Si alguien se traba a mitad de una rima, la ronda entera aplaude. Y ahí, entre risas, siempre aparece el verso que faltaba:

–Donde antes las palabras se quedaban a medio camino, ¡ahora salen bailando, siguiendo su propio destino!

Ilustración: Antonia Berger

Este cuento está inspirado en Martín García, creador de Centro Freestyle, una iniciativa que ayuda a niñas y niños a superar la timidez y a expresarse a través del lenguaje en la Región Metropolitana.



Ilustración: Virginia Donoso

EL CORAZÓN del planeta

Si me ves desde el espacio, soy solo un punto blanco. Chiquitito. Casi invisible.

Pero acércate, y vas a descubrir mi secreto: me llamo Antártica, y soy el corazón del planeta. De verdad, de verdad.

Cada invierno, mi hielo late: crece y crece, tanto que duplica su tamaño. Y cuando eso pasa, empujo agua fría hacia el fondo del mar, tan lejos que le llega a medio planeta. Después viene el agua tibia a reemplazar el agua fría, y así.

Baja, sube. Baja, sube. Tal cual como tu corazón, solo que a mí me toma meses, no segundos.

Y mientras late, ¡ojo!, no dejo a nadie botado. Los pingüinos anidan sobre mi espalda. Los emperadores, que son los más valientes de todos, se quedan cuidando sus huevos en pleno invierno, con un frío que congelaría hasta un a helado.

Las focas de Weddell duermen la siesta sobre mi hielo y después se lanzan a cazar peces de hielo. Sí, así se llaman de verdad algunos peces por acá.

Y las ballenas jorobadas nadan miles de kilómetros, solo para venir a comer aquí, porque en mis aguas el banquete de krill nunca se acaba.

Cuando yo estoy bien, ellos están bien. Y cuando ellos están bien... tú también.

Estamos todos conectados. Aunque yo esté tan lejos que ni me veas desde tu ventana.

Este cuento está inspirado en datos reales recogidos por los programas de sostenibilidad de la empresa de turismo Antarctica21 y la Fundación Antártica21, comprometidas con visitarla de manera responsable, promover la comprensión y protección del séptimo continente desde la Región de Magallanes y la Antártica Chilena.



¡Nadie lee, esto es el fin!

Ilustración: Ignacia Santillán



Camilo se tiró al sillón desesperado, ¡rendidoooo!

–¡Los niños ya no leen! –gritó al techo–. ¿Quién va a leer este cuento? ¿Este libro? ¡ESTO ES EL FIN!

Su gato lo miró sin ninguna preocupación y siguió durmiendo.

–Nadie tiene la culpa –dijo Camilo, ahora hablándole a una planta–. Los videos son divertidos. Los libros son... letras. Muchas letras, una detrás de otra. ¡Pero son TAN buenos!

Se quedó pensando un rato larguísimo. Tan largo, que hasta la planta se aburrió.

Y entonces tuvo una idea.

–Si no puedo ganarle a las pantallas –dijo, con los ojos brillantes y un poco locos–, ¡tengo que convertirme en pantalla!

Así que inventó algo nuevo: leer libros en una pantalla donde, mientras avanza la historia, aparecen imágenes que van cambiando solitas, como una película escrita con tus propios ojos. Vas leyendo, vas ganando puntitos, subiendo de nivel, como en un videojuego, pero con historias de verdad adentro.

–¡Ja! –le dijo Camilo al gato, triunfante–. ¡Ahora sí van a querer leer!

El gato bostezó y empezó a leer.

Este cuento está inspirado en LEO, proyecto creado por Camilo Escobar en Santiago, Región Metropolitana. Apoyado por AIEP.

El gran viaje de Jonathan



Ilustración: Romina Carvajal

De chico, Jonathan hacía aviones de papel, pensando que algún día volaría uno de verdad. Entre Quilpué e Iquique, a los diez años ya vendía en la calle las artesanías de su papá, y soñaba con ser piloto.

Casi lo logró: pasó todo el proceso en la escuela de aviación. Pero al final pedían millones que no tenía, sin poder trabajar mientras estudiaba. El sueño se quedó doblado, como uno de esos aviones que nunca alcanzan a despegar.

Entonces hizo otra cosa: mientras trabajaba toda la semana en otra empresa, empezó de bodeguero los domingos, moviendo balones de gas de acá para allá. Ahí descubrió que si no podía volar aviones, podía hacer volar pedidos. Y comenzó el viaje: de bodeguero a supervisor, de Santiago al sur, por todo Chile, siempre a tiempo.

Hoy tiene a su cargo toda una zona del país: camiones, rutas, entregas, miles de personas que confían en que el gas para la cocina y la ducha llegue a tiempo. No llegó a ser piloto, pero aprendió que se puede cambiar de rumbo sin estrellarse. Y sabe que su viaje ha servido para que sus hijos despeguen más rápido que él.

Este cuento está inspirado en Jonathan Orozco, jefe logístico de Lipigas, en Temuco, Región de La Araucanía. Apoyado por Lipigas.

El tablero parlante



Yo nací en la cabeza de un profe de matemáticas, una tarde en que el pobre ya no soportaba ver caras de miedo cada vez que alguien decía "multiplicación". Empecé como un tablero, con casilleros de colores y un dado que nunca dice mentiras, pero también me he transformado en mazos de cartas y hasta en una app.

Mi estreno en sociedad no fue muy memorable. El profe me mostró a una niña que apenas me miró.

–No puedo –dijo, sin siquiera tirar el dado.

El profesor tiró primero. Le tocó un seis, multiplicó mal a propósito, y toda la sala se rió con ganas.

Al día siguiente, la niña, que se llamaba Antonella, sí quiso jugar conmigo. Le salió un cuatro. Contó los casilleros, multiplicó cuatro por dos, y avanzó ocho casilleros gritando el número como si hubiera anotado un gol.

Desde ese día los niños no me soltaron más. La clase se convirtió en un festival de sumas, restas, multiplicaciones y risas. Y yo, que soy cartón y colores, empecé a gastarme en las esquinas de tanto que me usaban.

Hoy ya no vivo en una sola sala. Hay tableros igualitos a mí en otras escuelas, cada una con su propia Antonella, tirando el dado por primera vez.

Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en el proyecto de innovación matemática de Juan Carvajal, profesor de la Escuela Artística Villa Las Peñas, en Mulchén, Región del Biobío, apoyado por Dale Profe.

DESCUBRE EL NOMBRE DE ALGUIEN QUE VEAS SEGUIDO Y QUE TODAVÍA NO CONOZCAS BIEN. PREGÚNTALE CÓMO SE LLAMA Y, LA PRÓXIMA VEZ QUE LO VEAS, ¡SALÚDALO POR SU NOMBRE!

DESCUBRE 3 TRABAJOS QUE HACEN OTRAS PERSONAS PARA QUE TU CASA, COLEGIO O BARRIO FUNCIONEN MEJOR.

HAZ EL JUEGO DEL PRECIO SECRETO. ESCOGE UN OBJETO DE TU CASA Y PREGÚNTALE POR SEPARADO A QUIENES VIVEN CONTIGO: "¿CUÁNTO PAGARÍAS POR ESTO?". ¡NO PUEDEN ESCUCHAR LAS RESPUESTAS DE LOS DEMÁS! AL FINAL, COMPARA Y DESCUBRE QUIÉN PAGARÍA MÁS.

HAZ UNA REVISIÓN DE TUS COSAS: ENCUENTRA ALGO QUE LLEVES SEGUIDO FUERA DE CASA Y QUE TODAVÍA NO TENGA TU NOMBRE. ¡MÁRCALO PARA QUE SEA MÁS FÁCIL RECONOCERLO SI SE PIERDE! SI NECESITAS AYUDA, PÍDESELA A UN ADULTO.

DESCUBRE ALGO QUE ALGUIEN HAYA HECHO PARA AYUDAR A OTROS Y DÍSELO: "ME DI CUENTA DE LO QUE HICISTE. ¡GRACIAS!".

EN NUESTRA COMUNIDAD HAY PERSONAS PREPARADAS PARA AYUDARNOS EN UNA EMERGENCIA, COMO UN INCENDIO, UN ACCIDENTE O SI ALGUIEN SE SIENTE MUY MAL. DESCUBRE 3 DE ESOS TRABAJOS, DIBÚJALOS Y APRENDE CUÁNDO PODRÍAS PEDIRLES AYUDA.

HAY COSAS QUE USAMOS POCAS VECES Y OTRAS QUE USAMOS TODOS LOS DÍAS. RECORRE TU CASA Y ENCUENTRA 5 OBJETOS DIFERENTES QUE TÚ O TU FAMILIA USEN A DIARIO ¿CUÁLES SON?

PREGÚNTALE A UN ADULTO SI ALGUNA VEZ TUVO QUE JUNTAR DINERO PARA CONSEGUIR ALGO QUE QUERÍA. ¿CÓMO LO HIZO? ¿TUVO QUE ESPERAR MUCHO?



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ



Ilustración: Romina Carvajal

¡ABRÁZAME!

Soy un oso de peluche con un ojo de botón que ya no hace juego con el otro. Vivo en la pieza de una casa donde llegan a vivir muchos niños, y mi trabajo es sencillo: quedarme quieto donde me dejan y no protestar si pierdo alguna de mis partes.

Cada niño me aprieta distinto. A Tomás le gusta morderme la oreja, Martina me usa de almohada, y Josefina goza escondiéndome debajo de la cama. Cada tanto me llevan a lavar, y ese es el único día en que le tengo miedo a algo.

La hora más esperada es el mediodía. La puerta se abre y entra un batallón de adultos, hasta que la sala se llena de voces y juegos. Cada persona se ocupa de un niño, lo mira a los ojos, conversa y lo abraza.

–¡Hola, Tomás, aquí estoy otra vez! –dice una, sentándose junto a su cuna.

–¡Hola, Martina, hoy te traje una canción nueva! –dice otra, al lado. Y así, los niños pasan todas sus tardes acompañados por las mismas voces.

Algunos niños se van pronto a una casa que los espera. Otros se quedan más tiempo, acompañados igual, todos los días, sin falta. Y conmigo mirándolos siempre... ojalá lejos de la lavadora.

Este cuento está inspirado en la historia de Cecilia Rodríguez y la labor de la Fundación Abrázame.

EL CARRO QUE APRENDIÓ A COMPARAR



Ilustración: Ignacia Santillán

El carro número doce del supermercado ya había visto de todo, hasta familias que llenaban su canasto con paquetes sin mirar el precio, para después dejarlos sin abrir en el fondo del refrigerador. Ya ni se sorprendía, y volvía vacío hasta el próximo cliente.

Un sábado lo tomó una señora que empujaba distinto: se detenía en cada pasillo a mirar con calma.

Frente a las galletas, cambió la marca de siempre por una nueva, más barata. Frente a los detergentes, calculó entre el frasco grande y dos chicos, y se llevó el grande. Frente al arroz, tomó dos paquetes parecidos, comparó los números de atrás, y dejó uno en su lugar.

–¿Por qué te demoras tanto, mamá? –le preguntó su hijo, aburrido.

–Porque este cuesta lo mismo, pero rinde el doble –contestó ella, mostrándole el paquete–. Por eso es importante saber qué estás comprando.

El carro doce salió liviano, sin una sola cosa de más. Y por primera vez en mucho tiempo, nada de lo que cargaba terminaría olvidado, sin abrir, en el fondo de un refrigerador.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Este cuento está inspirado en WATERisLIFE, liderada por María José Terré y Renato Muñoz.



Ilustración: Camila Cruz

EL DÍA QUE EL AGUA VOLVIÓ

¿Sabías que hay lugares en el mundo donde los niños no tienen agua? Ni para tomar, ni para lavarse las manos, ni para darle unas gotas a su perrito cuando hace calor.

En algunos pueblos de África, la tierra es tan seca que no llueve casi nunca. En otros, hay un pozo, pero está tan sucio que el agua ya no se puede tomar sin enfermarse.

En un pueblito así vivía una niña llamada Amara. Todas las mañanas caminaba una hora completa, con un balde más grande que ella, solo para traer un poco de agua para su familia.

Un día llegaron unas personas de otro país. No traían agua embotellada. Traían preguntas.

–¿Qué pasó con el pozo viejo? –preguntaron.

–Se rompió, hace años –respondieron los del pueblo.

Así que se sentaron todos juntos: la gente, que conocía cada rincón de su tierra, y los visitantes, que traían herramientas y muchas ganas de ayudar. Entre todos armaron un plan. Limpiaron. Repararon. Probaron una y otra vez. Hasta que un día, del viejo pozo, salió agua limpia, fresca, transparente.

Amara fue la primera en probarla, y lo primero que hizo fue correr a darle unas gotas a su perrito, que llevaba tanto tiempo esperando como ella.



Ilustración: Ignacia Santillán

Brújula del corazón

Yo soy una brújula. Y aunque la mayoría piensa que solo sirvo para señalar el camino, también puedo encontrar vocaciones.

Te preguntarás qué es la vocación. Bueno, te lo explico:

A veces un niño piensa que quiere ser doctor, o cantante, o buscador de hormigas (sí, eso existe, se llama entomólogo), pero no sabe cómo decidirse. Y ahí es donde entro yo.

No apunto para "arriba" ni para "abajo". Apunto hacia lo que a ti te hace brillar.

¿Te gustan los animales? Quizás por ahí. ¿Te gusta armar y desarmar cosas? Quizás por allá. ¿Te gusta cantarle a tu perro canciones inventadas? Bueno, eso también cuenta.

Un día, un profesor llamado Luis se dio cuenta de que muchos estudiantes estaban perdidísimos, dando vueltas sin saber qué estudiar, cómo en medio del mar sin tierra a la vista.

–¿Y si hacemos una brújula, pero para encontrar vocaciones? –pensó.

Así que construyó una. Y funciona parecido a mí: no te dice exactamente qué ser de grande. Solo te ayuda a escuchar lo que dice tu corazón.

Este cuento está inspirado en VocaPath, proyecto creado por Luis Muñoz en Santiago, Región Metropolitana. Apoyado por AIEP.



Ilustración: Florencia Landaeta

¡PLOP, PLOP, PLOP!

–¡Atentos, ahí viene una gordita! –gritó un niño en la cima del cerro, apuntando a una nube densa que flotaba muy bajo.
–¡Sostenla bien que se nos arranca! –respondió su compañera sujetando una malla negra con fuerza.
En un pueblo del norte donde la tierra estaba seca como una tostada, cada mañana amanecía lleno de niebla, pero de agua no caía ni una gota. Hasta que a los vecinos se les ocurrió una idea desopilante: ¡atrapar el agua directo desde el cielo!
Subieron la montaña con redes tejidas. La neblina chocó contra la malla, las gotitas se juntaron y... ¡plop, plop, plop! Empezaron a chorrear por un tubo hacia un estanque.
Pero no se quedaron ahí. Notaron que al lavarse las manos o la ropa se iba muchísima agua casi limpia por el desagüe. ¡Así que inventaron un sistema para sacarle el jabón y mandarla directo al jardín!
Hoy, las plantas de la escuela toman agua de las nubes y de los lavamanos. ¡Y los niños juran que por eso algunas flores huelen a jabón de lavanda!

Este cuento está inspirado en la Fundación Un Alto en el Desierto, liderada por Natalia Rebolledo, y sus iniciativas para frenar la desertificación en la Región de Coquimbo, apoyada por Fundación Mustakis.

La ti-ti-ri-te-ra

En una casa muy pero muy especial, la mamá pasa el día haciendo triquitriquitrac con su máquina de coser, pespunteando trajecitos del tamaño de una mano. El papá habla solo, como una radio, contando cuentos sin parar. Y los niños hacen voces de lobo, de ogros, de princesas, de payasos, de brujas narigonas.
¿Te estarás preguntando si se volvieron todos locos?
¡Nooooo, es que son TI-TI-RI-TE-ROS!
Y de los mejores. Hasta viajan por el mundo con sus títeres, que tienen vida propia.
–¡Oye, no empujes que vas a abollarme la corona de lata! –reclamó un rey elegante, apretujándose en el baúl entre una gata traviesa y un dragón de cresta dorada.
–¡Acomódate nomás, su majestad, que ya nos encierran con candado! –le respondió la gata Perlita, sacudiéndose el polvo de la plaza de Lo Espejo.
La niña de la casa aprendió a coser, a tallar caras de madera, a poner voces de todo lo que puedas imaginar.
Y con sus títeres guardados en un baúl gigante, viajó de plaza en plaza por su barrio hasta cruzar el mundo entero.
¡Y se cierra el telón!

Este cuento está inspirado en la Escuela de Títeres de Elizabeth Guzmán, ubicada en Lo Espejo, Región Metropolitana.



Ilustración: Virginia Donoso

IMAGINA QUE MAÑANA DESPIERTAS CON UN SUPERPODER.
¿CUÁL TE GUSTARÍA TENER Y POR QUÉ?

DIBÚJATE USÁNDOLO.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ





HOY HAZ UN CUMPLIDO QUE NO TENGA QUE VER CON LA APARIENCIA.

PUEDES RECONOCER ALGO QUE ALGUIEN HIZO, INTENTÓ O APRENDIÓ.

Llave silenciosa



Ilustración: Camila Cruz

En la casa de la señora Rosita, en Antofagasta, había una llave que goteaba hace meses.

Tac. Tac. Tac.

Cada vez que llegaba un gasfíter, la señora Rosita se ponía nerviosa. No entendía lo que le explicaban, no sabía si el precio era justo, y siempre terminaba pagando de más.

–Abuela, ¿por qué no reclamas? –le preguntó su nieta Isidora.

–Porque yo no entiendo de cañerías –decía ella, encogiéndose de hombros.

Un día tocaron el timbre. Era Patricia, la vecina de la esquina. Traía una bolsa llena de herramientas y una compañera al lado.

–Nos avisaron que tenías un goteo –dijo.

En veinte minutos, la llave dejó de sonar. Nada. Silencio.

Isidora miraba sin entender muy bien qué había pasado.

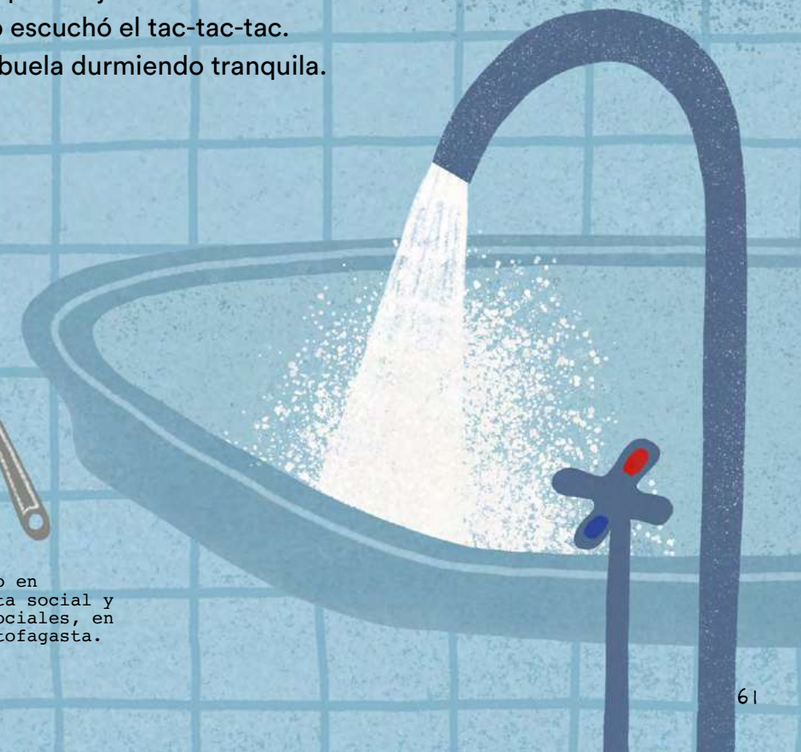
La señora Rosita tampoco entendía del todo. Pero cuando Patricia le dijo el precio, la abuela se sentó en la silla y dijo:

–Eso sí me parece justo.

Esa noche, Isidora no escuchó el tac-tac-tac.

Solo el silencio. Y a su abuela durmiendo tranquila.





Este cuento está inspirado en Patricia Aguilar, dirigenta social y fundadora de Gasfiteras Sociales, en Antofagasta, Región de Antofagasta. Apoyado por Lipigas.

La mochila de Pepita



Era el cumpleaños de Pepita. Como todos los años, abrió su regalo antes de irse al colegio. Era una mochila. Pero no cualquier mochila. Cuando la tocó, le pareció diferente.

–¿De qué está hecha? –preguntó.

–Es una tela de hongos –dijo su papá.

Pepita la miró con cara de no creer. ¿Los hongos no eran esas cosas que salían de la tierra, que a veces su abuela le ponía a la cazuela?

Se la puso en la espalda y fue al colegio. En el recreo, a todos les llamó la atención.

–Es de hongo –decía ella.

–¿De hongo?

–Sí, me la regalaron hoy.

Nadie le creyó. Pero todos la quisieron tocar. Esa tarde, la profesora vio la mochila y se acercó.

–¿Sabes que los hongos se pueden usar para muchísimas cosas más? –le dijo–. Para hacer zapatos, para construir materiales, para curar enfermedades. Hay científicos que creen que los hongos pueden ayudar a salvar el planeta.

Pepita miró su mochila con otros ojos. Había llegado al colegio pensando que era un regalo de cumpleaños.

Resultó ser una puerta a otro mundo.

Ilustración: Ignacia Santillán

Basado en la historia de Spora, empresa de biotecnología fundada en Rengo, Región de O'Higgins, por José Miguel Figueroa. Empresa adherida a la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).

NÚMEROS PIEDRA

Ilustración: Daniela William



Era la carrera de aprender, y la corrían todos los días. Algunos partían por una pista despejada. Otros, como Ema, tenían el camino lleno de piedras: letras que se le mezclaban, números que se le escapaban justo antes de alcanzarlos.

Un día apareció alguien nuevo a su lado: un estudiante de universidad, con más pinta de perdido que de héroe, que se sentaba con ella una tarde por semana, por la pantalla.

–¿Qué se te escapa más? –le preguntó él.

–La tabla del siete –dijo Ema–. Ocho por siete siempre se me pierde.

–A mí también se me perdía. Fíjate en este truco...

Y ahí empezaron: multiplicaciones, sumas con reserva, restas que la hacían enredarse. Practicaban, se equivocaban juntos, se reían de los errores más tontos, hasta que Ema aprendió lo que parecía imposible.

Meses después, en la misma carrera de siempre, Ema miró alrededor. Las piedras seguían ahí, pero ahora sabía exactamente dónde pisar.

Este cuento está inspirado en Francisca Lewin y Conectado Aprendo, fundación que conecta a niños y niñas de Chile con tutores universitarios para acompañarlos en su aprendizaje.

El cohete soñado



En la pieza de Beltrán había un cohete pegado en la pared, pero no era de verdad: era un dibujo gigante, hecho con plumón sobre una cartulina blanca casi tan alta como él.

Cada vez que juntaba parte de la mesada que le daban, coloreaba un pedacito del dibujo. Primero la punta. Después una ventanilla redonda. Después una franja completa de un rojo bien fuerte.

–¿Para qué pintas un cohete de mentira? –le preguntó su prima, que gastaba su plata el mismo día que se la daban, sin pensarlo dos veces.

–Porque estoy ahorrando y cuando esté pintado entero, –dijo Beltrán, sin dejar de colorear con la punta de la lengua afuera– compraré un cohete de verdad.

Pasaron semanas. El dibujo se fue llenando de rojo, azul y un poquito de dorado en las llamas de abajo.

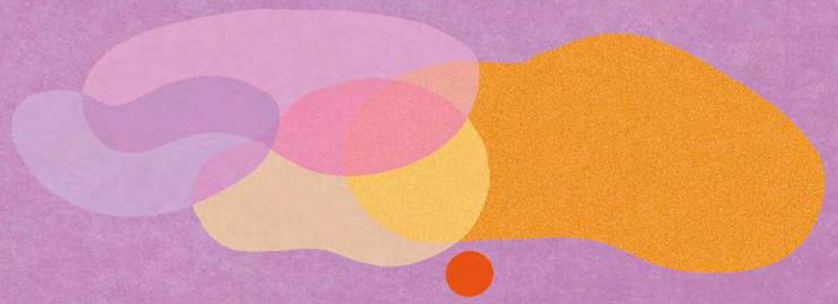
Hasta que una tarde de domingo, Beltrán coloreó el último pedacito que le faltaba: la punta plateada, la más difícil de todas.

Esa misma semana, el cohete pintado se convirtió en un cuadro de su pieza y el de verdad, encima de su velador, en un sueño cumplido.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Ilustración: Ignacia Santillán





Los colores del cielo en un frasquito

Ilustración: Romina Carvajal

De chica, Tere se despertaba temprano solo para ver salir el sol. Miraba cómo el cielo cambiaba de color, poquito a poco: rosado, naranjo, dorado, hasta quedar completamente celeste.

–Ojalá pudiera guardarme estos colores –pensaba, mirando el atardecer desde la playa.

Intentaba pintarlos con acuarelas, pero nunca le salían igual de brillantes. Machacaba pétalos de flores, tratando de sacarles el color, pero se le escapaba entre los dedos.

Años después, Tere tuvo una idea: ¿y si en vez de guardar esos colores en un papel, los guardara en algo que todos pudieran usar?

Mezcló y mezcló, buscando el naranjo exacto de un atardecer, el rosado exacto de una flor recién abierta, hasta lograr tonos que parecían sacados directamente del paisaje.

Así nació su maquillaje: pequeños frascos llenos de amaneceres, de pétalos, de cielos completos, listos para que cualquiera pudiera llevar sobre la piel, un pedacito de la naturaleza que tanto amaba.

Este cuento está inspirado en Tere Irarrázabal y OKWU Beauty, marca de maquillaje inspirada en los colores de la naturaleza.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ENCUENTRA 3 SONIDOS DISTINTOS QUE PUEDAS HACER CON OBJETOS DE TU CASA.

JÚNTALOS EN EL ORDEN QUE QUIERAS Y CREA TU PROPIO RITMO.









¡DESPUÉS REPÍTELO PARA QUE ALGUIEN PUEDA COPIARLO!

MEZCLA DOS COSAS QUE NUNCA ESPERARÍAS JUNTAR: UN ANIMAL Y UN OBJETO. CREA CON ELLOS UN PERSONAJE NUEVO.

¿CÓMO SE LLAMA?





¿QUÉ PUEDE HACER?

Casco mágico

Ilustración: Camila Cruz



¿Sabías que desde hace miles de años existen muchos tipos de cascos?
Cascos de guerreros romanos. Cascos de mineros. El casco de tu bicicleta. El casco del caracol, que se llama caparazón. Hasta un dedal, que es como un casquito para el dedo de quien cose.
Pero nunca, nunca, había existido un casco para mantener redondita la cabeza de un bebé.
Resulta que los bebés duermen boca arriba, para estar seguros de noche. Pero de tanto tenerla apoyada y mirando hacia arriba, a veces su cabecita, que todavía está blanda, se aplana de un lado. Entonces Daniela, una mujer con grandes ideas, pensó: "Ya existen cascos para todo. ¿Por qué no uno para esto?"
Así que diseñó uno: liviano, con agujeritos para que respire la piel, y que no aprieta nada. Solo deja espacio justo donde el hueso necesita crecer.
Y así, semana a semana, la cabeza del bebé encuentra su propia forma redonda.
Un casco más para la lista. Quizás el más importante de todos.





Este cuento está inspirado en Casku, proyecto creado por Daniela Retamales, en Viña del Mar, Región de Valparaíso.

Aire libre

Tomás nunca levantaba la mano. Cada vez que la profesora Paola preguntaba algo, él miraba el cuaderno, esperando que nadie se fijara en él.

Un día, Paola cerró los libros.

–Hoy la clase es afuera –anunció, repartiendo lupas y cuadernos pequeños.

Salieron al campo, cerca de la escuela. Tomás, lupa en mano, reconoció un arbusto de inmediato.

–Este es el calafate. Mi abuela hace mermelada con sus bayas –dijo, sin darse cuenta de que hablaba fuerte.

Sus compañeros se acercaron a escuchar. Un poco más allá, encontraron una chinita roja caminando por una hoja, y Tomás explicó que se come a los bichos malos de las plantas. Después, un chucao cantó escondido entre los arbustos, y él fue el único que supo imitar su sonido.

–¿Cómo sabes tanto? –le preguntó una niña, sorprendida.

–Mi abuela me enseñó –respondió, cada vez más seguro.

Paola lo miró de lejos, sonriendo. El niño que nunca hablaba en clases, afuera, entre plantas y bichos, tenía muchísimo que enseñar.

Este cuento está inspirado en la profesora Paola Villavicencio y su proyecto Exploremos el Territorio, en la Región de Aysén, apoyado por Dale Profe.



Ilustración: Virginia Donoso

Testigos de hielo

Este cuento está inspirado en datos reales recogidos por los programas de sostenibilidad de la empresa de turismo Antarctica21 y la Fundación Antártica21, comprometidas con visitarla de manera responsable, promover la comprensión y protección del séptimo continente desde la Región de Magallanes y la Antártica Chilena.

El profesor Pedro, un pingüino emperador de 50 años, llevaba 20 dando la misma clase.

–¡Bajo nuestras patas está la memoria del mundo! –gritaba cada mañana.

Los alumnos bostezaban. Dormían. Pensaban en la inmortalidad del krill. ¡Solo querían salir a jugar!

Pedro explicaba que el hielo guardaba capas de nieve de hace cien mil años con aire atrapado dentro. Que era como una biblioteca gigante, con muchos datos adentro.

–¡Y debemos evitar que se derritaaaaa! –decía.

Nadie escuchaba. Salvo Teo, el más chico, que se sentaba adelante y tomaba notas con una piedrita en la nieve.

Un día, Pedro terminó su clase y se fue cabizbajo.

Teo lo siguió.

–Profe. Yo voy a cuidar nuestro hielo.

Pedro parpadeó.

–Veinte años –murmuró–.

Veinte años esperando esto. Desde ese día, los dos pasaban largas tardes caminando sobre el hielo.

Pedro contaba. Teo escuchaba.

Meses después, Teo creó el programa Guardianes de la Biblioteca: turnos de vigilancia, charlas para los más chicos.

Al principio venían tres pingüinos. Luego diez. Luego todo el pueblo. Pedro, el profesor, ya no necesitaba gritar.

Ahora tenía cien voces gritando lo mismo que él, y todas sonaban como música.



Ilustración: Virginia Donoso

Chanchito del futuro



Cuando Lucía era chica, ahorraba en un chanchito de greda con un hoyito para meter monedas. Cuando estaba lleno, había que quebrarlo a martillazos.

–¿Y después? –le preguntó su hijo Marco, muchos años más tarde, sentado a la mesa familiar.

–Había que comprar uno nuevo –dijo Lucía.

–¿Y ahora cómo le enseñamos a ahorrar a los niños? –preguntó Gerardo, el papá, sirviéndose café.

–Hagamos una app con un chancho que se pueda romper, pero también reparar –propuso Lucía, la hija ingeniera.

–¡Me gusta la idea! –dijo Sergio, el hijo abogado, tomando lápiz y papel–. ¡Yo redacto los términos y condiciones!

–¿Un chancho reciclable? Explícate, hija –dijo Gerardo.

–Cuando los niños cumplan una meta de ahorro, el chanchito en la pantalla se rompe, con sonido y todo. Pero al pasar al siguiente nivel, amanece entero, rozagante, listo para la próxima.

Esa noche Marco dio las instrucciones al equipo, y por la mañana la app ya estaba casi lista. Cuando la probaron… ¡¡¡¡POM!!!!, el chancho explotó en la pantalla y los cinco gritaron juntos, como si el martillazo se lo hubieran dado a ellos.

Pero faltaba la mejor parte: un segundo después, ahí estaba de nuevo, gordito y entero, con la rendija lista esperando la primera moneda del próximo mes.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en la familia Ponce Meléndez, fundadores de Sermaluc, empresa de tecnología con sede en Santiago.

Cajón tesoro

Ilustración: Camila Cruz



Yo fui, durante un tiempo, un cajón de tomates. Llevaba tomates a la feria y después me botaban. Ese era mi destino: cargar tomates y morir en la basura.

Hasta que Pedro me encontró.

La vida de Pedro se había puesto difícil. Tenía que quedarse cerca de casa, cuidando a su familia, sin poder salir a trabajar lejos como antes.

Me miró un buen rato, dándole vueltas a una idea.

–A ver qué sale de aquí –dijo. Con un martillo, mucha paciencia, y manos que sabía usar desde niño, me desarmó y me armó de nuevo. Salí convertido en un servilletero. Después en un destapador. Después en un portafrascos, lijado tan suave que ni parecía madera vieja. Lo que otros veían como basura, en sus manos se transformaba en algo digno de una vitrina.

Con el tiempo llegaron más cajones como yo, más manos aprendiendo el mismo oficio. Pedro terminó liderando un grupo entero de artesanos que miran lo que nadie quiere, y le encuentran una segunda vida.

Yo, que empecé cargando tomates, ahora me luzco en una repisa de la casa.

Este cuento está inspirado en Pedro Lagos, artesano en madera reciclada y presidente de la Agrupación Ecosustentable Las Flores, en Maipú, Región Metropolitana.
Apoyado por Lipigas.

DIBUJA 3 COSAS QUE AHORA SABES HACER
Y QUE ANTES NO PODÍAS.



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

MÍRALAS Y RECUERDA:

¡YA HAS APRENDIDO MUCHAS COSAS
Y PUEDES SEGUIR APRENDIENDO MÁS!

GUERRA AL SOL



De niño, Mauricio soñaba con ser astronauta. Nunca llegó al espacio, pero un verano en Colina enfrentó algo igual de extremo: el calor más brutal del universo conocido. Su propia casa.
Sin aire acondicionado. Sin ventilador. Con helados que se derretían antes del primer mordisco.
Fue en ese momento de gloria sudorosa cuando a Mauricio le llegó la idea.
La ropa clara refresca. La ropa oscura, achicharra. ¿Y si la casa pudiera ponerse una polera blanca gigante?
No lo pensó dos veces. Consiguió pintura blanca especial, trepó al techo con determinación de explorador, y pintó cada centímetro. Los rayos del sol empezaron a rebotar como si el techo fuera un escudo galáctico. La temperatura bajó. La casa respiró.
Misión cumplida.
Hoy Mauricio recorre Chile haciendo lo mismo por otras casas. Techo por techo, verano por verano.
Nunca necesitó una nave espacial para brillar como una estrella.



Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Powerroof, proyecto creado por Mauricio Medina y apoyado por la Dirección de Investigación e Innovación de la Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH).



Inky el glotón



En los patios de los colegios vive un artefacto raro: se llama Inky y es un contenedor de colores brillantes con pantalla que siempre tiene mucha, pero mucha hambre.
Su comida favorita: botellas de plástico y latas. No solo porque las encuentra ricas, sino porque sabe que al comérselas, ayuda al medio ambiente a estar más limpio.
–Hola –parpadea su pantalla cuando alguien se acerca–. ¿Qué me trajiste hoy?
Cuando alguien le da de comer una botella, la guata de Inky se ilumina entera, como si acabara de probar el mejor helado del mundo. Suma puntos. Sube en el ranking.
Compite contra los otros Inky del colegio de al lado, del mall, de la plaza.
–¡Me ganaste otra vez! –le grita Inky a su rival, que come tres cuadras más allá.
–¡Quiero más latas! –responde otro Inky desde la plaza.
Y solo paran cuando se les llena la panza. Ahí mandan un mensajito urgente:
–¡Auxilio, estoy lleno, vengan a vaciarme antes de explotar!
Y así, gracias a los Inky y su guata glotona, reciclar se transformó en un juego que nunca para porque a ellos solo les importa una cosa: ¿qué les trajiste de comer hoy?



Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en Redciclach, proyecto creado por Roberto Peña, apoyado por la Universidad de Santiago de Chile a través de su incubadora de negocios Innovo USACH.

LA PLATA QUE NO SE TOCA

Coni cuidó al perro de sus vecinos durante todo el fin de semana: paseos antes del colegio, comida a las seis en punto, y una pelota lanzada como mil veces por el patio.
El domingo en la noche, cuando le devolvió las llaves, la vecina le preguntó: –¿Le hago una transferencia a tu mamá?
Coni no entendía bien la pregunta, así que fue corriendo a buscarla.
Un minuto después, el celular de su mamá sonó con una notificación: has recibido quince mil pesos.
–¿Y esa plata es mía? –preguntó Coni, mirando la pantalla sin sacarle los ojos de encima.
–Es tuya –dijo su mamá–. Te la ganaste cuidando al perro todo el fin de semana. Antes te la habrían puesto en la mano, en billetes. Ahora simplemente aparece, ya contada, en la cuenta.
Coni se quedó mirando el número en el teléfono, sin poder tocarlo ni guardarlo en un bolsillo. Pero sabía, tan bien como si lo hubiera tenido entre los dedos, que esos quince mil pesos eran completamente suyos: el pago justo por dos días enteros de trabajo.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.



Ilustración: Ignacia Santillán

Ojo de pincel

De niño, Andrés y su hermano salían de caza. Pero no cazaban para comer, ni para asustar a nadie: cazaban mariposas con una red, y las devolvían enteras después de mirarlas de cerca. También juntaban huesos, piedras raras, cualquier cosa que la naturaleza hubiera dejado tirada por ahí para que alguien curioso la encontrara.

–¿Y este hueso de qué animal es? –le preguntaba a su papá, mostrando su tesoro del día.

Un día, su papá lo llevó a una tienda y le dejó elegir sus primeras acuarelas de verdad, de esas que usan los pintores grandes.

–Elige tú –le dijo–. Las que más te gusten.

Desde ese día, Andrés cambió las redes de cazar mariposas por pinceles. Empezó a "cazarlas" de otra forma: pintándolas tan reales que parecían a punto de salir volando de la página.

Hoy vive frente al mar, en Las Cruces, y sigue haciendo lo mismo que de niño: mirar con mucha atención, y guardar lo que encuentra. Solo que ahora, en vez de un bolsillo lleno de piedras, tiene libros enteros hechos a mano, con pájaros tan bien pintados que otros pájaros de verdad se asoman a la ventana a hablarles.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en el ilustrador naturalista Andrés Jullian y su taller en Las Cruces, Región de Valparaíso.

Un viaje al interior de la Tierra



Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en Mundo Telúrico, modelo didáctico desarrollado por Claudia Vergara, que permite visualizar la estructura interna de la Tierra.Apoyada por la Dirección de Innovación y Transferencia de la Universidad Alberto Hurtado.

Jacinta tenía una pregunta que siempre volvía a su cabeza:

–¿Por qué tiembla tanto en Chile?

Un día, su profesora llegó a la sala con algo que parecía un planeta Tierra en miniatura.

–Hoy vamos a mirar donde nuestros ojos no pueden llegar –anunció.

Jacinta se acercó intrigada.

La profesora abrió el modelo y aparecieron distintas capas. Después, movió algunas de sus piezas para mostrar lo que ocurría bajo sus pies.

–La superficie de nuestro planeta está formada por grandes placas que se mueven muy lentamente –explicó–. Chile se encuentra justo donde se encuentran dos de ellas.

Jacinta tomó las piezas y comenzó a moverlas.

Vio cómo una placa podía introducirse debajo de otra y comprendió que, aunque la Tierra pareciera quieta, por dentro estaba siempre cambiando.

–¡Entonces los terremotos no aparecen de la nada! –exclamó.

La profesora sonrió.

–Exactamente. Nuestro planeta está vivo y en constante movimiento.

De regreso a casa, Jacinta miró el suelo mientras caminaba. Era el mismo de siempre, pero ahora lo imaginaba de otra manera: con enormes placas moviéndose muy lentamente bajo sus pies.

Por primera vez había podido ver algo que ocurría a kilómetros de profundidad. Y todo gracias a un pequeño mundo que podía sostener entre sus manos.

CADA MAÑANA, AL DESPERTAR, DI EN VOZ ALTA:

¡HOY SERÁ UN BUEN DÍA!

INTENTA HACERLO DURANTE 21 DÍAS SEGUIDOS.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

HAZ EL DESAFÍO DE LOS 5 SENTIDOS Y ENCUENTRA:

- **5** COSAS QUE PUEDAS VER
- **4** COSAS QUE PUEDAS TOCAR
- **3** COSAS QUE PUEDAS ESCUCHAR
- **2** COSAS QUE PUEDAS OLER
- **1** COSA QUE PUEDAS SABOREAR



INTENTA ENCONTRAR TU REFLEJO EN 3 LUGARES DONDE NO HAYA UN ESPEJO Y MIRA CON ATENCIÓN.

¿TU IMAGEN SE VE IGUAL EN TODOS?

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

El equipo más sabroso



–¡Detengan todo! ¿De dónde salió este tomate? –preguntó Camila examinando la cocina con una lupa imaginaria.

Sus jóvenes alumnos, con los delantales puestos y las manos en la masa, se miraron entre sí.

–¡Del supermercado, profe! –respondió uno riéndose.

–¡Negativo! –sonrió Camila–. Ese tomate viajó desde la tierra, cuidado por un agricultor bajo el sol, y merece que lo tratemos con respeto.

Camila aprendió el amor por la cocina mirando a su abuela preparar quesos y conservas desde cero. De grande, tras cocinar en grandes restaurantes, descubrió que la comida era la mejor herramienta para conectar y ayudar a las personas.

Por eso se sumó a una fundación donde acompaña a jóvenes que sueñan con ser cocineros. Entre ollas, cucharones y muchos ingredientes, no solo les enseña los secretos de una receta perfecta, sino también a conocer de dónde viene cada alimento, a cuidarlo y a descubrir que con la cocina también se puede ayudar a los demás.

¿Su mayor logro? Formar un gran equipo de cocineros apañadores y preocupados del origen de los ingredientes. ¡Porque un plato de rica comida no solo está lleno de sabor, también cuenta un montón de historias!

Ilustración: Antonia Berger

Este cuento está inspirado en Camila Moreno, directora gastronómica de la Fundación Gastronomía Social, que trabaja por el bien común a través de la gastronomía. Apoyada por Inacap.

La rebelión del plato único

Orestes, un Gran Danés de cuarenta kilos, estaba harto de los juguetes diminutos que rondaban por toda la casa y que se tragaba por accidente.
La gata Cleo se enojaba en silencio: los humanos insistían en disfrazarla para Halloween, pero ignoraban por completo su alergia severa al pollo.
–Nos tratan como peluches sin instructivo –maulló Cleo sobre el mesón–. Compran lo primero que ven en la repisa y se sorprenden cuando nos falla la tripa.
Javiera, con sus estudios de veterinaria y diseño, supo descifrar esa queja: el verdadero cuidado es respetar la biología de cada animal. Ahora, todos los meses sin falta, perro y gata reciben cajas pensadas únicamente para ellos: alimento sin alérgenos para Cleo, mordedores resistentes para Orestes y asesoría veterinaria directa para sus humanos.

Hoy en el barrio ya nadie usa sombreros ridículos, pero cada perro y gato recibe exactamente lo que su naturaleza exige. Y así, humanos y mascotas por fin viven felices y tranquilos, sin sustos, sin alergias y sin sorpresas en el plato de comida.

Este cuento está inspirado en Kindy Pet, proyecto creado por Javiera Ponce en Valparaíso y la Región Metropolitana. Apoyado por AIEP.



Ilustración: Virginia Donoso

LA MAMÁ MÁS CREATIVA DEL MUNDO

Felipe había pasado una temporada viviendo con su papá. Cuando volvió a donde su mamá, encontró la casa llena de bolsos.
En la mesa. En las sillas. En el suelo. En su pieza. En la cocina. De tela de colores, con manijas, bien cosidos.
¡Eran muy bonitos!
–¿De dónde salieron? –preguntó extrañado, pero maravillado.
–Los hice yo –dijo ella.
Felipe la miró. Estaba muy feliz de estar de nuevo con su mamá, y muy sorprendido con sus nuevas creaciones.
–¿Cuándo aprendiste?
–No aprendí –dijo ella–. Lo recordé. Era lo que hacía tu abuela.
Felipe agarró uno.
–¿Y para qué los hiciste?
Su mamá sonrió.
–Me ayudaron a estar bien mientras no estabas. Felipe no entendió muy bien.
Pero esa noche, mientras su mamá cosía en la otra pieza, escuchó el sonido de la máquina y se durmió tranquilo.
Tenía a la mamá más creativa del mundo.
Y estaban juntos de nuevo.



Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Deborah Aguirre, trabajadora de mantenimiento e instalaciones de Lipigas, en Maipú, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

Nano y el protector solar

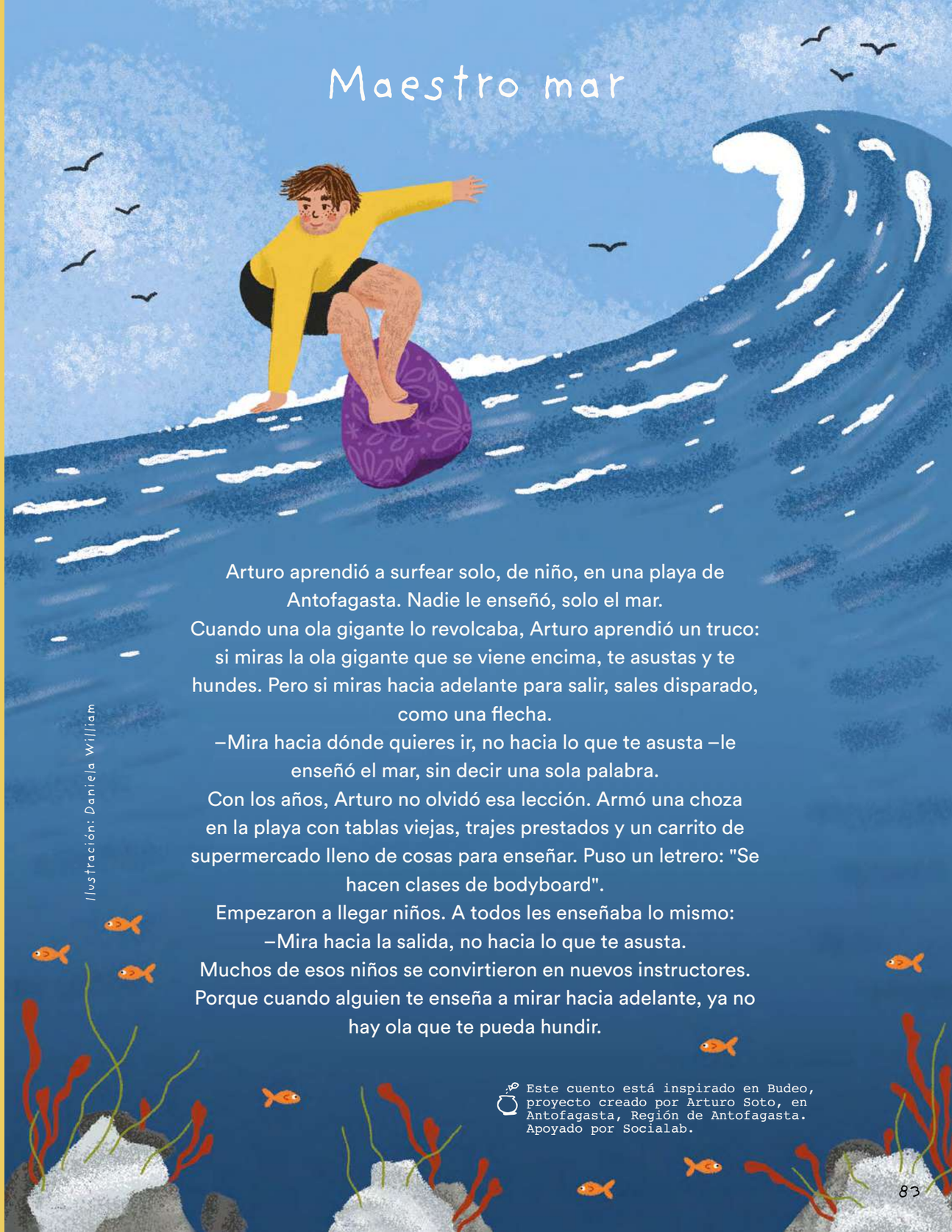


Nano era repartidor, y amaba cuando le tocaba entregar juguetes.
La empresa había llamado a Jazmina para que viniera tres veces por semana. Su trabajo era afuera: entre las bicicletas. Donde los repartidores salían a pedalear, revisaba que nadie se fuera sin casco, sin agua, sin protector solar.
Pero Nano odiaba el protector solar.
–Estoy apurado, tengo que entregar este juguete antes de las cinco. Hay un niño esperando.
–Un minuto. Protector primero –le decía Jazmina.
–¡Pero si no me va a pasar nadaaa!
Porfiado, Nano no se puso suficiente. Ese día hizo mucho calor. Nano pedaleó sin parar. De repente, las piernas dejaron de responderle y la calle empezó a girar. Se sentó a la sombra. Tomó agua a sorbitos, como Jazmina le había enseñado. Se recuperó. Pero el juguete llegó tarde y Nano se puso triste.
Al día siguiente, Nano se buscó el protector solo, sin que nadie se lo dijera.
Luego fue donde Jazmina.
–Gracias –le dijo.
–¿Por qué? –preguntó ella.
–Por insistir.
Jazmina sonrió y siguió caminando entre las bicicletas.

Ilustración: Ignacia Santillán

Basado en la historia de Jazmina Ferrada, prevencionista de riesgos en Envía Chile, en la Región Metropolitana. Empresa adherida a la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).

Maestro mar



Arturo aprendió a surfear solo, de niño, en una playa de Antofagasta. Nadie le enseñó, solo el mar.
Cuando una ola gigante lo revolcaba, Arturo aprendió un truco: si miras la ola gigante que se viene encima, te asustas y te hundes. Pero si miras hacia adelante para salir, sales disparado, como una flecha.
–Mira hacia dónde quieres ir, no hacia lo que te asusta –le enseñó el mar, sin decir una sola palabra.
Con los años, Arturo no olvidó esa lección. Armó una choza en la playa con tablas viejas, trajes prestados y un carrito de supermercado lleno de cosas para enseñar. Puso un letrero: "Se hacen clases de bodyboard".
Empezaron a llegar niños. A todos les enseñaba lo mismo:
–Mira hacia la salida, no hacia lo que te asusta.
Muchos de esos niños se convirtieron en nuevos instructores. Porque cuando alguien te enseña a mirar hacia adelante, ya no hay ola que te pueda hundir.

Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en Budeo, proyecto creado por Arturo Soto, en Antofagasta, Región de Antofagasta. Apoyado por Socialab.



DURANTE UNA SEMANA, CUANDO VEAS UNA LUZ ENCENDIDA QUE NADIE ESTÉ USANDO, ACUÉRDATE DE APAGARLA SI PUEDES HACERLO DE FORMA SEGURA.

¡LLEVA LA CUENTA DE CUÁNTAS VECES LO RECUERDAS!



ES IMPORTANTE CONOCER ALGUNOS DATOS DE LOS ADULTOS QUE TE CUIDAN.

APRENDE DE MEMORIA UNO QUE TODAVÍA NO SEPAS, COMO SU NOMBRE COMPLETO O NÚMERO DE TELÉFONO.

¡PRACTÍCALO HASTA QUE PUEDAS DECIRLO SIN AYUDA!

¡EMPIEZA TU PROPIA COLECCIÓN!

ELIGE ALGO QUE TE GUSTARÍA JUNTAR, COMO PIEDRAS, STICKERS, LO QUE QUIERAS. BUSCA LAS PRIMERAS 5 COSAS PARA COMENZAR.

¿SABÍAS QUE PODEMOS DESCUBRIR EL VIENTO AUNQUE NO PODAMOS VERLO?

SAL AL EXTERIOR Y ENCUENTRA 3 PISTAS QUE TE INDIQUEN SI HAY VIENTO, COMO HOJAS, RAMAS, ROPA O TU PROPIO PELO MOVIÉNDOSE.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

Mi propia pieza





Rayén compartía pieza con sus dos hermanos, en un departamento chico donde apenas cabían las cuatro camas.

–Algún día vamos a tener nuestra propia casa, con pieza para cada uno –le prometía su papá.

Una tarde, sus papás juntaron a los hermanos en la cocina.

–Encontramos una casa –dijo su mamá–, pero no alcanza para pagarla completa.

–¿Entonces no podemos? –preguntó Rayén, con el corazón apretado.

–Sí podemos –dijo su papá–. El banco presta lo que falta, y se lo devolvemos de a poco, cada mes, por años. Eso es un crédito, y el pago de cada mes se llama dividendo.

–¿ Nos prestan gratis? –preguntó Rayén.

–No es gratis, el banco cobra algo por prestárnosla antes de tiempo –explicó su mamá–. Eso son los intereses: el precio de no esperar años ahorrando para tenerla hoy.

Se mudaron dos meses después. Cada mes, sus papás marcaban un calendario: cuántos dividendos llevaban pagados, cuántos años quedaban.

Rayén no entendía los números exactos, pero sabía que esa marca era el precio de tener, hoy, una pieza solo para ella.



Ilustración: Ignacia Santillán



Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

LUCHA la que lucha



A las seis de la mañana, Lucha no perdía tiempo vistiéndose: ¡dormía con el uniforme puesto y las zapatillas abrochadas! Su mamá abría la puerta y solo veía un bulto listo para salir corriendo con un palo de hockey en la mano.

En el colegio era tan tímida que casi pedía perdón para decir «presente». Pero al pisar la cancha... ¡Pum! Su palo de madera se convertía en un megáfono gigante y las rivales solo veían pasar un relámpago con trenzas.

Durante años viajó con sus compañeras en buses helados como congeladores y entrenó sin que nadie las mirara.

Ganó medallas y fue la mejor del mundo, pero a Lucha le daba rabia que tantas historias épicas de esfuerzo quedaran invisibles.

–¡Esas luchas no se las llevará el viento! –dijo un día. Y se puso a trabajar en un libro con un montón de historias de chicas esforzadas como ella, muchas entrenando en silencio sin que nadie las conozca.

–Lucha, ¿por qué sigues inventando proyectos si ya ganaste todos los premios? –le preguntó una niña con el libro en la mano.

–¡Porque una medalla cobra sentido cuando la usamos para inspirar a otros! –respondió sonriendo–. Mi sueño es mostrar el valor de las deportistas y abrirles un camino para que tengan apoyo desde el primer día y jamás se sientan solas.



Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Lucha Aymar, ex jugadora de hockey y medallista olímpica por Argentina. Junto a sus compañeras de equipo, lograron transformar un deporte en un país.

Manos en la MASA

–¿Y esta tremenda torta la hizo usted solo? –pregunta un niño, mirando una torta de dos metros y medio de largo, casi tan larga como el auto de su tío.

–Con estas manos –contesta José, mostrándoselas: pegajosas de merengue, blancas de harina hasta el codo.

–Qué asco –dice el niño muerto de la risa, acercándose un poco más igual.

Todos los días, José amasa antes de que salga el sol, prueba la masa "solo para revisar que esté buena" (se la come entera), y vende tortas en la plaza hasta que se acaban.

Esas mismas manos, de chico, aprendieron a recibir cosas que personas buenas llevaban al campamento donde creció. Una Navidad, alguien le regaló una cámara de fotos y nunca supo de quién era.

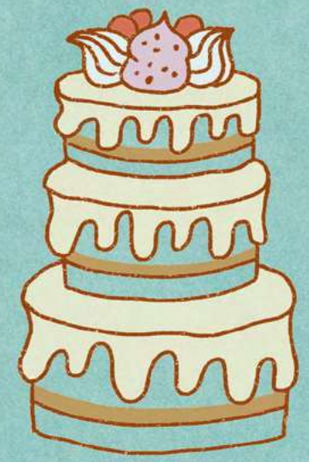
Por eso, para el Día del Niño, Halloween y Navidad, José hace lo mismo que hicieron con él: deja tortas enteras en la plaza de Caldera, sin firma, para que los niños las encuentren.

–¿Y usted no quiere que le agradezcan? –insiste el niño.

–Con que me guarden un pedacito, quedamos a mano –dice José, limpiándose la harina de las cejas con el codo: las manos las tiene ocupadas repartiendo el último pedazo.

Ilustración: Romina Carvajal





Este cuento está inspirado en José González, pastelero y fundador de Astro Cake en Caldera, Región de Atacama, apoyado por Fondo Esperanza.

¿BICHOS EN LA CAMA?



Ilustración: Antonia Berger

Katherina creció con los bolsillos llenos de huéspedes del jardín: chanchitos de tierra, hormigas y orugas. Los cuidaba con tanto esmero que los llevaba a dormir debajo de su almohada.

–¡Niña! –reclamaba su mamá sacudiendo las sábanas–. ¡Otra vez tienes inquilinos en la cama!

A Katherina no le importaba: velar por esas diminutas criaturas era su ocupación favorita. Pasaron los años, pero su vocación de protectora no cambió; solo se volvió microscópica. Un día descubrió a unos seres tan pequeñitos que eran invisibles uno por uno, pero que al juntarse en un ejército, formaban una gelatina a la que le encantaba flotar dichosa en piscinas de té y azúcar. ¿Su gran trabajo? Al tomar ese té dulce, las criaturitas lo transformaban en una bebida viva, burbujeante y excelente para la salud humana llamada kombucha.

Decidida a darles un hogar en su cocina, las invitó a quedarse para probar cómo trabajaban. Aunque al principio la receta falló: las primeras kombuchas resultaron ácidas como el vinagre.

Lejos de darse por vencida, Katherina convocó a dos amigas científicas. Juntas probaron mezclas de té fresco, frutas y burbujas, hasta lograr una combinación suave y deliciosa.

Hoy, cuando la mamá de Katherina la visita, sonríe aliviada: su hija sigue viviendo rodeada de bichos, pero ya no están bajo las sábanas, sino flotando en frascos de cristal que viajan a supermercados para ayudar a cuidar la salud de todo Chile.

Este cuento está inspirado en Katherina Guerrero y sus socias, fundadoras de Zen Kombucha en Valdivia, Región de los Ríos. Apoyadas por Unimarc.

El hechizo de la teja



Ilustración: Ignacia Santillán

A simple vista, una teja es solo un pedazo de barro curvo y aburrido que se pasa la vida en el techo aguantando el sol y la lluvia y a uno que otro pájaro desubicado. Pero en las manos de Marcela, una teja dormilona se transforma en algo que guarda mundos enteros.

Todo empezó el día en que encontró una teja abandonada en la tierra. La recogió para pintar sobre ella el número de su casa. Pero al tocar esa arcilla, algo le susurró: “Marcela, aquí caben recuerdos del campo”.

¡Ahí comenzó el hechizo! Sobre esa arcilla común, empezó a soplarle vida a mundos pequeños: un mini horno que parecía soltar humo de verdad, una cocina campesina con zapallos del tamaño de un botón, cazuelas de pollo ¡y hasta un perrito de greda que casi, casi ladraba!

En las ferias, la gente se queda con la boca abierta, parece que sienten el olor al pan hecho con tanto cariño por sus abuelas.

Marcela sabe que el mayor superpoder no se compra en la tienda: está escondido hasta en una teja vieja, esperando que le pongas tu imaginación.

Este cuento está inspirado en Arteteja, proyecto creado por Marcela Escobar en Graneros, Región de O’Higgins. Apoyado por Super Pollo.



HAZ MEMORIA:

¿CUÁL CREES QUE FUE EL ÚLTIMO OBJETO QUE LLEGÓ A TU CASA PARA HACER ALGO MÁS FÁCIL?



DESPUÉS PREGÚNTALE A UN ADULTO SI ACERTASTE Y QUÉ PROBLEMA VINO A RESOLVER.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

INVENTA UNA CELEBRACIÓN PARA ALGO QUE NORMALMENTE NADIE FESTEJA, COMO EL DÍA DEL CALCETÍN PERDIDO O EL DÍA DE DESAYUNAR AL REVÉS.

PONLE UN NOMBRE Y CREA UNA TRADICIÓN ESPECIAL PARA CELEBRARLA.





ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

Un carrito que viajó sin moverse

Ilustración: Ignacia Santillán



En la plaza de Iquique hay un carrito de café que nunca se ha movido pero ha recorrido muchos países.

–¿Cómo que viajó, si está aquí clavado? –pregunta una niña, mirando el menú.

–Viajó antes de ser carrito –le explican detrás del mesón–. Su dueño anduvo por medio mundo, y se trajo un pedacito de cada lugar.

De la India trajo paciencia, aprendida a la mala. De Tailandia, una idea que se le ocurrió de noche, en una playa. Y ahora, en el menú, trae shakshuka de Medio Oriente, con huevo sobre salsa picante, y burrata de Italia, cremosa como una nube.

El carrito también sabe achicarse y agrandarse. Al principio era solo un cooler con limonada, cargado en un radiotaxi. Después creció tanto que ya no es un carrito: son tres locales, con 48 personas horneando pan desde temprano.

–¿Y qué más trajo? –pregunta la niña, todavía sin saber qué elegir.

–Prueba algo y después vuelve –le dicen–. porque todavía le quedan países por recorrer.

Este cuento está inspirado en Johan Bruna y Silvestre Coffee, ubicado en Iquique, Región de Tarapacá. Apoyado por Co-Imagina.



Súper camión

Cuando nieva fuerte en Coyhaique, la mamá de Bruno dice lo mismo: –Adentro todos. Bruno obedece. Se arrima a la estufa, agarra su libro y escucha el viento golpear la ventana.
Afuera, la calle desaparece bajo la nieve. Los autos no salen. Los negocios cierran. El pueblo entero espera.
Pero por la ventana, Bruno siempre ve lo mismo: un camión solo en la calle que avanza despacio por la nieve, con cadenas en las ruedas, mientras todos se resguardan del frío.
–¿Quién maneja ese súper camión? –le preguntó una vez a su mamá.
–Silvio –le dijo ella–. Siempre es Silvio.
Bruno no conoce a Silvio. Pero sabe que gracias a ese camión, su casa tiene gas. Y si hay gas, hay calor. Y si hay calor, él puede quedarse
leyendo junto a Dino, su perro, al calor de la estufa y de una leche con chocolate, hasta que la tormenta pase.
A veces piensa en el hombre que maneja. En si él también tiene frío, si también quisiera estar junto a la estufa. Y cada vez que el camión dobla por su calle, Bruno y Dino se acercan a la ventana y lo miran hasta que desaparece. Es su manera de darle las gracias.

Este cuento está inspirado en Silvio Vera, transportista de Lipigas, en la Región de Aysén. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Camila Cruz



Amigo Luc

¿Cómo dibujarías tú a un personaje que no se rinde nunca? ¿Que siempre trabaja en equipo? ¿Y que ayuda a todos los que no entienden lo que aparece en la pantalla del computador?
Un día, en una oficina, estaban buscando el mejor dibujo de este personaje. Y para lograrlo, hicieron un concurso entre todos los compañeros.
Llegaron dibujos de todo tipo.
Alguien lo dibujó con antenas, como si captara señales de wifi directo del cerebro. Otro le puso capa, porque un personaje así merecía volar a rescatar clientes en apuros. Uno más exagerado le dibujó un sombrero de mago, con una varita que hacía desaparecer cualquier error del sistema con un solo movimiento. Hasta apareció uno con seis brazos, “para ayudar a varias personas al mismo tiempo”, explicó su creador, muy serio.
Pero el que ganó fue uno blanco y azul, con una cabeza gigante y una pantalla súper expresiva en la cara, siempre con una sonrisa lista para aparecer.
Le pusieron Luc.
Desde ese día, Luc dejó de ser solo una idea y se convirtió en alguien de verdad: vive en la web, en las redes sociales, y hasta existe en peluche. Para las fiestas, aparece en su versión favorita: tamaño natural, con pies de humano, saludando a todo el que se le acerca.
Porque a veces un personaje creado por la imaginación puede ser el corazón de un lugar, y ayudar de verdad a que todo funcione mejor.

Este cuento está inspirado en Luc, la mascota de Sermaluc, empresa de tecnología fundada por Lucía Meléndez y Gerardo Ponce.

Ilustración: Ignacia Santillán

Mi mamá es exploradora

Mi mamá se pone tres pares de calcetines y un gorro de lana gorda para salir a trabajar, porque es exploradora. Cuando era chica en la ciudad, salvaba gusanitos en el recreo, pero ahora en la Patagonia entre los dos buscamos al rey de los cerros: el puma salvaje.
Mi mamá es tan genial que viene gente de países muy lejanos, cruzando el mar, solo para seguir sus pasos en la nieve y aprender a sacar fotos como ella. Todos caminamos en fila india con mochilas pesadas y lentes gigantes que parecen catalejos de barco pirata.
Nos escondemos tras las rocas congeladas, aguantamos la respiración y escuchamos el viento magallánico.
Ella sabe leer los secretos de la montaña. Cuando el gran gato aparece en silencio, mi mamá sonríe, ajusta su cámara y atrapa su mirada sin hacerle un solo rasguño.
Yo ya tengo mi propia camarita, y también decidí qué quiero ser cuando grande. Quiero ser explorador, andar con las botas embarradas, conocer personas de todo el mundo y cuidar a los animales del sur, exactamente igual a mi mamá.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en la fotógrafa Cristina Harboe y su hijo León.

Banquete gigante



Ilustración: Daniela William

La profe de geografía tenía fama de chiflada y genial, y la primera clase del año lo confirmó: «¡Prohibido traer colación!». Sin cuadernos ni lápices, los niños subieron al bus hacia un gran parque. Al llegar, el corazón les dio un vuelco entre juegos, carritos y un volcán de aromas capaz de despertar a cualquiera.
–¡Hoy la geografía no se lee, se devora! –anunció la profe en medio del alboroto.
Y así arrancaron el viaje, todos juntos. Del altiplano probaron quínoa dorada, choclos gigantes y un orégano con perfume de cerro. En el norte chico se abalanzaron sobre papayas jugosas y quesos de cabra, y al avanzar al sur, los piñones, murtas y rosas mosqueta desataron la locura. Conversar con los productores y cocineros llegados de todo Chile era como viajar por el mapa, pero con el tenedor en la mano.
–¡Profe! –chilló Tomás, luciendo un mostacho verde fosforescente por culpa de un helado de palta de Quillota–. ¡Chile es como un banquete gigante!
Esa día no hubo pruebas de memoria. Aprendieron que cada lugar y cada clima producen distintos ingredientes, que la tierra se cuida y se conoce bocado a bocado, y la profe les puso a todos la primera nota del año directo en la libreta: ¡un siete rotundo con cara de felicidad y sabor a mermelada sureña! ¡Ñam!

Este cuento está inspirado en el Festival Ñam, la gran fiesta gastronómica en Santiago que celebra los sabores y biodiversidad de todo Chile.

EN TU PRÓXIMO PASEO, ELIGE UNA SOLA COSA PARA CONTAR: ÁRBOLES, PUERTAS, PERROS, AUTOS O VENTANAS.
¡NO PIERDAS LA CUENTA HASTA LLEGAR AL FINAL!

MIRA TU PIEZA Y ENCUENTRA UNA COSA QUE TE SIRVA MUCHO Y OTRA QUE USES MUY POCO.

EXPLICA QUÉ HACE DIFERENTE A CADA UNA.

ESCÓNDELE UN TESORO A ALGUIEN Y DÉJALE 3 PISTAS, ESCRITAS O DIBUJADAS, QUE LO LLEVEN HASTA ÉL.

ENSÉÑALE A ALGUIEN ALGO QUE TÚ SEPAS HACER Y PÍDELE QUE TE ENSEÑE ALGO A CAMBIO.
¡HAGAN UN INTERCAMBIO DE APRENDIZAJES!

TIENES 30 SEGUNDOS PARA MIRAR 5 OBJETOS. DESPUÉS ALGUIEN LOS MEZCLARÁ Y TÚ TENDRÁS QUE DEJARLOS EXACTAMENTE EN EL MISMO ORDEN QUE ESTABAN.

PONTE UNA MISIÓN PARA HOY: APRENDER 3 COSAS NUEVAS. ANTES DE DORMIR, RECUERDA CUÁLES FUERON Y ¡CUÉNTASELAS A ALGUIEN!

HAY COSAS DIFERENTES QUE SIRVEN PARA LO MISMO. ¿PUEDES ENCONTRAR EN TU CASA 3 OBJETOS DISTINTOS QUE TENGAN LA MISMA FUNCIÓN? POR EJEMPLO, TRES COSAS DIFERENTES QUE SIRVAN PARA LIMPIAR.

CREA TU RUTINA DE MAÑANA Y DE NOCHE. PIENSA EN 3 COSAS QUE HACES ANTES DE IR AL COLEGIO Y 3 ANTES DE ACOSTARTE. ESCRÍBELAS O DIBÚJALAS Y DÉJALAS EN UN LUGAR VISIBLE PARA RECORDARLAS CADA DÍA.

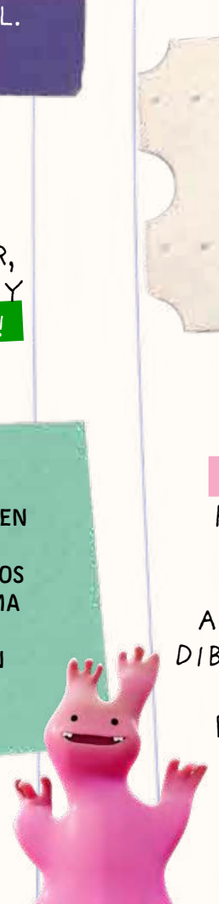




Ilustración: Daniela William

Nalca gigante

En el sur de Chile, donde llueve casi todos los días, crece una planta de hojas ¡GIGANTES! Una planta de la época de los dinosaurios. Sus hojas son tan grandes como un paraguas para toda tu familia, y la planta entera puede ser más alta que tu papá.

Y no solo es grande, también es generosa: desde hace siglos, la gente del sur la usa para calmar heridas, aliviar dolores, bajar la fiebre cuando estás hirviendo.

Paola no sabía nada de esto cuando empezó a buscar algo para su piel, que se enrojecía y se irritaba y picaba. Probó muchas cremas pero ninguna funcionaba de verdad.

Hasta que, investigando como una científica loca, se topó con la nalca.

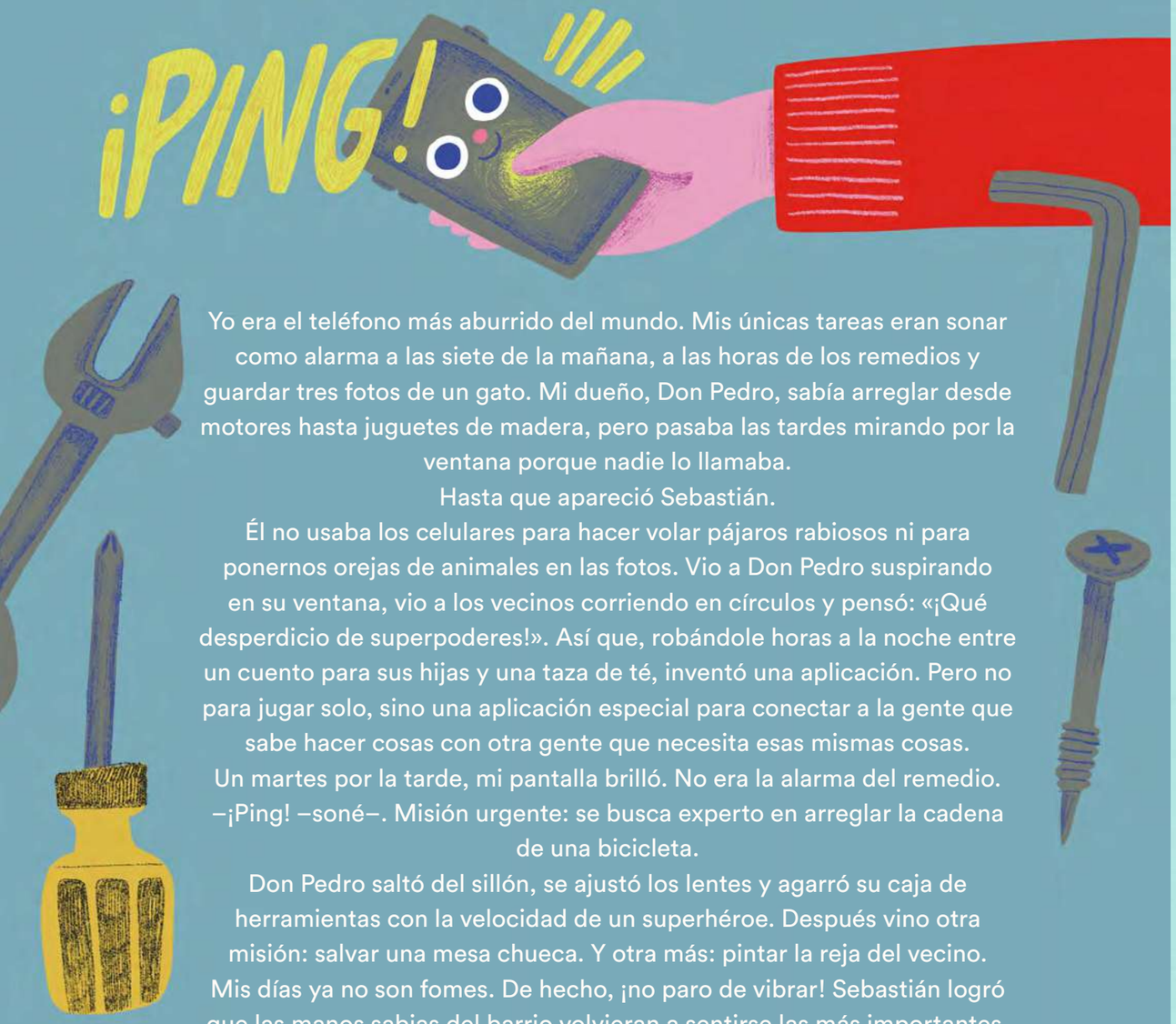
–¿Y si la pruebo en mis cachetes rosados?

Experimento tras experimento, mezclando, revolviendo y aprendiendo, hizo una mezcla de nalcas capaz de calmar su piel sensible, gracias al secreto que la nalca guardaba desde la prehistoria.

Y así, una planta gigante se encontró con una idea gigante que sirve para ayudar a mucha gente con cachetes rojos y picazón.

Este cuento está inspirado en Nalca Essence, proyecto creado por Paola Sánchez en Santiago. Apoyado por AIEP.

Misión en la pantalla



Yo era el teléfono más aburrido del mundo. Mis únicas tareas eran sonar como alarma a las siete de la mañana, a las horas de los remedios y guardar tres fotos de un gato. Mi dueño, Don Pedro, sabía arreglar desde motores hasta juguetes de madera, pero pasaba las tardes mirando por la ventana porque nadie lo llamaba.

Hasta que apareció Sebastián.

Él no usaba los celulares para hacer volar pájaros rabiosos ni para ponernos orejas de animales en las fotos. Vio a Don Pedro suspirando en su ventana, vio a los vecinos corriendo en círculos y pensó: «¡Qué desperdicio de superpoderes!». Así que, robándole horas a la noche entre un cuento para sus hijas y una taza de té, inventó una aplicación. Pero no para jugar solo, sino una aplicación especial para conectar a la gente que sabe hacer cosas con otra gente que necesita esas mismas cosas.

Un martes por la tarde, mi pantalla brilló. No era la alarma del remedio.

–¡Ping! –soné–. Misión urgente: se busca experto en arreglar la cadena de una bicicleta.

Don Pedro saltó del sillón, se ajustó los lentes y agarró su caja de herramientas con la velocidad de un superhéroe. Después vino otra misión: salvar una mesa chueca. Y otra más: pintar la reja del vecino.

Mis días ya no son fomes. De hecho, ¡no paro de vibrar! Sebastián logró que las manos sabias del barrio volvieran a sentirse las más importantes.

Resulta que la pantalla no era para quedarse mirando solos... era el timbre para salir a ayudar.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Nouu, proyecto creado por Sebastián Hormero en Concepción, Región del Biobío. Apoyado por AIEP.

LA OLA REVOLCONA

Todos los miércoles llegaba una patota a Playa La Boca. Algunos se conocían, otros no. No iban solo a aprender surf, iban a encontrarse con el mar, jugar, mirar las olas y, de a poco, sentirse parte de algo.

Un niño se quedó sentado en la arena.

–No quiero entrar.

–¿Te da miedo? –preguntó Vale, sentándose a su lado.

Él asintió.

–Está bien. Podemos mirar un rato. Y si quieres entrar, yo voy contigo.

Entraron juntos. Una ola lo revolcó y, al levantar la cabeza, encontró una mano cerca.

–¿Otra vez?

El niño sonrió.

Volvió cada miércoles. A veces surfeaba, otras solo jugaba en el agua o alentaba a los demás. Poco a poco descubrió que no tenía que demostrar nada para pertenecer.

Un día logró correr una ola, gritó de alegría…y lo mejor, vino después.

Al miércoles siguiente llegó una niña.

Miró el mar desde lejos.

–Me da miedo –dijo.

Él se sentó a su lado.

–A mí también me pasó. Podemos quedarnos aquí un rato. Y si quieres entrar, yo voy contigo.

Porque la mejor ola no siempre es la que corres, sino la que te hace sentir parte.



Ilustración: Antonia Berger

Este cuento está inspirado en la Corporación Te Mahatu Surf Social, en Concón, Región de Valparaíso. Apoyado por Fundación Mustakis.



UNO a UNO

–A ver, bueno, pues hoy tengo que hacer todas estas cosas –dijo Tomás, mirando su lista. Regar las zanahorias. Preparar unos huevos con jamón. Sacar a pasear a mi perra Tuna. Treinta vueltas de carnero. Darle cuatro besos a la abuela. Estudiar fracciones. Leer cincuenta páginas de mi novela favorita. Ir donde el dentista Ramiro por mi muela que tiembla. Y... –fdfjasdfgkg... jeffjefgf... dfgsgfjfksk –terminó escribiendo, con la mano ya sin fuerzas y la cabeza hecha un lío.

Su amigo David lo encontró así, con la lista arrugada en la mano.

–¿Qué te pasó? –preguntó, agarrando el papel–. Estás escribiendo raro...

–Es que quiero hacer todo esto rápido, para que me sobre tiempo libre –dijo Tomás.

David se rió y sacó su propia agenda: un cuaderno con un casillero para cada hora del día.

–El truco no es hacer todo junto –dijo–. Es hacer una cosa, y después la otra.

Repartieron la lista de Tomás en casilleros: uno para las zanahorias, otro para Tuna, otro para las fracciones, otro para la abuela.

Tomás fue tachando, uno por uno, sin enredarse.

–Ahora sí –dijo, llegando al último casillero–. Y hasta me sobró tiempo para jugar.

Este cuento está inspirado en Planius, asistente con inteligencia artificial para organizar y priorizar el tiempo, creado por David Ávila.

Ilustración: Camila Cruz

La chaqueta mágica



Don Héctor llevaba doce años en la minera del desierto de Atacama. Todas las mañanas se ponía su chaqueta anaranjada con franjas plateadas que brillaban como espejos.

–Papá, ¿por qué brilla así? –preguntó su hija Sofía.

–Son mis franjas mágicas. Para que me vean de lejos y esté más seguro.

Sofía decidió que eran lo mejor del mundo.

Un lunes, don Héctor encontró ropa nueva sobre su casillero. Miró su chaqueta vieja y sintió algo raro en el pecho.

–Me da lástima botarla –dijo–. Todavía le queda vida.

Pero la ropa se fue igual a una bodega enorme, con cientos de uniformes más. Hasta que un día, la hija de un compañero llegó con una mochila café con una franja plateada cosida al frente. Brillaba igual que las mangas de don Héctor.

–¿De dónde sacaste esa mochila?

–La hizo una señora que se llama Kendra. Busca uniformes viejos y los convierte en bolsos y mochilas, para que nada termine en la basura.

Esa tarde don Héctor le contó todo a Sofía.

–¿Te acuerdas de mi chaqueta de las franjas mágicas? Alguien la convirtió en otra cosa. Sigue brillando, ayudando a otras personas.

–¡Entonces es una chaqueta mágica de verdad!

Don Héctor se rió. No lo había pensado así. Pero sí. Era exactamente eso.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Re-Trazos, proyecto creado por Kendra Iriarte, en Tocopilla, Región de Antofagasta. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.

BUSCA DOS OBJETOS QUE SEAN MUY DIFERENTES
Y JÚNTALOS PARA INVENTAR ALGO NUEVO



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

DIBÚJALO AQUÍ

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

UN QUEQUE AL FINAL DEL CAMINO



Vivo en la Región de Coquimbo, en un pueblo llamado Pan de Azúcar. Cualquiera pensaría que aquí todo sale dulce sin esfuerzo. Yo, que soy un queque, no estoy tan seguro.

Empecé como una mezcla de harina, huevos y azúcar, dando vueltas en un bol, esperando mi turno en el horno. Pero tuve mala suerte. Justo antes de entrar, el gas de la pastelería se acabó.

–Un poquito más, aguanta –me decía Don Aurelio, mi creador, tapándome con un paño.

Se llevaron el balón vacío hacia el pueblo. Yo esperaba, cada vez más nervioso de quedarme plano y húmedo para siempre, sin nada dulce en mi futuro, sin entregar felicidad a los niños a la hora de la once.

Antes de que volviera el balón antiguo, entre las piedras del camino, apareció una camioneta con cilindros amarillos.

–¿Usted llega hasta aquí? –preguntó Don Aurelio, sin creerlo.

–Hasta aquí y a todos lados–dijo el repartidor, cambiando el cilindro.

El horno se encendió.

Y yo, que llevaba horas de nervios, me convertí en el primero horneado con el gas que ahora llega hasta el fin del camino.

Este cuento está inspirado en Fernando Oyanedel, operador logístico de Lipigas, en La Serena, Región de Coquimbo. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Camila Cruz





La caja olvidada





Esta es la historia de un grupo de juguetes olvidados en una caja, por más de sesenta años.
Un oso de peluche, con la oreja rota de tanto jugar.
Una muñeca de trapo, casi sin pelo de tantas veces que la llevaron a la peluquería, un oxidado tanque de hojalata, muchos soldaditos de plomo formados en fila, y una cocinita en miniatura, con ollitas del tamaño de una moneda. Durante décadas, nadie los tocó.
Tenían tanto polvo que parecían una nube gris.
Hasta que un día, alguien abrió la caja, y con ella entró un chorro de luz.
–¡Por fin! –dijo el oso, estornudando polvo–.
Pensé que me quedaría con la oreja rota para siempre.
–Yo pensé que nadie recordaría mi peinado –dijo la muñeca, sacudiéndose los pocos pelos que le quedaban.
–A mí que me saquen ya de aquí, antes de que se me oxide el otro lado –protestó el tanque, amurrado.
Los limpiaron, los repararon, y los llevaron de viaje: primero a Uruguay, después a Bélgica, después a España.
Cuando volvieron, no los guardaron en ninguna caja.
Los pusieron con mucho cuidado en un museo hecho especialmente para ellos.
–Miren quién está de rey en la vitrina –dijo el tanque, señalando al oso con su cañón–. El oso famoso.
–Alguien tenía que saludar a las visitas –dijo el oso, sacando pecho, con su oreja rota más orgullosa que nunca.



Ilustración: Virginia Donoso





Este cuento está inspirado en la historia de Juan Antonio Santis, creador del Museo del Juguete Chileno en Santiago.







GOTERÓN

Ilustración: Ignacia Santillán

Una noche de tormenta, un rayo hizo caer una rama gigante del árbol del patio, justo sobre el techo de la casa de Amaro. El agua empezó a entrar por un hoyo del tamaño de una pelota.
Al día siguiente, un señor con casco y una carpeta llegó a revisar el daño.
–¿Quién es? –le preguntó Amaro a su papá.
–Viene del seguro –contestó él, mientras el señor tomaba fotos del techo–. Todos los meses le pagamos un poco a una empresa, aunque no pase nada. Y el día que sí pasa algo grande, como esto, ellos ayudan a pagar el arreglo.
–¿Y si nunca hubiera pasado nada? –preguntó Amaro.
–Entonces nuestra plata del seguro ayudaría a arreglar el techo de alguna otra casa, en algún otro barrio, el día que a ellos les tocara la mala suerte.
Dos semanas después llegaron los maestros, arreglaron el techo entero, y la cuenta llegó directo a la empresa del seguro, no a la casa de Amaro.
–Menos mal que pagábamos ese seguro –dijo su papá, mirando el techo nuevo– ¡Aunque pensábamos que no lo íbamos a necesitar!

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

BUENA SUERTE



Ilustración: Ignacia Santillán

Marjholyn creció en el altiplano. Su papá le enseñó tres reglas desde chiquita:

–Ama killa, ama llulla, ama shwa. No robar, no mentir, no flojear.

–¿Ni los domingos? –preguntó ella.

–Ni los domingos –dijo su papá, muy serio.

Con esas reglas bien guardadas, Marjholyn se hizo ingeniera y fue a golpear la puerta de la minería, el trabajo más grande de su tierra.

Tocó. Y tocó. Y tocó.

–Aquí no pueden trabajar mujeres –le decían.

Es que durante años, a las mujeres no las dejaban ni entrar a las minas. Decían que traían mala suerte. ¡Mala suerte, por ser mujer! ¿Te imaginas?

Marjholyn pensó: Ama killa, ama llulla, ama shwa. Si no flojeamos y aun así no nos dan trabajo por ser mujeres, hay que hacer algo. ¡Una empresa de puras mujeres!

Fundó la suya, chiquita, con solo siete personas, dedicada al transporte y manipulación de ácido sulfúrico para las mineras. Y contrató mujeres del altiplano para hacer el trabajo pesado que, hasta entonces, solo hacían hombres.

–¿Y si nos equivocamos? –le preguntó su primera compañera, el primer día.

–Aprendemos y seguimos. No flojear, ¿te acuerdas?

Y siguieron. Después llegaron más. Y más.

Hoy, cuando le preguntan cómo lo logró, Marjholyn se ríe:

–Porque somos mujeres y traemos buena suerte.

Este cuento está inspirado en ROMAA, proyecto creado por Marjholyn Sánchez, en Calama, Región de Antofagasta. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.

EL NIÑO DE LOS HUEVOS



A Jaime le gustaba mucho trabajar.

Ya con apenas 7 años pensaba en muchas maneras de trabajar con esfuerzo y juntar su plata.

Vendía dulces en el colegio. Organizaba rifas entre sus compañeros. Compraba cosas baratas en ferias artesanales y las revendía un poco más caras.

Su negocio más serio fue a los diez años: cada semana iba a una granja a comprar huevos frescos, y los repartía puerta por puerta entre sus vecinos, en bandejas de veinticuatro.

Con cada bandeja vendida, se sentía orgulloso. Y pensaba "bien hecho". Sabía que con su trabajo y esfuerzo recibía el premio de ser cada vez más grande y de hacerlo mejor.

Años después, pensó en todos los trabajadores que se esforzaban muchísimo en sus trabajos, pero esperaban meses para que alguien les dijera "bien hecho".

–Ese "bien hecho" debería llegar altiro –pensó Jaime.

Así que inventó una forma de premiar de inmediato a quien hacía bien su trabajo, para que se sintiera tan bien como cuando él vendía su última bandeja de huevos del día. Y así descubrió su mayor propósito: ayudar a que las personas supieran, en el momento justo, que su esfuerzo importaba.

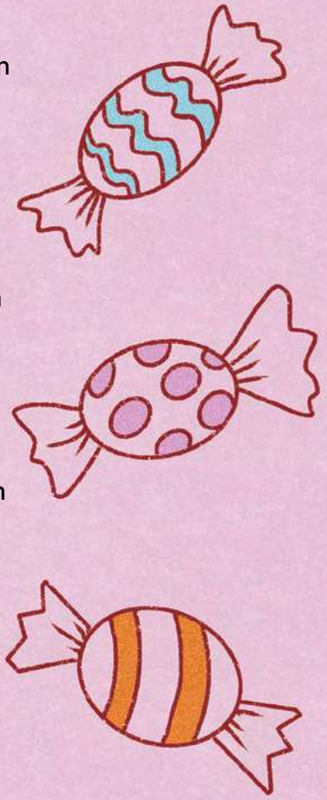


Ilustración: Romina Carvajal

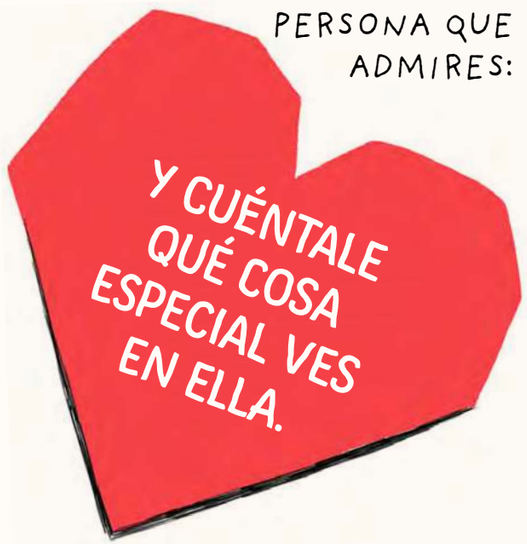
Este cuento está inspirado en Apprecio, plataforma de fidelización para empresas creada por Jaime Villatoro.

HOY TIENES UNA MISIÓN MUY SIMPLE:

¡SER TÚ QUIEN SALUDE PRIMERO!



ENCUENTRA A UNA PERSONA QUE ADMIRES:



ANTES DE HACER ALGO DIFÍCIL,
HAZ UNA APUESTA POSITIVA Y DI EN VOZ ALTA

ALGO QUE PODRÍA SALIR BIEN

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

DESPUÉS, ¡INTÉNTALO!



Sala VERDE

Cuando Cecilia era chica, en su casa no había electricidad ni helados cerca. Si querían uno, su papá subía a la cordillera en mula, buscaba nieve de verdad, y bajaba con ella para hacerles helados en casa.

–No podemos traer la heladería hasta acá –decía–. Pero podemos traer la nieve.

Cecilia nunca olvidó eso. De grande, se hizo profesora, y llegó a enseñar en escuelas tan alejadas que casi nada les llegaba: ni especialistas, ni materiales, ni cosas que en la ciudad son fáciles de conseguir.

–No puedo traer todo lo que falta –pensó–. Pero puedo usar lo precioso que tenemos acá.

Así que empezó a dar clases al aire libre, usando el río, el bosque, el clima y hasta los animales del lugar como si fueran el mejor material didáctico del mundo. Los niños miden la lluvia, investigan plantas, escriben sobre lo que ven cada día.

Y así, sin electricidad ni heladería cerca, esos niños también aprenden a traer la montaña hasta ellos.

Este cuento está inspirado en la profesora Cecilia Montecinos y su Pedagogía del Territorio Vivo, desarrollada en escuelas rurales extremas de Chile, apoyada por Dale Profe.

Ilustración: Virginia Donoso



¡Aquí está la papa!



–¡Miren qué tersa está mi piel violeta! –presumía una papa alargada en el Museo de Quiquel–. ¡Y miren a la rosada con lunares! Somos tantas, tan raras y tan hermosas que el pueblo tuvo que hacer un museo solo para nosotras.

–No serán todas tan hermosas –farfulló un saco repleto de papas amarillas y arrugadas (las mejores para el puré), pero sí que son sabrosas.

–¡Un poco de respeto con las abuelas! –retó una viejita desde el fondo del saco–. Somos las guardianas de este suelo, de donde salieron las tatarabuelas de todas las papas fritas del planeta. ¿Qué sería de Chiloé sin nosotras, ah?

No habría milcao ni chapalele. ¡Somos el orgullo de esta tierra!

¡Nos merecemos un museo y más!

El día de la inauguración, cuando las lanchas desembarcaron llenas de turistas, los vecinos mostraron felices sus mejores y más raros ejemplares, los implementos para cultivarlas, y los secretos centenarios para que salgan bonitas, como por ejemplo sembrarlas cuando la luna está en cuarto menguante. Y las papas, estirando sus cuellos cafés, morados, blancos y amarillos, sonreían sabiendo que no eran un simple vegetal: eran alimento, historia y las verdaderas reinas del archipiélago.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en el Museo de la Papa de Quiquel, en Dalcahue, Chiloé, Región de los Lagos.



Los goles de Ignacio

Cuando Ignacio llegó a la clínica, estaba con pocas pilas. No quería hacer los ejercicios. No quería hablar con nadie. Solo quería una cosa: volver a la cancha.

La primera noche, una enfermera entró con una comida rica y una sonrisa.

–Todos aquí vamos a ayudarte a mejorar.

Los días se hicieron semanas. Las semanas, meses. Y los ejercicios, que al principio le parecían imposibles, se fueron haciendo más fáciles desde que alguien empezó a contarlos así:

–¡Uno! ¡Dos! ¡Gooool! ¡Ese fue de media cancha!

Ignacio se rió por primera vez en mucho tiempo. Después de eso, algo cambió. Ya no contaba los días para salir. Contaba los avances como si fueran el marcador de un partido. Cuánto más podía mover el brazo. Cuántos pasos más que ayer. Si hoy le ganaba al dolor por dos a cero o por tres a uno.

La gente de ahí se sabía su nombre, su historia, su equipo favorito. Los sentía sus compañeros de equipo. Y poco a poco, Ignacio empezó a ver el resultado en el marcador.

Meses después, gracias a todo el equipo clínico, volvió a la plaza, a la cancha. A meter goles de verdad.



Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en la historia de Clínica Los Alerces, fundada por la madre de Javier Peña y continuada por él, en Santiago. Empresa adherida a la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).



Ilustración: Ignacia Santillán

Francy querida

En Antofagasta todos conocen a Francy, y todos lo saben: es la más querida de su empresa. Lleva 32 años ahí, y ha hecho de todo: lavó tarros, lavó camionetas, hasta que un día terminó en la oficina sin saber muy bien cómo.

Ella no tuvo mucho colegio. Aprendió a leer ayudando en la consulta de un doctor donde trabajaba su mamá, anotando nombres de pacientes con letra torcida. Lo que le faltó en estudios, lo compensó con ganas.

Un jefe le decía siempre: "Francy, usted puede". Y ella le creyó, aunque nunca entendió del todo eso de mandar correos y cotizaciones –para eso, dice riendo, mejor que le expliquen despacito.

Hoy tiene su propia empresa de aseo y mantención, agradecida de cada persona buena que se cruzó en el camino, sin fijarse nunca en sus estudios.

Y aunque todavía le cuesta un correo, hay algo que le resultó sin instrucciones: crió sola a cinco hijos, y los cinco son profesionales. Ese título, dice riendo, se lo sacó sin pisar la universidad.

Este cuento está inspirado en Francy Bugueño, proveedora de mantención de Lipigas, en Antofagasta, Región de Antofagasta. Apoyado por Lipigas.

El mapa de la voz

Mily creía que leer en voz alta era como soltar globos: las palabras subían y se perdían en el aire. Pero un día descubrió que su voz dejaba huellas.

Una mañana, su profesora entró con un pequeño micrófono.

–Hoy no vamos a leer para sacar nota –dijo–. Hoy vamos a escucharnos.

Cuando llegó su turno, Mily abrió el libro:

–El río bajaba deprisa, arrastrando hojas y secretos hacia el mar…

Su voz subía como una ola cuando la historia se emocionaba, se detenía apenas en cada coma y unía las palabras como un hilo que no se corta. El micrófono lo guardó todo.

–Tu voz cuenta dos historias –dijo la profesora–. Una es la del cuento; la otra, cómo lo entiendes. Cuando pausas en el lugar justo, comprendiste dónde termina una idea. Cuando tu voz sube o baja, sentiste lo que pasaba. Y cuando enlazas las palabras sin tropezar, el sentido ya vive en tu cabeza.

Existe una tecnología capaz de escuchar esas huellas para ayudarte a leer mejor.

Esa tarde, Mily buscó a su hermano Benja.

–Descubrí un secreto: la voz deja un mapa que muestra si de verdad entendimos.

Entonces leyó despacio, deteniéndose donde el cuento respiraba y dejando temblar su voz.

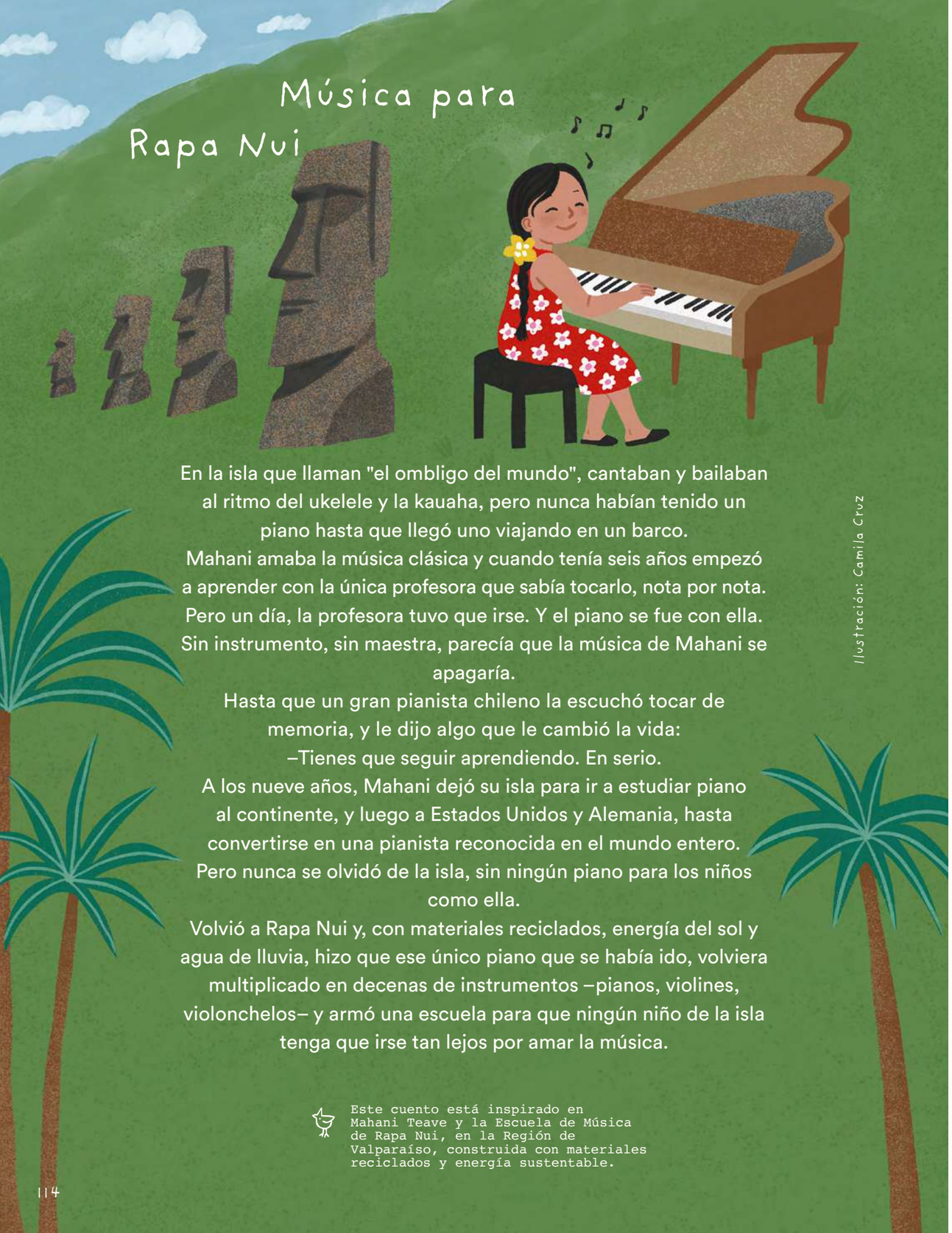
Por primera vez, se escuchó a sí misma.

Al cerrar el libro, sonrió. Leer no era soltar globos que se pierden: era dejar un mapa que, si uno aprendía a mirarlo, mostraba el camino para leer cada día mejor.



Ilustración: Romina Carvajal

Este cuento está inspirado en Alofonía, tecnología desarrollada por Macarena Céspedes que analiza la lectura en voz alta para contribuir a la comprensión lectora. Apoyada por la Dirección de Innovación y Transferencia de la Universidad Alberto Hurtado.



Música para Rapa Nui

En la isla que llaman "el ombligo del mundo", cantaban y bailaban al ritmo del ukelele y la kauaha, pero nunca habían tenido un piano hasta que llegó uno viajando en un barco.

Mahani amaba la música clásica y cuando tenía seis años empezó a aprender con la única profesora que sabía tocarlo, nota por nota.

Pero un día, la profesora tuvo que irse. Y el piano se fue con ella.

Sin instrumento, sin maestra, parecía que la música de Mahani se apagaría.

Hasta que un gran pianista chileno la escuchó tocar de memoria, y le dijo algo que le cambió la vida:

–Tienes que seguir aprendiendo. En serio.

A los nueve años, Mahani dejó su isla para ir a estudiar piano al continente, y luego a Estados Unidos y Alemania, hasta convertirse en una pianista reconocida en el mundo entero.

Pero nunca se olvidó de la isla, sin ningún piano para los niños como ella.

Volvió a Rapa Nui y, con materiales reciclados, energía del sol y agua de lluvia, hizo que ese único piano que se había ido, volviera multiplicado en decenas de instrumentos –pianos, violines, violonchelos– y armó una escuela para que ningún niño de la isla tenga que irse tan lejos por amar la música.

Este cuento está inspirado en Mahani Teave y la Escuela de Música de Rapa Nui, en la Región de Valparaíso, construida con materiales reciclados y energía sustentable.

Ilustración: Camila Cruz

CADA VEZ QUE HOY DIGAS O PIENSES "NO PUEDO", AGRÉGALE UNA PALABRA AL FINAL:

"TODAVÍA"

Y ESCUCHA CÓMO CAMBIA LA FRASE.



CON OTRA PERSONA, FORMEN LETRAS USANDO SOLO SUS CUERPOS. EMPIECEN CON UNA FÁCIL Y SIGAN CREANDO NUEVAS.

¿CUÁNTAS LETRAS LOGRAN HACER JUNTOS?

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

¡Chao Chancho!



El chanchito de greda de Benjamín ya no cerraba bien la ranura: pesaba como una piedra y ya no sonaba al agitarlo.

–Está listo –le dijo su papá un sábado–. Vamos a cambiarlo.

Antes de salir, puso el chanchito sobre un plato, le pasó un martillo y dijo: –De un solo golpe.

Benjamín respiró hondo y le pegó: el chanchito se abrió en pedazos y las monedas rodaron al sol. Guardó un pedacito de greda en el bolsillo, y entre los dos guardaron las monedas.

Con la bolsa llena, llegaron a un edificio con puertas de vidrio. Era un banco.

–Este lugar –le explicó su papá– es como tu chanchito, pero gigante: guarda la plata de miles de personas y empresas grandes y pequeñas.

Cuando llegó su turno, Benjamín volcó la bolsa sobre el mesón, y una señora contó las monedas con una máquina rapidísima.

–Doce mil ochocientos cincuenta –anunció.

Benjamín miró el número en la pantalla, tocó el pedacito de greda en su bolsillo, y entendió que su plata no había desaparecido: solo se había cambiado a una casa más grande y mejor cuidada.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Ilustración: Ignacia Santillán

Del cielo al hilo



De chica, Roxana quería ser astrónoma. Se pasaba las noches mirando el cielo, tratando de unir las estrellas con líneas imaginarias hasta formar figuras.

–Esa es una osa –decía–. Y esa, un cinturón.

Un día descubrió que su mamá hacía algo parecido, pero con hilo: unía puntito con puntito hasta formar un dibujo sobre la tela.

–¿Es como conectar estrellas? –preguntó Roxana.

–Más o menos –dijo su mamá, sonriendo–. Solo que estas no se apagan nunca–, le enseñó con cariño.

Roxana probó. Tomó una aguja como si fuera un telescopio diminuto, y empezó a apuntar hacia la tela en vez de hacia el cielo. Punto. Otro punto. Una línea.

Al principio se equivocaba todo el tiempo. Los hilos se enredaban como constelaciones mal dibujadas. Pero siguió intentando.

Con el tiempo, sus manos aprendieron a moverse tan rápido como su imaginación. Cada prenda terminaba pareciendo un pedacito de cielo: bordados que brillaban como estrellas, telas que giraban como planetas.

Roxana nunca llegó al espacio. Pero descubrió algo mejor: que se puede crear un universo entero sin salir de una silla, con solo una aguja y muchas ganas de conectar puntos.

Este cuento está inspirado en RVP Confecciones, creado por Roxana Arredondo, en Codegua, Región de O'Higgins. Apoyado por Super Pollo.

Ilustración: Daniela Williams

LA MESA DE TODOS



Ilustración: Camila Cruz

En el recreo del colegio, cada grupo tenía su rincón fijo: los futbolistas ocupaban la cancha, los dibujantes se sentaban bajo el árbol, y los que leían se escondían en la escalera.

Nadie se mezclaba nunca.

Daniel, quien tenía amigos en todos los grupos, notó algo raro: cada uno inventaba juegos geniales, pero nadie se enteraba de los inventos de los demás.

–¿Y si comemos todos juntos, aunque sea una vez? –propuso un día, y se sentó con su colación en el medio del patio.

Al principio nadie quería moverse de su rincón. Pero de a poco, unos cuantos se animaron.

Ese día pasó algo curioso: un futbolista le enseñó una jugada a un dibujante, que la dibujó como historieta, que un lector después quiso leer completa.

–Esto hay que repetirlo –dijo Daniel, feliz.

Y lo repitió. Al principio, una vez al año. Después, cada vez más seguido, con más grupos distintos sumándose.

Con el tiempo, esa idea creció tanto que ya no era solo un recreo: se transformó en encuentros gigantes, donde miles de personas de todo el continente se conocen y aprenden a construir cosas juntas.

Y todo empezó con una colación, compartida en el medio del patio.

Este cuento está inspirado en Daniel Daccarett y la Corporación Emprende tu Mente, que conecta emprendedores y empresas de Chile y el mundo.

UN DOCTOR PARA GIGANTES



Ilustración: Karina Letelier

Somos un club de gigantes blancas, paradas en fila sobre el cerro, moviendo los brazos despacio cada vez que sopla el viento.

Mientras más fuerte el viento, más rápido giramos, como una licuadora encendida, hasta convertir el viento en electricidad que viaja por cables hasta tu casa.

Somos tan, tan grandes y tan estiradas que no podemos doblarnos. Si algo falla en un pedazo de nuestra aspa, necesitamos que venga un doctor volando.

La primera vez que lo vi, pensé que era una mosca.

–¿Y esa cosa qué es? –le dije a la turbina de al lado, nerviosa.

–El doctor volador –me contestó ella, tranquila–. Nos revisa por fuera y por dentro. Si encuentra algo malo, avisa, y mandan a alguien con ayuda.

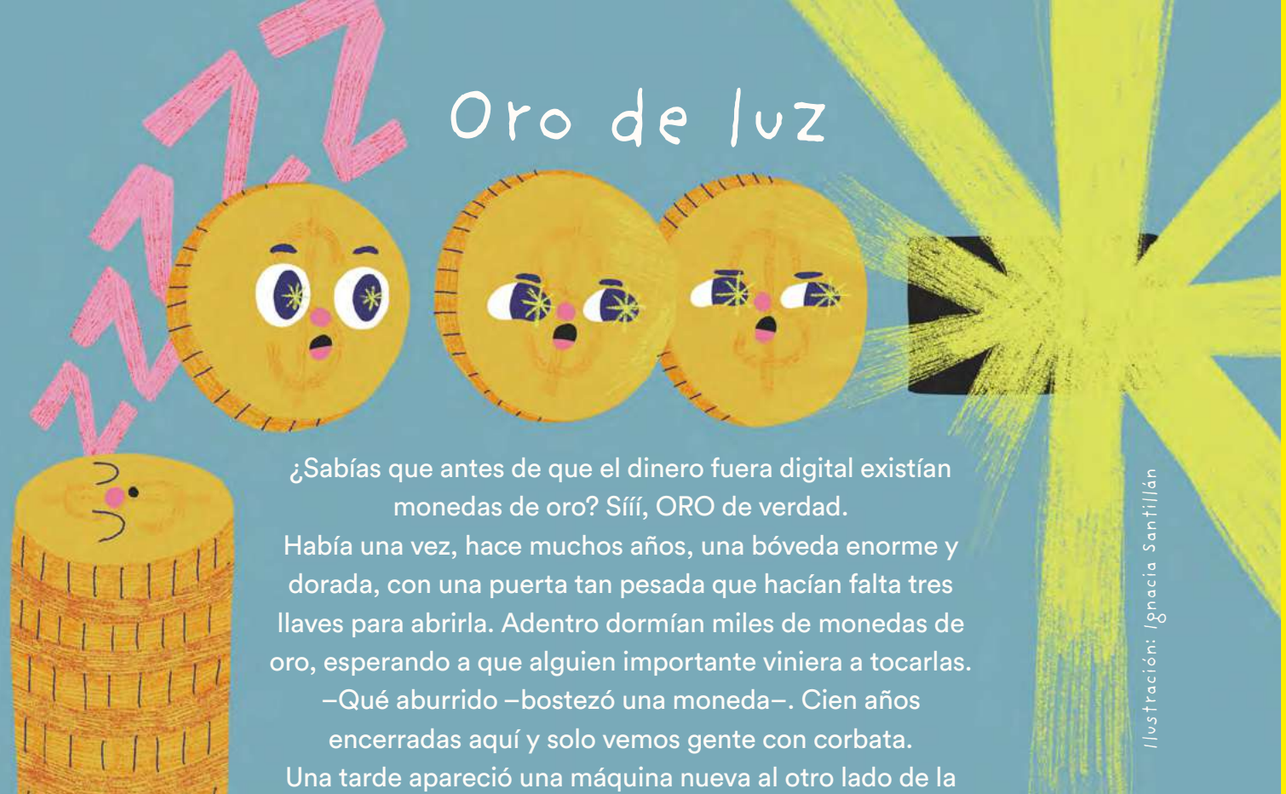
El dron me miró centímetro a centímetro, con un ojo tan inteligente que reconoce hasta el problema más chico.

–Todo bien por aquí –dijo, y se alejó zumbando otra vez.

Y yo seguí girando, tranquila. Soy enorme, pero hay algo diminuto que me cuida y se fija en lo que yo nunca podría ver sola.

Este cuento está inspirado en Nicolás Caballero y su empresa INER, dedicada a la inspección de aspas eólicas y líneas eléctricas con drones e inteligencia artificial en Chile, Perú, Uruguay y Argentina. Apoyado por Inacap.

Oro de luz



¿Sabías que antes de que el dinero fuera digital existían monedas de oro? Síií, ORO de verdad.

Había una vez, hace muchos años, una bóveda enorme y dorada, con una puerta tan pesada que hacían falta tres llaves para abrirla. Adentro dormían miles de monedas de oro, esperando a que alguien importante viniera a tocarlas.

–Qué aburrido –bostezó una moneda–. Cien años encerradas aquí y solo vemos gente con corbata.

Una tarde apareció una máquina nueva al otro lado de la puerta del banco. La bóveda tembló, se encogió, y todo el oro brilló tan fuerte que se volvió luz pura.

Un segundo después ya no había monedas. Solo números livianos, listos para meterse en una tarjeta de plástico más delgada que una oblea.

–¿Será que por fin podremos circular con más libertad? – preguntó la moneda, ya convertida en número.

La respuesta llegó de inmediato: una señora sin corbata ni llave se acercó a una máquina igual que había en la esquina, le metió una tarjeta, tocó un botón, y la máquina le entregó un poco de ese oro que antes dormía tras la puerta pesada.

–Qué rico no hacer fila –dijo, guardando su dinero.

De la bóveda, hoy vacía, solo queda una moneda de recuerdo, colgada en la pared, contando esta historia a quien se detiene a mirarla.

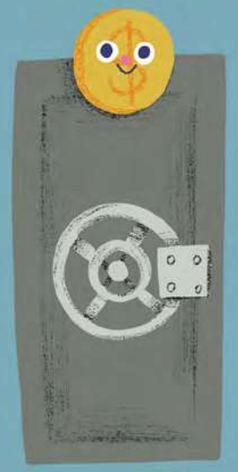


Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Sermaluc, empresa creada por Lucía Meléndez y Gerardo Ponce, actor clave en la digitalización de la banca.

ANTES DE ACOSTARTE, PREPARA UNA COSA QUE NECESITARÁS MAÑANA.

¡ASÍ ESTARÁ LISTA CUANDO DESPIERTES!

AGÁCHATE Y RECORRE TU CASA COMO SI FUERAS UN NIÑO PEQUEÑO.



¿QUÉ COSAS VES AHORA QUE ANTES NO HABÍAS NOTADO? ¿HAY ALGO QUE PODRÍA SER PELIGROSO PARA ÉL?



TÚ Y OTRA PERSONA DIBUJEN LO MISMO, POR EJEMPLO UNA CASA O UN ÁRBOL, SIN MIRAR EL DIBUJO DEL OTRO.



CUANDO TERMINEN, COMPÁRENLOS Y DESCUBRAN EN QUÉ SE PARECEN Y EN QUÉ SON DIFERENTES.

ARMA TU PLAN DEL DÍA. DIBUJA O ESCRIBE 3 COSAS QUE QUIERAS LOGRAR O TIENES PENDIENTE POR HACER HOY Y, CADA VEZ QUE COMPLETES UNA, MÁRCALA CON UN ✓.

1

2

3

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

La más grande del mundo



Ilustración: Karina Letelier

Fernando miraba el mar de Algarrobo, helado y con olas tan peligrosas
que estaba prohibido bañarse ahí.
–¿Y si trajéramos un pedacito del Caribe hasta acá? –pensó.
Quería construir una laguna gigante, de agua tan cristalina como en las postales
tropicales, justo ahí, frente al mar frío.
Lo intentó. A los quince días, el agua se puso verde, espesa, viscosa,
como una sopa de arvejas gigante.
–Es imposible –le dijeron los expertos, uno tras otro,
todos con la misma cara de "no pierdas tu tiempo".
Esa palabra, en vez de detenerlo, lo hizo intentarlo con más ganas todavía.
Probó fórmulas raras, inventó sistemas de limpieza, se equivocó una y otra vez, hasta
que una mañana el agua amaneció transparente de verdad: tan transparente, que hoy
se puede ver el fondo a 35 metros de profundidad, como si el agua fuera de vidrio.
¡Y el 2006 ganó el récord a la laguna artificial MÁS GRANDE DEL MUNDO!
Mide más de un kilómetro de largo, como 6.000 piscinas normales juntas. ¡Una locura!
Se puede navegar en kayak, hacer windsurf, y la laguna entera se ve desde el espacio:
una joya turquesa brillando en medio de la costa chilena.
Hoy existen muchas lagunas gigantes en el mundo gracias
a la primera que nació en Chile.
Y todo empezó con unos ojos mirando un mar helado, soñando con uno tibio.

Este cuento está inspirado en Fernando Fischmann y Crystal Lagoons, tecnología chilena de lagunas cristalinas presente hoy en más de 60 países.

Cilindrote chilote

Ilustración: Virginia Donoso



Yo vivo en una bodega de Castro, Chiloé, apilado junto a
cientos de cilindros amarillos iguales a mí: fierros fríos,
numerados, esperando en fila.
Hasta que alguien me sube a un camión y empieza el viaje:
caminos de barro, lluvia que no para nunca, y a veces hasta
una barcaza para cruzar a otra isla.
El camión lo maneja Juan Manuel. Hace 25 años, cuando
recién empezaban, era su señora quien anotaba cada
pedido uno por uno, mientras él salía a repartir, lloviera,
tronara o se cayera el camino entero.
Empezaron solos, los dos. Hoy son un ejército: once
camiones recorriendo cada rincón de la isla, sin faltar un
solo día, aunque el barro llegue hasta las rodillas.
Cuando por fin llego a una casa, alguien me conecta a la
cocina, y ¡listo! Sale el fuego. ¡Hágase la sopa! Se calienta
el agua de la ducha. La casa entera se pone tibia.
Yo llego frío, cargado en un camión que jamás se rinde.
Pero siempre salgo dejando calor en cada rincón de Chiloé.

Este cuento está inspirado en Juan Manuel Ávila, operador logístico de Lipigas, en Chiloé, Región de Los Lagos. Apoyado por Lipigas.

A la caza del tren



–¡Se me va el tren! –gritó Horacio corriendo por la calle.

Horacio siempre fue un maestro para rebuscarse la vida. A los once años, para juntar sus monedas, hacía paletas de helado y domaba "el chancho", esa máquina pesadísima para encerar pisos antiguos.

¡Nada lo frenaba, ni siquiera una locomotora a toda velocidad!

Un día que tenía que partir al sur, llegó a la Estación Central cuando el tren ya había partido, ¡y no se rindió! Paró un taxi a tirones y persiguió al tren a toda velocidad hasta alcanzarlo en la primera parada, en San Bernardo. Saltó del auto victorioso, pero al tocarse los bolsillos... ¡chán! Tenía cero pesos.

–Le dejo mi reloj regalón y la dirección de mi tío –le dijo al chofer mirándolo fijo–. Él le pagará el viaje.

El taxista fue a la casa del tío, cobró la carrera y le dejó el reloj guardado.

Horacio juntó cada moneda trabajando duro semana tras semana, le devolvió la plata a su tío ¡y recuperó su querido reloj! Así era Horacio: perseguía trenes en taxi y jamás dejaba una cuenta pendiente.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Horacio Pavez García (Sigdo Koppers, Grupo Security, Cámara Chilena de la Construcción) hijo de Heriberto Pavez Carvajal y padre de Horacio Pavez Aro (Mosaico, The Impact, ChileConverge, Grupo Enovus).

Limonada arriesgada



Para el asado de fin de año en la casa de los Pizarro, siempre se armaba lo mismo: mucha gente, mucho calor, y una sed tremenda apenas pasaba el mediodía.

Ese año, Trini tenía $5.000 en su cuenta vista, regalo de cumpleaños de su tía, y dos caminos: dejarlos ahí, o sacarlos con su tarjeta para comprar limones y vender jugo helado.

–Si compras los limones y no se vende nada, te quedas sin nada –le advirtió su hermano, mirando unas nubes grises a lo lejos.

Trini lo pensó un minuto, miró el termómetro del patio, y decidió arriesgarse.

Armó su puesto bajo el único árbol con sombra, justo cuando el sol volvió y las nubes se fueron. A las 5, había vendido cada vaso, y sus $5.000 se habían convertido en $35.000.

–¿Y si llovía? –le preguntó su hermano esa noche, todavía incrédulo.

–Entonces me quedaba sin limonada y sin plata –contestó ella, revisando feliz el nuevo saldo en la app del banco–. Pero no llovió.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Lana poderosa

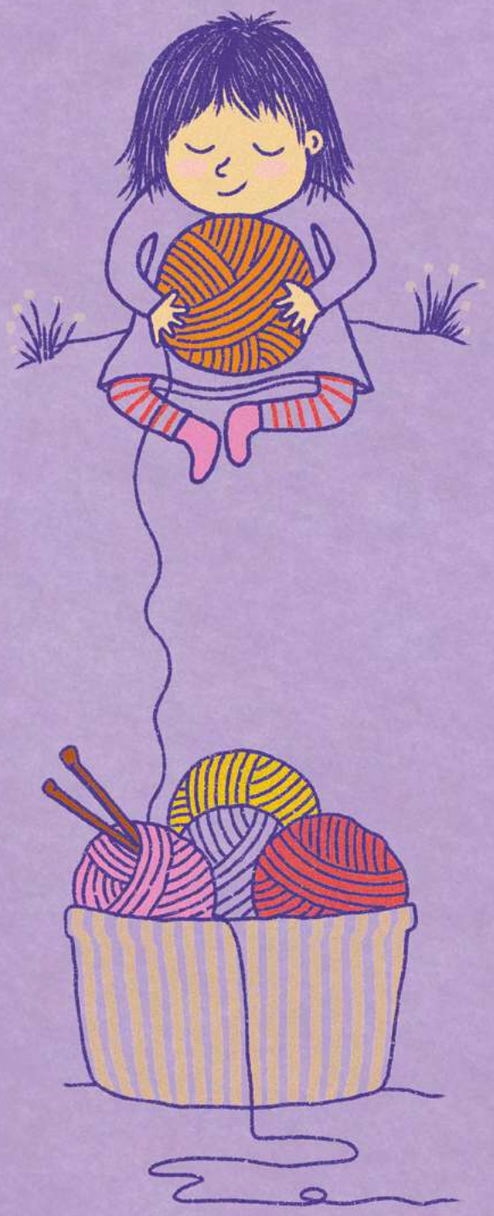


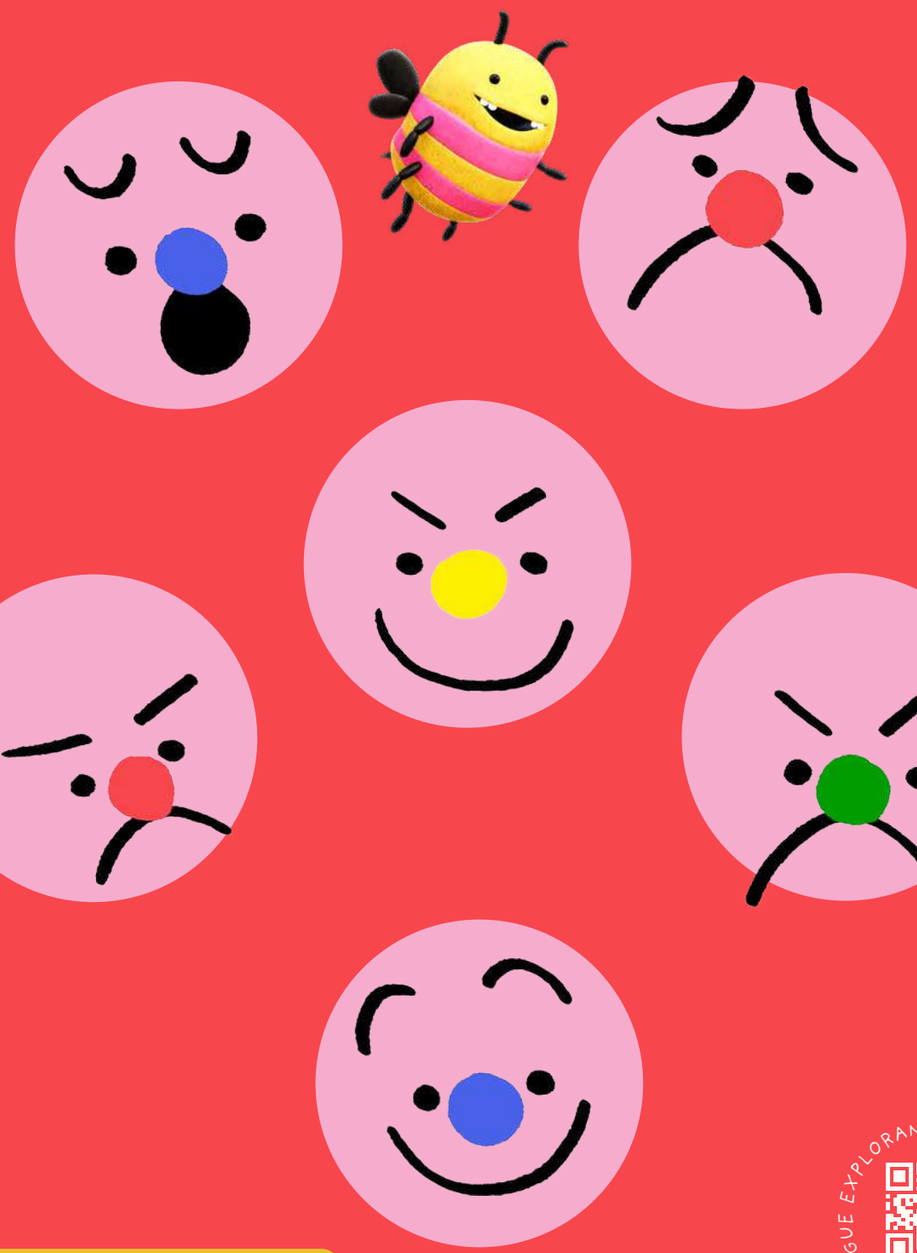


Ilustración: Romina Carvajal

Saray tenía un poder misterioso: podía guardar un bosque entero en un pedazo de lana.
Venía de Vallenar, del desierto sediento. Pero fue en La Araucanía donde todo cambió.
Las tías de su marido la sentaron frente a un telar mapuche. Apenas se puso a tejer, dijeron:
–¡Nooo, espera! La lana te tiene que hablar primero.
Saray miró la lana. La lana no dijo nada.
–¿Sigo esperando?
–Con mucha paciencia.
Saray esperó. Y esperó. Y entonces la lana empezó a susurrarle imágenes: un mural con figuras del bosque, símbolos que cuentan historias. Como si ya supiera lo que quería ser.
También le enseñó de dónde sacar los colores: café del pellín, verde del durazno, amarillo del manzano. Colores que huelen a bosque.
Saray empezó a vender por todo Chile, hasta que un día, en Santiago, una mujer de Sudáfrica tomó uno de sus murales y preguntó:
–¿Qué significa este símbolo?
–Protección –dijo Saray.
La mujer cruzó el océano con el mural en la maleta y lo colgó en Johannesburgo. Muy lejos de los pellines. Pero no tan lejos de Saray: porque donde va un tejido suyo, va el bosque entero.

Este cuento está inspirado en Artelanas Imperial, proyecto creado por Saray Pérez, en Imperial, Región de La Araucanía. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.

JUEGUEN A LAS CARAS DE EMOCIONES.
UNA PERSONA HACE UNA CARA SIN HABLAR
Y LA OTRA INTENTA ADIVINAR CÓMO SE SIENTE.
DESPUÉS CAMBIEN DE TURNO.



ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

La marcha



Julieta tiene diabetes desde los tres años, así que sabe mejor que nadie lo que es pincharse el dedo varias veces al día para medir el azúcar en la sangre.

Existía un aparato que hacía todo eso mucho más fácil: la bomba de insulina. El problema era que costaba muchísimo, y la salud pública no la cubría.

A los doce años, Julieta decidió que eso tenía que cambiar. Junto a otras personas, familias enteras, salió a la calle a marchar, pidiendo que ese aparato se incluyera en los planes de salud del país.

–¿Tú crees que sirva de algo? –le preguntó alguien, dudando.

–No sé –respondió Julieta–. Pero si no lo intentamos, seguro que no.

Marcharon, insistieron, se hicieron escuchar. Y funcionó: consiguieron el cambio que pedían.

Julieta descubrió algo que no olvidó nunca: cuando un grupo de personas se junta por algo importante, puede lograr cosas enormes.

Por eso, tiempo después, creó una red donde miles de niñas y jóvenes de muchos países se juntan a trabajar por las causas que les importan, tal como ella lo hizo esa vez, a los doce años.

Este cuento está inspirado en Julieta Martínez, fundadora de Tremendas, plataforma de liderazgo juvenil presente en 20 países.

Ilustración: Karina Letelier



El pan con mamá

–Abuela, ¿por qué el pan de la Javiera cruje tanto y tiene hoyos grandes en la miga? El que comíamos antes es tan blando que parece una esponja.

La abuela sonrió mientras cortaba una tajada dorada y tibia, lista para la palta.

–Porque este pan se prepara sin apuro, usando el tiempo como un ingrediente más y con una madre muy antigua.

–¿Una madre? ¡Pero si el pan no tiene mamá! –se rió la nieta.

–¡Claro que sí! –explicó la abuela–. En la panadería de Javiera cuidan una «masa madre» desde hace quince años. Es un cultivo vivo que le hereda sus mejores bichitos a cada pan que nace.

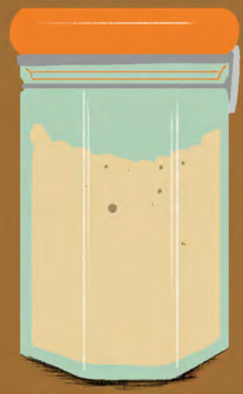
–¿Bichitos en mi sándwich? ¡Puaj!

–¡Bichitos de los buenos! Son microorganismos que ayudan a que el pan se infle en el horno, y luego viajan a tu guatita para cuidar tu digestión y hacerte crecer fuerte. Es el mismo pan artesanal que yo comía de chica, con la masa que guardaba mi mamá.

La nieta le dio un mordisco gigante a la tostada, escuchando el crujido perfecto de la corteza.

–Mmm... ¡bienvenidos a bordo, bichitos! –dijo con la boca toda verde de palta. Y la abuela cortó otra tajada.





Este cuento está inspirado en Javiera Gilberto, fundadora de Dr. Baker en Quilpué, Región de Valparaíso. Apoyada por Unimarc.

Ilustración: Antonia Berger

Mi abuelo y el litre



Yo soy Centella, un potrillo de orejas inquietas. Mi abuelo se llama Trueno: fuerte, orgulloso, con olor a pasto mojado y viento de cordillera.

Pero un invierno llegó oliendo diferente. A quietud. En su lomo había aparecido una mancha, y los humanos la miraban serios. Uno dijo una palabra que yo no conocía: melanoma. Mi abuelo seguía de pie, orgulloso, pero ya no sacudía las orejas igual.

Un día llegó Leonel, despacio, sin ruido. Traía un frasco que olía a hoja vieja, a campo después de lluvia. Mi mamá siempre me advertía: "Eso es litre, Centellita. No te acerques". Y sin embargo, Leonel untó ese extracto sobre la mancha con mucho cuidado, y mi abuelo, aunque no es tan dócil, lo dejó.

Lo que aprendí después me pareció casi mágico: dos científicos curiosos habían descubierto que las hojas del litre reconocen las células enfermas y avisan al cuerpo cuáles combatir. Una planta que todos esquivaban guardaba la solución.

Los días siguientes fui notando cosas pequeñas: Trueno volvió a sacudir la cola, comió con ganas, y la mancha fue desapareciendo de a poquito.

Le pregunté cómo algo que duele puede también sanar. Me miró con esos ojos grandes que tienen los abuelos cuando saben algo que aún no pueden explicar. Esa tarde galopamos juntos por primera vez en mucho tiempo.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en K-EXT, ungüento creado para combatir el melanoma en animales, dirigido por los científicos Leonel Rojo y Claudio Acuña; desde la Universidad de Santiago de Chile y apoyado por APTA.

El cazador de joyas ocultas

¿Sabías que en un cerro de Peñalolén hay un templo con forma de flor gigante, de vidrio y mármol, que brilla distinto según la hora del día? ¿O que en el centro hay un palacio abandonado por años, que alguien rescató piedra por piedra? Esas son solo dos de las joyas que un periodista se dedica a encontrar por toda la ciudad.

–¡Cuidado, oiga! –le gritó un peatón, esquivándolo. Él estaba casi acostado en plena vereda.

–¡Perdón! La luz sobre esa cúpula antigua, desde este ángulo, es una joya –respondió desde el suelo.

A su alrededor, la gente caminaba con el ceño fruncido, repitiendo siempre lo mismo: «¡Ciudad fea!», «¡Puro smog!». A él le daba pena. Así que mostró lo que casi nadie miraba: el último organillero de la ciudad, murales escondidos, cafeterías diminutas con el mejor café, y al señor que lustra zapatos hace treinta años en la misma esquina.

Han pasado 15 años desde que empezó esta cacería de tesoros, y hoy casi 800.000 personas lo siguen, con el cuello estirado hacia arriba para no perderse ninguna joya.



Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en Santiago Adicto, plataforma multimedia sobre la ciudad de Santiago creada por Rodrigo Guendelman.



Ilustración: Ignacia Santillán

La dueña de los camiones

Rafa amaneció con la nariz tapada, así que no lo mandaron al colegio. Aburrido, mirando por la ventana, vio una escena de acción: varios hombres bajando cilindros de un camión amarillo enorme, y una señora trepando al asiento del conductor.

–¡Mamá, una señora se está robando un camión! –gritó, corriendo a la cocina.

Su mamá se rió tanto que casi se le cae la olla.

–No se lo robó, Rafita. Ella es la dueña.

–¿Pero las señoras también manejan camiones?

–Claro que sí. Muchas mujeres, como Carola, que reparte el gas de todo el barrio.

Esa tarde, cuando el camión pasó cerca de su casa, Rafa salió corriendo a verla de cerca.

–¿Usted maneja ese camión tan grande?

–Todos los días –dijo Carola, sonriendo, mientras miraba su camión–. Alguien tiene que hacerlo, ¿por qué no yo?

Rafa se quedó pensando en eso toda la tarde. En su cabeza, los camiones dejaron de ser cosa de hombres, y pasaron a ser, simplemente, cosa de quien tuviera ganas de manejarlos.

Este cuento está inspirado en Carolina Machuca, distribuidora de Lipigas, en Arica, Región de Arica y Parinacota. Apoyado por Lipigas.

DI LA PRIMERA PALABRA QUE SE TE OCURRA Y CONVIÉRTETE EN CAZADOR DE RIMAS.

¿CUÁNTAS PALABRAS QUE RIMEN CON ELLA PUEDES ENCONTRAR?

1 _____

2 _____

3 _____

4 _____

5 _____

6 _____

7 _____

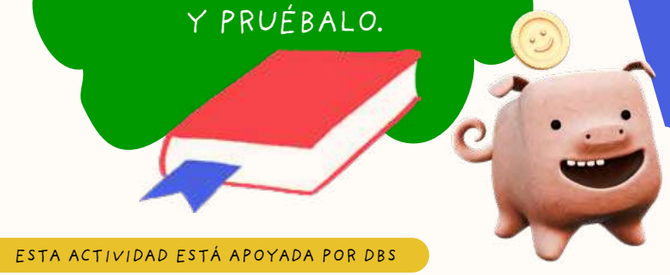
8 _____

9 _____

10 _____

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

NECESITAS MARCAR UNA PÁGINA DE UN LIBRO, PERO NO TIENES MARCADOR. BUSCA ALGO CERCA QUE PUEDA SERVIR Y PRUÉBALO.





PON 6 OBJETOS SOBRE UNA MESA Y ACOMÓDALOS PARA FORMAR UNA CARA.

NO PUEDES DIBUJAR: ¡SOLO MOVER LOS OBJETOS HASTA CREARLA!

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

La cabaña burbujeante



Ilustración: Romina Carvajal

En una cabaña en el sur de Chile, rodeada de bosques y volcanes, María preparaba una bebida misteriosa: natural, viva y burbujeante.
–¿Qué es esto, mamá? –preguntaban sus hijas, mirando el frasco con desconfianza.
–Una fórmula secreta que estamos inventando el papá y yo –contestaba ella–. Pruébenla.
Un día, las niñas invitaron a sus amigos a la cabaña, y María sacó varias botellas heladas de la bebida.
–¿Cómo se llama? –preguntó uno de los amigos, después del primer sorbo.
–Kombucha –dijo María.
–¡Kombu-cha-cha-chá! –repitió otro, moviendo los hombros como si bailara, y todos se rieron y lo repitieron en coro, como un trabalenguas bailable.
Esa tarde se tomaron hasta la última botella.
Con el tiempo, esa misma bebida de la cabaña dejó de caber en la cocina de la casa: llegó primero a una cafetería del pueblo, después a los supermercados de todo Chile, y finalmente cruzó el océano hasta llegar a Nueva York.
Y aunque hoy la toman miles de personas que María nunca conocerá, todo empezó con unas niñas, sus amigos, y un ritmo de baile.

Este cuento está inspirado en la historia de Kombuchacha, una marca chilena de bebidas naturales, orgánicas y funcionales, nacida en el sur de Chile y fundada por María Prieto y Antonio Sánchez.

Sueño de chocolate

Yo nací en una fiesta de cumpleaños. El cumpleaños de Danae, para ser exactos. Aunque Danae soñaba con que algún día fuéramos algo más, al principio éramos un puñado de chocolates hechos en casa, sin nombre, sin cajita, sin nada.
Pero ¡¡éramos exquisitos!! Cremosos por fuera, derretidos por dentro. Simplemente ¡de-li-cio-sos!
Ese día, en la fiesta, un invitado llamado Alexis me probó y altiro quería más.
–Esto tan rico no puede quedarse solo en una fiesta –dijo.
Y tenía razón. Porque los chocolates irresistibles se cuentan de boca en boca. Alexis le contó a otro. Ese otro le contó a otro. Y de pronto, ya no era yo solo en una fiesta: éramos una manada de chocolates, todos exquisitos, todos con ganas de conquistar a un nuevo fan del chocolate.
Danae, que solo quería hacer algo rico para celebrar su cumpleaños, se encontró de pronto haciendo chocolates todos los días: cuadrados, redondos, rellenos, con frutos secos, con sorpresas adentro.
Y aunque cada uno es distinto, todos compartimos algo importante:
estamos hechos de una buena idea, de un sueño, de cariño, y de las ganas de cumplirlo.

Ilustración: Ignacia Santillán



Este cuento está inspirado en Chocolatería Dalk, empresa creada por Danae Pavez, en Requínoa, Región de O'Higgins. Apoyado por Super Pollo.

LOS SOBRES DE EMILIA



Todos los viernes, cuando a Emilia le pagaban por lavar autos en el barrio, hacía lo mismo: sacaba tres sobres de un cajón y les escribía algo con plumón.

En el primero, la palabra ANTOJOS. En el segundo, AHORROS. En el tercero, un dibujo que solo ella entendía del todo: una bicicleta con rueditas nuevas y una canasta al frente.

El sábado, cuando pasaba el carrito de los helados por la vereda, Emilia veía si en el sobre ANTOJOS había suficiente para una paleta, aunque le habría encantado comprarse dos.

Su hermano mayor, quien gastaba toda su plata el mismo día que la recibía y después andaba pidiendo prestado hasta el próximo pago, la molestaba siempre con lo mismo: –¿Para qué te complicas tanto con esos sobrecitos?

Pero un día de octubre, mientras él le pedía$1000 prestados para comprar algo que ya ni se acordaba para qué quería, Emilia contó, feliz, los pesos del sobre de la bicicleta.

Le faltaba justo lo que iba a ganar el próximo sábado. Y cumpliría su sueño, ahorrando.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

Pepa de papaya



Hay personas que si ven una papaya, la hacen jugo. Otras las hacen confite azucarado. Y hay otras personas muy curiosas, como Daniela, que las convierten en crema para la piel.

De chica, a Daniela la piel se le llenaba de ronchas feas que ningún doctor le supo arreglar. Así que empezó a inventarse sus propias cremas en la cocina de su casa, mezclando lo que encontraba.

Años después, viviendo en un pueblo lleno de papayas, se enteró de algo curioso: las fábricas botaban las semillas –negras, chiquititas– como si fueran pura basura.

–Yo me las llevo –dijo Daniela, cargando un balde entero.

Se las llevó a su cocina, la misma de sus experimentos de infancia. Les sacó el aceite, y con ese aceite, probando una y otra vez, sacó una crema. Y después otra. Y después otra más, hasta encontrar la que de verdad calmaba la piel.

Hoy, esas semillas que antes terminaban en la basura, se convierten en frascos de crema que viajan lejos, ayudando a otras pieles tan sufridas como la que tuvo Daniela de niña.

Este cuento está inspirado en Daniela Bustamante y Elquimia, línea de cremas y aceites hechos con semillas de papaya del Valle de Elqui, Región de Coquimbo, apoyado por La Brújula Incuba, en el marco del programa Potencia financiado por Corfo.

Ilustración: Virginia Donoso

Una historia larga



Ilustración: Romina Carvajal

Yo soy una galleta. Pero no cualquier galleta.
Tengo forma redonda, bordes dorados, y adentro guardo calafate del sur, avellana chilena y miel de ulmo.
Lo que yo no sabía es todo lo que pasó antes de que yo existiera.
Todo empieza con una niña que vendía dulces escondida en los recreos del colegio. Se llamaba Yorka.
–¿Cuánto cuesta uno? –le preguntaban.
–Cincuenta pesos el chico, cien el grande –respondía, muy seria.
Los años pasaron, pero las ganas de dulces no. Un día Yorka decidió hacerme a mí.
No fue fácil. Empezaron las pruebas: calafate que manchaba la masa de morado, avellanas difíciles de tostar en su punto, miel difícil de medir. Antes de mí hubo muchas galletas hermanas: amargas, muy dulces, o que se desarmaban antes del horno. Pobrecitas.
Yorka volvía a empezar cada vez, sin apurarse, hasta que un día salí del horno con los bordes perfectamente dorados. Yorka me pasó a su esposo. Él me mordió despacito.
–Yorka. Esta es.
Desde ese día empecé a viajar por todos lados. Salgo de Quilicura y llego a ferias, casas, cafeterías, y cuando la gente me prueba pregunta:
–¿Cuál es el secreto?
Y yo me río por dentro y pienso: que adentro llevo una historia larga.

Este cuento está inspirado en York Bakery, proyecto creado por Yorka Arévalo, en Quilicura, Región Metropolitana. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.



PÍDELE A UN ADULTO QUE TE PREPARE UN MINI DESAFÍO QUE CREA QUE PUEDES LOGRAR. ACÉPTALO, PRUÉBALO Y DESPUÉS CUÉNTALE CÓMO TE FUE.

¿CUÁNTO TIEMPO PUEDES MANTENER UN OBJETO EN EL AIRE? USA UNA PELOTA, UN GLOBO U OTRO OBJETO LIVIANO Y PRUEBA DISTINTAS FORMAS DE EVITAR QUE TOQUE EL SUELO.

ARMA UNA FERIA EN TU CASA CON 5 COSAS QUE YA NO USES. PARA LLEVARSE UNA, CADA PERSONA TENDRÁ QUE OFRECER ALGO A CAMBIO: UN FAVOR, UNA AYUDA O UNA PEQUEÑA TAREA.

DURANTE UNA SEMANA, PRESTA ATENCIÓN A LOS ANIMALES QUE ESCUCHES A TU ALREDEDOR. CADA VEZ QUE RECONOZCAS UNO, ANÓTALO O DIBÚJALO. AL FINAL DE LA SEMANA, ¡DESCUBRE CUÁNTOS SONIDOS DIFERENTES LOGRASTE REGISTRAR!

HAZ GIRAR UNA MONEDA O UNA TAPA SOBRE UNA MESA. PRUEBA VARIAS VECES HASTA CONSEGUIR QUE GIRE MÁS TIEMPO QUE EN TU PRIMER INTENTO.

ESCOGE ALGO QUE USES SEGUIDO Y PIENSA CÓMO PUEDES HACER QUE DURE MÁS TIEMPO. HAZ UNA COSA PARA CUIDARLO: GUARDARLO BIEN, LIMPIARLO O PROTEGERLO.

REÚNE 3 OBJETOS QUE PUEDAN MOJARSE. ANTES DE PONERLOS EN AGUA, PIENSA CUÁLES CREES QUE FLOTARÁN Y CUÁLES SE HUNDIRÁN. DESPUÉS,

¡HAZ LA PRUEBA Y COMPARA LO QUE IMAGINASTE CON LO QUE OCURRIÓ!

ESCOGE UN PUNTO DE PARTIDA Y OTRO DE LLEGADA. ANTES DE CAMINAR, ESTIMA CUÁNTOS PASOS NECESITARÁS. DESPUÉS HAZ EL RECORRIDO CONTANDO TUS PASOS. ¿QUÉ TAN CERCA ESTUVISTE?

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

El cochayuyo parlante



Un pregón hizo que José Pablo frenara la bicicleta en seco:
"hay cochayuyo picadiiitoooo".
–¿Todavía se vende cochayuyo así, recién sacado? –le preguntó, acercándose con su grabadora a Miguel y sus atados de algas.
–¡Claro! –Miguel se rió fuerte.
José Pablo anda por la costa de Concón con una grabadora colgada al cuello, buscando personas que le cuenten sus historias con el mar.
Un poco más allá, encontró a una bióloga marina metida hasta las rodillas en una poza, grabando los cantos que hacen las ballenas para comunicarse bajo el agua.
–¿Y usted qué anda grabando? –le preguntó un buzo, todavía mojado, que se dedica a fotografiar el Vapor Concepción, un barco hundido hace más de cien años cerca de Valparaíso.
–Historias de gente y el mar –respondió José Pablo–. La suya, por ejemplo.
Y así José Pablo guarda cada grabación como un tesoro, sabiendo que, juntas, esas voces cuentan la historia de una costa entera.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en José Pablo Giménez, creador de Radio Cochayuyo, un archivo sonoro que recorre la costa de Concón, Región de Valparaíso, grabando la relación de las personas con el mar.

Una chica gigante



Ilustración: Ignacia Santillán

En el estante del supermercado, las botellas de agua más grandes del mundo se codeaban unas con otras, orgullosas de ocupar el mejor lugar, el más visible, donde todos las vieran primero.
Entre ellas apareció una botella nueva, chilena, mucho más pequeña que las demás.
–¿Y esta quién es? –se burlaron las botellas gigantes–. Tan chiquitita, nadie la verá.
–El tamaño de ustedes no me asusta –respondió la botella chica–. Lo que importa es la idea que traigo adentro.
Marcelo, quien la había creado, no se rindió ante las risas. Trabajó con esfuerzo, cuidando cada detalle, hasta que la gente empezó a elegirla, una y otra vez, en vez de las botellas gigantes de siempre.
Con el tiempo, esa botella pequeña llegó a llenar los estantes de almacenes y supermercados.
Y las botellas gigantes, esas que se habían reído primero, tuvieron que hacerle espacio.

Este cuento está inspirado en Marcelo Guital y Guital & Partners, empresa que crea y desarrolla marcas chilenas capaces de competir con las más grandes del mundo.

La caluga de la paz



Todos los niños del furgón lo saben: cuando hay lío en la calle, don Sergio saca su bolsa de calugas. Pasa casi todos los días, así que para el viernes casi no le quedan –lo que sobra, se lo reparte a ellos en el último viaje.

Esta vez es una señora, furiosa, tocando la bocina sin parar porque un señor se demora un poco mucho en el paso de cebra.

–¡Chicotee los caracoles, viejo turuleco! –le grita, sacando medio cuerpo por la ventana.

–¡Voy a mi ritmo! –le contesta él, agitando los brazos.

Don Sergio,en la fila del lado de la señora, baja su ventana y les muestra la bolsa a los dos.

–¿Una caluguita? –pregunta, sonriendo.

El señor se ríe fuerte y agarra dos.

La señora lo mira con cara de pregunta, y sigue tocando la bocina, ahora también a don Sergio.

–¿Y usted anda de viejo pascuero? –le grita indignada.

El señor sigue su camino, masticando la caluga. La señora acelera, y sigue su camino con más mal genio que antes.

Ese viernes, en el último turno, a don Sergio le quedan solo tres calugas para diez niños, y todos quisieran que la bolsa durara un poco más.



Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en el informe Estudio de Convivencia Vial: En la calle, puro Buen Trato (ACHS-Datavoz, 2026).

Un barrio con muchos sueños



Había una vez un barrio llamado Palomares que estaba oscuro, oscuro en la noche, no había casi un solo farol. Ni cámaras de seguridad para protegerse, ni vecinos realmente organizados para resolver los problemas. ¡Y lo peor de todo: no había ningún vecino soñando con cambiar el barrio! Era una verdadera tragedia.

Hasta que un día apareció Moisés, que quería mejorarlo TODO.

Moisés tenía muchos, muchos sueños para Palomares. Soñaba con una cancha techada para jugar en los días de lluvia. Con faroles que iluminaran las calles de noche. Con cámaras de seguridad para que todos vivieran protegidos. Y sobre todo, con más vecinos como él.

Así que Moisés se puso manos a la obra. Instaló 240 cámaras. Puso 240 alarmas. Juntó a cientos de vecinos que antes ni se hablaban, y los convenció de trabajar todos juntos.

La cancha techada todavía es un sueño, pero seguro que pronto los niños de Palomares jugarán un partido una tarde de lluvia.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Moisés Ríos, dirigente social de la Unión Comunal de Juntas de Vecinos, en Concepción, Región del Biobío. Apoyado por Lipigas.



¡Es imposible!

François pasaba horas junto a su abuelo mirando las estrellas desde la casa en el árbol que habían construido juntos. Allí le contaba su gran sueño: ser astronauta y flotar en el espacio, completamente libre y liviano.

–¡Qué buena aventura! –le decía el abuelo–. Se nota que mi nieto jamás va a tener un trabajo aburrido.

Y no se equivocó. Ya de grande, buscando cómo cumplir esa fantasía sin fabricar un cohete, François descubrió un ingrediente milenario: las sales de Epsom. Al disolver toneladas de este mineral en una piscina tibia dentro de una cápsula oscura, encontró la manera de hacer que los adultos volvieran a sentirse como niños.

–¡A ver, intente tocar el fondo! –desafió François a una señora tiesa como una estatua de tanto trabajar sentada.

Ella tomó aire e intentó sumergirse, pero el agua salada y pesada la devolvió a la superficie de un solo brinco, como un corcho de plumavit.

–¡Es imposible! ¡Siento que me quitaste diez kilos de preocupaciones! –se rió, flotando de espaldas con una sonrisa de oreja a oreja.

François sonrió. Afuera quedaba el ruido del mundo, pero ahí adentro, cualquier adulto cansado podía volver a ser ese niño que, junto a su abuelo, flotaba feliz entre las estrellas.



Este cuento está inspirado en Float, el primer centro de flotación de Chile, creado por François Pouzet, en Santiago.

Ilustración: Camila Cruz

El taller donde el tiempo se estira



Había una vez un grupo de mujeres costureras con un problema raro: no les alcanzaban las horas del día. Entre cuidar abuelos, cocinar, ayudar con tareas y mil cosas más, el reloj se les hacía chiquito.

–Necesitamos más horas –dijo una.

–Las horas no se fabrican –dijo otra.

Pero entonces alguien tuvo una idea:

–¿Y si el tiempo fuera como la tela? Si sobra, se guarda. Si falta, se estira. Y si se rompe, se cose.

Se miraron entre ellas. Nadie había probado eso antes. Así que, con agujas, hilos y un poquito de locura, decidieron intentarlo.

Cortaron su día en pedacitos, como si fuera un retazo de género. Un trocito de mañana para coser un dobladillo. Un trocito de tarde para bordar una flor. Un trocito de lo que sobraba, cosido a otro trocito de lo que sobraba, hasta armar un horario que no se parecía a ningún horario normal, pero que a ellas les quedaba perfecto.

–¡Funciona! –gritaron, sorprendidas–. ¡El tiempo se puede coser!

Con esos pedacitos de tiempo remendados, armaron un taller entero: transformaban ropa vieja en ropa nueva, retazos olvidados en tesoros, y minutos sueltos en un trabajo de verdad.

Descubrieron que no hacía falta un reloj gigante marcando las mismas horas para todo el mundo. Solo hacía falta ingenio, una aguja, y las ganas de coser el tiempo a su propia medida.

Este cuento está inspirado en Creactivas de San Joaquín, proyecto apoyado por la Dirección de Investigación e Innovación Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH).

Ilustración: Romina Carvajal



EL VUELO DEL CÓNDOR

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK

Ilustración: Camila Cruz

Todos los lunes, Kiko llega corriendo a la casa del abuelo Fermín, con hambre de historias y de pan con mantequilla hecho por la Jaqui.

–Hoy vamos a viajar –le dijo el abuelo, extendiendo un mapa de Chile en el suelo–. De norte a sur, de la montaña al mar. Yo caminaré desde mi sillón, y tú viajarás como quieras: corriendo, en puntas de pie, o sentado a mi lado.

–Abuelo, no entiendo.

–Cierra los ojos y escucha.

Empezaron por el norte, en el desierto de Atacama, a los pies de la cordillera. El abuelo le explicó cómo el agua de los hielos, con los años, había abierto caminos entre las montañas, dejando valles donde crecían plantas y llegaban animales: guanacos, vizcachas, zorros culpeo, flamencos rosados.

–Partamos por el cóndor –dijo el abuelo–. Es el ave voladora más grande del mundo. Afírmate, Kiko, que comienza nuestro viaje.

Descubrieron montañas con franjas de colores –verde menta, turquesa, morado–, restos de cobre, oro y plata brillando entre las rocas. Vieron máquinas gigantes y mineros trabajando bajo el sol.

Después descendieron hacia el Salar de Atacama, una tierra blanca de sal donde también se esconden litio y potasio.

–Antes de volver, hay que flotar en la laguna Cejar –dijo el abuelo–. Abre los brazos, que la sal te sostiene sola, sin flotador.

–¡Pica la piel! –gritó Kiko, rodeado de flamencos rosados.

El aroma a pan con queso de la Jaqui empezó a sentirse desde la cocina, y con eso, el viaje llegó a su fin. Por ahora.

Ilustración: Camila Cruz

UN CHAPUZÓN CON CHUNGUNGOS

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK



La semana pasa lenta para Fermín, que espera con ansias la llegada de los lunes.
–¡Sorpresa! –le grita a Kiko apenas asoma la cabeza por la puerta.
–¿Qué aventura tenemos hoy, abuelo?
–¡Ponte traje de baño, que nos vamos a las playas del norte!
Con jockey y anteojos oscuros, caminaron por dunas de arena blanca hasta la orilla del mar. Descansaron sobre una roca, a los pies de un pelícano que, al verlos, ladeó el cuello y los miró con curiosidad.
–¿Habrá chungungos aquí, abuelo? ¿Es verdad que son el mamífero marino más pequeño del mundo?
–¡Claro! Y vas a nadar con ellos respondió Fermín–. Y podrás conocer islotes y bahías.
Kiko, montado en el lomo de un chungungo, se mecía entre ola y ola. El abuelo iba a los saltos sobre un delfín nariz de botella. Bajaron a tierra firme frente a la playa Peñuelas, donde el agua, quieta como un espejo, escondía el famoso humedal El Culebrón.
–¿Un humedal?
–Exacto, Kiko. Agua tranquila al final del estero, donde entre juncos y coirones conviven gaviotas migratorias, picaflores gigantes y pajaritos de mil colores.
El pelícano, muy educado, les ofreció un vuelo corto antes de volver a casa. Sentados en su bolsa bajo el pico, sobrevolaron el puerto de Coquimbo y llegaron hasta el enorme faro de La Serena, pasando tan cerca de los cerros que las añañucas naranjas y las astromelias amarillas cerraron sus pétalos del susto.
–Buenas noches, abuelo. Nunca olvidaré los chapuzones de esta tarde –se despidió Kiko, sacudiéndose el agua salada del pelo.

CHULENGO SE SUMA AL VIAJE

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK



Ilustración: Camila Cruz



–¡Al fin llegó la primavera! –escribió Fermín en su libro de notas, y al escuchar pasos cortos que venían a la carrera, supo de inmediato que Kiko había llegado.

–Hola abuelo, ¿qué excursión me tienes preparada?

–Comienza en el jardín bajo la sombra del olmo, y debemos esperar el autobús colorado. ¡Atención! Creo escuchar un ruido de motor.

Una vez que se detuvo, subieron al segundo piso sin techo. Sentados en primera fila, una señorita les fue explicando el recorrido: –Hacia la izquierda, el río Mapocho, trayendo agua de nieve desde la cordillera. Más adelante, el Parque Metropolitano, el zoológico y la imagen de la Virgen en lo alto.

–Aquí nos bajamos –indicó el abuelo, y se subieron al funicular–. Frente a la jaula de los monos, Kiko se rascó el pecho imitando al más pequeño. Pero el más curioso fue un guanaco, al escuchar las risotadas de Kiko.

–¡Chulengo! –exclamó Kiko–. Así le dicen al guanaco adolescente. Qué gracioso suena, abuelo.

Caminaron cerro abajo entre peatones, ciclistas y patinetas, sin darse cuenta de que atrás suyo venía alguien al trote.

–Es Chulengo, abuelo. Ahora somos tres aventureros.

Recorrieron juntos el casco histórico, atravesando la Plaza de Armas. Al mediodía, sentados a la sombra, comieron cabritas entre cientos de palomas. La próxima parada fue Valparaíso: casas de colores encaramadas en los cerros, y un viaje en bote por el puerto.

–Es hora de volver a casa –propuso Fermín. Con el pelo arremolinado y las orejas de Chulengo girando como veleta al viento, entraron a la sala el abuelo, Kiko y el guanaco.

CABALGATA ENTRE VIÑEDOS Y COPIHUES

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK

En la sala, el abuelo y Kiko comían las primeras cerezas de la temporada.
–Hoy vamos a viajar a caballo. Pásame el sombrero y el bastón, que no hay tiempo que perder –anunció Fermín.
–¡A galopar! –gritó Kiko, ajustando los binoculares con Chulengo a su lado.
Iniciaron la travesía cruzando viñedos, plantaciones de cerezos y manzanos. Trepando cerros de quillayes, boldos y peumos, avistaron un cóndor planeando majestuoso. Avanzaron por las dunas grises de Putú sin perturbar a los zorros chillas ocultos en los matorrales.
–¡Abuelo, mira lo que veo! –dijo Kiko, pasándole los binoculares.
–Son coipos nadando en el humedal –explicó Fermín.
Chulengo los llevó cordillera arriba, a sumergirse en los pozones termales de Chillán. Con una sonrisa y el pelo mojado, avanzaron al paso de los caballos hasta el río Maule.

Ilustración: Camila Cruz

Comieron queso mantecoso del pueblo de Chanco, mientras veían pasar a los cisnes de cuello negro y, por el camino, a los camiones cargados con troncos de pino en su viaje al puerto.
Por la tarde, y bajo una llovizna, llegaron a la zona boscosa del Biobío.
–¡Silencio! –pidió Fermín, mirando con los binoculares a un carpintero negro que picoteaba con fuerza el tronco de un viejo coihue. Chulengo dio un brinco y batió las pestañas para esquivar la lluvia de astillas que iba cayendo.
–¡Abuelo, hay copihues rojos enredados en las ramas del árbol! –exclamó Kiko, mostrando una flor con forma de campana alargada que parecía hecha de cera.
–¡Qué gran hallazgo, querido nieto! Es nuestra flor nacional –respondió el abuelo, con orgullo.
La oscuridad del bosque los hizo regresar.
En la cocina, sobre el mesón, un queque invadía el lugar con su aroma a limón.

EL CANTO DEL CHUCAO

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK

Después de raspar los restos de huevo en la paila, Kiko, con la mochila al hombro y pan con queso en la mano, llegó a la sala.
–Hola, Kiko, te estaba esperando.
El abuelo apuntó con el bastón el mapa en el suelo, y se adentraron por un bosque de araucarias milenarias. Chulengo, escondido tras un enorme alerce, los quiso sorprender.
–¡Te pillé! –gritó Kiko.
–Te delataste por las orejas en punta, que mueves como periscopio –rió Fermín.
Alegres, fueron abriéndose paso entre lianas y helechos. El canto lejano de un ave hizo que Chulengo detuviera la marcha.
–Es un chucao –susurró Fermín–. Si se siente observado, va a desaparecer.
El abuelo imitó el canto del pájaro. No pasó un segundo: de la oscuridad del bosque surgió una sombra. El curioso chucao, con el pecho inflado, apareció dispuesto a defender su territorio.
A orillas del lago Llanquihue, se sentaron a descansar apoyados en la corteza anaranjada de los arrayanes.
–Es hora de la merienda –invitó Fermín.
Chulengo, hambriento, estiró el cuello y de un bocado se comió papas moradas y piñones. El sabor desconocido le dibujó una mueca graciosa en la cara y le hizo dar un salto, salpicando a todos al caer al agua.
En las rocas del río Maullín, Kiko observaba a los cormoranes negros secando sus alas al sol, y con el largavista descubrió, entre las quilas, una ranita de Darwin.
El abuelo se entretenía viendo a los salmones subir contracorriente, mientras un martín pescador se lanzaba en picada a cazar peces.
Rodeado de ulmos en flor y abejas, un apicultor regaló a los excursionistas un frasco de miel aromática, que saborearon con los ojos cerrados al probar su dulzor.
Con el volcán Osorno a sus espaldas, dejaron atrás la región de Los Lagos, y sentados a la mesa de la cocina se tomaron el delicioso caldo valdiviano que la Jaqui les tenía preparado.

Ilustración: Camila Cruz

RUMBO AL FIN DEL MUNDO

POR VIRGINIA PÍES Y CLAUDIA CAJTAK

Kiko se devoró el pan con palta. La leche con chocolate le dibujó un ligero bigote color café que no tuvo tiempo de limpiar. El abuelo Fermín entró a la cocina con salvavidas y un grueso gorro de lana.

–¡Hoy navegaremos hasta la Antártica chilena, Kiko! –anunció, señalando el mapa.

Chulengo, estrenando gorra de marinero, los esperaba junto a la canoa. Esquivaron el oleaje con destreza. El viento le voló el gorro; sus espesas pestañas, empapadas por grandes olas, no lo dejaban ver. Mientras, giraba las orejas, alerta a los fuertes rugidos de los lobos marinos.

Una densa neblina los hizo bajar a tierra. El crujido de una rama rompió el silencio, y un animal asomó su cabeza entre los coihues.





–¡Shh, abuelo! ¿Qué es eso? –susurró Kiko, conteniendo la respiración con los ojos muy abiertos.

–Es un huemul, el ciervo del sur. Quedan muy pocos –respondió Fermín en un hilo de voz.

El animal los miraba con expresión tímida antes de desaparecer en el denso follaje.

Las gélidas aguas del canal Beagle azotaban la canoa que guiaban a remo con destreza. Los albatros planeaban plácidos sobre las olas, acompañados de gaviotas de patas coloradas.

–¡Esos pingüinos, en la orilla, tienen plumas doradas! –gritó Kiko.

–Son los Macaroni, de cresta amarilla y anaranjada –explicó Fermín.

A bordo de una goleta, a toda vela, cruzaron el peligroso paso de Drake.

–Aquí se unen el océano Pacífico con el Atlántico –dijo el abuelo.

–Mira esos pingüinos navegando sobre un trozo de hielo. Qué divertidos se ven, parece que fueran al colegio en autobús –exclamó Kiko.

Una llovizna helada los empapó mientras las ballenas jorobadas saltaban chapoteando. Bajo el agua, abrían las enormes bocas para alimentarse con el krill que abunda en los mares australes.

–Lo logramos, abuelo.

–Navegamos como valientes aventureros por el extremo austral de Chile –concluyó Fermín, abrazado a Chulengo y a Kiko.





Ilustración: Camila Cruz



Ilustración: Ignacia Santillán

¡La plata crece!

Para su cumpleaños número 7, el abuelo de Fabiana no le regaló un juguete: le abrió una cuenta de ahorro en el banco y depositó $10.000.

–Este dinero, si lo dejas quieto, va a crecer solo –le dijo–. Vamos a revisarlo juntos cada seis meses.

Fabiana no le creyó mucho. La plata no tenía piernas ni alas: ¿cómo iba a crecer sola, guardada en un banco?

Seis meses después, fueron juntos a mirar la cuenta en el computador. Ya no eran diez mil pesos: eran $10.200.

–El banco te paga un poco extra por dejar tu plata guardada –explicó el abuelo–. Eso se llama interés.

Fabiana no tocó ni un peso. Otros seis meses después, volvieron a mirar: $10.404.

–Espera –dijo Fabiana, haciendo cuentas con los dedos–. ¿Por qué esta vez creció más que la primera vez, si dejé la misma plata quieta?

–Porque ahora el banco también te paga interés sobre el interés que ya habías ganado –sonrió el abuelo–. Mientras más tiempo la dejes tranquila, más rápido crece sola.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.



Ilustración: Camila Cruz

La maqueta desparramada

–¡Mira cómo quedó nuestra sombrilla ecológica! –exclamó Benjamín levantando con orgullo el prototipo.

–¡Es genial! –respondió Sofía llena de energía–. ¡Y podemos agregarle pequeños huertos en los costados para llenar la escuela de áreas verdes!

Lucas y sus compañeros de la Escuela F-89 de Antofagasta conversaban con entusiasmo mientras imaginaban soluciones para su barrio.

–¡Cuidado! –gritó Lucas cuando la maqueta de cartón tambaleó y se desparramó en la mesa.

Pero nadie se desanimó. En lugar de frustrarse, los tres sonrieron.

–¡No pasa nada! –animó Sofía entre risas–. ¡De cada intento aprendemos algo nuevo para hacerlo mucho mejor! –¡Tienes razón! –sumó Benjamín–. ¡Volvamos a armarla entre todos con más fuerza!

Con creatividad, liderazgo y trabajo en equipo, rediseñaron su idea y triunfaron en la gran feria. Descubrieron que cuando se trabaja unidos y con confianza, ¡cada desafío es una oportunidad perfecta para crecer!



Este cuento está inspirado en la iniciativa Sembrando Semillas Emprendedoras, apoyada por Mauricio Vicencio Álvarez; Director de Carreras Área Administración IP-CFT, Santo Tomás, Antofagasta.

El recreo sin pelota



Ilustración: Camila Cruz

–Se acabó el fútbol –anunció el profesor Emilio–.
Cada recreo termina en pelea.
Los estudiantes se quedaron mudos. Sin pelota, ¿qué iban a hacer en el patio?
–¿Cómo solucionamos esto? –preguntó Emilio, esperando ideas.
–Podríamos inventar otros juegos –dijo un niño, casi como broma.
A nadie le pareció mala idea.
Así que se fueron todos al taller de carpintería, con madera vieja y reciclada, a diseñar sus propios juegos de patio.
–Necesitamos medir bien, o no van a calzar las piezas –advirtió Emilio.
Midieron mal la primera vez. Cortaron torcido la segunda.
Se frustraron, discutieron, volvieron a intentar.
A la tercera vez, armaron una rayuela de madera pintada, y después un juego de pesca con imanes, y una tabla de equilibrio que había que probar entre varios para no caerse.
El día que estrenaron los juegos, no hubo ni una sola pelea. Solo turnos, risas, y niños inventando reglas nuevas sobre la marcha.
Y aprendieron, sin darse cuenta, más matemática midiendo tablas que en cualquier guía de ejercicios.

Este cuento está inspirado en el profesor Emilio Aracena y su taller de carpintería en un aula de educación diferencial, en La Calera, Región de Valparaíso, apoyado por Dale Profe.

FESTIVAL BAJO LA LLUVIA



Ilustración: Virginia Donoso

En San Pedro de la Paz, cruzando el río frente a Concepción –esa ciudad donde llueve tanto que la gente nace sabiendo abrir un paraguas–, vivía un niño que soñaba con ser cantante. Cantaba tan bien que se imaginaba en el Festival de Viña... hasta que un día la voz se le fue a buscar otro tono y nunca volvió. Por suerte, Emilio tenía un plan B: si no podía cantar, podía organizar la fiesta. Armó un kiosco en el patio para vender dulces a sus hermanos, organizó paseos y actos de curso, y hasta trajo bandas de otras ciudades para tocar en la ciudad. Lo eligieron presidente de curso casi por aclamación.
Ya grande, cambió el curso por medio país. Emilio es un emprendedor y quiere que todos los emprendedores de Conce se conozcan, para armar sueños juntos. Ahora tiene su propio festival, no de música pero sí de lo otro que más le gusta: inventar proyectos. La primera vez llegaron doscientas personas apretadas bajo un toldo (probablemente mojadas). Hoy llegan más de quince mil, de Chile y del mundo, y su sueño sigue siendo el mismo que a los ocho años: que nadie se quede afuera de la fiesta.

Este cuento está inspirado en la historia de Emilio Hernández, fundador del festival de emprendimiento Made in Conce, en la Región del Biobío.

EL SITIO QUE NADIE MIRABA

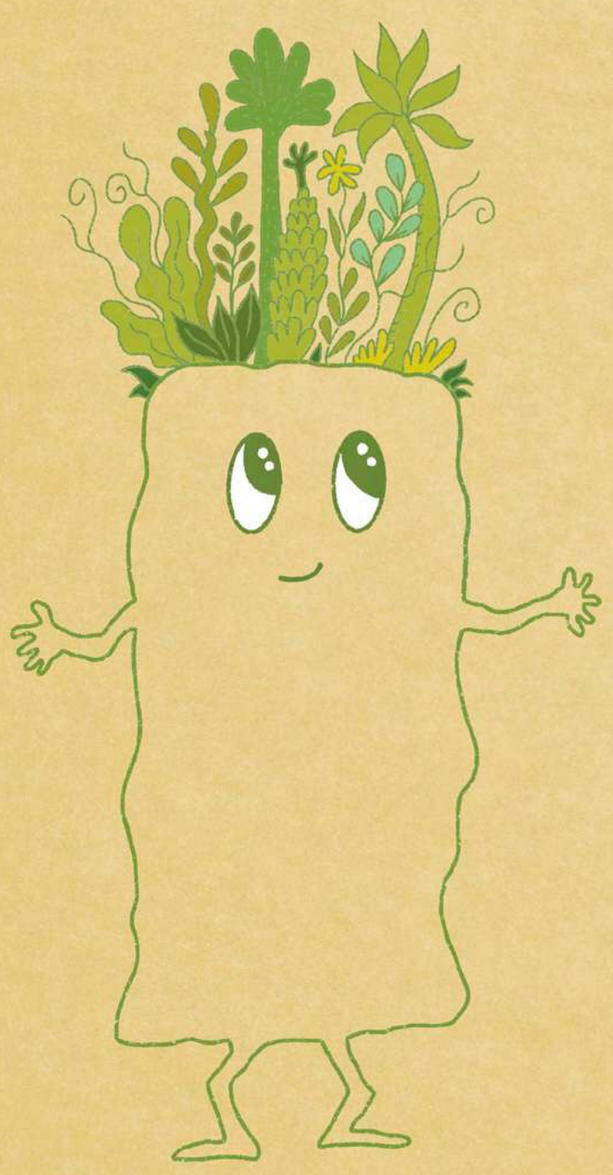


Ilustración: Romina Carvajal

Durante años, fui un sitio eriazo en Conchalí. Nadie me miraba, salvo para tirarme basura: bolsas, colchones viejos, un sofá sin patas. Me llamaban feo y peligroso. La muni venía a veces a limpiarme, pero duraba poco.

Pero un día todo cambió: llegó un grupo de personas con palas y plantas chiquitas. Venían a hacer un bosque con una técnica traída desde Japón: el bosque Miyawaki. En vez de plantar un árbol aquí y otro allá, dejando espacio entre ellos, me llenaron de golpe con decenas de especies distintas, muy juntas, casi pegadas.

–Así crecen más rápido, compitiendo por la luz –explicó alguien.

Al principio parecía un amontonamiento de palitos flacos que venían a mirar y a regar. Pero cada semana, algo cambiaba: una hoja nueva, una rama más alta, un pájaro que se quedaba un rato más.

Un bosque urbano como este, dicen, habría demorado treinta años en crecer solo. Acá tomó menos de cinco.

Los vecinos, que antes cruzaban la calle para no pasar cerca, ahora se detienen a mirar, y algunos hasta traen semillas para sumar.

Hoy puedo ofrecer sombra, tengo aves, insectos y niños que vienen a explorar entre los árboles. Ya no me hacen el quite, porque en vez de sitio eriazo, soy verde y frondoso.

Este cuento está inspirado en Bosko, empresa de restauración ecológica creada por Magdalena Valdés con intervenciones en Santiago, la Región de Valparaíso y Los Lagos.

¡Guerra a la basura!!!



Ilustración: Karina Lefelier

En un galpón grande, entre montañas de cosas que otros han botado, trabaja un equipo especial: 57 personas, cada una con su forma particular de pensar y de fijarse en los detalles.

–A mí nadie me gana separando tapas de botellas por color –dice Laura, orgullosa, mientras clasifica cientos de ellas sin equivocarse ni una vez.

Juan tiene memoria perfecta para recordar qué material va en cada caja, sin necesitar ni una sola etiqueta.

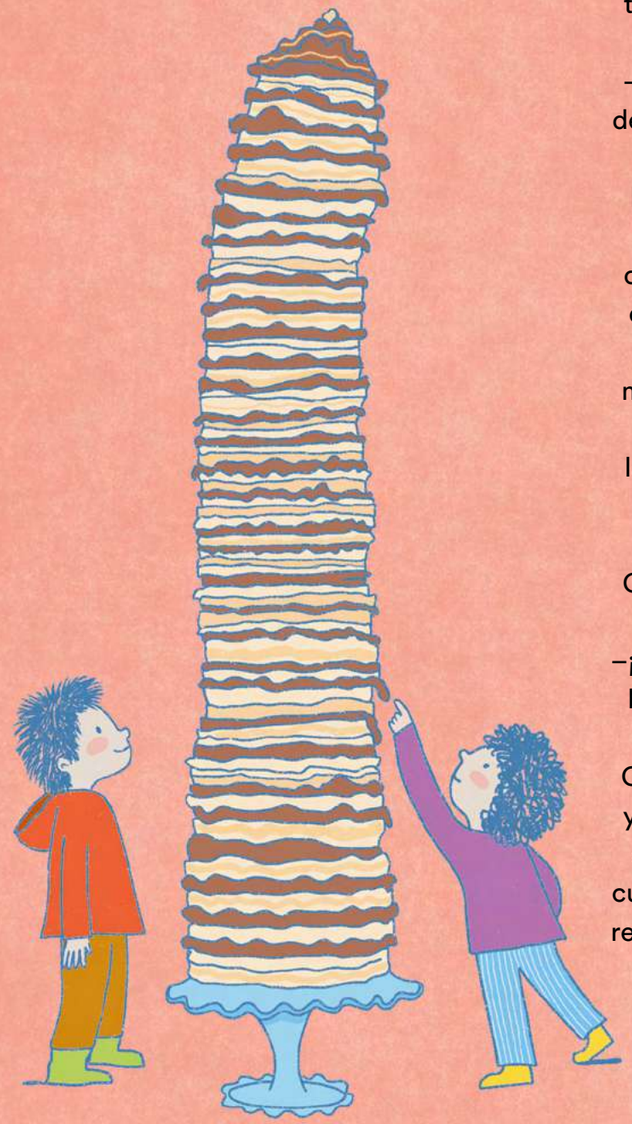
Juntos, transforman basura en materiales nuevos: plástico que vuelve a ser plástico, papel que vuelve a ser papel, nada que termine olvidado en un vertedero.

–Cada uno hace lo que mejor sabe hacer –dice Gabriel–. Y juntos, hacemos algo que ninguno podría lograr solo.

El sueño de este equipo es simple, aunque enorme: que algún día, en todo Chile, ya no exista la basura, porque absolutamente todo se pueda transformar en algo nuevo, y en el camino, se genere trabajo para quienes muchas veces nadie contrata.

Este cuento está inspirado en Kyklos, empresa fundada por Hernán Hochschild, en Santiago, con un Centro Inclusivo de Economía Circular donde trabajan 57 personas con autismo.

La torre de mil pisos



–¡Mamá, es imposible! –protestó Joaquín mirando la mesa cubierta de blanco. Una torre de mil pisos no se puede hacer en casa.

–Imposible no existe cuando hay ganas de festejar –le respondió Ana, repasando la masa con el uslero.

Llevaban meses con una sombra triste flotando en el living y pocas ganas de cantar. Pero con los cumpleaños de sus dos hijos a la vuelta de la esquina, Ana supo que no se podían quedar con las manos cruzadas. Jamás había cocinado algo tan complicado, así que estiraba la masa una y otra vez hasta dejarla tan delgada como una hoja de cuaderno.

–¿En qué piso vamos? –preguntó Cristóbal, asomando la nariz manchada de dulce.

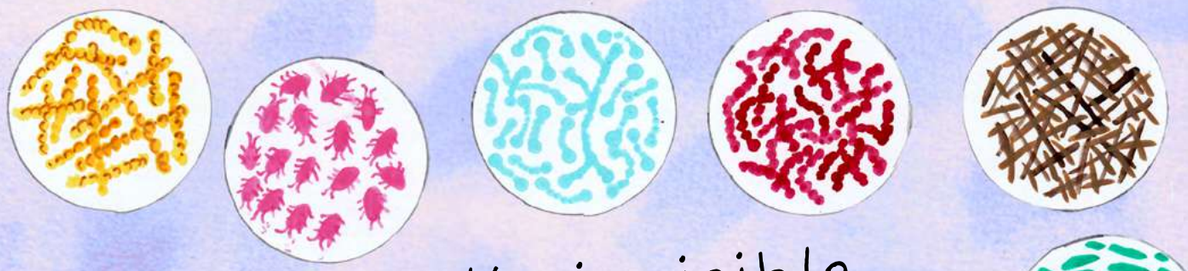
–¡Piso cincuenta! –se rió ella, uniendo las hojitas doradas con un río pegajoso de manjar.

Construir esa torta llevó horas de horno y mucha paciencia. Cuando la pusieron al centro de la mesa para ensartarle el cuchillo y servirla, un ¡CRUNCH! rotundo retumbó en la casa y la risa volvió a sonar fuerte entre los tres.

Días después, sonó el teléfono: un vecino quería encargar otra torta igual. Ana miró a sus hijos y entendió que la fábrica de alegrías recién abría sus puertas.

Este cuento está inspirado en Ana Santibáñez, emprendedora de repostería, en Concepción, Región del Biobío. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Romina Carvajal



El jardín invisible

Catalina y Natalia son unas hermanas amantes de las aventuras. Son una especie de jardineras, pero no cultivan flores, ni lechugas, ni tomates.

Cultivan algo que no se puede ver a simple vista. Algo que se necesita mirar con ojos muy agudos, para ver el mundo microscópico de su particular jardín. ¡Pocos se atreven!

En su laboratorio tienen contenedores especiales, como maceteros de otro tiempo, donde siembran millones de bichitos microscópicos: tan chiquitos que ni con lupa se distinguen uno por uno. Son “bichitos buenos”, de esos que viven adentro de la guata y ayudan a que todo funcione bien por dentro, combatiendo a los bichos malos. Catalina y Natalia, con mucha valentía, descubrieron la fórmula secreta para distinguir los bichitos buenos, que cuidan y protegen a los humanos y animales.

Las hermanas cuidan a estos seres microscópicos como a plantas de verdad: de una forma que sólo ellas conocen, les dan comida especial, temperatura justa, tiempo para crecer. Y, poco a poco, ese jardín invisible se multiplica hasta convertirse en millones.

¿Y para quién crees que hacen todo esto?

Para tooodos los niños y personas del mundo. Pero lo más importante: también lo hacen para los perros y los gatos. Porque nadie piensa mucho en la guatita de las mascotas, ¡pero ellas también la tienen, y también necesitan bichitos buenos!

Así que hicieron dos jardines: uno para personas, otro para mascotas. Metieron los bichos buenos en cápsulas y los guardaron en frasquitos, listos para ayudar a quien los necesitara.

Un jardín que nadie ve, cuidando por dentro a quien lo recibe.

Este cuento está inspirado en la historia de Catalina y Natalia Garrido, fundadoras de LIVA, proyecto apoyado por la Universidad de Santiago de Chile, a través de su incubadora de negocios Innovo USACH.



Ilustración: Virginia Donoso

Los MOAIS también quieren bailar



Ilustración: Romina Carvajal

–¡Ma'ori Lynn, el suelo está rebotando! –gritó un joven en su primer ensayo, afirmándose la corona de plumas.

–¡No es el suelo, es la isla entera que contesta cuando tocamos el tambor! –se rió Lynn, pintado con tierra roja y blanca traída del mismísimo volcán. Con un pincel de rama, dibujaba en la piel de los bailarines las mismas líneas y anzuelos que los sabios grabaron en las rocas hace siglos.

–Con estas marcas en la piel no estamos disfrazados: somos la historia viva de Rapa Nui –les susurraba Lynn a cada uno.

De pronto, ¡BOOM!, retumbaba el tambor gigante de madera. Los ukeleles sonaban a mil por hora, las faldas de conchitas tintineaban como olas y los pies descalzos rebotaban con tanta fuerza que el público en las sillas se afirmaba del susto y la emoción.

Lynn miraba desde un rincón del escenario, viendo a los jóvenes brillar bajo los focos. Con tanto zapateo y ritmo, hasta los moais parecían tener ganas de ponerse a bailar.

Este cuento está inspirado en Lynn Rapu Tuki, fundador del Ballet Cultural Kari Kari en Rapa Nui Región de Valparaíso. Apoyado por Maururu Travel.

Ocho paraguas o uno



Ilustración: Ignacia Santillán

Cada invierno, a Maite se le rompía el paraguas. El barato, de esos que venden en cualquier semáforo a $1.000, aguantaba máximo dos lluvias fuertes antes de que el viento le diera vuelta las varillas para siempre.

Ese año, su papá la llevó a una tienda distinta.

–Este cuesta $8.000 –le dijo, mostrándole uno de tela gruesa y varillas de metal–. Mucho más que los de $1.000.

–Entonces no –dijo Maite, mirando el precio con cara de susto.

–Espera. El del semáforo dura una lluvia, quizás dos. Si compras ocho de esos en el invierno, gastas lo mismo que este, y terminas con ocho paraguas rotos en la basura. Este dura años.

Maite hizo la cuenta con los dedos: ocho paraguas de $1.000 eran $8.000, botados a la basura de a poco. Uno solo, bueno, costaba lo mismo, pero se quedaba.

Compraron el caro. Y esa tarde, cuando el viento sopló fuerte camino a la casa, el paraguas de Maite no se dio vuelta ni una sola vez.

Este cuento está patrocinado por Banco Santander.

NUEVE DE DIEZ

Cuando el hijo de Cecilia se enfermó, ella hizo una lista de diez preguntas y voló a un hospital muy lejano, buscando las respuestas correctas.

Ahí, un médico fue revisando la lista, pregunta por pregunta.

–Esto... correcto. Esto también... correcto –decía, marcando casi todas.

Cecilia lo escuchaba, cada vez más sorprendida.

–¿Entonces en Chile ya estábamos haciendo casi todo bien? –preguntó, casi sin creerlo.

–Nueve de diez –contestó el médico–. Solo esta última necesita un tratamiento especial que no existe todavía en su país.

Ese "nueve de diez" fue como si le hubieran sacado una mochila gigante de la espalda. No todo estaba mal. Solo faltaba una pieza.

Cuando volvió a Chile, no dejó de pensar en esa sensación de alivio. Pensó en todas las otras familias que, como ella, vivían con miedo y dudas, sin saber si estaban haciendo lo correcto.

–Nadie más debería tener que viajar tan lejos solo para escuchar "vas bien" – decidió.

Así que creó un lugar donde cualquier familia pudiera conseguir esa misma tranquilidad, sin cruzar medio mundo para encontrarla.



Este cuento está inspirado en Cecilia Bolocco y Fundación CARE (Cáncer, Acceso, Red, Esperanza).

Ilustración: Florencia Landaeta

HAZTE CARGO DE UNA TAREA DE LA CASA DURANTE 7 DÍAS.

CADA DÍA QUE LA CUMPLAS, DIBUJA UNA ★.

¡EL DESAFÍO ES CONSEGUIR LAS 7 ESTRELLAS!

MIRA UN OBJETO DURANTE 30 SEGUNDOS. DESPUÉS, ESCÓNDELO O CÚBRELO Y TRATA DE RECORDAR 5 DETALLES.

VUELVE A MIRARLO Y DESCUBRE 3 DETALLES NUEVOS QUE NO HABÍAS NOTADO.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ELIGE 5 COSAS DE TU CASA Y ADIVINA CUÁNTO CREES QUE CUESTA CADA UNA.

$ $ $ $ $

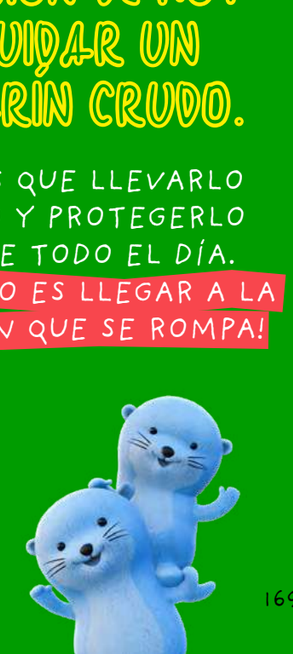
DESPUÉS PREGÚNTALE A UN ADULTO CUÁNTO COSTARON DE VERDAD.

¿EN CUÁLES TE ACERCASTE MÁS?

TU MISIÓN DE HOY ES CUIDAR UN TALLARÍN CRUDO.

TENDRÁS QUE LLEVARLO CONTIGO Y PROTEGERLO DURANTE TODO EL DÍA.

¡EL DESAFÍO ES LLEGAR A LA NOCHE SIN QUE SE ROMPA!



ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

La maleta mágica

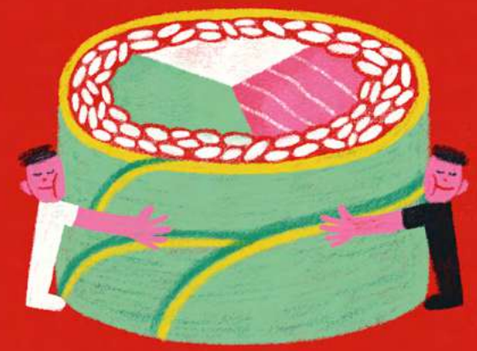


Para Daniela, nacer en Punta Arenas no era estar en el "fin del mundo", ¡sino en el mejor punto de partida para explorarlo!
Con muchas ganas de aprender, armó su maleta y salió a recorrer otros países, culturas y diferentes oficios.
–¿Te gustaría tomarte un café? –le preguntaron en uno de sus viajes.
–No, muchas gracias –respondió ella haciendo una mueca.
¡En ese tiempo ni lo probaba! Pero de pura curiosa terminó trabajando varios años preparando café, ¡y se convirtió en una de sus actividades favoritas!
Cuando Daniela regresó a Magallanes, en la maleta no traía ni un solo imán para el refrigerador, sino algo mucho mejor: ¡montones de experiencias! Juntó lo que aprendió sobre cómo viven y trabajan las personas en otras partes, lo sumó a su profesión de kinesióloga y al yoga y así fue naciendo Lokah.
Hoy visita distintos equipos de trabajo y comunidades para contagiar las ganas de cuidarse. –¡A soltar el mouse un ratito, respirar profundo y estirar la espalda! –anuncia alegre al entrar. Y así, los adultos descubren lo bien que se siente regalarle un respiro al cuerpo.
Y Daniela va por más: sueña con crear un lugar gigante con libros, olorcito a café y rincones cómodos, donde trabajar y sentirse bien sean siempre grandes amigos.

Este cuento está inspirado en Daniela Barría, creadora del emprendimiento de bienestar Lokah, en la Región de Magallanes.

Ilustración: Ignacia Santillán





Gemelos al plato

¡Terminar de cocinar con los dedos llenos de arroz pegajoso y una sonrisa gigante es la prueba máxima de que una receta quedó deliciosa!
Esa es la especialidad de dos hermanos gemelos que desde chicos transformaban la cocina en un patio de juegos. Si uno inventaba una receta loca entre harina y delantales gigantes, el otro aparecía feliz a probar todo con la boca llena y los ojos brillantes.
A los 12 años, cuando el gemelo cocinero se apoderó de las ollas, miró una bandeja de sushi tradicional y arrugó la nariz. ¿Por qué esos bocados tan ricos tenían que ser tan chiquititos, serios y costar una fortuna?
–¡El arroz es como un lienzo de pintura comestible! –gritó divertido mientras le daba forma con sus manos.
–¡Y podemos rellenarlo con los pescados más frescos, palta suave, crocantes deliciosos y mucho sabor! –completó su hermano dándole un mordisco gigante.
Así armaron su propia fiesta gastronómica: rollos gorditos, frescos y coloridos a un precio justo para que nadie se quedara con hambre. Hoy, aquellos dos gemelos demostraron que cocinar entre risas y comer rico sin tanta parafernalia ¡es un verdadero banquete que puede disfrutar todo el mundo!

Este cuento está inspirado en los hermanos Jack y Alan Schoihet, socios fundadores de Niu Sushi. Apoyado por Inacap.

Ilustración: Karina Lefelier

El túnel del tiempo



–¡Paren la máquina! –gritó Felipe, metiéndose entre la polvareda de una demolición a punto de convertirse en estacionamiento.

Entre los escombros encontró una caja gastada. La abrió, y adentro había cientos de fotos antiguas, a punto de terminar en la basura.

–¡Encontramos oro! –gritó, sacudiéndose el polvo.

Esa mirada electrizada no era nueva. A los ocho años, Felipe se tiraba en la alfombra a mirar fotos en sepia de un abuelo al que nunca conoció.

–Mira, mamá –decía–. Las fotos son como un túnel que me lleva a los tiempos del abuelo.

Ese "túnel del tiempo" nunca se le olvidó. De grande, junto a su amigo Nico, se dedicó a rescatar fotos como esas: cajas olvidadas en casas antiguas, álbumes a punto de perderse para siempre.

Guardaron esas fotos, y muchas más que la gente empezó a mandarles desde todo Chile, en un lugar donde cualquiera puede ir a mirar la historia.

Y ahí pasó la magia: una abuela reconoció a su papá vendiendo rosas en una calle de 1950. Un vecino lloró al ver la casa de su infancia, la misma que ahora es un edificio. Miles de fotos perdidas, por fin, encontraron el camino de vuelta a casa.

Este cuento está inspirado en la historia de Felipe Bengoa y Nicolás Fernández, creadores de la Fundación Enterreno, una iniciativa que rescata la memoria histórica visual para la comunidad.

Ilustración: Daniela William





El caso de la casa

De chica, Pamela quería ser detective, con uniforme y misterios por resolver. Pero también le gustaban los martillos y destornilladores, sobre todo después de un terremoto, cuando ayudó a su papá a reconstruir la casa.

Pasaron los años y probó de todo: ventas, publicidad, administración. Nada la dejaba conforme. Hasta que un día se metió a un curso de gasfitería –"por qué no", pensó– y ahí encontró el caso que siempre había buscado resolver: las cañerías.

Aprendió agua, gas y después electricidad. Hoy es maestra de todo. Su camioneta es un taller con ruedas: llave inglesa, soldador, cinta aislante.

Tiene tanto trabajo que invita a otras gasfiteras a trabajar con ella. Una vez llegaron a una casa donde el dueño las recibió agitado, como si fuera escena de un crimen: "¡Hay una fuga!" Pamela revisó todo y dio el veredicto: "Aquí no hay culpable. Solo una llave floja". Cerró el caso entre risas.

Su próximo desafío: armar su propia empresa, y llenarla de mujeres con destornillador en mano.

Este cuento está inspirado en Pamela Hernández, maestra gasfitera y eléctrica, en Maipú, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Romina Carvajal

A grito pelado



Ilustración: Florencia Landaeta

Hace muchos años, un médico francés llamado René Laënnec inventó algo que cambió la medicina para siempre: el estetoscopio, ese aparatito que los doctores usan para escuchar tu corazón y tus pulmones.

Mucho después, en Valparaíso, un grupo de científicos quiso inventar algo parecido, pero para escuchar la voz.

–¡AAAAAH! –gritó Nacho frente al micrófono, y el doctor casi se cae de la silla del puro susto.

–¡Tranquilo, doctor! ¡No es un concierto de rock! –se rió Nacho apuntando a la pantalla–. ¡Es para mostrarle cómo nuestra máquina puede leer los secretos de la voz!

A Nacho nunca le gustó copiarle nada a nadie. A los catorce años armó una banda con amigos que no sabían tocar ni el triángulo, pero afinar la oreja le enseñó la clave de todo: aprender a escuchar. Años después, junto a sus cuatro socios inventó algo único en el mundo: una tecnología capaz de analizar la voz y decirle a los médicos cómo está la salud de los pacientes.

Hoy, un montón de doctores en Chile usan este escuchador digital para sanar a las personas a distancia. ¡Nada mal para una historia que empezó con puros gritos de rock!

Este cuento está inspirado en Lanek, emprendimiento liderado por Ignacio Contreras que desarrolla tecnología médica revolucionaria desde Valparaíso.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ.

MIRA 6 OBJETOS QUE TENGAS CERCA Y CONVIÉRTETE EN CLASIFICADOR. SEPÁRALOS EN DOS GRUPOS: COSAS QUE NECESITAMOS Y COSAS QUE QUEREMOS, PERO PODRÍAMOS VIVIR SIN ELLAS.

ESCOGE UNA PEQUEÑA META QUE TE GUSTARÍA ALCANZAR. AHORA CONVIÉRTELA EN UN PLAN: PIENSA 3 PASOS QUE PODRÍAN AYUDARTE A LLEGAR HASTA ELLA.

JUEGUEN AL ESPEJO: UNO SE MUEVE Y EL OTRO COPIA CADA MOVIMIENTO. CUANDO SUENE UN APLAUSO, CAMBIEN DE ROL SIN PARAR.

CREA UNA SERIE DE 3 MOVIMIENTOS Y REPÍTELA HASTA QUE TE SALGA. ¿LISTO? AHORA INTENTA HACER LOS MISMOS MOVIMIENTOS AL REVÉS.

PREGÚNTALES A 3 PERSONAS QUÉ COSA LES GUSTARÍA TENER. AVERIGUA CUÁNTO CUESTA CADA UNA Y COMPÁRALAS. ¿CUÁL CUESTA MÁS Y CUÁL CUESTA MENOS?

ANTES DE SACAR UN MATERIAL NUEVO, HAZ UNA REVISIÓN RÁPIDA: ¿QUEDA ALGUNA HOJA A MEDIO USAR, ALGÚN LÁPIZ QUE TODAVÍA ESCRIBA? SI LO ENCUENTRAS, ¡ÚSALO HASTA EL FINAL!



BUEN EQUIPO

En un taller vivían tres robots que estaban aprendiendo a armar un auto. Ruedín ponía las ruedas. Tornix ajustaba el motor. Pintín coloreaba la carrocería. Cada uno hacía su trabajo por su cuenta, cuando quería, sin avisarle al otro.

El resultado: un desastre.

Ruedín ponía las ruedas antes de que estuviera listo el motor, y se le caían. Pintín lanzaba pintura mientras Tornix aún tenía las manos metidas adentro, y salpicaba todo. Ningún auto funcionaba.

–Esto anda mal –dijo Ruedín, mirando su octavo auto fallido.

Un robot mayor los observó trabajar y les dijo algo simple:

–Lo que necesitan es trabajar en equipo.

–¿Equipo? –se preguntaron los tres al mismo tiempo.

–¡Buena idea! –dijo Tornix, agarrando el motor–. Ruedín, sujétame esta pieza mientras la ajusto.

Ruedín sostuvo el motor con sus dos brazos mientras Tornix apretaba los tornillos. Apenas terminaron, Pintín ya estaba ahí, pintando la parte que quedaba libre, sin salpicar a nadie.

El próximo auto quedó perfecto. Motor firme, ruedas derechas, pintura brillante sin manchas.

Y lo más increíble: les tomó la mitad de tiempo que antes.

No por ser más rápidos, sino por trabajar juntos.

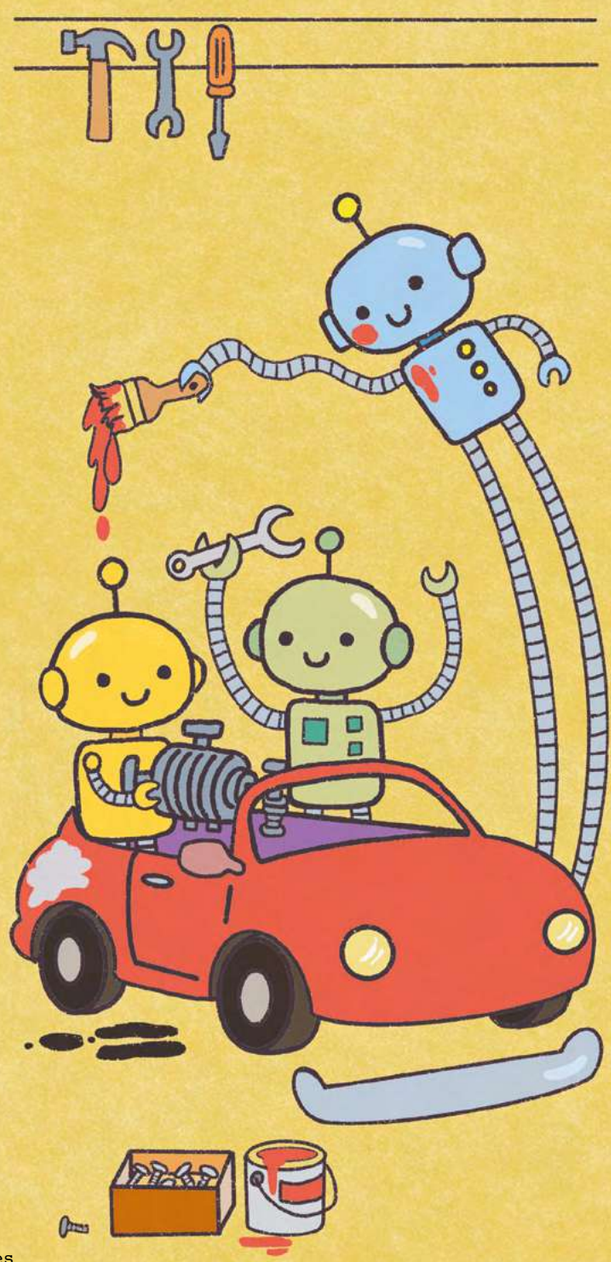


Ilustración: Romina Carvajal

Este cuento está inspirado en Andes Path, empresa de robótica fundada por Clark Jeria en Santiago.

Daniela la gasfitera



Ilustración: Ignacia Santillán

Desde chica, Daniela no quería depender de nadie. Le gustaba desarmar cosas para entender cómo funcionaban, aunque después no siempre lograra volver a armarlas.

Aprendió mecánica los fines de semana, ayudando a su papá bajo un auto. Se tituló en mecánica automotriz, y se metió de lleno al taller: la única mujer entre motores y hombres que, apenas la veían, le preguntaban: ¿Y dónde estaba "el mecánico"?

Un día, sin planearlo mucho, el destino la mandó para el lado de las cañerías. "Fue simplemente la vida, dice ella". Cambió el aceite de motor por el óxido de las cañerías viejas, y descubrió que ambos manchan la ropa igual.

Hoy tiene su propio local en Maipú, con la puerta bien abierta: el cliente entra, mira, huele y toca lo que quiere. No hay trucos ni misterios. Y aunque todavía alguno pregunta si "el gasfíter" llega más tarde mientras ella lucha cuerpo a cuerpo con una cocina que no prende, Daniela ni levanta la cabeza. El trabajo, dice, habla solo. A veces solo hay que subirle el volumen.

Este cuento está inspirado en Daniela González, maestra gasfitera con local propio, en Maipú, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

Darwin y el café



Ese barrio de Antofagasta era conocido por la bulla: parlantes a todo volumen y gente gritando sus pedidos a los garzones.
–¿Un café tranquilo, aquí? –se rió un vecino al escuchar la idea de Constantino–. ¡Difícil!
Pero Constantino tenía ganas y comenzó de a poco, probando con el pan de su tata, recién horneado con la misma receta griega de toda la vida. La gente hacía fila solo por el olor.
Después sumó una mesa. Y otra. Y una cafetera bonita que daba otro olor delicioso. Y más recetas del tata.
Así se fue agrandando el local y la clientela. El lugar tranquilo en medio del bullicio estaba creciendo.
–Esto es como una especie que va cambiando de forma hasta encontrar su mejor versión –se rió Constantino, viendo que su idea se agrandaba.
Por eso, al bautizar su local, eligió un nombre que hablara justo de eso: evolucionar de a poco. Darwin.
Hoy son cuatro locales en la ciudad, y el vecino desconfiado se transformó en otro cliente fiel.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Constantino Zafirópulos, creador de Café Darwin en Antofagasta. Apoyado por Banco Santander.

Ilustración: Florencia Landaeta



El desierto suavecito

¿Qué hace un flamenco de lana paseando en metro por Nueva York o comiendo tacos en México? ¡Presumiendo que viene de Arica! Aunque esta historia no empezó tan bien, mejor dicho empezó con una niña con ganas de salir corriendo.
Cuando Fabiola llegó al norte desde el sur de Chile, no entendía nada. Ella era feliz saltando entre charcos de barro y árboles mojados. El desierto le parecía una tostada gigante sin mantequilla. Extrañaba tanto el verde que la pena le dio un apretón gigante en el corazón.
Pasaron los meses y fue conociendo mejor la región: el Carnaval y su gente bailando con trajes de mil colores, llamas y vicuñas pastando en el altiplano y en la costa la milenaria cultura Chinchorro.
–Acá no hay bosques –dijo Fabiola–, ¡pero inventaré mis propios amigos del desierto!
Con lana de alpaca -la más suavecita del mundo- tejió a los animales andinos para poder abrazarlos. El invento funcionó tan bien que hoy sus juguetes acompañan a niños de Chile y de otros países. Ya todos ellos saben que el desierto no es aburrido: ¡es una fiesta de colores!

Este cuento está inspirado en Fabiola Vidal y su emprendimiento Munay Juguetes Andinos, en la Región de Arica y Parinacota, apoyado por Turismo Hielo y Fuego.

Ilustración: Ignacia Santillán

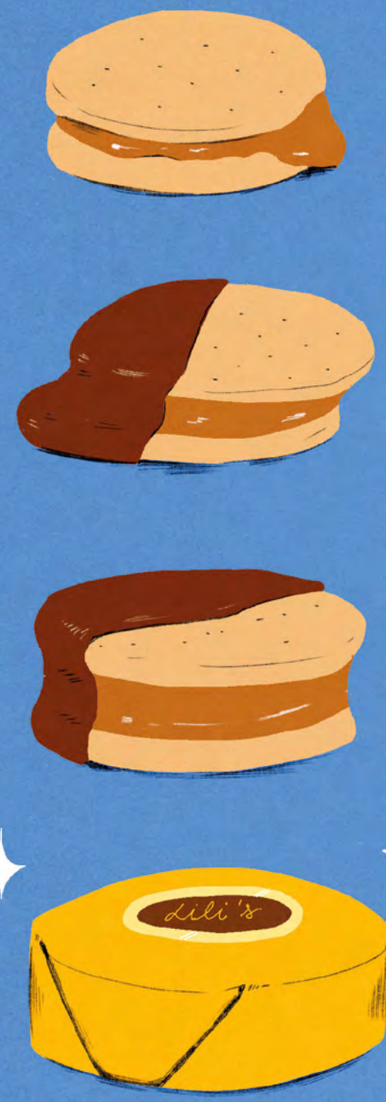


1+1=2

En un cerro de Valparaíso vivía Benjamín, que armaba máquinas increíbles con tornillos sueltos y motores viejos de barco. Tenía mil ideas, pero nadie a quien mostrárselas.
Más abajo, cerca del puerto, vivía Camila, que podía convencer a cualquiera de comprar cualquier cosa. Pero no tenía nada propio que vender.
Los dos eran como dos piezas de rompecabezas que se buscaban sin encontrarse.
Hasta que una mujer, que se dedicaba justamente a eso –juntar piezas sueltas–, los sentó en la misma mesa.
–Muéstrame lo que sabes hacer –le dijo a Benjamín.
–Muéstrame a quién se lo venderías –le dijo a Camila.
Algo hizo clic. Benjamín mostró su invento. Camila supo exactamente a quién ofrecérselo: los pescadores de la caleta, que arreglaban sus motores a mano y tardaban días.
Con la máquina de Benjamín y las palabras de Camila, esos mismos motores empezaron a arreglarse en la mitad de tiempo.
Dos piezas sueltas, encontradas al fin.

Este cuento está inspirado en EIVA, corporación para fortalecer el ecosistema de innovación y emprendimiento de la región de Valparaíso.

El team Lili



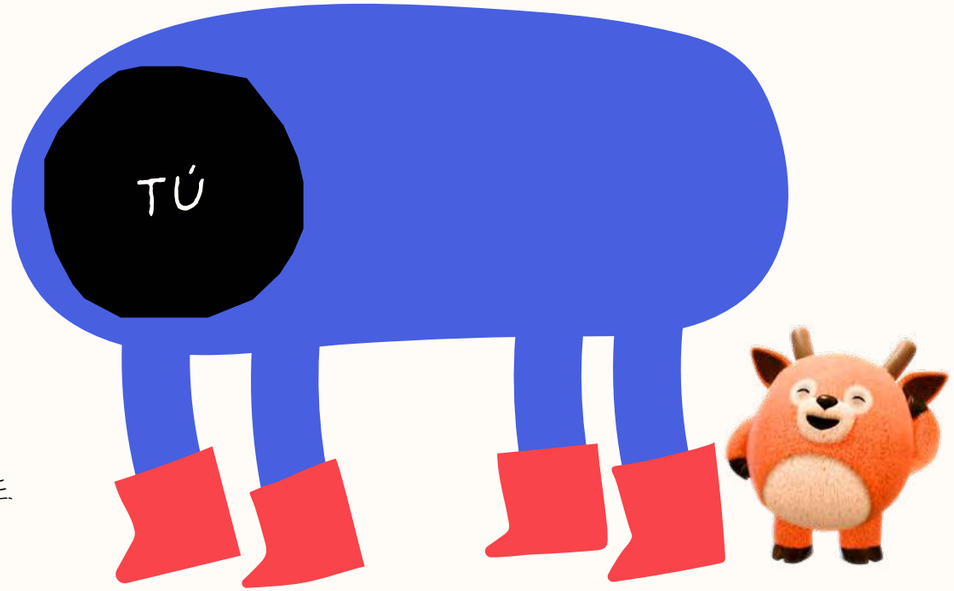
Lili siempre fue un torbellino inquieto: de chica, si se le ocurría hacer un barco, juntaba cajas de cartón; si imaginaba una torre, la construía con palitos de madera. Para ella, inventar cosas con sus propias manos y buscar la forma de salir adelante era la mayor aventura de cada día.
Su proyecto más sabroso empezó en una cocina diminuta: crear alfajores y chocolates artesanales capaces de hacer bailar de gusto a cualquiera. A veces el manjar se desbordaba, el adorno quedaba chueco o la galleta se horneaba de más, pero Lili no se daba por vencida. Se limpiaba la harina del delantal y probaba de nuevo, sabiendo que las cosas importantes se construyen de a poco, intento tras intento.
Cuando sus dulces se volvieron famosos en el barrio y luego en la ciudad, los vecinos le advertían:
–¡Lili, para mandar alfajores a todo Chile vas a necesitar robots gigantes y brazos mecánicos!
–¡Ni hablar! –respondió con la mirada firme–. ¡Nuestros dulces cruzarán el mundo, pero los haremos uno a uno, a mano y con cariño!
En vez de máquinas grandes, Lili armó un equipo fantástico donde pasteleros, chocolateras, dulceros y reposteras trabajan entre harina, risas y chocolate derretido. Y lo logró: hoy, los alfajores artesanales del team de Lili viajan a supermercados de todo Chile, Estados Unidos y más allá. ¿Sin robots? Bueno, sí usan máquinas chicas, como todo el mundo, pero en el corazón de cada dulce, el baño de chocolate y de cariño es de Lili y su equipo.

Este cuento está inspirado en Liliana Maier, fundadora de la chocolatería y dulcería artesanal Lili's en la región de Coquimbo. Apoyada por Unimarc.

Ilustración: Antonia Berger

SI PUDIERAS CONVERTIRTE EN UN ANIMAL POR UN DÍA, ¿CUÁL SERÍAS?

ESCOGE UNO Y CUENTA QUÉ TIENE ESE ANIMAL QUE SE PARECE A TI.



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

CUANDO TENGAS QUE ELEGIR ENTRE DOS OPCIONES, ANTES DE DECIDIR ENCUENTRA UNA RAZÓN PARA ESCOGER CADA UNA.

¡QUÉDATE CON LA QUE MÁS TE CONVENZA!

HOY TIENES UN DESAFÍO:



LEVANTA LA MANO AL MENOS UNA VEZ CUANDO NORMALMENTE TE QUEDARÍAS CALLADO.

PUEDE SER PARA RESPONDER, PREGUNTAR O AYUDAR.

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

La ciudad de las abejas



¿Quién se imaginaría que dentro de una simple caja de madera funciona una ciudad entera, sin un solo taco de tránsito? La primera vez que Anita se asomó al mundo apícola, encontró una metrópolis reluciente de diminutas trabajadoras con abrigos de terciopelo. ¡Casi se le caen los anteojos del asombro! Nadie daba órdenes, pero todo funcionaba perfecto: unas abejas hacían de aire acondicionado, batiendo sus alas para refrescar la casa; otras eran arquitectas, dibujando celdas de cera perfectas; y en la entrada, guardias súper estrictas revisaban que nadie entrara sin identificarse.

Ahí Anita descubrió algo increíble: ¡los humanos no fabrican la miel! Las verdaderas maestras reposteras del planeta son las abejas. Disfrazada con su traje blanco –¡como una astronauta explorando un planeta dulce!–, Anita decidió ser la mejor aliada de sus pequeñas socias. Mudó sus colmenas a los rincones más limpios del secano costero, lejos de pesticidas y ruidos.

El ¡pop! al abrir un frasco de su miel es como un aplauso microscópico: adentro no sale solo dulce, sale el zumbido de cada abeja que la hizo y el cariño de Anita.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Colmenares Annita, proyecto creado por Anita Menares en La Estrella, Región de O'Higgins. Apoyado por Super Pollo.

Un jardín entre los camiones



Si entras a la casa de Manuel, verás un marco en la pared con un diploma que dice «Contador». Pero si le miras las manos, jamás verás calculadoras ni hojas de cálculo: ¡verás tierra de jardín, tijeras de podar y mangueras!

Manuel estudió durante años de noche para sacar ese título. Pero cuando tuvo el papel en la mano, descubrió la verdad: odiaba la idea de estar encerrado en un escritorio silencioso. A él le apasionaba la acción, ensuciarse las manos y hacer cosas al aire libre.

Por eso, en la gigantesca y ruidosa planta de gas de Talcahuano, Manuel armó su propia empresa de aseo y jardinería. Mientras los camiones pesados entran y salen roncando, él y su equipo se pasean dejando los pisos brillantes y plantando flores llenas de color entre los tubos de acero.

–¡Don Manuel, pase la manguera que este camión viene lleno de barro! –le gritan los choferes al pasar.

–¡Manguera en posición y flores regadas! –responde él riéndose entre el ruido de los motores.

Hoy, a sus 73 años, Manuel jamás contó números en una oficina, ¡pero es el capitán que hace florecer el lugar más ruidoso del Biobío!

Este cuento está inspirado en Manuel Pérez, colaborador de Lipigas, en Talcahuano, Región del Biobío. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Romina Carvajal

Ilustración: Camila Cruz



El muro feliz

En la ciudad, casi todos los adultos caminaban mirando el suelo, como si llevaran un casco invisible de desconfianza.

–¡Ese señor de terno me da miedo! –decía una vecina.

–¡Y a mí me da susto esa señora! –respondía el señor.

¡Qué tontería! Por eso, a un grupo de personas se les ocurrió un juego genial: llenar las paredes grises de la ciudad con murales gigantes. Pero con una regla muy chiflada: solo podían pintarlos personas de mundos tan distintos que JAMÁS conversarían en la calle.

Un día, frente a un muro del Metro, un jefe muy serio terminó afirmando el tarro de pintura verde junto a un grafitero y una dirigenta del barrio.

–Ustedes no entienden mis problemas –dijo el jefe, tieso. –¡Y usted no sabe lo que cuesta arreglar una plaza para los niños! –contestó ella.

Pero mientras pintaban, empezaron a escucharse. Todos tenían súper buenas ideas para hacer más parques, tener más tiempo para estar con la familia, y para que la ciudad fuera más linda. Cuando el mural quedó listo, ya sabían algo nuevo: no hay que pensar igual para ser del mismo equipo. Y ahora esos muros pintados por todos nos recuerdan que conversar con confianza es la única forma de construir un país mejor.

Este cuento está inspirado en Corporación 3xi y sus iniciativas que juntan a personas de mundos opuestos para conversar, construir confianza y solucionar juntos los problemas de Chile.

EL mejor PORRAZO



–¡Mi tabla es mejor porque se desliza por un volcán! –presumió un niño con casco y guantes gigantes.

–¡La mía le gana porque corre arriba de las olas! –contestó una niña de la costa, chorreando agua salada.

Ese día se juntaron dos cursos que hasta hace poco, nunca habían tocado una tabla, aunque vivían al lado del mar y la cordillera.

–¿Y qué pasa cuando te caes? –preguntó él curioso. –Tragas agua salada y terminas con un alga de sombrero –se rió ella–. ¿Y tú? –Quedas clavado de cabeza como un muñeco de nieve con patas.

Al principio a varios les daba susto, pero entre monitores y compañeros descubrieron que nadie se quedaba atrás: si alguien se iba de porrazo, diez manos se estiraban para levantarlo.

–Oye... ¿y si cambiamos? –propuso él mirando el mar. –¡Hecho! Tú me enseñas a no rodar cerro abajo y yo te enseño a no tragarte el océano.

Para estos niños, el mar y la montaña son la cancha donde todos tienen derecho a jugar, sacarse la arena de las orejas, levantarse juntos de cada porrazo y descubrir que no hay volcán ni ola gigante que dé miedo cuando tienes un equipo firme sujetándote la espalda.

Este cuento está inspirado en la Fundación Chile Trasciende, liderada por Vicente Reyes, que conecta a estudiantes de comunidades rurales y vulnerables con su entorno natural a través del deporte. Apoyada por Fundación Mustakis.

Ilustración: Florencia Landaeta

Domadores de máquinas







Antes de vender ni una sola taza, Alfonso y Leonardo pasaron semanas calibrando su máquina de café en un galpón al lado de la casa de Lulú.

—¡Vamos a demostrar que un café de máquina puede ser tan bueno como el del mejor barista! Decían.

Los vecinos eran tan ruidosos que a Lulú no le quedó otra que espiarlos por un hueco de la pared, a ver qué rayos estaban haciendo.

Y ahí los vio, tirando uno tras otro por el desagüe.

—¡Muy aguado!

—¡Demasiado dulce!

—¡No se disolvió bien!

Y Leonardo, pacientemente, anotaba cada intento en una libreta.

Un día, Lulú presenció el gran momento: La máquina llenó el vasito, Alfonso y Leonardo lo probaron y se miraron con la boca abierta.

—¡Eureka!, gritaban como enajenados.

Así fue como nació Café Taller, un lugar donde los vecinos encuentran siempre un café al paso y delicioso, y los clientes frecuentes -como la mamá de Lulú, que fue de las primeras en probarlo- siguen corriendo la voz en Valdivia y más allá.



Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Alfonso Sourit y Leonardo Peralta, fundadores de Café Taller, en Valdivia. Apoyado por Banco Santander.

ELIGE AL AZAR 3 OBJETOS DE TU CASA E INVENTA UNA HISTORIA EN LA QUE APAREZCAN LOS TRES.

¡MIENTRAS MÁS INESPERADA, MEJOR!



JUNTA 5 PREGUNTAS EN UN DÍA.
NO LAS RESPONDAS: SOLO ANÓTALAS O DILAS EN VOZ ALTA.

AL FINAL, QUÉDATE CON LA QUE MÁS GANAS TIENES DE RESOLVER.

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM



Sueño de hilos

Ilustración: Camila Cruz

¿Una pollera con veinticinco vuelos? ¿Una manga ancha drapeada? ¿Un polerón hecho vestido? ¿Un chaleco resucitado para la fiesta con unas lentejuelas? ¿Pantalones globo, vestidos entubados, gorros de macramé?

Todo lo que te puedas imaginar cabe en la cabeza de un diseñador de ropa. ¡Oh, sí!

¿Y qué pasaría si juntas muchas cabezas que imaginan diseños preciosos en un gran taller, y organizas un desfile lleno de esos diseños circulando por la pasarela?

Un día, una niña llamada Johana lo hizo. ¿Por qué? Para cumplir un sueño.

Antes del desfile, la ropa cuchicheaba entre sí, nerviosa.

–¿Y si me tropiezo con mi propia cola? –dijo la pollera, temblando en su percha.

–Yo me iré volando con las gaviotas –dijo un sombrero gigante de ala ancha, mirando el mar.

–Tranquilos –les dijo Johana, acomodando los últimos detalles–. Ustedes ya aprendieron todo lo que había que aprender. Ahora solo hay que salir a mostrarlo.

Y así, entre nervios y vuelos de tela, la ropa avanzó por la pasarela, en la playa, frente a miles de personas que llegaron a mirar, mientras aplaudían diseños que antes nadie había visto.

¿Qué sueño quieres cumplir tú?

Este cuento está inspirado en Runway Fashion Design, proyecto liderado por Johana Fernández Ormeño, con base en la región de Biobío.

La ballena suertuda

Historia inspirada en Marcela Ruiz y Acústica Marina, empresa de Valdivia dedicada a capturar y analizar los sonidos del océano. Apoyado por Patagonia Startups, en el marco del programa Potencia financiado por Corfo.



Ilustración: Virginia Donoso

Bajo el mar suena una alarma: ¡algo se acerca! Todos corren a mirar la pantalla. ¿Un tiburón? ¿Un submarino perdido? No: son tres cangrejos discutiendo fuerte, como siempre.

–Falsa alarma –dice Marcela, entre risas–. Otra vez los mismos chismosos.

Marcela distingue cada sonido del océano, porque desde niña escucha cosas que no se ven. Su papá era veterinario, y ella era su ayudante: sostenía el aparatito contra la guata de las vacas, esperando el ¡tup, tup! bajo el pelaje.

–¿Y el mar también tiene corazón? –le preguntó una vez.

–Averígualo tú –le contestó él.

Y lo averiguó: construyó micrófonos gigantes para escuchar todo lo que pasa bajo el agua, desde el canto de las ballenas hasta un volcán que tose sin que nadie lo vea.

Una tarde, entre tanto ruido, un canto profundo se cruza con la ruta de un barco.

–¡Ballena en peligro! –grita alguien.

El barco frena a tiempo. Y la ballena sigue cantando, sin enterarse jamás del susto que casi se llevó.



SÚPER QR

Ilustración: Daniela William

Las alumnas de primero medio tenían un plan secreto: cazar al monstruo del «Tiempo Muerto», ese aburrimiento espantoso que aparece cuando tienes que esperar,
y esperar, y esperar. Su arma secreta era el inglés.

–*Girls*, la ciudad entera puede ser nuestra escuela. ¿Aceptan la misión? –les propuso la miss Isabel.

–¡Aceptamos! Pero, ¿cómo cazamos a un monstruo invisible?

–Con trampas invisibles –sonrió la miss–. Códigos QR.

Diseñaron mini clases de inglés, cortitas y divertidas, y las escondieron en códigos QR pegados justo donde los niños se aburren esperando: la sala del dentista, la fila del casino, el auto en un viaje largo.

–¡Mira! –le dijo un niño a su hermano en el dentista–. Si escaneas esto, ¡aparece un monito enseñándome a decir "no duele nada" en inglés!

La misión no terminó ahí. También grabaron programas para la radio del barrio, para que hasta los abuelos aprendieran algo mientras cocinaban. Así, las Cazadoras del Tiempo Muerto le ganaron la batalla al aburrimiento, un código QR a la vez.

Este cuento está inspirado en la historia de la profesora Isabel Marín y sus alumnas del Colegio Almendral de La Pintana, Región Metropolitana, apoyadas por DaleProfe.

Sonrisas pegotes

Ilustración: Virginia Donoso

–¡Cuidado con las espinas! –se reía su hija, esquivando las filas de hojas pinchudas como si jugara en un laberinto.

–¡Atenta, que aquí abajo hay un tesoro! –respondió José, mostrando una piña dorada que olía a miel.

José y su familia cuidan el campo con puro sol y paciencia, sin ningún químico. Quería que su isla fuera famosa por tener las frutas más dulces del océano.

Cargaron la camioneta hasta el techo. ¡El auto olía tanto a piña fresca que hasta los pajaritos los seguían volando por el camino! Pero no iban a venderlas todas: manejaron directo al hogar de niños, donde lo esperan ansiosos en cada cosecha.

Al dar el primer mordisco, el jugo chorreó por los mentones de los más chicos. José miró las caras pegoteadas de felicidad y se rió con ganas: ¡había construido la montaña de piñas más rica y jugosa del mundo!

Este cuento está inspirado en la historia de José Tuki, agricultor de Rapa Nui, Región de Valparaíso, que cultiva frutas con técnicas tradicionales. Apoyado por Maururu Travel.

Un jardín en la LUNA



En el desierto de Atacama, el más seco del mundo, algunos agricultores logran algo que parece imposible: hacer crecer plantas donde casi no llueve nunca, con calor de día y hielo de noche.

Un día llegaron unas personas con libretas, cámaras y gorros gigantes contra el sol.

–Somos de la NASA –dijeron–. Y venimos a hacerles una pregunta rarísima. ¿Alguna de estas plantas podría crecer algún día en la Luna?

Nadie esperaba esa pregunta en medio del desierto.

–En la Luna no hay agua para regar – respondió uno de los agricultores.

–Por eso mismo –le explicaron–. Si una planta sobrevive aquí, con tan poquita agua y temperaturas tan extremas, tal vez podría sobrevivir también allá arriba.

Durante meses, midieron, fotografiaron y anotaron cada planta rara del desierto: el copao, un cactus que sobrevive casi sin agua; la llareta, que crece apretada contra las piedras como una alfombra verde; y la rica-rica, un arbusto aromático que resiste el frío más extremo de la noche.

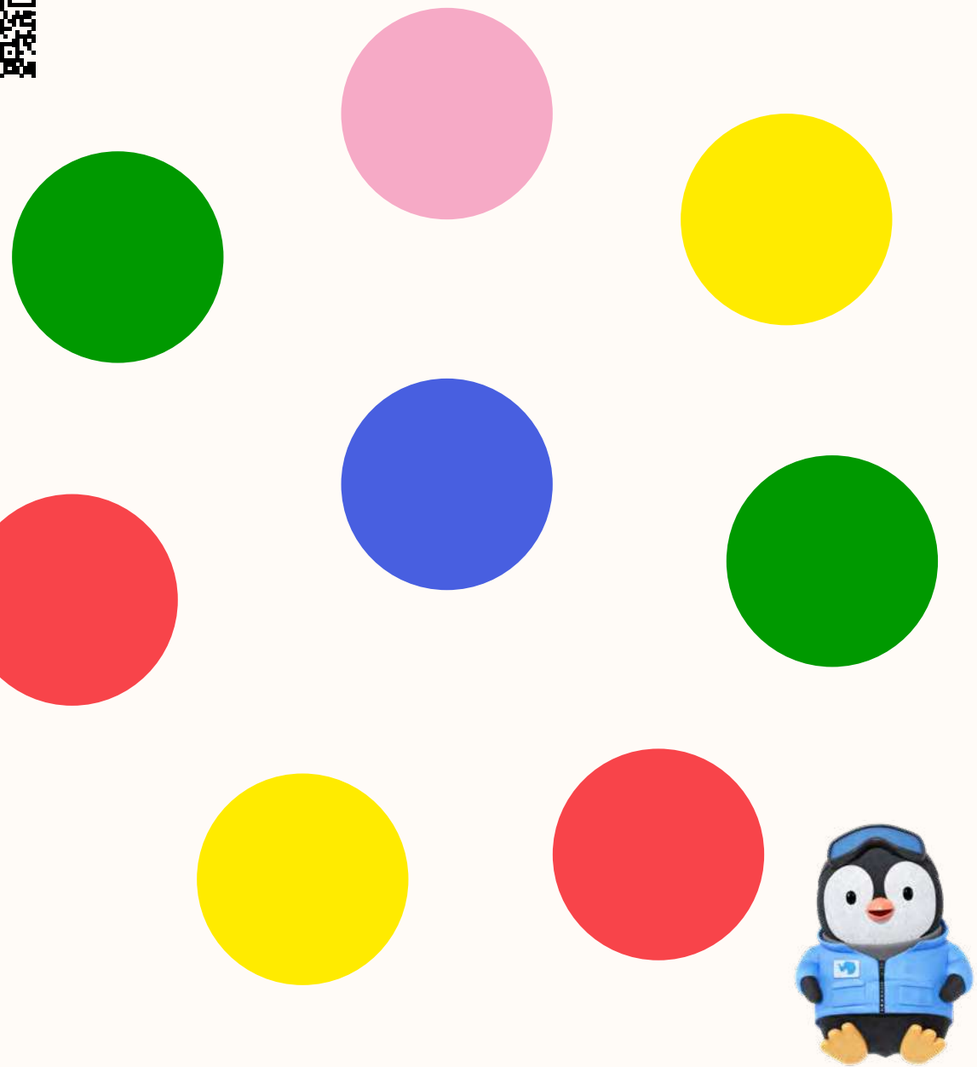
Todavía ninguna planta chilena ha viajado al espacio. Pero si algún día alguien construye un jardín en la Luna, es muy probable que empiece justo con una semilla nacida aquí, en el desierto más seco del planeta.

Ilustración: Romina Carvajal

Este cuento está inspirado en Waki Labs, empresa creada por Patricio Arias en Arica, que conecta a agricultores, universidades y empresas del norte de Chile con oportunidades como el programa de la NASA para estudiar plantas del desierto.

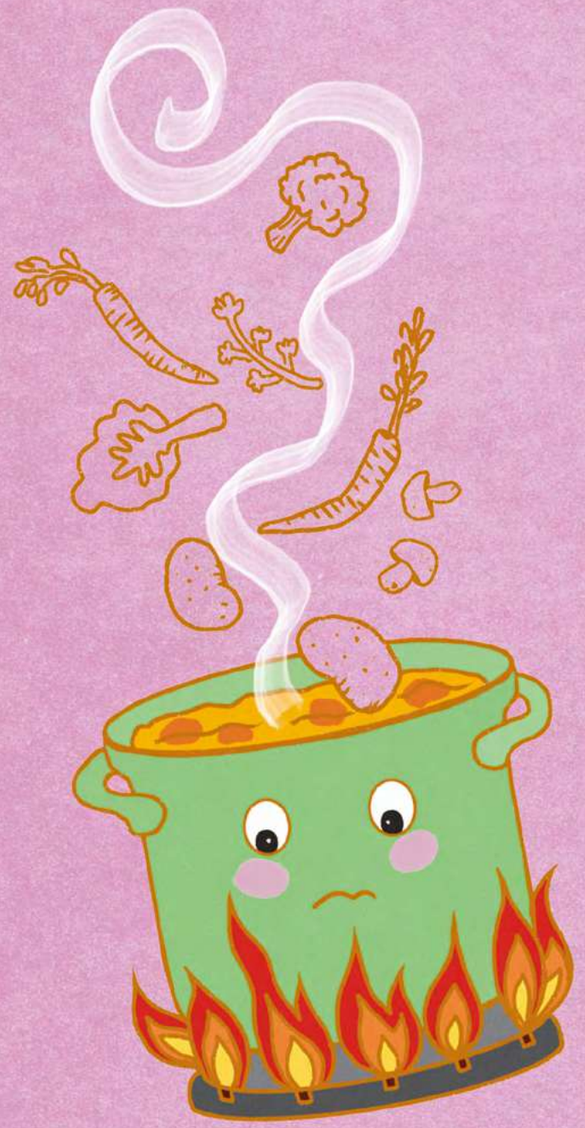
MIRA ESTOS 8 CÍRCULOS IGUALES.
TU MISIÓN ES TRANSFORMAR CADA UNO EN ALGO COMPLETAMENTE DIFERENTE.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ



¡NINGUNA IDEA PUEDE REPETIRSE!

Una cazuela en apuros



–¡Miren cómo camino en los zancos! –se reía Celestina corriendo por Ovalle cuando era niña.

Para ella, su ciudad siempre fue un tablero gigante. Trabajó 10 años repartiendo gas y se aprendió cada atajo de memoria. Pero un día eliminaron su puesto y ¡pum!, le apareció un letrero de GAME OVER en la cara.

¡Pero a Celestina le encantaban los desafíos! Como sabían lo seca que era en su trabajo, la llamaron a una misión más grande: armar su propia Pyme de camionetas para repartir balones.

–¡Transformaremos a Ovalle en una partida en vivo! –le dijo entusiasmada a su equipo.

De pronto, la ciudad se llenó de misiones a toda velocidad: ¡la panadería necesitaba fuego para las marraquetas y un restaurante pedía gas para la cazuela!

–¡Llegó un pedido por WhatsApp! –dijo Celestina mirando su celular con GPS–. ¿Quién llega antes de que se enfríe la masa?

–¡Yo, salgo volando! –respondió un chofer por la radio.

Usando mapas digitales, las camionetas eran fichas de colores para ganarle al reloj. Hoy, cada vez que pasa una por la calle, los niños sonríen: ¡Celestina volvió a ganar la partida y salvó la cazuela a tiempo!

Este cuento está inspirado en Celestina Araya, emprendedora de Ovalle, Región de Coquimbo. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Romina Carvajal

La casa de la tarántula



José tenía trece años y una tarántula de mascota. La tarántula no tenía casa, y una tarántula sin casa es una tarántula de mal humor.

–Necesita un terrario –le dijo José a su papá.

–¿Y con qué lo hacemos?

Ahí apareció el vecino, maestro constructor, con una herramienta mágica: un diamante para cortar vidrio.

–Fácil –dijo–. Cortamos unos vidrios y armamos la casa.

Funcionó. La tarántula tuvo su primer hogar de vidrio, hecho a mano, pero suyo.

José quedó fascinado. Si podía cortar vidrio para una tarántula, ¿por qué no para otra cosa?

En su casa había un rincón lleno de botellas viejas, acumuladas desde hacía años. José le pidió ayuda a su papá.

–Vamos a convertir estas botellas en vasos.

Cortaron una. Se quebró. Cortaron otra. También. Y otra. Y otra más. Ninguna sobrevivió.

Todas terminaron en la basura, y José se quedó sin vasos, aunque con una idea dando vueltas en la cabeza, como un mosquito que no se quiere ir.

Pasaron los años. José creció, estudió, trabajó. Y un día, ya grande, se acordó de esas botellas rotas.

–Ahora sí sé cómo hacerlo –pensó.

Esta vez no se apuró. Aprendió, practicó, mejoró poco a poco, hasta lograr lo que de niño no pudo: convertir botellas en vasos preciosos, únicos, con dibujos hechos por artistas.

Hoy, cada vaso que hace José empezó siendo lo que otros consideran basura. Como esas botellas rotas de cuando era niño, que no fueron un fracaso, sino el primer borrador de una gran idea.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Kalewun, creado por José Zúñiga, en Doñihue, Región de O'Higgins. Apoyado por Super Pollo.

JAJAJAJA

Soy una casa de Avenida Matta, en Santiago, y ya cumplí más de cien años. Antes solo tenía puertas, ventanas y un patio silencioso. Pero un día llegó Gonzalo, y con él, la bulla y la alegría.

Hace treinta y un años, un grupo de amigos que hacía malabares en el Parque Forestal decidió que necesitaba un techo. Ese techo fui yo.

Desde entonces guardo cosas que ninguna otra casa tiene: pelotas de malabares, zancos, telas de colores y fotografías antiguas de payasos.

Los sábados me lleno de risas: niños, jóvenes y hasta abuelos vienen a mis talleres a aprender malabares, caminar en zancos o inventar su propio personaje de payaso.

Cada día llegan personas con ganas de aprender un oficio divertido como un juego, pero serio como cualquier trabajo. Las paredes envejecen, pero la risa que guardo adentro nunca cumple años.

Inspirado en la historia de Gonzalo Bustos, fundador de Casa Payaso, en Santiago.

Ilustración: Virginia Donoso

El diente feo

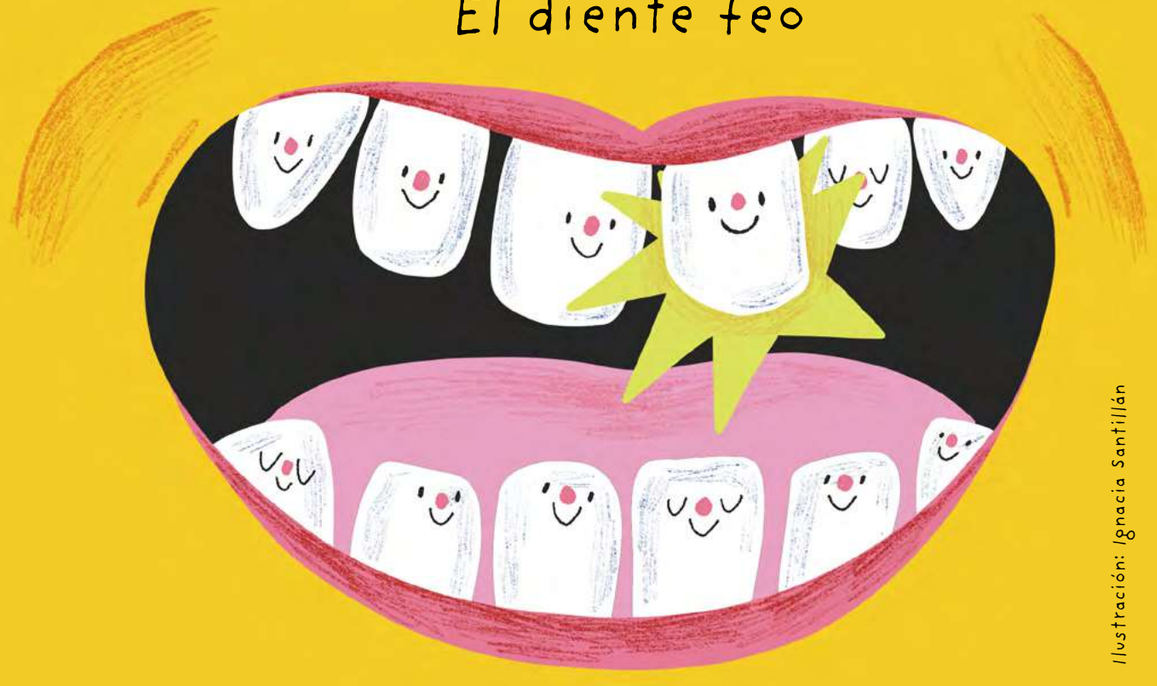


Ilustración: Ignacia Santillán

Yo era el único diente raro de Martina.
No era grande y cuadrado como la paleta reina, ni blanco brillante como los mellizos de al lado. Ni esmaltado y filoso como los pequeños colmillos. Yo era un diente diferente.
–¡Qué raro te ves! –me susurraban los otros dientes, apretados a mi lado.
Yo trataba de hacer burbujas con la pasta cada día, para ver si algo mejoraba. Pero después, en el espejo, cuando Martina se reía, volvía a aparecer yo, con mi figura rara.
Hasta que un día llegamos donde un dentista que hacía que los dientes se vieran blancos y perfectos.
Él no me miró con cara de problema. Me miró con cara de proyecto.
–A ti te vamos a dar tu forma perfecta –me dijo, sacando herramientas chiquititas–.
Vas a ser el diente más lindo de Martina.
Con mucho cuidado, fue puliéndome un poquito por aquí, agregándome un poquito por allá, hasta que mi forma encajó justa entre la paleta reina y los mellizos. Y con una luz especial, mi color raro se transformó en un blanco tan parejo como el resto.
Cuando Martina se miró al espejo, ¡me veía TAN bien! Nos reímos sin parar, y pensamos: ¿Qué hacemos ahora, con todos estos dientes tan perfectos? ¿Nos tomamos un helado?

Este cuento está inspirado en Giovanni Fuentes, fundador de Gega Estudio Dental en Antofagasta. Apoyado por Banco Santander.

La niña que transformaba todo



A Maca le encantaba crear: dibujaba colegios enteros, inventaba a los alumnos y profesores, y después construía todo lo que imaginaba con sus propias manos.
Cuando quería una casa nueva para sus Barbies, no se conformaba con comprar una: prefería construir la suya propia con cajas de cartón, recortando ventanas a mano hasta que quedaba una mansión completa.
–¿Y los muebles? –le preguntaba alguien.
–Esos los invento yo –respondía, sacando retazos de telas hermosas que encontraba en casa, gracias al mundo textil en el que había crecido su familia.
Con esos pedacitos armaba cortinas diminutas, cubrecamas, hasta un ropero que abría y cerraba la puerta de verdad.
De noche, se quedaba dibujando junto a su abuelo, que también inventaba cosas con las manos, hasta quedarse dormida rodeada de sus propios inventos.
Cuando creció, hizo lo mismo pero mucho más grande: empezó a diseñar vestidos de novia con macramé, encajes y bordados hechos a mano, rescatando telas hermosas para darles una nueva vida.
Hoy tiene un taller lleno de vestidos con historia, donde nada está realmente terminado: todo puede transformarse una vez más.

Este cuento está inspirado en el emprendimiento de Macarena Cortés Design con base en Santiago.

Ilustración: Romina Carvajal

PÍDELE A ALGUIEN QUE TE ENCARGUE UNA PEQUEÑA MISIÓN PARA HACER MÁS TARDE. TU DESAFÍO ES ACORDARTE TÚ SOLO, ¡SIN QUE NADIE TENGA QUE RECORDÁRTELO!

ELIGE UN JUGUETE U OBJETO TUYO QUE ALGUIEN DE TU CASA CASI NUNCA USE. JUEGA A OFRECÉRSELO: PIENSA EN 3 RAZONES POR LAS QUE PODRÍA SERVIRLE O GUSTARLE E INTENTA CONVENCERLO DE "COMPRARLO".

¡ES SOLO UN JUEGO, NO NECESITAN USAR DINERO DE VERDAD!

PRUEBA HACER UN TRUEQUE EN TU CASA.

OFRECE ALGO TUYO Y DESCUBRE QUÉ TE DARÍA LA OTRA PERSONA A CAMBIO. SOLO HAGAN EL INTERCAMBIO SI LOS DOS ESTÁN CONTENTOS CON EL TRATO.

HAZ UN DIBUJO PARA PEDIR SILENCIO, PERO SIN ESCRIBIR LA PALABRA "SILENCIO". **MUÉSTRASELO A ALGUIEN Y PREGÚNTALE QUÉ CREE QUE SIGNIFICA. SI NO ADIVINA, CAMBIA ALGO EN TU DIBUJO Y ¡PRUEBA OTRA VEZ!**



PREGÚNTALE A ALGUIEN QUÉ COSA LE CUESTA O LE GUSTARÍA HACER MÁS FÁCIL. DESPUÉS, INVENTA UNA IDEA QUE PODRÍA AYUDARLO.

NOMBRA 5 ANIMALES Y CONVIÉRTETE EN EXPERTO EN ORDENARLOS: PRIMERO POR TAMAÑO, DESPUÉS POR VELOCIDAD, DESPUÉS POR CANTIDAD DE PATAS. ¿DE CUÁNTAS FORMAS DISTINTAS LOGRAS AGRUPARLOS?

CUENTA DEL 1 AL 20. CADA VEZ QUE DIGAS UN NÚMERO PAR, HAZ UN MOVIMIENTO DIFERENTE CON TU CUERPO: APLAUDIR, SALTAR, GIRAR, TOCARTE LA CABEZA... ¡NO PUEDES REPETIR NINGUNO!

SOLO TIENES UNA PELOTA DE PAPEL. CREA CON ELLA UN JUEGO NUEVO, INVENTA UNA REGLA Y DESPUÉS ¡PONLO A PRUEBA PARA VER SI REALMENTE FUNCIONA!

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

El furgón salta-islas

Ilustración: Virginia Donoso



–¡En esta isla hay gigantes de piedra, pero al otro lado del océano las casas caminan sobre el agua! –anunció Pedro tocando la alegre bocina de su furgoncito.

–¿Casas que caminan? –preguntó una niña que se iba subiendo con sus papás.

–¡Claro! Se llaman palafitos y están en la isla de Chiloé, más al sur –se rió Pedro–. ¡Y en mi furgón conecto estas dos islas mágicas hace muchos años!

Cuando Pedro era niño, en su isla esperaban el año entero a que llegara un solo barco con cosas. Él no se quedó de brazos cruzados: apenas pudo, se compró un furgón usado para cumplir un sueño.

Durante las mañanas trabajaba en una oficina, pero apenas el reloj marcaba la una de la tarde, ¡brrrum!, encendía el motor y se transformaba en el capitán de los viajes. Primero llevó a los viajeros a conocer los volcanes y los moáis gigantes de Rapa Nui. Luego, voló hacia el sur para descubrir los bosques, mitos y casas sobre el agua en Chiloé.

Hoy, Pedro le da trabajo a más de cien familias entre las dos islas. Y los niños que suben a su furgón saben que no es una camioneta común, ¡sino una máquina que salta de un mundo fantástico a otro!

Este cuento está inspirado en Pedro Riroroco Atan, fundador de Maururu Travel, operador turístico en Rapa Nui y Chiloé.

¡Canta JOACO!



Joaquín canta en la ducha, en el patio, en todas partes.
–Ya se te va a pasar –le dice su papá, cuando le dice que quiere ser cantante.
–Bájale el volumen, Joaco –le dice su profesora, cuando canta fuerte en el recreo.
Joaquín aprendió a cantar bajito, para no molestar a nadie.
Un sábado, su tía lo lleva a un galpón enorme con niños bailando, otros pintando con témpera hasta los codos, y al fondo, una sala solo para cantar.
–Canta como si nadie te fuera a decir que no –pide la profesora.
A Joaquín le sudan las manos. Respira hondo y canta fuerte, muy fuerte.
Nadie se ríe. Un niño con las manos pintadas se asoma a aplaudir.
–Eso –dice la profesora–. Sí puedes.
Su tía lo espera en la puerta, con los ojos brillosos.
–¿Venimos el otro sábado? –pregunta Joaquín, feliz.
–Todos los que quieras –dice ella, abrazándolo.
–¡Para la próxima invito a mi papá!

Ilustración: Florencia Landaeta

Este cuento está inspirado en el programa Puedes, liderado por Rita Rossi, de la Fundación Teatro del Lago, en Frutillar, Región de Los Lagos, y apoyado por Fundación Mustakis.

El fósil y el albatros

Rocío, una bella y rozagante albatros, llevaba ocho años volando sin aterrizar. Así son los albatros: nacen, abren las alas y no vuelven al suelo hasta ser adultos. Un día sobrevoló la Antártica y vio algo extraño: la forma de una hoja dibujada en una roca. Era un fósil.
Una foca se acercó.
—¿Qué es eso?
—Una hoja. Pero aquí no hay árboles.
—Nunca los hubo —dijo la foca.
—Sí los hubo —dijo Rocío—. Hace millones de años, la Antártica era tierra cálida con bosques y animales. Formaba parte del continente Gondwana, junto a América, África y Australia. Los continentes se separaron, el hielo lo cubrió todo, y los bosques desaparecieron. Solo quedó su historia en las rocas, como esta hoja.
—¿Y esos árboles dónde están?
—En el sur de Chile. Y los animales también emigraron: los marsupiales cruzaron hacia Australia. ¿Has escuchado de los canguros?

Ilustración: Virginia Donoso

—¿Los cangu-qué? —la foca miró el hielo—. Entonces la Antártica estuvo conectada con lugares que hoy están muy lejos.
—Exactamente. Por eso hay quienes dedican su vida a estudiarla, a ser pioneros en maneras de llegar a ella; también juegos para niños; ciencia a bordo; investigación y mucho más. ¡De la Antártica para el mundo!

Este cuento está inspirado en datos reales recogidos por los programas de sostenibilidad de la empresa de turismo Antarctica21 y la Fundación Antártica21, comprometidas con visitarla de manera responsable, promover la comprensión y protección del séptimo continente desde la Región de Magallanes y la Antártica Chilena.



Ilustración: Antonia Berger

El mundo de Diego

Diego no hablaba con palabras. Hablaba con la mirada, con las manos,
con su forma personal de estar en el mundo.
Cuando era niño, la gente no sabía qué hacer con él:
lo miraban raro en la calle, no entendían sus gestos, sus silencios.
Su mamá, junto a otras mamás que vivían algo parecido, tuvieron una idea:
en vez de esperar a que el mundo aprendiera, salieron a enseñarle.
Empezaron a caminar con sus hijos por el barrio, a ir al supermercado,
a subirse al metro, una y otra vez, hasta que los vecinos aprendieron sus
nombres, sus formas de saludar, sus maneras de estar contentos.
Diego creció así, entendido a su manera, sin necesitar palabras para eso.
Hoy, muchos años después, ese mundo entiende un poco más:
hay más miradas amables, más paciencia, más lugares que sí saben qué hacer.
Diego partió hace algunos años, siendo joven, pero el proyecto que ayudó a
crear sigue ahí, enseñándole al mundo, un vecino a la vez,
a entender a otros como él.

Este cuento está inspirado en Intégrame a tu Mundo, fundación creada por Laura Cayuqueo en Maipú, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

ENTRE 4 O MÁS PERSONAS INVENTEN UN PERSONAJE.

CADA UNO DEBE AGREGARLE UNA COSA: ALGUIEN DECIDE CÓMO SE LLAMA, OTRO QUÉ PODER TIENE, OTRO CÓMO SE VISTE...

¡EL PERSONAJE NO ESTÁ LISTO HASTA QUE TODOS HAYAN APORTADO!



EXPLORA TU ALREDEDOR Y ENCUENTRA 4 COSAS DE LA NATURALEZA CON TEXTURAS DIFERENTES: ALGO SUAVE, ÁSPERO, DURO O BLANDITO. TÓCALAS Y DESCUBRE CÓMO SE SIENTE CADA UNA.

ENCUENTRA 3 CARAS ESCONDIDAS EN OBJETOS DE TU ALREDEDOR



PUEDEN APARECER EN UN ENCHUFE, UN AUTO, UNA MANCHA O UN NUDO DE MADERA.

¿CUÁNTAS LOGRAS DESCUBRIR?

PIENSA EN ALGO PARA LO QUE TE GUSTARÍA JUNTAR DINERO Y CREA TU PROPIA META DE AHORRO.

DIBÚJALA Y TRANSFORMA UN FRASCO, CAJA O SOBRE EN EL LUGAR DONDE GUARDARÁS LO QUE VAYAS JUNTANDO.

SI TUVIERAS UNA BANDERA QUE HABLARA DE TI,
¿CÓMO SERÍA?



DISEÑA UNA USANDO SOLO 3 COLORES O FORMAS Y HAZ QUE CADA DETALLE REPRESENTE ALGO IMPORTANTE PARA TI.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

BUSCA UNA FOTO DONDE APAREZCAN VARIAS PERSONAS. MIRA SUS CARAS Y ADIVINA CÓMO CREES QUE SE SENTÍA CADA UNA.

JUEGUEN A "ROBOT Y GUÍA". UNA PERSONA SERÁ EL ROBOT Y LA OTRA LE DIRÁ CÓMO MOVERSE: "AVANZA 3 PASOS", "GIRA" O "RETROCEDE".

¡EL DESAFÍO ES LLEGAR HASTA UNA META SIGUIENDO LAS INSTRUCCIONES!

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

Los hongos trepadores

El gimnasio de escalada estaba lleno de risas. A Sofía y a Tomás les encantaba trepar por el muro repleto de agarraderas con formas divertidas: unas parecían orejas de elefante y otras pequeñas rocas.

–¡Esta tiene forma de estrella y agarra firme las zapatillas! –gritó Tomás apoyando la punta del pie.

–¡Y eso que no tiene nada de plástico! –se rió el instructor desde abajo–. Un inventor chileno las hizo con puros hongos.

–¿Se puede trepar sobre hongos? ¿Tan duros son? –preguntaron los dos sorprendidos.

El instructor les contó que usaron raicitas microscópicas de hongo. Al crecer dentro de un molde, se apretaron con fuerza formando bloques durísimos, con una textura rugosa ideal.

–¿Y duran muchos años como las otras? –preguntó Sofía afirmada como a dos metros de altura.

–¡Jamás terminará en un basurero! Se entierra en el jardín y se transforma en abono.

Los niños sonrieron y siguieron escalando felices hacia el techo, sabiendo que en sus manos no llevaban plástico contaminante, ¡sino un pedazo de naturaleza!

Este cuento está inspirado en BioClimb, emprendimiento de presas de escalada a base de micelio de hongo creado por Javier Meza, en la Región de Coquimbo. Apoyado por CORPROA, en el marco del programa Potencia, financiado por CORFO.

Ilustración: Ignacia Santillán

El mar siempre manda

Ilustración: Ignacia Santillán



En Puerto Aysén, Katia y su marido salían a pescar sabiendo que el mar manda, no ellos.
–La corriente anda mañosa –avisó él, mirando el agua–. Capaz que hoy no hay suerte.
Subieron la red esperando peces y, otra vez, salió puro cachureo: una boya pinchada, un zapato solterón y hasta una peineta, todo enredado entre las algas.
–¡Este mar es más mañoso que gato con hambre! –se rió Katia, sacudiendo la red llena de cachureo en vez de pescado.
Tanto les pasaba, que un día decidieron no pelear contra la corriente, sino aprovecharla: si el mar les iba a traer cachureo igual, ¿por qué no juntarlo a propósito?
Ofrecieron limpiar también la basura de las empresas vecinas, y para su sorpresa, todas dijeron que sí al tiro: llevaban tiempo buscando a alguien que se las sacara.
Ese mismo zapato solterón terminó derretido y aplastado, convertido en parte de una banca nueva para la plaza del pueblo.
Hoy, cuando la corriente trae más cachureo que pescado, Katia solo sonríe:
–Esta vez el mar trabaja para nosotros.

Este cuento está inspirado en Pescaysen, una empresa de Puerto Aysén que recicla los residuos de la industria marítima para proteger la Patagonia. Apoyada por Banco Santander.



Una pequeña gran parte

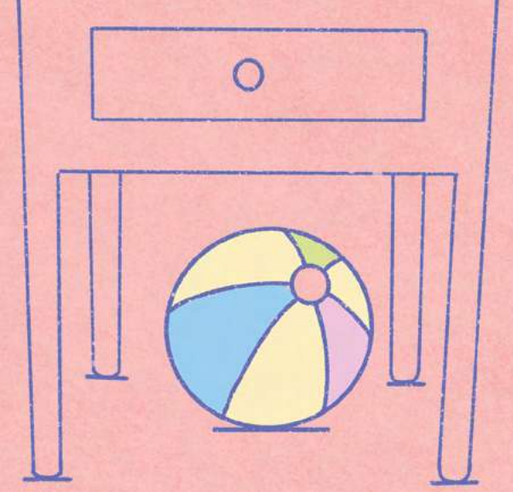
De niña, Beatriz encontraba tesoros en cualquier cosa: una hoja de eucalipto, una pepa de sandía, un pedacito de nada que para ella era un mundo entero.
De grande se hizo maquilladora, hasta que descubrió algo todavía más asombroso: podía hacer, con silicona, piezas tan reales que parecían de verdad. Una oreja. Un dedo.
Un pedacito de nariz.
Un día llegó a verla una mujer que, por una enfermedad, había perdido una parte pequeña y redondita de su cuerpo:
un pezón.
Beatriz tomó medidas, mezcló colores hasta dar con el tono exacto de su piel, y semanas después le entregó una piecita tan real que la mujer se rió frente al espejo.
No dolió. No hubo operación. Y desde ese día, esa mujer volvió a mirarse completa.
A Beatriz esa sonrisa se le quedó grabada. Y pensó: si una piecita tan chiquita podía devolver tanto, ¿por qué no ayudar también a quien perdió un pedacito de oreja, o de nariz, o de un dedo?
Hoy sigue manos a la obra, haciendo piecitas para quien las necesite.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en la historia de Beatriz Palma, fundadora de My Nipp, en Santiago.

¡Juan Emilio!
¡LA PELOTA!





Esta es una historia verdadera. Hace muchos años en Linderos, un pequeño pueblo de campo, vivía Juan Emilio con su mamá, Adela. Eran un equipo de dos. Juan Emilio era curioso, inquieto y aventurero. Si veía un camino, quería recorrerlo.

–¡Juan Emilio! ¿Cómo se te ocurre cruzar ese canal solo? –lo retaba su mamá.

Pero hubo un lugar que le enseñó algo mucho más importante que cruzar canales: el hospital.

Allí Juan Emilio conoció a niños que pasaron largos períodos internados. Algunos no podían caminar ni correr, pero Juan Emilio no vio niños diferentes. Solo vio niños que querían jugar.

–¿Armamos un partido?

Y comenzó el fútbol. La pelota escapaba por los pasillos una y otra vez.

–¡Juan Emilio! ¡La pelota!

Y él corría a buscarla. Sus amigos no podían correr, pero él sí. Así que corría por ellos.

Años después, cuando Juan Emilio tenía 14 años, su mamá enfermó gravemente y murió. Juan Emilio quedó solo y tuvo miedo, pero entonces ocurrió algo extraordinario: muchas personas aparecieron para ayudarlo.

Con los años se convirtió en profesor, se casó y tuvo cinco hijos.

Un día, su amigo Samuel le propuso crear un lugar para ayudar a los niños con síndrome de Down y sus familias.

–¡Hagámoslo! –respondió Juan Emilio.

Así nació Edudown, una comunidad donde niños y jóvenes pueden hacer sus terapias, aprender, jugar, hacer amigos y descubrir sus talentos.

–¡Juan Emilio! ¡La pelota!

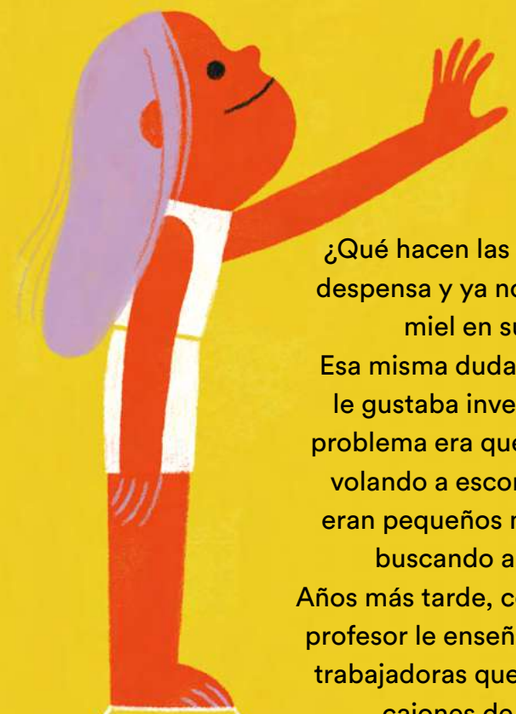
–¡Ya voy!

Y desde entonces, pelota a pelota, ayuda a ayuda, nadie queda fuera del juego.

Este cuento fue escrito por María Luisa Godoy, inspirado en la historia real de Juan Emilio Parada y la fundación Edudown.

Ilustración: Romina Carvajal

El concho dulce



¿Qué hacen las abejas cuando se les llena la despensa y ya no les cabe ni una sola gota de miel en sus casitas de madera?

Esa misma duda intrigaba a una niña a la que le gustaba inventar pociones en frascos. El problema era que, si escuchaba un bZZz, salía volando a esconderse. ¡Para ella, las abejas eran pequeños monstruos de rayas amarillas buscando a quién clavar su aguijón!

Años más tarde, convertida en química, un sabio profesor le enseñó la verdad: las abejas son tan trabajadoras que a veces se les desbordan los cajones de cera, polen y propóleo.

–¡Tienen la casa llena de cachivaches dulces! –le contó entre risas.

Sin tocar jamás la comida que las abejas necesitaban, empezaron a recolectar con delicadeza solo el concho brillante que a la colmena le sobraba. En su laboratorio, mezcló la ciencia con esas sobras doradas para crear jabones, cremas y champús que huelen a flores.

Hoy, la niña que antes salía huyendo cuida feliz sus panales en Chimbarongo, demostrando que las abejas no solo hacen miel... ¡también fabrican magia para la piel!



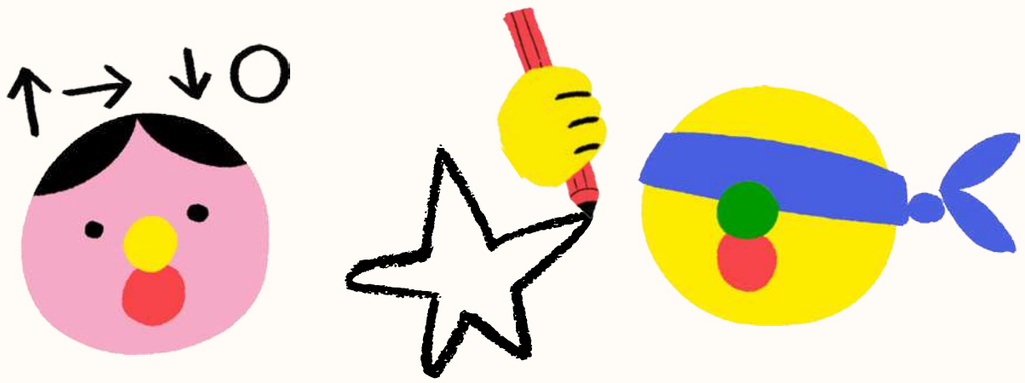
Este cuento está inspirado en Aguijess, cosmética natural que trabaja con colmenas en Chimbarongo, Región de O'Higgins. Fundado por Jessica Mateluna. Apoyado por INACAP.

Ilustración: Karina Letelier

CONVIÉRTETE EN

GUÍA DE DIBUJO

UNA PERSONA CIERRA LOS OJOS MIENTRAS LA OTRA LE EXPLICA CÓMO DIBUJAR UNA FIGURA SENCILLA. AL FINAL, ABRAN LOS OJOS Y COMPAREN EL RESULTADO.



JUEGUEN A "2 VERDADES Y 1 MENTIRA". ALGUIEN TE DIRÁ 3 COSAS SOBRE SÍ MISMO, PERO UNA SERÁ FALSA.



¡ESCUCHA BIEN Y ADIVINA CUÁL ES!

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

Secreto de abuela

Ilustración: Ignacia Santillán



Jimena escuchó desde niña el golpe sordo del mortero de piedra: ajo, ají y cilantro machacados por su abuela cada mañana.

–Esta mezcla se llama papa con color –le explicaba–. Nos da fuerza para el día.

–¿Sabe rico, abuela?

–Sabe a casa.

Jimena creció en Apiao, isla chilota. La familia se mudó a Castro por trabajo y escuela. El mortero los siguió, callado en un rincón.

Los años pasaron. La abuela partió. Y llegó la pandemia: Jimena se quedó sin trabajo. Un día encontró el mortero cubierto de polvo.

–Te conozco –dijo.

Lo limpió, cortó ajo, ají, perejil, y machacó con la misma fuerza de siempre. Guardó la mezcla en un frasco con etiqueta a mano y se la regaló a una vecina. La vecina la pidió otra vez. Luego otra.

Así empezó todo. No fue fácil: hubo meses sin vender nada. Pero Jimena tenía un secreto de abuela y las manos que sabían usarlo.

Hoy su pasta de ajo viaja por todo Chile. Y cada frasco lleva, sin que nadie lo sepa, ese golpe sordo del mortero y la voz de una abuela que decía: "sabe a casa".

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Huerto Quento Sur, proyecto creado por Jimena Caipillán, en Chiloé, Región de Los Lagos. Esta emprendedora es graduada del programa Dreambuilder de la empresa minera Freeport-McMoRan.

GENIAL, absolutamente GENIAL



Si eres una niña, seguramente sabes que las niñas y las mujeres han tenido que hacerse, de a poco, un lugar en el mundo. Que a veces el mundo no las ve, ni las trata igual que a los hombres.

Y seguramente también sabes que las niñas y las mujeres son GENIALES. Absolutamente GENIALES. Y tienen muuuuchas historias inspiradoras que contar.

Por eso una niña llamada Camila, que en el colegio se instalaba en plena sala de clases a peinar y maquillar a sus compañeras, decidió hacer algo grande cuando creció.

Siempre había escuchado historias de mujeres geniales: la que arregla autos, la que cultiva la tierra, la que enseña a leer en un pueblo chico.

–Todas tienen algo increíble que contar –pensó–. Solo que nadie las escucha.

Así que Camila creó una revista, llena de historias reales de mujeres comunes y corrientes, haciendo cosas extraordinarias. Hoy, cualquier niña puede abrir esa revista y encontrar a alguien que se le parezca: una tía, una vecina, una profesora. Y darse cuenta de que ella también, algún día, podría tener su propia historia genial que contar.

Ilustración: Romina Carvajal

Este cuento está inspirado en Camila Cruz, creadora de Revista Nosotras en San Felipe, Región de Valparaíso.



Ilustración: Antonia Berger

TOC-TOC, DING-DONG

Carlo repartía balones de gas puerta a puerta.

¡Toc, toc! –Yo ya tengo mi gas de siempre –dijo una voz detrás de la puerta.

–¿Y si le regalo este calendario? Mire qué bonito, para su cocina –sonrió Carlo. La señora se quedó con el calendario pero no compró nada.

¡Ding, dong! En la casa siguiente, ni alcanzó a que le abrieran.

–¡No necesito nada! –gritaron desde adentro.

–Solo vengo a dejar un volante –dijo Carlo, y lo deslizó bajo la puerta con su teléfono en números bien grandes.

¡Toc, toc! En la tercera casa, un niño abrió antes que su papá.

–¿Su gas también sirve para hacer sopaipillas? –preguntó el niño, muy serio.

–Para eso sirve mejor que ningún otro –dijo Carlo, muy serio también. Pero tampoco compraron.

Toc-toc, ding-dong, toc-toc, ding-dong.

Puerta por puerta, casa por casa, repitió lo mismo cientos de veces de lunes a domingo: un precio más bajo, alguna sonrisa, algún calendario de regalo, y siempre la misma promesa: «Pruébelo, y si no le gusta, no vuelvo más».

Volvió, claro. Muchas veces. Y de tanto ver una cara conocida, y de tan amable que era Carlo, los vecinos comenzaron a confiar.

Primero andaba con un solo camión. Después con dos. Hoy son nueve camiones, recorriendo varias comunas. Y a las cocinas del barrio, todos los años llega un calendario más bonito que el anterior.

Toc-toc, ding-dong: ya nadie se sorprende cuando escucha llegar a Carlo.

Este cuento está inspirado en Carlo Oloya, distribuidor de Lipigas, en San Ramón, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

EL GIGANTE QUE NACIÓ DE UN SUEÑO



Había una vez un niño llamado Diego que soñaba con ser futbolista. Creció y se convirtió en empresario, pero nunca olvidó su pasión. Así creó un club, academias de fútbol y un colegio donde los niños aprendían a ser gigantes dentro y fuera de la cancha.

Un día, durante un partido, "los gigantes" perdían. Las familias de los jugadores comenzaron a gritar:

–¡GI-GAN-TES! ¡GI-GAN-TES!

De pronto, una sombra enorme apareció sobre las montañas. ¡Era un gigante alentando al equipo!

–Ese gigante nos representa–dijo un señor del público–. Cuando unimos nuestros corazones, somos invencibles.

Con la motivación del gigante, los jugadores recuperaron sus fuerzas y ¡ganaron el partido!

Desde entonces, cada vez que la comunidad alentaba unida, el gigante volvía a aparecer.

Diego sonrió. Había soñado con ser un gran jugador, pero terminó creando algo mucho más grande.

Y los niños descubrieron el secreto:

¡Que nuestra mentalidad es grandísima!

Porque un sueño puede hacer grande a una persona, pero muchos sueños unidos pueden hacer nacer a un gigante.



Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en la Corporación Cambiemos Chile y el Club Atlético Colina.



SIN PENA

Mientras casi todas las niñas jugaban a las muñecas, Carolina armaba torres de legos tan altas que por poco tocaban el techo.

–¡Esa torre se va a caer! –le advertían. –¡Las torres bien pensadas no se caen jamás! –respondía ella riendo.

Carolina creció, se hizo ingeniera y hasta conquistó las olas del mar arriba de una tabla de windsurf. Pero un día, un choque en la carretera hizo volar las piezas del auto en que andaba. Desde entonces necesita una silla de ruedas.

Cualquiera se habría quedado llorando. Carolina no.

–¡Tranquilos, que no pienso dejar de trabajar! –anunció–. ¡Ahora me muevo en esta silla!– les indicó moviéndose con destreza.

Ahí vio que muchos miraban con pena a las personas con discapacidad. ¡Qué error! Ella recordó su truco de los legos: con piezas iguales la torre se cae, pero con piezas distintas y bien ensambladas, la estructura es imbatible.

Cuando un jefe le regaló flores por su "inspiradora visita", ella se rió: –¡Acepto las flores si contrata a estas tres personas que recomienda la fundación!

Y así logró lo más bacán: que más personas trabajen, cumplan sus sueños y sean las piezas estrella de los mejores equipos.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Carolina García y la fundación Comunidad Inclusiva, que vincula personas con discapacidad con el mundo laboral.

7 días sin reloj



Apenas bajaron del auto, frente a un río que brillaba entre árboles gigantes, los dos hermanos supieron que esas vacaciones con sus papás serían distintas.

–Aquí no hay relojes –dijo el dueño de la cabaña de madera en medio del bosque–. Ustedes decidirán qué hora es.

El primer día les pareció eterno: preguntaron "¿ya es hora de almuerzo?" como cien veces, y el sol parecía pegado al mismo árbol.

–El tiempo sin reloj se mide con la panza –se rió el dueño–. Cuando huelan humo de quincho, es hora de comer.

Al tercer día ya no preguntaban nada: sabían que era tarde porque el río se ponía dorado, y temprano porque un pajarito azul se tiraba de piquero al despertar. Entre pescar con cañas improvisadas y nadar en el río, el tiempo se escurría rapidísimo.

–¡Se nos fue el día volando! –dijo el niño, sorprendido de que ya oscureciera.

El último día, cuando los papás los apuraban por primera vez en la semana, ahora para subirse al auto de vuelta, la niña miró la cabaña y le dijo a su hermano:

–Trato hecho: cuando seamos grandes, volvemos los dos con toda la familia.

Y sellaron el pacto chocando las palmas en el aire.

Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Cabañas Foráneo, un proyecto levantado a orillas del río Maullín en medio de bosque nativo en Puerto Varas. Apoyado por Banco Santander.

COMPLETA ESTA FRASE CON 5 RESPUESTAS DIFERENTES:

"LO QUE MÁS ME GUSTA DE MÍ ES..."



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

CUANDO SIENTAS QUE UNA EMOCIÓN ESTÁ CRECIENDO MUCHÍSIMO, PRUEBA TU BOTÓN DE PAUSA. ALÉJATE UN MOMENTO, TOMA AGUA O CAMBIA DE ACTIVIDAD Y VUELVE CUANDO TE SIENTAS MÁS PREPARADO.





El profe y el presidente



Ilustración: Camila Cruz



–¡Ese presidente tiene cara de pocos amigos y un bigote gigante! –susurró un vecino.
Hace casi un siglo, el presidente de la República había llegado a Puerto Aysén y todos temblaban. ¡Decían que si lo hacías enojar te mandaba a lustrar botas!
Pero el profesor Heriberto, con su terno impecable y su propio bigote elegante, dio un paso al frente. Sus alumnos caminaban sobre el barro y la nieve para ir a clases, y el río helado a veces no los dejaba pasar.
–Señor presidente –dijo Heriberto mirándolo fijo–. Ponga el puente donde a usted le dé la gana, ¡pero póngalo ahora! La multitud se quedó helada.
¡Un profe de escuela le acababa de dar una orden al hombre más serio del país!
El presidente lo miró frunciendo el ceño, el bigote le tembló... y de pronto soltó una carcajada que retumbó en las montañas: –¡Tiene agallas, maestro!
Años después, sobre el río apareció un gigante puente colgante de fierro rojo. ¡Hoy todavía funciona y está ahí, tan fuerte que ni los camiones más pesados ni los estornudos del viento patagónico han podido mover un solo tornillo!

Este cuento está inspirado en Heriberto Pavez, profesor normalista de Puerto Aysén, padre de Horacio Pavez García (Sigdo Koppers, Grupo Security y Cámara Chilena de la Construcción) y abuelo de Horacio Pavez Aro (Grupo Enovus).

Idea dulce

¿Qué haces si quieres inventar un negocio pero tus primeras ideas son un desastre total?
¡Probar de todo hasta que la suerte (o el chocolate) juegue a tu favor!
Nacho y Camila eran dos jóvenes con las manos vacías y la cabeza llena de ganas. Primero probaron vendiendo relojes. Después, accesorios rarísimos. Pero nada resultaba.
–¡Mira, Cami, este reloj es fantástico! –decía Nacho entusiasmado. –Sí, Nacho, pero... ¡nadie nos los compra! –se reía ella entre cajas amontonadas.
Lejos de rendirse, tuvieron una idea mucho más dulce: una tienda de chocolates por internet llamada Chocolandia. ¡Y pum! La pantalla comenzó a sonar sin parar. Quedaron sepultados entre cintas, cajas y manjar, teniendo que pedir ayuda para procesar tantas compras.
Ahí descubrieron el gran truco: tropezar no es un error, ¡es solo la receta para encontrar la idea correcta!
Hoy, Nacho y Camila ayudan a otras personas a hacer despegar sus propios proyectos, demostrando que para cumplir un sueño no hay que tener todo resuelto desde el principio: ¡Lo que cuenta es atreverse y lanzarse a la aventura!

Ilustración: Camila Cruz



Este cuento está inspirado en Nacho Fox y Camila Solorza, fundadores de la agencia Dalelike, en Santiago.

El regreso de la PAPA de COLORES



Ilustración: Antonia Berger

En un campo cerca de Puerto Varas, una familia guardaba una biblioteca insólita: en lugar de libros, atesoraban papas nativas de colores asombrosos. Boris pasaba las tardes combinando plantas tradicionales hasta cosechar papas moradas, rojas y azules. Pero durante años, ellos solo cultivaban la tierra y le entregaban toda la cosecha a otros.

Hasta que se hicieron una pregunta decisiva: «¿Y si preparamos nuestros propios chips de principio a fin?».

Ahí comenzó la verdadera aventura. La mamá de la casa tomó el mando de la nueva empresa sin saber nada sobre diseño de bolsas, ventas ni supermercados. Le tocó aprenderlo todo sobre la marcha, entre bocetos de envases, llamadas y sacos de prueba que llenaban la cocina.

La primera gran sorpresa ocurrió cuando mostraron los chips en las tiendas. Los clientes miraban desconcertados las láminas crujientes de color morado y rojo intenso.

–¡A esto le pusieron pintura o colorante de tortas! –acusaban sospechosos.

–¡Para nada! –se reían ellos–. ¡Nuestra tierra del sur las produce así de coloridas!

Sorteando camiones, carreteras infinitas y la enorme distancia hasta Santiago, no se dieron por vencidos. Hoy, sus chips naturales y multicolores brillan en más de cuatrocientas tiendas de todo el país, demostrando que con ganas y trabajo el sabor de la tierra encanta en todas las mesas.

Este cuento está inspirado en PatPot, empresa familiar de Puerto Varas, en la Región de Los Lagos, que desarrolla, cultiva y prepara chips con papas nativas de colores. Apoyada por Unimarc.

EL HILO que calma

–Tejer es aburrido, es cosa de abuelas –dijo Martín, cruzado de brazos, el primer día del taller.

Jandi le pasó dos palillos y un ovillo de lana celeste, sin decir nada.

–¿Y esto para qué sirve? –preguntó él, dándole vueltas al ovillo como si fuera un juguete extraño.

–Prueba –le dijo ella–. Punto por punto.

Al principio, a Martín le salían nudos enredados, puntos torcidos, un desastre completo. Estuvo a punto de dejarlo tirado en la silla.

Pero algo raro empezó a pasarle: mientras tejía, sin darse cuenta, dejaba de pensar en la pelea que había tenido esa mañana, en la prueba del día siguiente, en todo lo que lo tenía inquieto.

Solo existían sus manos, la lana, y el punto siguiente.

Una semana después, terminó su primera bufanda torcida, con hoyos por todos lados.

–¡La hice yo! –gritó, mostrándosela a todo el curso, con los ojos brillantes.

Jandi sonrió. Ese brillo era exactamente lo que buscaba cada vez que enseñaba: no solo una bufanda torcida, sino ese momento en que alguien descubre que sus propias manos pueden calmarlo y sorprenderlo al mismo tiempo.



Este cuento está inspirado en Jandi Gardiazabal, quien junto a su hermana enseña tejido a través de clases, libros, patrones y kits.

Ilustración: Romina Carvajal

¡Lo hicimos!



Ilustración: Antonia Berger

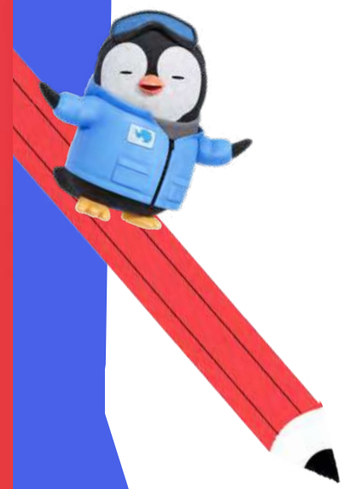
¿Sabías que desde una simple sala de clases pueden construirse verdaderos robots súper mega tecnológicos?
Eso pensó la profe Pía cuando llegó con un cerro de cajas llenas de piezas de robótica: motorcitos, hélices, engranajes, y manuales gruesos como diccionarios.
–¡Con esto vamos a conquistar el mundo! –dijo, repartiendo las cajas.
Vicente se sentó atrás como siempre, solo, mirando a una compañera pelear con un motor que se prendía y se apagaba. –Va para el otro lado –le dijo, sin querer meterse mucho.
Ella le pasó varias piezas y un manual. Juntaron sus bancos. A la semana construían robots juntos. Al mes, Vicente era oficialmente "el mecánico" del curso.
Cuando sus robots clasificaron al interescolar, el curso gritó como si ya hubieran ganado. Subieron al bus con tres robots: uno ordenaba lápices, otro abría puertas con el codo, y el de Vicente servía jugo sin derramar una gota.
En las gradas, su papá grababa cómo el robot de su hijo pasaba la prueba ante el jurado.
–¡Lo hicimos! –gritaron todos, saltando amontonados.

Este cuento está inspirado en Fundación Kiri, que promueve el desarrollo de habilidades socioemocionales en escolares, fundada y construida en equipo por Florencia Alamos, Matías Lira, Felipe Kast, Francisca Cruz y Olga Ortega entre otros.

IMAGINA QUE TIENES TU PROPIA TIENDA.

DECIDE QUÉ PRODUCTO VENDERÍAS

DIBUJA CÓMO SERÍA TU TIENDA



Y PONLE UN NOMBRE CREATIVO.

LOS COLORES DE MI BARRIO

Donde yo vivo, antes no me daban ganas de salir a la calle solo. Todo era gris y se veía frío. Pero un día empezaron a aparecer murales de colores por todo el barrio. Pájaros, frases, figuras enormes que de repente estaban ahí, como si siempre hubieran existido. ¡Se veían TAN lindos!

Con mi mamá salíamos a mirar los muros como si estuviéramos en un museo. Los muros cambiaban, aparecían colores y pinturas nuevas que se quedaron grabados en mi cabeza.

Un día vi una taza en el almacén con una de esas pinturas. –¡Mira, mamá! ¿No es el mural de la esquina?

–Sí –dijo el almacenero–. Una señora del barrio los vende en supermercados de todo Chile. No lo podía creer. Un dibujo de mi esquina viajando por el país. Después supe más de esa señora. Que se llama Melyna, que organiza fiestas con gente del barrio, que los domingos reparte frutas a las familias que las necesitan, y que tiene un canal de televisión para mostrar lo que pasa acá en Bajos de Mena. Hoy salgo solo y me encuentro con otros niños.

El barrio sigue siendo el mismo.

Pero con colores.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en la historia de Melyna Montes dirigenta social y emprendedora de Bajos de Mena, Puente Alto, Región Metropolitana.
Con el apoyo de Lipigas.

¡Gluck, gluck, gluck!

¿Cómo suena un jugo al caer en un vaso? ¡Gluck, gluck, gluck!

Ese era el sonido que hacían los jugos de Jorge y Karen, cada fin de semana, en una feria de Iquique. Mezclaban frutas del norte una y otra vez –papaya con jengibre, naranja con menta, mango con algo secreto que nunca contaban– hasta encontrar combinaciones que nadie más había probado.

–Prueba este –le decía Karen a un cliente, pasándole un vaso de un color imposible.

–¡Gluck, gluck, gluck!–hacía la persona, tomándoselo entero de un solo trago.

Le pusieron al negocio un nombre elegante, en alemán, que significaba "buena suerte". Pero como todos hacían ese mismo ruido al tomarlo, la gente terminó llamándolo distinto:

–¡Gluck, gluck, gluck!

Y ese nombre les quedó pegado para siempre.

Al principio, ese sonido se escuchaba solo los sábados, en un puesto chiquito. Después empezó a escucharse todos los días, en varias esquinas de la ciudad. Y, con el tiempo, se escuchó tan fuerte y tan seguido, que ya no cabía en la feria: necesitaron camiones enteros para repartir su comida por toda la región.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Jorge Soto y Karen Arriagada, fundadores de Gluck, empresa de alimentación con sede en Iquique. Apoyado por Co-Imagina.



El señor oso

A Thomas le decían el señor oso, porque su apellido significa oso en alemán. Y parecía un oso de verdad: alto, de pasos pesados y con una voz profunda que retumbaba en su cafetería de Pucón. Tenía una maña muy divertida: no dejaba que nadie se fuera sin intentar decir en alemán el nombre de sus pasteles.

–¡Nein, nein! No es "torta de manzana", ¡es Apfelstrudel! –corregía con una sonrisa gigante detrás del mostrador.

Su mayor desafío era don Héctor, un vecino mañoso que cada tarde pedía un café negro, se sentaba en un rincón y no hablaba con nadie. Thomas quería regalarle un momento de alegría y sacarlo de su rutina.

Así que, cada día, junto a la taza de café, el Señor Oso deslizaba un bocado distinto: un día una galleta crujiente, otro día una tarta con olor a ciruelas.

–¡Muy raro! –reclamaba el vecino al principio. –¡Probar algo nuevo no muerde! –respondía el oso con un guiño.

A la tercera tarde, don Héctor no solo se comió la tarta, sino que intentó decir "Streusel" y soltó una gran carcajada. El café entero se llenó de risas.

Esa tarde, Thomas descubrió por qué a todos les gustaba volver: su cafetería no era solo un local con las mejores recetas alemanas, sino una guarida tibia donde los desconocidos se volvían amigos.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Thomas Bähr, fundador de Café Berlín en Pucón, Región de La Araucanía. Apoyado por Banco Santander.

Un papá suave

El papá de Valentín huele
siempre a limpio.
Sus abrazos son suaves. Su ropa es
suave. Incluso su voz, cuando llega a casa
después del trabajo, es suave.
Valentín no sabía por qué su papá era así.
Solo sabía que le gustaba. Que cuando lo
abrazaba, todo lo malo desaparecía.
Un día lo fue a buscar al trabajo.
Vio las máquinas gigantes girando.
Las trabajadoras doblando sábanas.
El vapor saliendo de las planchas.
Todo blanco, todo caliente, todo suave.
¡Era una lavandería!
Valentín pasó la mano por una toalla
recién doblada. Era como tocar una nube.
Y de repente entendió.
Su papá pasaba los días rodeado de
cosas suaves. Junto a su equipo,
las lavaba, las planchaba, las doblaba
con cuidado. Les daba ese olor tibio que
Valentín conocía tan bien.
Era lo mismo que le daba a él cuando
llegaba a casa.
Esa noche se abrazaron fuerte, y Valentín
pensó que no había nada mejor en el
mundo que tener un papá suave.



Ilustración: Ignacia Santillán

Basado en la historia de Lavandería Record, liderada por Juan Carlos Peralta en Punta Arenas, Región de Magallanes y la Antártica Chilena. Empresa adherida a la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS).

El carrito suertudo



Antes de ser enchulado para servir café y otras delicias, yo era solo un carrito viejo, oxidado y sin oficio, durmiendo la siesta en el patio de un amigo.

Hoy soy la pieza principal de un espacio con techo de madera, diez mesas llenas de risas y hasta guitarreo los sábados. Pero no empecé así, ni cerca.

Yo, la verdad, no esperaba mucho de mi futuro, pero el día que él y ella me vieron, los seduje gracias a mi noble pero vieja madera. Y me sacaron rodando de mis aburridos días.

Los primeros meses fueron un desastre con estilo.

–¡Un techo, lo que sea, antes de que se ahogue la clientela! –se reía él, remojado hasta las pestañas.

De a poquito, mesa por mesa, tabla por tabla, se armó el techo. Y cada día llegaba un cliente nuevo. –¡Qué lindo carrito!, me decían. Y se quedaban conversando.

Con el tiempo llegó más gente a colaborar: un hermano con el pan, una prima en la caja, los papás los fines de semana.

Buen café, resulta, también atrae a la familia.

Hoy ya no soy el cacharro olvidado de nadie. Soy el carrito bajo el nogal donde hay espacio para todos, y en cada tabla de mi techo guardo con gratitud el día en que alguien me encontró el brillo cuando yo mismo no lo hacía.

Este cuento está inspirado en Cafetería Nogal, emprendimiento de Javier Miño y su familia en Peñaflor, Región Metropolitana. Apoyado por Banco Santander.

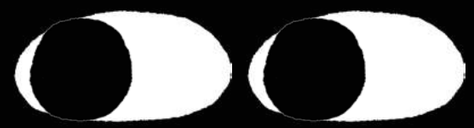
Ilustración: Camila Cruz

PROPÓN UNA IDEA ENTRETENIDA PARA HACER CON OTRA PERSONA Y TRATA DE CONVENCERLA DE SUMARSE.

SI NO RESULTA A LA PRIMERA, CAMBIA ALGO DE TU PROPUESTA Y VUELVE A INTENTARLO.

BUSCA 8 COSAS DE TU CASA Y ORDÉNALAS CON UNA REGLA SECRETA.

¡NO LE CUENTES A NADIE CUÁL ES!



DESPUÉS, DESAFÍA A ALGUIEN A DESCUBRIR TU REGLA.



HAZ QUE UNA MISMA FRASE CAMBIE DE EMOCIÓN.

DI, POR EJEMPLO,

"HOY ES UN GRAN DÍA"

COMO SI ESTUVIERAS FELIZ, ASUSTADO Y MUY SORPRENDIDO.

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

Niños ricos



En la sala de clases de la profe Maureen, los niños tenían su propio banco. No era de plata de verdad, sino una tarjeta inventada, azul y con chip, llamada Nacho Card. Ahí guardaban puntos –los "Nacho Pesos"– que ganaban por portarse bien o esforzarse, y después podían gastar en premios de la sala.

–¿Puedo usar mis Nacho Pesos hoy? –preguntó un niño, mostrando su tarjeta.

–Claro –respondió la profesora–. ¿Qué quiere comprar?

–Dos décimas en la prueba y sentarme con el Tomy.

–¡Alcanza justo! ¡Beep!

Lo mejor de la Nacho Card era que para ganar puntos no había que sacarse un siete perfecto, sino hacer cosas un poco aburridas: ordenar los materiales, tenerle paciencia al compañero de al lado, o insistir con un ejercicio difícil.

–¡Profe, me equivoqué tres veces pero no me rendí!

–¡Cincuenta Nacho Pesos! –gritó Maureen–. ¡Bip!

–¡Y yo no conversé en toda la hora!

–¡Bip! ¡Otros cincuenta!

–¿Y si juntamos los puntos de todo el curso, nos alcanza para ser dueños del timbre del recreo un día?

Maureen se rió.

–Déjame calcular... ¡Bip!



Ilustración: Daniela William

Este cuento está inspirado en la historia de la profesora Maureen García y su proyecto NachoCard en Chañaral, Región de Atacama, apoyado por Dale Profe.

El efecto mariposa



Cuando era chico, Eduardo soñaba con ser tenista profesional. Su papá era su hincha número uno y lo acompañaba a todos lados, hasta que un día su corazón se detuvo de repente. En un parpadeo, la familia quedó totalmente desprotegida. Eduardo tuvo que guardar sus raquetas, pero se prometió construir un escudo gigante para que a ningún otro niño le pasara lo mismo.

Años después, pedaleando bajo el sol ardiente de África, una gota de sudor le trajo una idea loquísima: ¿y si las calorías que uno quema haciendo deporte pudieran atraparse y convertirse en comida para niños que lo necesitan? ¡Sería como transformar el cansancio en platos de sopa o manzanas crujientes!

Con esa chispa, Eduardo inventó una aplicación y fue a tocar la puerta de las empresas. La propuesta para los jefes era alucinante: si los trabajadores se cuidaban todos los días, la aplicación los premiaría con protección familiar y donaciones para otros.

¡Y el efecto mariposa estalló en las oficinas! Si un trabajador dejaba el auto y llegaba en bicicleta, ¡zaz!, su escudo protector familiar crecía de tamaño. Si alguien lograba dormir ocho horas como un oso en invierno, ¡din-don!, su buen sueño se convertía en platos de comida al otro lado del mundo.

Hoy, ese pequeño escudo inventado en Santiago vuela por cuatro países. Más de un millón de trabajadores se mueven, comen sano y duermen a su hora, probando que sudar la gota gorda y comerse un brócoli puede proteger a tu familia y ayudar al planeta entero.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Eduardo Della Maggiora, creador de Betterfly, plataforma tecnológica chilena de beneficios y salud para empresas.



Ilustración: Camila Cruz

Refri GRUÑÓN

–¡Brrrrrrrrrrr! –Ese era yo, el refrigerador más viejo y gruñón del barrio. Sonaba tan fuerte que los vecinos se ponían tapones en las orejas.

Al final, mi dueño decidió botarme. ¡Qué susto! Yo sabía un secreto terrible: si me dejaban tirado en cualquier parte, los gases que tenía en mi guata de metal se escaparían volando y le harían un tremendo hoyo al escudo mágico de la Tierra (los adultos le dicen Capa de Ozono).

Pero justo cuando pensé que terminaría oxidado en la basura, apareció José Luis. Resulta que hace años, él se hizo una promesa: quería viajar por el mundo, pero, sobre todo, ¡quería proteger el planeta! Y descubrió que, rescatando máquinas ruidosas y gaseosas como yo, podía cumplir su misión.

En vez de botarme, José Luis actuó como un doctor de máquinas: me sacó esos gases peligrosos, los limpió para que otros los pudieran usar y convirtió mis latas viejas en piezas súper útiles. ¡Me dio una segunda oportunidad!

Hoy, él viaja por un montón de países enseñando cómo se hace. Y yo... bueno, ya no hago ¡Brrrrrr!. Ahora soy uno de muchos héroes de metal que ayudan a parchar el cielo.

Este cuento está inspirado en la historia de José Luis Rojas, fundador de Regener Chile, empresa dedicada a la recuperación de gases refrigerantes. Su proyecto ha sido impulsado por Universidad de Las Américas (UDLA).



Vecino por vecino

De chica, Susana repartía pan amasado puerta a puerta con su hermana, en su población de Renca.

En cada casa, mientras entregaba el pan, se quedaba un rato conversando. Así fue aprendiendo el problema de cada vecina: a una le faltaba una basta en un pantalón, al vecino del frente se le habían roto los zapatos, a otro le urgía encontrar quién le cuidara a los niños un rato.

–Doña Rosita hace bastas por poca plata –le contaba a una vecina.

–Mi padrino es zapatero, él le arregla eso –le decía a otro.

Sin darse cuenta, Susana se convirtió en el puente entre todos: conectaba a quien necesitaba algo con quien podía dárselo.

De grande, hizo lo mismo, pero mucho más grande: conectó a cientos de mujeres dirigentas de todo Chile, que trabajaban solas en sus barrios, para que se apoyaran entre ellas. Consiguieron becas, capacitaciones, y una red que sigue creciendo.

Todo empezó con una niña, un canasto de pan, y la costumbre de escuchar a cada vecina.

Este cuento está inspirado en Susana Collante, fundadora de la Fundación Lideresas Sociales, en Maipú, Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Antonia Berger

El viaje de Newenche

Me llamo Newenche y nací entre coigües, raulíes, montañas y ríos, en los bosques de Huilo Huilo. Soy parte de una nueva generación de huemules: hace años mis antepasados desaparecieron de estas tierras porque los cazaban.

Pero algo cambió. Los humanos comenzaron a mirar el bosque de otra manera. Donde antes veían solo madera, descubrieron un mundo lleno de vida. Entonces trajeron una pareja de huemules, de la que nació una nueva familia. Mi familia. También trabajaron a ambos lados de la cordillera para retirar los baguales que amenazaban nuestro hogar y recuperar caminos perdidos.

Un día sentí curiosidad: ¿qué habría detrás de esas montañas? Caminé entre bosques, crucé la cordillera y... ¡llegué a Argentina! Un huemul volvía a recorrer libremente ese antiguo corredor.

Mi viaje recién comienza. Quizás mis hijos y sus hijos vuelvan a caminar por toda la Patagonia. Porque cuando las personas recuerdan que también son naturaleza, descubren que nuestro destino está unido al suyo y aprenden a habitar la tierra de otra manera: una en la que todos los seres vivos podemos encontrar nuestro lugar.

Este cuento está escrito por Alexandra Petermann Reifschneider, inspirado en el Centro de Reproducción y Reintroducción del Huemul del Sur, liderado por Fundación Huilo Huilo, en Panguipulli, Región de Los Ríos.

Ilustración: Virginia Donoso

IMAGINA ALGO QUE PODRÍA HACER TU DÍA MÁS FÁCIL O ENTRETENIDO.



INVÉNTALO, DIBÚJALO, PONLE UN NOMBRE

Y MUESTRA CÓMO FUNCIONARÍA.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

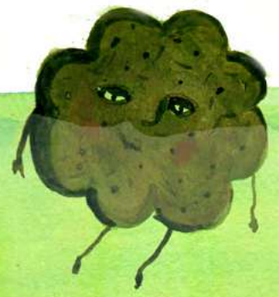
ELIGE 3 PALABRAS DE LA HISTORIA QUE ACABAS DE LEER E INVENTA UNA FRASE SOBRE TI CON ESAS TRES PALABRAS.

1

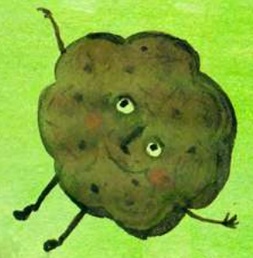
2

3

VERDE GALLETA



Ser un alga no es fácil. Nadie te quiere comer, somos verdes, gelatinosas, olemos a mar y algunas personas creen que de verdad tenemos mal sabor.
Mateo se tapó la nariz apenas nos vio: un puñado de algas a punto de entrar a una máquina rara, manejada por Daniela, una científica.
–Puaj, ¿qué va a hacer con eso? –preguntó, alejándose un paso.
–Mira y espera –le dijo Daniela, sonriendo.
Apretó un botón, y la máquina soltó un sonido tan agudo que ningún humano podía oírlo, pero los perros de la cuadra se pusieron a aullar todos juntos. Ese sonido hizo vibrar a las algas tan fuerte, tan rápido, que empezaron a pegarse unas con otras solas, como piezas de un rompecabezas que encajan sin pegamento ni nada. De puro polvo de algas, salió una galleta perfectamente redondita.
Mateo se acercó de nuevo, con cara de sospecha, y la probó con los ojos cerrados, esperando lo peor.
–¡Mmmmmm, qué rico está! –dijo, abriendo los ojos de golpe.
Y así es. Las algas somos deliciosas y buenas para el cuerpo, y aceptamos encantadas que nos disfracen de galleta con tal de quitarnos la mala fama.



Este cuento está inspirado en Seaweed Cookie, desarrollada por Daniela Rivera en la Región de Ñuble. Apoyado por Universidad del Biobío, en el marco del programa "Potencia", financiado por Corfo.

Ilustración: Virginia Donoso

Los detectives de la naturaleza



Antes de que se construya una obra en el bosque, Diego, Daniel y Raúl inspeccionan la zona con sus instrumentos especiales. Son detectives de la naturaleza y su misión es descubrir qué seres vivos habitan ahí para que nadie destruya su hogar.
En medio de una ronda, una señal los detuvo: ramas rotas y tierra removida al pie de un viejo roble.
–¡Cuidado! –alertó Raúl al ver las marcas profundas–. Por la fuerza del rastro, debe ser un gran felino.
–Un momento –dijo Diego, examinando el barro con su linterna–. Si fuera un puma, sus garras irían guardadas. Aquí hay marcas de uñas afiladas y astillas frescas.
Daniel acercó la grabadora nocturna a la rama alta y escuchó un ritmo constante: ¡toc, toc, toc! La teoría del depredador quedó descartada. En la copa del árbol, la luz reveló al verdadero culpable: un gran carpintero negro buscando alimento. Las huellas profundas no eran de una fiera, sino del golpe de la madera caída desde la altura.
Gracias a la pista correcta, trazaron el mapa de protección de la zona, asegurando que la construcción respete la vida del bosque.

Este cuento está inspirado en Diego Demangel, Daniel Valencia y Raúl Ignacio Díaz, el equipo fundador de Fauna Nativa, empresa de consultoría ambiental científica en Santiago. Apoyado por Banco Santander.

Ilustración: Camila Cruz

Un buen capibara

En un rincón de Chile, una mujer llevaba meses preparando galletas de avena riquísimas, hechas con ingredientes sanos y sin dañar la naturaleza. El problema era que solo alcanzaba a hornear unas pocas cada semana, porque su horno viejo se apagaba a cada rato.

–Necesito un horno nuevo, pero no tengo cómo comprarlo –suspiraba, mirando la masa cruda.

Ahí apareció un capibara, tan tranquilo que ni las gallinas se asustaron al verlo pasar.

–Yo te ayudo –dijo, sin apuro–. Con plata para el horno, y con algunos consejos.

–¿Consejos de qué? –preguntó ella, dudando.

–De cómo organizar mejor tu trabajo, para que no te agotes horneando sola –contestó el capibara, masticando una hoja despacito.

Con el horno nuevo, la mujer horneaba 10 veces más galletas. Con los consejos, dejó de trabajar hasta tarde todas las noches.

El capibara siguió su camino, calmado como siempre, buscando otros negocios que hicieran las cosas bien: comida sana, cuidado de la tierra, cariño por quienes trabajaban ahí.

Nunca se apuraba. Nunca se agitaba. Simplemente aparecía, ayudaba con calma, y seguía adelante, dejando atrás negocios un poco más fuertes que antes.

Ilustración: Antonia Berger





Este cuento está inspirado en Capibara, fondo creado por Juan Pablo Larenas que apoya con financiamiento y asesoría a negocios sostenibles en Latinoamérica.





Yo soy la Selva Patagónica

Durante muchos años me miraron y vieron madera. De mis árboles nacieron pueblos, casas y ciudades. Neltume y Puerto Fuy crecieron conmigo, pero poco a poco olvidaron quién era yo.

Hasta que, en el frío invierno del año 2000, llegaron personas dispuestas a mirarme de otra manera. Caminaron mis senderos siguiendo las huellas de antiguos naturalistas y comenzaron a descubrir mis secretos: coihues centenarios, helechos, musgos y líquenes; chucaos escondidos entre las ramas; glaciares milenarios que alimentan ríos cristalinos y lagos transparentes.

Entonces recordaron algo que también había quedado olvidado: yo soy Patagonia. Pero no la Patagonia de la estepa. Soy una selva templada, húmeda y enmarañada que crece entre los Andes y el Pacífico. Una Patagonia distinta, que solo existe aquí.

Desde entonces, cada persona que recorre mis senderos ayuda a contar mi historia. Porque a veces no necesitamos inventar nuevos destinos. Solo aprender a mirar, reconocer lo extraordinario que siempre estuvo frente a nosotros y compartirlo con el mundo.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está escrito por Alexandra Petermann Reifschneider, inspirado en la Reserva Biológica Huilo Huilo, emplazada en el corazón de la Selva Patagónica de Los Andes Australes.



Mi sala ES EL RÍO

–¡Espalda recta, corbata derecha y prohibido distraerse mirando por la ventana! –ordenó el profesor golpeando la pizarra con una tiza.

Cristián Gastón sintió que la corbata lo ahorcaba como una culebra.

«Esto tiene que cambiar», pensó mordiendo el lápiz. Y se hizo una promesa: cuando fuera grande, rescataría a los niños de los patios de cemento y las salas cuadradas.

Años después, cumplió su palabra. Juntó a un grupo de estudiantes de la ciudad y se los llevó directamente a la Patagonia, al medio de las montañas de Aysén.

–¡Bienvenidos a la nueva escuela! –anunció Cristián Gastón abriendo los brazos.

Los niños miraron para todos lados buscando dónde sentarse.

–¿Dónde se enchufa el celular y a qué hora suena el timbre para el recreo? –preguntó uno mirando la pantalla sin señal.

–¡Aquí no hay timbres ni enchufes! –se rió Cristián Gastón–. La clase de hoy consiste en aprender a orientarnos entre las montañas, cruzar un río helado sin mojarnos los calcetines, cortar leña y amasar nuestro propio pan antes de que caiga la noche.

Y aunque primero más de alguno miró el río con sospecha y la harina pegoteada en los dedos con cara de susto, al final del día todos terminaron riéndose alrededor de la estufa, devorando pan calentito, felices de haber cambiado cuatro paredes por el viento, las harinas y el aire libre.

Este cuento está inspirado en Fundación Nativos, liderada por Cristián Gastón Fernández, y su iniciativa de una Educación Moderno-Nativa en la región de Aysén. Apoyado por Fundación Mustakis.

Ilustración: Antonia Berger

ELIJAN 6 OBJETOS Y CONSTRUYAN ALGO JUNTOS. ANTES DE EMPEZAR, DECIDAN QUÉ HARÁ CADA UNO.

PÍDELE A ALGUIEN QUE TE ENSEÑE UNA COSA PEQUEÑA QUE TODAVÍA NO SABES HACER.

MIRA CON ATENCIÓN, HAZ PREGUNTAS Y DESPUÉS ¡INTÉNTALO TÚ!

JUEGA A LAS ADIVINANZAS SIN DECIR EL NOMBRE.

MIRA UN OBJETO QUE TENGAS CERCA Y DESCRÍBELO CON PISTAS HASTA QUE LA OTRA PERSONA DESCUBRA CUÁL ES. DESPUÉS CAMBIEN DE TURNO.

LA PRÓXIMA VEZ QUE VAYAS A COMPRAR CON UN ADULTO, BUSCA DOS PRODUCTOS PARECIDOS Y COMPARA SUS PRECIOS. ¿CUÁL CUESTA MENOS?

CUÉNTALE A OTRA PERSONA ALGO QUE TE PASÓ HOY, PERO SIN HABLAR: ¡SOLO PUEDES USAR GESTOS! ¿LOGRA ADIVINAR QUÉ PASÓ?

ELIGE UN JUGUETE U OBJETO QUE TE GUSTE MUCHO.

AHORA IMAGINA QUE HOY NO LO TIENES. ¿CON QUÉ OTRA COSA PODRÍAS JUGAR O QUÉ PODRÍAS HACER EN SU LUGAR? ¡ENCUENTRA UNA NUEVA OPCIÓN!

PÁRENSE FRENTE A FRENTE Y TRATEN DE DAR 5 APLAUSOS EXACTAMENTE AL MISMO TIEMPO, SIN COORDINARSE EN VOZ ALTA

¿LOGRAN SINCRONIZARSE?

ANTES DE EMPEZAR TU TIEMPO LIBRE, PIENSA EN 3 COSAS QUE TE GUSTARÍA HACER.

COMO PROBABLEMENTE NO ALCANZARÁ EL TIEMPO PARA TODAS,

DECIDE CUÁL HARÁS PRIMERO.



ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR WOM

LAB DE BOLSILLO



Ilustración: Karina Letelier

En el colegio de Martina no había laboratorio de ciencias. Ni tubos de ensayo, ni microscopios, ni nada de eso. Solo libros con dibujos de experimentos que nunca hacían de verdad.

–Es como aprender a andar en bicicleta leyendo un manual –pensaba Komal, cuando era estudiante y vivía lo mismo–. Nunca vas a aprender del todo si no te subes.

De grande, se le ocurrió una idea: si casi todos tienen un celular en el bolsillo, ¿por qué no convertirlo en un laboratorio completo?

Descubrió que el celular ya tenía todo lo necesario, escondido: una cámara que podía medir movimientos, un micrófono que podía captar sonidos y vibraciones, sensores capaces de detectar hasta la fuerza de un salto.

Así, gracias a la idea de Komal, estudiantes como Martina empezaron a hacer experimentos reales de física, química y biología, sin necesitar un laboratorio gigante: solo su teléfono, curiosidad, y ganas de descubrir cómo funciona el mundo.

Hoy, más de 100.000 estudiantes han experimentado con ciencia gracias a esa idea simple: el mejor laboratorio en el bolsillo.

Este cuento está inspirado en Komal Dadlani y Lab4U, tecnología que transforma celulares en laboratorios de ciencia, presente en Latinoamérica y Estados Unidos.

El país del cobre



Ilustración: Camila Cruz

José Miguel miró un mapa de Chile, lleno de minas de cobre marcadas de norte a sur, y después miró su propia cocina. Ni un vaso. Ni un jarro. Ni una sola taza hecha de ese metal que Chile tiene de sobra.

–Qué raro –pensó–. Tenemos tanto cobre, y casi nadie tiene algo hecho con él en su casa.

Se juntó con un amigo, y entre los dos se hicieron la misma pregunta una y otra vez, hasta que decidieron hacer algo al respecto: diseñar sus propios objetos de cobre, para que la gente pudiera tenerlos, tocarlos y usarlos todos los días.

Hicieron vasos, jarros y copas, y a cada diseño le pusieron el nombre de un lugar de Chile: Atacama, Elqui, Llaima, Torres del Paine, Antártica.

–¿Por qué esos nombres? –le preguntó una amiga.

–Porque el cobre, igual que esos lugares, es puro Chile –contestó José Miguel.

Al principio no fue fácil: probaron ideas que no funcionaron, cometieron errores, tuvieron que aprender de nuevo varias veces. Pero siguieron intentando.

Hoy, esos objetos de cobre viajan a distintas regiones del país y también al extranjero. Y cada vez que alguien toma agua en un vaso Atacama, sin saberlo, se está llevando un pedacito de Chile a la boca.

Este cuento está inspirado en José Miguel Kolubakin y República del Cobre, marca chilena que diseña objetos cotidianos hechos de cobre.

Mi hermana la pionera



Ilustración: Camila Cruz

Somos cinco hermanos, y Berlandia es la mayor: la que se le ocurren las ideas raras que después funcionan.

Cuando llegamos desde Haití buscando una vida mejor, a ella le tocó ir varios pasos adelante, como cuando alguien tiene que probar primero si el agua está fría.

Como esa vez que fue con mi papá a hacer un trámite aburridísimo, y en vez de aburrirse, se fijó en la señora que los atendía. Llegó a la casa esa misma tarde y anotó en su cuaderno: "voy a ser ingeniera comercial".

Nosotros nos reímos. Ella no.

Estudió mucho y entró a la universidad, con mucho miedo al principio, pero una fundación la ayudó a no bajarse del barco.

Hoy tiene un trabajo importante, de esos donde uno anda con carpeta bajo el brazo y cara seria. Pero en la casa sigue siendo la misma: la que nos repite que si uno se lo propone, lo logra.

Y antes de cualquier cosa importante, siempre dice bajito: gracias a Dios. Para ella, esa frase pesa más que cualquier título.

Este cuento está inspirado en Berlandia Basquin, coordinadora de Lipigas, en la Región Metropolitana. Apoyado por Lipigas.

¡QUÉ RICO OLOR!



Ilustración: Camila Cruz

–¿A qué huele la felicidad? –preguntó la creadora de aromas en su taller.

En Punta Arenas, donde el viento sopla tan helado que te congela las orejas, ella tenía un laboratorio con los olores más ricos de la Patagonia, y una Inteligencia Artificial que la ayudaba a mezclarlos para crear perfumes mágicos.

–¡Asistente, necesitamos un aroma único para perfumar casas, autos y las telas de vestidos hermosos! –decía riendo frente a los frasquitos.

–¡Mezclando tres gotas de fruta con una pizca de brisa marina! –respondía la pantalla llena de lucecitas de colores, y ella iba probando.

La gente hacía cola para que nunca les faltaran olores ricos en sus casas, en los rincones de las tiendas bonitas y en todos lados, y llevaban sus botellas vacías para recargarlas y cuidar el planeta.

–¡Algún día nuestros aromas viajarán por todo el mundo! –soñaba ella con una sonrisa. Y así, desde el lugar más al sur del todos, ¡los aromas patagónicos salieron a conquistar el mundo entero!

Este cuento está inspirado en el emprendimiento Aromas de Encanto, creado por Katherinne Toledo Ainol en Punta Arenas.

¡Chao Valentina!



–¡Abran paso, plumas al viento! Soy una fardela blanca y vengo volando miles de kilómetros sobre el mar.

Aterricé de guatazo frente a mi cueva en el acantilado, con las plumas despeinadas por la tormenta. Entre la penumbra de la noche, una sombra conocida despejaba la entrada: Valentina.

Se agachó en silencio, acomodó la tierra y rozó mi lomo con manos suaves para ajustar la diminuta mochila de rastreo que cargo entre las plumas. Nos miramos a los ojos sin emitir sonido, compartiendo un instante de calma mientras el mar rugía allá abajo. Ella sabe que odio el encierro; yo sé que ella cuida mi hogar.

Al despuntar el alba, una ráfaga helada peinó la roca. Mis alas tiritaron de impaciencia al ver los primeros destellos de peces en la superficie: la temporada en la isla terminaba y el océano abierto me llamaba a gritos. Lancé un graznido rasposo a modo de gracias, di tres saltitos torpes sobre la orilla y me arrojé al vacío.

Desde el aire, vi a Valentina pequeñita en la cima, velando mi nido bajo tierra mientras yo partía a recorrer miles de kilómetros sobre las olas. ¡Chao, Valentina, cuídame la casa!

Este cuento está inspirado en Valentina Colodro, directora ejecutiva de Oikonos, quien junto a su equipo estudia y protege a las aves marinas en peligro como la fardela blanca de Juan Fernández, Región de Valparaíso. Apoyada por Banco Santander.

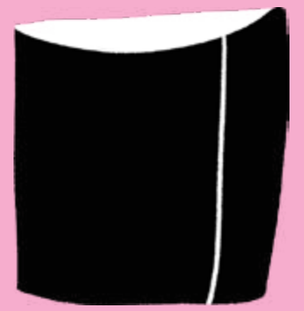
Ilustración: Ignacia Santillán



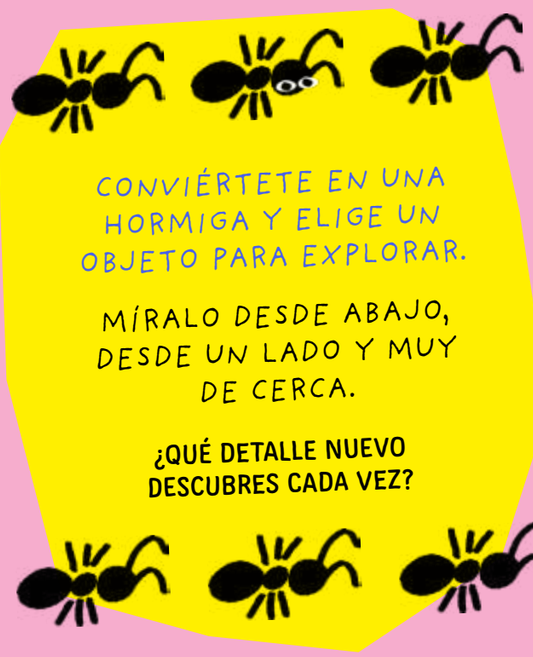
HOY HAZ UN CUMPLIDO QUE NO TENGA QUE VER CON LA APARIENCIA. PUEDES RECONOCER ALGO QUE ALGUIEN HIZO, INTENTÓ O APRENDIÓ.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

DURANTE ESTA SEMANA, ENCUENTRA PAPELES QUE ESTÉN BOTADOS EN EL SUELO Y LLÉVALOS AL BASURERO.



¡AYUDA A DEJAR MÁS LIMPIO UN LUGAR QUE TODOS COMPARTIMOS!



CONVIÉRTETE EN UNA HORMIGA Y ELIGE UN OBJETO PARA EXPLORAR.

MÍRALO DESDE ABAJO, DESDE UN LADO Y MUY DE CERCA.

¿QUÉ DETALLE NUEVO DESCUBRES CADA VEZ?

JUEGUEN A

"NECESITO O QUIERO"

ALGUIEN DICE COSAS COMO AGUA, UNA PELOTA, ABRIGO O UN HELADO Y TÚ DEBES RESPONDER RÁPIDO: "¡LO NECESITO!" O "¡LO QUIERO!".

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS



Misterio japonés

Matías llegó al restaurante de Marcos convencido de que el pescado crudo iba a ser asqueroso.
–Ni loco pruebo eso –anunció, cruzado de brazos.
Su papá le puso un bocado de corvina en el plato.
–Voy a probarlo solo para inspeccionar qué cosa será esto –dijo Matías con aires de detective.
Silencio. Después, muecas, olfateos y la lengua afuera...
–Sabe a mar... pero también sabe a los guisos de mi abuela –dijo, muy serio, como si acabara de resolver un crimen.
Marcos, que pasaba cerca, se rió fuerte. Era justo lo que buscaba: cortaba el pescado con la técnica paciente que le había enseñado su maestro japonés, pero lo acompañaba con hierbas del campo donde él mismo había crecido, entre gallinas de verdad.
–Detective Matías, reportándose –anunció el niño, tenedor listo para el segundo bocado–. Necesito más pruebas para el caso.
–Te doy dos pistas –dijo Marcos–. Hierbas del huerto y pescado fresco de esta mañana.
Matías se comió tres platos completos, investigando. Nunca resolvió el misterio, pero cada sábado vuelve, con su lupa imaginaria, a intentarlo otra vez.

Este cuento está inspirado en Marcos Baeza, chef y fundador del restaurante Fukasawa en Santiago, quien combina técnicas japonesas con sabores de su infancia en el campo chileno.

Ilustración: Romina Carvajal

CRUNCH DE LECHUGA

–¡Carlos, deja la sierra un segundo y mira esto! –gritó Constanza levantando la cabeza de la pantalla.
En Copiapó eran la pareja más curiosa del barrio: ella analizaba cada detalle con precisión de científica y él no podía ver un tubo de plástico sin querer armar un invento.
–¡Descubrí cómo cultivar lechugas usando solo agua, sin tocar un solo gramo de tierra! –anunció ella entusiasmada.
Carlos no esperó más explicaciones: corrió al patio y armó una montaña rusa de tuberías por donde el agua empezó a circular sin perder ni una gota. Los vecinos miraban por la pandereta y se reían: «¡Se volvieron locos con el calor del desierto!».
Pero el invento no falló. De pronto, de los tubos de plástico brotó un bosque verde de acelgas y lechugas ultra crujientes.
Hoy, Constanza y Carlos les enseñan a los niños y sus familias a construir su propia huerta sin tierra. ¿Su gran sueño? Que en las casas de todo el norte resuene el mismo ruido sabroso: ¡el crunch de una ensalada fresca nacida en pleno desierto!



Ilustración: Ignacia Santillán

Este cuento está inspirado en Constanza Alfaro y Carlos Arnés, creadores de Desierto Hidropónico Atacama en Copiapó. Apoyado por CORPROA, en el marco del programa Potencia, financiado por CORFO.

¿QUIÉN AYUDA A LA MAMÁ?

¿Has intentado correr a toda velocidad buscando una respuesta, pero cargando tres mochilas, el termo del almuerzo, las carpetas del trabajo y con los cordones de las zapatillas desatados?

Así se sentía una mamá. Su hijo tenía una mente brillante y única, pero para desplegar todo su potencial y estar bien necesitaba apoyos muy especiales. Acompañarlo era una aventura hermosa, aunque encontrar la ayuda adecuada parecía un laberinto: un especialista por el norte, una terapia por el sur y mil datos volando con el viento.

—¡Si sigo corriendo a ciegas, voy a terminar tropezando con mis propias orejas! —decía casi sin aliento. Y entendió algo importante: para que un niño explore el mundo seguro, los adultos que lo cuidan no pueden andar tropezándose solos por el camino. ¡Ellos también necesitan un equipo que les afirme la mochila!

Tomó su computador y creó una red digital para reunir a profesionales y centros de apoyo en un solo lugar. Hoy, cuando una familia busca ayuda, ya no tiene que correr a ciegas: encuentra todo a un clic, se amarra las zapatillas con calma y así puede disfrutar el viaje junto a su hijo.



Ilustración: Karina Letelier

Este cuento está inspirado en Autismo Conecta, plataforma creada por Vannia Bascuñán que reúne profesionales, servicios y organizaciones vinculadas a la neuro divergencia. Apoyado por Inacap.



Niño a MOTOR

Todas las madrugadas, Jorge cruzaba el canal en bote a remo junto a sus papás, cargado de verduras para vender en el mercado. Remaban desde muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, para llegar antes que los demás.

Un día, un bote distinto pasó a su lado, rugiendo fuerte, sin ningún remo a la vista.

–¡Mira, mamá! ¡Esa cosa vuela sobre el agua sin que nadie reme! –gritó Jorge, con la boca abierta.

Desde ese día, no dejó de pensar en motores. En el liceo técnico, entre herramientas y motores desarmados, aprendió a construir y reparar máquinas. Y entendió algo importante: ese colegio le había dado herramientas que muchos otros jóvenes, con el mismo talento, nunca llegaban a tener.

–Yo tuve la suerte de aprender esto –pensó, ya grande–. ¿Por qué no ayudar a que más jóvenes también la tengan?

Así que empezó a conectar liceos técnicos con empresas de todo Chile, para que estudiantes de lugares tan lejanos como su isla pudieran aprender oficios de verdad, y encontrar trabajo apenas terminaran de estudiar.

Y todo empezó con un niño remando de madrugada, que un día vio pasar una lancha a motor y no pudo dejar de soñar con ella.

Este cuento está inspirado en Jorge Pacheco, fundador de la ONG Canales, que conecta la educación técnico-profesional con oportunidades reales de trabajo en 12 regiones de Chile.



Ilustración: Antonia Berger



¡WOOW!

Clarita iba a cumplir 8 años y soñaba con una sorpresa tan linda que hiciera a sus amigos abrir grande los ojos y decir: «¡WOOW!». Su tía que la conocía bien, la llevó a un taller de Lampa, donde el aire se transforma en esculturas flotantes de todas las formas que puedas imaginar. Ella hizo su pedido con los ojos llenos de ilusión:

–¿Será posible hacer un unicornio gigante con alas de colores para la entrada? –preguntó juntando sus manos.

–¡En este taller todo es posible! La artista de los globos sonrió con dulzura. Con giros rápidos, pellizcos precisos y cero miedo al ¡paf!, empezó a darles forma a pedazos de goma de todos colores que se convertían en arcos brillantes, dinosaurios, vestidos de gala, bouquets y figuras colosales.

–¡Un, dos, tres, fúuu! –el soplido llenó el taller de brillo y color.

El día del cumpleaños, cuando los invitados cruzaron la puerta miraban la figura voladora y decían ¡WOOW! Clarita saltaba de alegría y la celebración estalló en risas, carreras y bailes alrededor del unicornio. Entre las fotos divertidas bajo las alas de colores, los juegos y la torta, todos disfrutaron una tarde donde los globos más entretenidos encendieron la diversión.

Ilustración: Romina Carvajal

Este cuento está inspirado en Gift Balloons by Yulys Charles, emprendimiento de que transforma globos en obras de arte, regalos y esculturas personalizadas, en Santiago. Apoyado por Cora Yarur.

TOMA UN OBJETO QUE USES TODOS LOS DÍAS
Y MÍRALO CON OJOS DE DETECTIVE.

¿PUEDES DESCUBRIR 5 DETALLES QUE
NUNCA HABÍAS NOTADO?





Nabil, ¿cachai?

Nabil llegó a Chile sabiendo decir solo una palabra en español: «hola».
Había venido desde Siria junto a su familia, a empezar de nuevo.
Y decidió hacerlo vendiendo dulces árabes en las calles de Viña del Mar, mientras escuchaba a la gente hablar.
Un día, una clienta le preguntó algo y al final dijo «¿cachai?».
Nabil la miró muy serio.
–No tengo cachai. Pero tengo baklava. ¡Muy rico!
Por su simpatía, la señora le compró el doble.
Nabil anotó esa palabra en su cuaderno. Y la siguiente.
Y la siguiente: «po», «al tiro», «bacán». Ninguna salía en el diccionario, pero él ya las entendía.
Con esas mismas ganas de aprender, consiguió un trabajo estable. Le gustó tanto que lleva años ahí, y ya conoce cada rincón de la empresa.
El primer día, sus compañeros le preguntaron:
–¿Te costó adaptarte a Chile?
Nabil pensó un momento.
–Al principio sí, po. Pero ya me acostumbré, ¿cachai?

Este cuento está inspirado en Nabil Alshehawi, trabajador de Lipigas, en Concón, Región de Valparaíso. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Ignacia Santillán

El atajo EQUIVOCADO



Ilustración: Ignacia Santillán

Amanda y Beto pedalean apurados desde el colegio: el señor del puesto de helados se va a las 4 en punto, sin excepción. Y ellos no quieren quedarse sin su heladito de todos los viernes.
Beto toca el timbre sin parar y, para ganar tiempo, se sube a la vereda.
–¡Cuidado! –grita una señora, apretando el coche de su guagua contra la pared.
Beto la esquiva a ella, a un repartidor con cajas hasta el cuello, y se enreda tanto entre la gente que tiene que bajarse y caminar la bici por la vereda.
Amanda, mientras tanto, sigue tranquila por la calle, pegada al borde –no hay ciclovía– y deja pasar a un señor en la esquina, sin perder el ritmo.
Llega justo cuando el reloj marca las 3:58. Se baja, pide su cono de manjar y se sienta a comerlo.
Un minuto después aparece Beto, arrastrando la bici entre la gente.
–¿Por qué venías por la vereda, niño? Llegaste sudando y ella por la calle ni se despeinó –le dice el heladero, pasándole su helado de piña. –Al menos los dos venían con casco.
–Pensé que nos iba a cerrar –dijo Beto, aliviado con su cono en la mano.
El heladero vendió su último helado, desarmó su toldo y partió pedaleando en su triciclo. Por la calle y con cuidado, por supuesto.

Este cuento está inspirado en el informe "Estudio de Convivencia Vial: En la calle, puro Buen Trato" (ACHS-Datavoz, 2026).



En Arica, donde Pablo nació, al lado del mar siempre olía a algo rico: a pescado frito, a limón, a ceviche recién hecho. Esos sabores lo acompañaron después a Argentina y a Perú, donde aprendió a cocinar con especias, ajíes y salsas que nunca había probado.
Cuando volvió a instalarse en Antofagasta, recorrió todas las caletas de la costa. En una de esas conoció a Elías, un pescador al que le hizo tantas preguntas –qué comía ese pez, en qué mes salía más gordo este otro, cómo cocinaba las algas su abuela – que Elías, desconfiado, pensó: «Este cocinero es raro, viene a comprar lo que nadie compra».
Con lo que Elías pescó ese día, Pablo armó un ceviche con limón de Pica y ají amarillo que olía tan bien que hacía sonar las tripas hasta afuera del restaurante. Y cuando Elías lo probó, el sabor lo llevó de viaje directamente a la mesa de su abuela.
Desde ese día, antes de inventar un plato nuevo, Pablo siempre llama a Elías o a alguno de sus compañeros. Y en el menú del restaurante, donde dice “pesca del día”, en realidad dice otra cosa: que ese pescado y ese plato tienen una historia.

Este cuento está inspirado en la historia de Pablo Godoy, creador del restaurante Amares, en Antofagasta.

Ilustración: Antonia Berger



Elena llegó a su nuevo jardín impecable: zapatillas blancas relucientes, vestido planchado y un peinado que no se movía. Su único objetivo era no hacerse ni una sola mancha.
Pero el juego la fue envolviendo de a poco. Buscando un tesoro entre los arbustos, tuvo que tocar la corteza húmeda y las hojas mojadas. Cruzando un arroyo de mentira, probó unas gotas de agua fresca en la punta de la lengua. De pronto, un dragón de trapo saltó a su lado y Elena tropezó, cayendo rodando por la colina de pasto.
Se quedó helada en el suelo, mirando sus calcetines sucios con un susto enorme en el pecho. Esperaba lo peor. Pero la tierra no dolía ni quemaba: estaba tibia y suave. Al mover sus dedos, descubrió que al mezclar barro y flores podía moldear figuras con sus propias manos.
Al caer la tarde, el vestido de Elena tenía manchas de tierra, pasto y témpera. Miró sus manos llenas de colores, se tocó la nariz pintada y sonrió: estar sucia significaba que lo había pasado increíble.

Este cuento está inspirado en Kidsway, jardín infantil y sala cuna en Santiago que enseña a través de la exploración al aire libre y el desarrollo emocional. Apoyado por Banco Santander.

Ilustración: Camila Cruz



¿Poli qué?

Sebastián y Orlando miraban los estantes de una tienda de juegos.
–Hay de piratas, de dinosaurios... –contaba Sebastián.
–Pero ninguno que enseñe cómo se eligen los presidentes, o por qué hay que cuidar los lugares importantes en cada ciudad –agregó Orlando.
Se miraron y dijeron juntos: –Hagámoslo nosotros.
No tenían nada de plata, así que armaron todo con cartulina y ensayo y error.
Unas cartas con dibujos hacían al jugador explicar cómo se cuenta un voto.
Otras, defender un monumento para que fuera preservado para siempre.
Cuando lo probaron, en la primera partida, dos jugadores discutían sin escucharse.
–El edificio de la municipalidad es el más importante –interrumpió uno.
–No, el puente para el ferrocarril –interrumpió el otro.
Recién cuando se turnaron para conversar, entendieron que cada lugar contaba una parte distinta de la misma historia, y de eso se trata este juego que, a partir de pura cartulina, hoy se juega en colegios de todo Chile, donde los estudiantes argumentan y se escuchan.
En un estante de la tienda hay un espacio para “historia” y otro para “política”.
Y este tablero está justo al medio.

Ilustración: Antonia Berger

Este cuento está inspirado en Sebastián García y Orlando Toro, creadores de Politik, juego de argumentación cívica en la Región del Maule. Apoyado por Grupo Zenit, en el marco del programa Potencia, financiado por CORFO.

Una cara feliz



Ilustración: Ignacia Santillán

Había una vez una cara solitaria y soñadora que le gustaba mucho que jugaran con ella.
Adoraba que la lavaran con espuma que hacía cosquillas, y que después le tiraran una bruma fresca con olor a naranja, directo a las mejillas.
Y que la acariciaran con cremas de todos los tipos: unas brillantes como estrellas, otras opacas como terciopelo, otras con pizcas plateadas que se pegaban a los dedos.
Le encantaba que le pintaran nubes rosadas en los cachetes, le pusieran polvos celestes en los párpados y brillos con olor a frutilla.
Y será de tanto soñar que un día esta cara encontró un lugar donde se podía probar todo, todo el día, todos los días. Era una fiesta de cremas, maquillajes, colores, brillos, brumas, polvos y espumas. Y estaba llena de caras amigas.
Así, esta cara nunca más estuvo sola.

Este cuento está inspirado en Dominique Rosenberg y Empresas DBS, tiendas de belleza en Chile y Perú.

DISEÑA UNA MEDALLA SOLO PARA TI.
EN EL CENTRO, DIBUJA O ESCRIBE ALGO QUE HAYAS LOGRADO GRACIAS A TU ESFUERZO.



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

SELECCIONA UN JUEGO QUE YA CONOZCAS, CAMBIA UNA DE SUS REGLAS Y PRUÉBALO DE NUEVO.

¿SIGUE FUNCIONANDO?

INVENTEN ENTRE DOS UN SALUDO DE 4 MOVIMIENTOS.

PRACTÍQUENLO HASTA LOGRAR HACERLO COMPLETO Y AL MISMO TIEMPO.

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR BANCO SANTANDER



Ilustración: Antonia Berger

Vacas FELICES, suelo FELIZ

¿Sabías que el abono natural que producen las vacas puede ayudar a salvar el planeta? ¡No hagas cara de «guácala» todavía, que esta es una historia real!

Hace unos años, cuatro amigos del campo se hicieron una gran pregunta: ¿cómo podemos producir nuestros alimentos cuidando al máximo la tierra, los animales y la naturaleza? –¡Queremos volver a cuidar el suelo como lo hacían los antiguos campesinos! –dijeron entusiasmados.

Así armaron un equipo perfecto entre el suelo, el pasto y los animales. Llevaron a sus vacas a praderas gigantes, con una regla muy importante: ¡las van cambiando de potrero para que el pasto tenga tiempo de descansar y volver a crecer fuerte!

Mientras las vacas pasean y comen felices al aire libre, van dejando su abono natural por todo el campo.

Ahí ocurre algo asombroso debajo de sus patas: ese abono, sumado a las raíces del pasto descansado, transforma la tierra en una esponja gigante que atrapa la contaminación del aire y guarda el agua de lluvia.

¡Y así se completa el ciclo de la naturaleza! Un suelo sano produce el pasto más nutritivo, los animales crecen fuertes al sol y el campo nos entrega alimentos puros, sabrosos y llenos de energía para nuestra mesa.

Este cuento está inspirado en Manada, empresa pionera en ganadería regenerativa en Valdivia. Apoyado por Unimarc.



El niño que quería inventar el futuro

En San Pablo, un pueblo tan chico que casi nadie fuera de ahí lo conocía, vivía un niño obsesionado con entender cómo funcionaban las cosas. Desarmaba, armaba, preguntaba, investigaba.

–¿Por qué la tecnología nueva siempre viene de países lejanos? –se preguntaba Edmundo, ya de grande–. ¿Por qué no podemos inventarla nosotros, desde acá?

En esa época, casi nadie hablaba de inteligencia artificial. Sonaba a ciencia ficción, algo de películas, no de un pueblo del sur de Chile.

Pero él decidió intentarlo igual.

Junto a un grupo pequeño, con pocos recursos y muchas ideas, empezó a construir sistemas capaces de "mirar" con cámaras y drones, revisando minas, plantas de energía, puentes enteros, buscando problemas antes de que se convirtieran en desastres.

Se equivocaron muchas veces. Volvieron a empezar más veces todavía.

Hoy, esa tecnología viaja a distintos países, y él sueña con algo más: que niños de pueblos tan chicos como el suyo puedan aprender con las mismas herramientas que un niño de cualquier gran ciudad.

Este cuento está inspirado en Edmundo Casas y Kauel, empresa chilena de inteligencia artificial.

Ilustración: Karina Letelier



CIRCO nuevo

René llegó a Frutillar con su familia y sus compañeros de circo. Cada uno cargaba algo: telas aéreas enrolladas, cajas con equipos de sonido y luces, la red para hacer acrobacias en el aire. En un terreno vacío clavaron una estaca con un cartel: “Aquí se construye un Nuevo Circo”.

–¿Un circo? –preguntó un vecino–. Yo solo veo una estaca, unas telas y mucha gente sonriendo.

–Eso es exactamente un circo –le dijo René.

Al día siguiente se sumaron más manos: una compañía vecina prestó los parales, el kiosco mandó café “para el frío”; y la municipalidad llevó sillas plegables mientras se construían las graderías.

La carpa crecía y crecía, mientras adentro unos ensayaban giros en el aire suspendidos de telas, otros creaban al ritmo de la música, otros armaban el guion para contar en la función.

Semanas después, una carpa grande y hermosa era la gran noticia del pueblo.

–¡Guau! –dijeron a coro el vecino y sus 4 hijos, mirando la carpa con la boca abierta.

–Mira lo que se puede hacer con unas estacas, unas lonas, y mucha gente sonriendo –le dijo René.

El vecino se apuró a encontrar una fila con 5 asientos libres, mientras el maestro de ceremonia anunciaba: –¡Que empiece la función!

Este cuento está inspirado en la compañía de nuevo circo Maroma, liderada por René Seguel en Frutillar, Región de Los Lagos, y profesor de circo en la Fundación Mustakis.

Ilustración: Ignacia Santillán

La torta de Martina



Ilustración: Camila Cruz

Cuando un día Martina cumplió años, su mamá le hizo una torta.
No era de pastelería. Era hecha en casa, con las manos. Martina ni preguntó de dónde venían los ingredientes, ni cuántas horas había dormido su mamá esa noche.Solo soplaba las velas, feliz.
Ese año, y el siguiente, y el otro, la torta siempre estuvo.
Cada vez más bonita.
Un día, alguien le preguntó a la mamá de Martina si podía hacerle una torta a ella también. Después otra persona. Después otra. Y otra...
Y de repente, la cocina de su casa olía siempre a vainilla.
Con el tiempo, la mamá de Martina fue sumando cosas.
Primero las tortas. Después coctelería, bandejas, masitas,
todo lo que una fiesta necesita.
Y los hijos, que de chicos miraban, de grandes agarraron el delantal.
Hoy trabajan todos juntos. La cocina sigue oliendo a vainilla, pero también a camarones, a mayonesa recién hecha, a azúcar flor.
Martina sonríe cuando piensa que todo empezó con su torta de cumpleaños, y con una mamá que con amor encontró su camino.

Este cuento está inspirado en Yamilet Antihueno, fundadora de Jireh, coctelería y pastelería, en Concón, Región de Valparaíso. Apoyado por Lipigas.

Ilustración: Antonia Berger

Nuvia y el miedo





Nuvia agarra el volante del furgón con las dos manos, como si fuera a salir volando.
–Nunca he manejado nada –le dice a su cuñado–. Ni siquiera una bicicleta.
Es cierto. De chica, vivía en un campo al fondo de la cordillera, donde no había casi autos.
Años después, cuando por fin tuvo su propia máquina tejedora, también le dio miedo. La pagó con su sueldo, semana a semana, hasta tejer chalecos de todos los colores, uno detrás de otro.
Con el pan fue parecido: partió con 10 kilos de harina y sin horno propio, cocinando en casa de una vecina. Le quedó tan rico que compró 10 veces más harina, y después necesitó un furgón para repartirlo. Lo pagó gracias a un grupo de señoras: cada una pide su propia plata prestada, pero todas prometen ayudarse si a alguna le cuesta juntar una cuota.
–¿Y si no aprendo a manejar? –preguntó, antes de arrancar.
–Vas a aprender –le dijo el cuñado–, como todo lo demás.
Nuvia pisó el acelerador. El furgón dio un salto, como asustado también. Se rieron los dos.
Desde entonces, cuando le preguntan si sabe manejar, contesta siempre igual: "Le tenía más miedo a la máquina que teje".

Este cuento está inspirado en Nuvia Campos, emprendedora en el rubro de la amasandería y el tejido en la ciudad de Coronel, Región de Biobío, apoyada por Fondo Esperanza.

¿Qué harías tú?



Ilustración: Ignacia Santillán

¿Qué harías tú con una montaña de botellas de vidrio vacías, ya tiradas en la basura?
¿Jugar a los palitroques?
¿Convertirlas en las ventanas de una casa de muñecas?
¿Usar cuatro como patas de una mesa?
¿Un florero para tu abuela?
¿Guardar dentro cartas secretas?
Óscar pensó que podía reciclarlas y convertirlas en vasos preciosos. Pero no vasos cualquiera, de vidrio transparente y aburrido: quería vasos con dibujos tan lindos que la gente quisiera coleccionarlos.
Se juntó con una diseñadora, y empezaron a hacer un vaso con la cara de un poeta, otro con la cantante favorita de su abuelo, otro con un árbol nativo que casi nadie conocía, pintado hoja por hoja.
–¿Y por qué le dibujan un árbol al vaso? –le preguntó un niño, en una feria.
–Porque por cada vaso de esta colección, plantamos uno de verdad –le explicó Óscar.
Cada botella rescatada se convertía, con calor y mucha paciencia, en un vaso distinto: unos con poetas, otros con música, otros con animales, otros con selva.
Hoy, esos vasos con historias dibujadas llegan a casas de todo Chile y también de otros países, y cada uno cuenta una historia sin decir una palabra.

Este cuento está inspirado en Green Glass, empresa chilena que transforma botellas recicladas en vasos ilustrados, apoyando causas como la reforestación. Fundada por Oscar Muñoz en Santiago.

¡Sonido! ¡Luces!



Omar soñaba con ser músico. Tocaba violín, y cuando no tenía instrumento a mano, golpeaba tarros, mesas, cualquier cosa que sonara, siguiendo el ritmo de la canción que tuviera en la cabeza.
–Algún día voy a hacer música para mucha gente –se prometía, tamborileando en su escritorio mientras hacía las tareas.
Ese sueño nunca se le apagó, aunque fue cambiando de forma con los años. Primero fue tocar violín en su pieza. Después, poner música en fiestas con audífonos gigantes, como DJ. Con el tiempo, aprendió a armar parlantes, luces y pantallas, hasta convertirse en la persona que hacía que cualquier evento sonara y se viera espectacular.
–¿Y cuándo dejaste el violín? –le preguntó una vez un niño, curioso.
–Nunca lo dejé –contestó Omar–. Solo se transformó en algo más grande.
Hoy, con un equipo entero de personas, lleva sonido y luces a fiestas y eventos de todo tipo. Y aunque ya no toca violín todos los días, sigue haciendo exactamente lo mismo que hacía de niño: encontrar el ritmo perfecto, y compartirlo con quien quiera escucharlo.

Este cuento está inspirado en Omar Cortés y Estudio Tres, empresa de sonido, luces y producción audiovisual para eventos en Antofagasta.

Ilustración: Camila Cruz

Un zapato y tres aventuras

Ilustración: Virginia Donoso

La tía Renata tenía un talento extraño: conocía todos los secretos escondidos de Pichilemu y sus alrededores, y los guardaba en su teléfono, en una cuenta que nunca fallaba a la hora de encontrar un buen plan.

–Tía, tía, ¿adónde me llevas hoy?

Eran las siete de la mañana y Bastián saltaba en su cama. Ella abrió un ojo y estiró el brazo hacia el teléfono.

–Mira esto: una laguna donde se puede andar en bote entre juncos, aquí mismo en Cahuil.

–¡Vamos en bote! –gritó Bastián, ya buscando sus zapatillas.

–Espera, hay más. También hay un campo lleno de flores que parecen de otro planeta, con pétalos duros como plástico y colores raros.

–¿Flores de otro planeta? ¡Vamos también!

–Y al lado, unas pozas donde sacan sal a mano, con rastrillos de palo, hasta que brilla como si alguien hubiera regado estrellas.

Bastián se quedó parado, con una zapatilla puesta y la otra en la mano.

–Tía... ¿podemos ir a los tres?

–¡Siiiii! ¡Vamos!!!

Bastián salió corriendo hacia la puerta, con el zapato suelto todavía en la mano.

Ese fue el mejor día de sus vacaciones.

Este cuento está inspirado en Pichi Tips, plataforma creada por Renata Lahr que difunde los atractivos de Pichilemu y alrededores, en la Región de O'Higgins.

¡PHAWAY!



A Daniel le gustaba mucho, mucho aprender. Le gustaba el fútbol, los libros y sobre todo los computadores.

De tanto aprender, hizo una página web él solito. Y luego otra, y otra, y otra, hasta que Daniel terminó siendo un súper creador de programas para computadores.

Pero un día se aburrió. Y entonces se enteró de algo que no lo dejó tranquilo: en muchas escuelas de Chile, tan lejanas que ni internet llegaba, había niños que no tenían cómo aprender a leer.

En una de esas escuelas, en un cerro alto de la cordillera, una niña miraba una pantalla apagada. Nunca había podido ver un cuento en ella. Hasta que un día, la pantalla se encendió sola, y apareció una historia esperándola.

Eso hizo Daniel: usó todo lo que sabía sobre computadores para que escuelas como esa, perdidas en la cordillera o en islas de las que nadie se acordaba, pudieran por fin conectarse, jugar con las matemáticas y leer cuentos nuevos.

Le puso a su invento un nombre en quechua: Phaway, que significa "volar".

Porque para Daniel, aprender a leer y a pensar es exactamente eso: aprender a volar con las propias alas, sin pedirle permiso a nadie.

Daniel existe. Phaway también. Y ayuda a niños de todo Chile a leer y a pensar.

Este cuento está inspirado en Daniel Undurraga y la Fundación Phaway, que crea soluciones educacionales para comunidades de todo Chile.

Ilustración: Antonia Berger

PÍDELE A ALGUIEN QUE HAGA UNA SOLA LÍNEA
O UNA MANCHA EN UN PAPEL.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ



AHORA CONVIÉRTELA EN LO QUE TÚ QUIERAS.



¡Llegó un LIBRO!

Así como este libro que en este mismo momento estás leyendo, ¿sabes que existen millones de libros en el mundo? ¿Y millones de personas como tú que quieren leerlos?

Cuentos, novelas, ensayos, poemas, historietas, que quieren llegar a la puerta del lector perfecto que decidió llamarlos. Van volando veloces, cruzando mares y cielos, hasta llegar olorosos, nunca antes abiertos, a las manos que los estaban esperando.

Eso mismo soñaba un joven, junto a su mamá, cuando empezó a envolver libros en su propia casa, uno por uno, para que viajaran hasta quien los necesitara, aunque estuviera al otro lado del mundo.

Empezaron con un libro al día. Después dos. Después mucho más.

Hoy, ese catálogo es tan gigante –13 millones de historias distintas– que casi cualquier libro que alguien busque, existe en algún rincón del planeta, esperando su turno para viajar. A veces uno viaja desde Perú hasta Tailandia. Otras veces, desde muy cerca a tu propia casa.

¿Qué libro te gustaría que golpeara a tu puerta?

Este cuento está inspirado en Buscalibre, la empresa que empezó envolviendo un libro al día en un comedor y hoy conecta más de 13 millones de historias con lectores en más de 50 países. Fundada por Boris Kraizel

Ilustración: Camila Cruz

CONVIERTE UNA PALABRA QUE USES MUCHO EN TU **"PALABRA PROHIBIDA"**. DURANTE TODO EL DÍA NO PUEDES DECIRLA: TENDRÁS QUE ENCONTRAR OTRAS FORMAS DE EXPRESAR LO MISMO. ¡A VER SI LO LOGRAS!

PÍDELE A ALGUIEN DE TU FAMILIA QUE TE ENSEÑE UN JUEGO QUE JUGABA CUANDO ERA NIÑO.

¡APRÉNDELO Y JUEGUEN JUNTOS USANDO LAS MISMAS REGLAS DE ANTES!







PIENSA EN ALGO DE TU CUIDADO PERSONAL QUE NORMALMENTE HACEN POR TI, COMO AMARRARTE LOS CORDONES, PEINARTE O PONERTE UNA PRENDA.

PIDE QUE TE ENSEÑEN UNA VEZ Y DESPUÉS, **¡INTÉNTALO TÚ SOLO!**

CONVIÉRTETE EN MENSAJERO DE LA CASA. RECIBE 4 OBJETOS Y ESCUCHA DÓNDE DEBE LLEGAR CADA UNO. ¡HAZ LAS 4 ENTREGAS EN EL LUGAR CORRECTO!

TRANSFORMA TU NOMBRE EN UN LOGO ÚNICO.

UEDES ESTIRAR LAS LETRAS, JUNTARLAS, ESCONDERLAS O CONVERTIRLAS EN DIBUJOS.

SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

ESTA ACTIVIDAD ESTÁ APOYADA POR DBS

NUNCA EN PANA



–¡Una moneda para mí y una igual para el chanchito! –cantaba Cristián a los 10 años, haciendo sonar su alcancía de greda tras lavar el tercer auto del pasaje cuando jugaba con sus amigos de infancia.

En eso pasó su papá cargando una montaña de mochilas con útiles escolares. Cristián lo miró extrañado: –Oye, papá, ¿adónde vas con todo eso? –A la oficina. Si el equipo trabaja preocupado por los cuadernos de sus hijos, se demoran más en entregar la pega –respondió el papá riendo–. Cuando los muchachos están tranquilos, las cosas salen mucho mejor.

A Cristián se le quedó grabado el truco. Años después, cuando adaptó un sistema para respaldar autos ante cualquier falla, no pensó solo en tuercas y repuestos. Creó una red donde cada garantía vendida no solo salvaba las vacaciones de una familia que se quedaba en pana, sino que aseguraba el trabajo de miles de vendedores y mecánicos en todo el país.

–Cristián, ¿y si el auto se echa a perder un día de Año Nuevo por ejemplo? –preguntó un vendedor nuevo. –¡Le ponemos repuesto nuevo a cualquier hora, la familia sigue de fiesta y tú te llevas tu premio y reconocimiento a la casa! –respondió él–. Aquí todos viajamos protegidos.

El niño de la alcancía lo sabía muy bien: el mejor escudo protector es un equipo donde nadie se queda tirado a la orilla del camino.

Ilustración: Camila Cruz

Este cuento está inspirado en Cristián Aguilera Rodríguez y su empresa Full Garantía que está en Chile y varios más países y que entrega tranquilidad a miles de automovilistas mientras genera trabajo y respaldo para sus empleados y familias.



Mermelada de TODOS

En un huerto lleno de sol en San Bernardo, un equipo de amigos se preparaba para la misión más dulce del año: cocinar la mermelada más rica del mundo.

Allí nadie trabajaba solo, porque no todos sabían hacer lo mismo ni aprendían al mismo ritmo. Franco era el rey del huerto: encontraba los damascos más dorados entre las ramas sin botar ni una sola hoja. Soledad, con sus manos ágiles, lavaba la fruta y la cortaba en trocitos con una precisión perfecta. Y Matías, que tenía una paciencia infinita, se instalaba frente a la olla con su gran cuchara de madera, revolviendo sin apuro para que la fruta no se pegara jamás.

–¡Atención todo el mundo! –anunciaba Matías viendo saltar las primeras burbujas doradas–. ¡Ya huele a gloria!

Cuando la cocina se llenó de un perfume dulce que hacía crujir las tripas de puro antojo, llegó el gran momento de envasar. Trabajando en parejas, llenaron los frascos de cristal, pegaron las etiquetas bien derechas y apretaron las tapas entre risas.

Al untar la primera tostada caliente, recordaron una vez más que no necesitan ser todos buenos en lo mismo para trabajar bien: la mermelada perfecta nació precisamente porque cada uno puso su talento único para lograrla. Y lo mejor de todo es que ver sus frascos en las repisas del supermercado los llena de orgullo: con su propio esfuerzo ganan su sueldo, se compran lo que les gusta y son los dueños de su propio camino.

Este cuento está inspirado en A la Huerta de la Esquina, de la corporación Edudown, que emplea a jóvenes con discapacidad intelectual elaborando mermeladas gourmet en San Bernardo, Región Metropolitana. Apoyado por Unimarc.

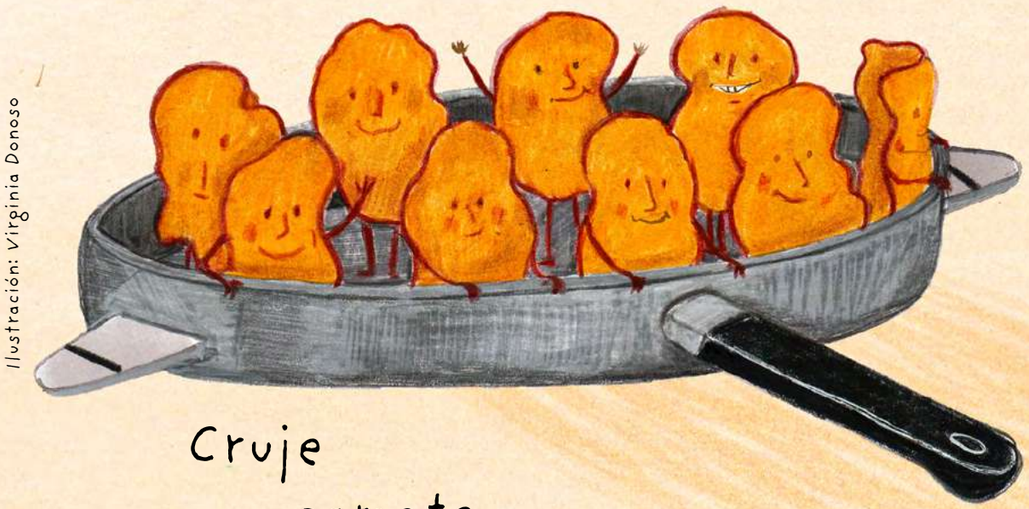


Ilustración: Virginia Donoso

Cruje camote

Vivía tranquilo bajo la tierra de Rapa Nui, como todos los camotes de la isla, hasta que unas manos lo sacaron, lo cortaron en rodajas finitas y lo metieron a la sartén.

–¡Oye, esto no estaba en el plan! –protestó, mientras se ponía dorado y crujiente.

–Tranquilo –le dijo Cecilia, sacándolo del aceite–. Vas a ser el primer camote de esta isla que sube a un avión.

–¿Yo? ¿Volar? Si nunca salí ni del huerto.

Lo metieron en una bolsa bien bonita, junto a otros camotes tan sorprendidos como él, y los cerraron bien apretados para que llegaran crujientes hasta el final.

Cuando el avión despegó, el camote miró por una rendija de la bolsa cómo se achicaba la isla.

–Nadie en el mundo había hecho esto con nosotros –susurró, un poco orgulloso, un poco mareado.

Y así, sin haberlo pedido, se convirtió en el primer chip de camote rapa nui en cruzar el océano – famoso, dulce, crujiente, y todavía sin entender bien cómo pasó.

Este cuento está inspirado en Kumā Porā, empresa de alimentos creada en Rapa Nui, Región de Valparaíso, por Cecilia Burns Araki. Apoyado por Maururu Travel.

El TESORO de la isla



En Robinson Crusoe, una isla chilena en medio del océano Pacífico, crecen plantas que no existen en ningún otro lugar del mundo. Pero cada año hay menos: si una de esas plantas desaparece de allá, desaparece para siempre.

Por eso, Ema sale a buscar sus semillas antes de que se pierdan, gateando entre las raíces, como pirata sin parche ni loro. No junta monedas: junta semillas que no aparecen en ningún mapa.

–¡Encontré una! –grita su hija, que va más rápido que ella.

–Yo ya llevo 42 –responde Ema, sin levantar la vista del suelo.

–¿Y las vamos a llevar a la casa? –pregunta su hijo, que gatea cerquita de Ema.

–Sí, porque si caen en cualquier lado se pierden y no se convierten en árbol. Y con ellas, se pierde también un pedacito de isla.

El picaflor rojo anda por ahí, buscando flores que cada año hay menos.

Esa tarde llenan un frasco entero de semillas rescatadas. Nadie más en el planeta podría haberlas encontrado en otro lugar.

–¿Las sembramos aquí, en el jardín? –pregunta la niña.

–Aquí, y ojalá en cada patio de la isla –dice Ema, ya con las manos llenas de tierra, plantando de nuevo lo que casi se había perdido.

Ilustración: Virginia Donoso

Este cuento está inspirado en Ema Céspedes y su vivero de plantas nativas ubicado en Robinson Crusoe, en el Archipiélago de Juan Fernández, Región de Valparaíso. Su historia es presentada por Universidad de Las Américas (UDLA).

El pilucho que no quería ser basura



Ilustración: Camila Cruz

Fui el pilucho favorito de una guagua durante tres semanas, hasta que sus piernas regordetas crecieron y no cupieron más. Yo solo quería seguir jugando y sentir los abrazos de un bebé, pero me guardaron en el fondo de un cajón oscuro.

Ahí adentro la ropa estaba triste. Un babero deshilachado extrañaba las papillas y un chaleco con pelusas se quejaba del encierro. Para colmo, un día apareció una bolsa negra dispuesta a llevarnos directo a la basura.

Cuando todo parecía perdido, Daniela nos rescató. Nos llevó a su taller y nos metió en una máquina ruidosa que nos hizo cosquillas por todas partes. Giramos y giramos hasta transformarnos en suaves hebras de colores.

Poco después, unos palillos inquietos tejieron esas hebras y me convertí en un suave osito de peluche. Cuando una nueva guagüita me apretó fuerte contra su pecho, descubrí por mí mismo que mis hilos aún tenían muchos abrazos para dar.

Este cuento está inspirado en Daniela Ehijo, fundadora de la empresa de reciclaje textil Ecocitex, en Renca, Región de Metropolitana. Apoyada por Banco Santander.



Ilustración: Camila Cruz

Ayuda a AYUDAR

De chica, Ilia se subía a los árboles, jugaba a la pelota y siempre quería ganarle a los niños en todo. Pero lo que más le gustaba era escuchar las conversaciones de los adultos.

–Esta conversación no es para niños –le decían.

Ella igual opinaba, y a veces la mandaban a jugar afuera, pero volvía a intentarlo.

También le encantaba leer: se devoraba libro tras libro, más de cuarenta al año. Estudiaba tanto que terminó ganándose tres becas para ir a la universidad, algo que en su barrio casi nadie lograba.

Al elegir carrera, descubrió algo que la dejó sin palabras: existía un trabajo que consistía en cuidar a las personas dentro de las empresas.

–¿Me van a pagar por preocuparme de la gente? –preguntó, casi sin creerlo–. ¡Lo haría gratis!

Se dedicó a eso con todo el corazón. Pero pronto notó algo: había muchísimas personas, en empresas distintas, dedicadas a lo mismo que ella, sin conocerse entre sí. Decidió ayudarlas a encontrarse, juntando uno por uno sus correos para armar una red donde se apoyaran mutuamente.

Al principio eran pocos nombres en una lista. Hoy, esa misma red reúne a cientos de miles de personas en treinta países distintos.

Este cuento está inspirado en Ilia González y la Red de Recursos Humanos, comunidad que conecta a profesionales de esta área en toda Latinoamérica.

¡FELICITACIONES!

Llegaste hasta el final de este libro,
y ahora te toca a ti.
¿Cuál va a ser tu historia?

EMPRENDEDOR ★ EMPRENDEDOR ★ EMPRENDEDOR ★ EMPRENDEDOR ★ EMPRENDEDOR ★

MISIÓN CUMPLIDA

HABÍA UNA VEZ...

LOS PROYECTOS Y PERSONAS QUE INSPIRARON ESTE LIBRO



3xi	3xi.cl
9House	9housefoundation.org/
A la huerta de la esquina	alahuertadelaesquina.cl
ACHS Asociación Chilena de Seguridad	www.achs.cl
Acústica Marina	acusticamarina.com
Agrupación ecosustentable Las Flores	@sustentablelasflores
Aguijess	aguijess.com
Deborah Aguirre	@confecciones_Benny
AIEP	www.aiep.cl
Nabil Alshehawi	★
Amares	amares.cl
AndesPath	andespath.com
Antarctica21	www.antarctica21.com
Apprecio	apprecio.com
Apta	hubapta.com
Emilio Aracena	daleprofe.cl
Celestina Araya	celestina.araya.aguilera@gmail.com
Aromas de Encanto	aromasdeencanto.cl
Artelanas Imperial	artelanas.textiloriginario@gmail.com
Arteteja	@arteteja.cl
Variña Astorga	https://tinyurl.com/24jmtauj
Autismo conecta	autismoconecta.cl
Juan Manuel Ávila	lipigascastro@hotmail.com
Lucha Aymar	@aymarlucha
Ballet Kari Kari	karikari.cl
Banco Santander	www.santander.cl
Berlandia Basquin	★
Betterfly	betterfly.com
BioClimb	@bioclimb.cl
Bosko	bosko.cl
Budeo	@budeo.oficial
Francys Bugueño	★
Buscalibre	www.buscalibre.cl
Cabañas Foráneo	foraneo.cl
Cabalgatas Pantu	pikerauri@gmail.com
Café Berlin	cafeberlin.cl
Café Darwin	darwincafe.cl
Café Taller	cafetaller.cl
Cafetería Nogal	cafenogal.cl
Nuvia Campos	fondoesperanza.cl
Capibara	capibara.company
Esteban Cárdenas	★
Juan Carvajal	daleprofe.cl
Casa Payaso	@casapayaso
Casku	casku.cl
Centro Freestyle	@centrofreestyle



Macarena Céspedes	★
Clínica Los Alerces	losalercesto.cl
Co-imagina	co-imagina.cl
Colmenares Annita	@colmenaresannita.cl
Compañía Circense Maroma	@cia.maroma
Corfo	corfo.cl
Corporación Cambiemos Chile	cambiemoschile.cl
Macarena Cortés	@macarenacortesdesign
Creactivas	@creactivas.mc
Crystal Lagoons	crystal-lagoons.com
Dale Like	dalelike.cl
Dale Profe	daleprofe.cl
Dalk	@dalk.chocolateria
DBS	dbs.cl
Desierto Hidropónico	desiertohidroponico.cl
Domolif	domolif.cl
Dr. Baker	drbaker.cl
Ecocitex	ecocitex.cl
Edudown	edudown.cl
Eiva	eiva.cl
Elquimia	elquimia.cl
Emprende tu mente	etmday.org
Enovus	enovus.cl
Enterreno	enterreno.com
Envía Chile	envia.cl
Escuela de Música y las artes de Rapa Nui	tokirapanui.org
Escuela de Títeres Elizabeth Guzmán	@titereseliguzman
Estudio Tres	estudiotres.cl
Fauna Nativa	faunanativa.cl
Festival Ñam	ñam.org
Float Chile	floatchile.cl
Fondo Esperanza	fondoesperanza.cl
Freeport-McMoRan	elabra.cl/freeport-mcmoran
Fukasawa	fukasawa.cl
Full Garantía	fullgarantia.com
Fundación Abrázame	abrazame.cl
Fundación Antártica21	fundaciona21.com
Fundación Care	fundacioncare.cl
Fundación Chile trasciende	chiletrasciende.cl
Fundación Comunidad inclusiva	comunidadinclusiva.cl
Fundación Conectado Aprendo	conectadoaprendo.cl
Fundación Huilo Huilo	huilohuilo.com
Fundación Intégrame a tu Mundo	@integrameatumundo
Fundación Kiri	fundacionkiri.cl
Fundación Lideresas Sociales	@lideresasociales
Fundación Mustakis	fundacionmustakis.org
Fundación Nativos	fundacionnativos.org
Fundación Phaway	phaway.cl
Fundación Un Alto en el Desierto	unaltoeneldesierto.cl
Maureen García	daleprofe.cl
Jandi Gardiazabal	jandigardiazabal.com
Gasfiteras Sociales	peguime@hotmail.com
Gastronomía Social	gastronomia.social
Gega	gegaestudiodental.cl





Gift Balloons	giftballoons.cl
Gluck	@gluck_iqq
Daniela González	@gasfiteria_plomex
José González	@astro.cakes
Green Glass	greenglass.cl
Guital & Partners	guitalpartners.cl
Andrés Jullian	@jullianilustraciones
Cristina Harboe	@cristinaharboephoto
Pamela Hernández	★
Huerto Quento Sur	@huertoquento
Humos de la Patagonia	humosdelapatagonia.cl
Jireh	@jireh_tortasypasteles
Inacap	inacap.cl
Iner	iner.cl
K-EXT	@hub_apta
Kalewun	kalewun.cl
Kauel	kauel.com
Kidsway	kidsway.cl
Kindy Pet	kindypet.cl
Kombuchacha	kombuchacha.cl
Kumā Porā	kumapora.com
Kyklos	kyklos.cl
Lab4U	www.lab4u.co
Lanek	lanek.cl
Lavandería Record	@lavanderiarecord
L.E.O.	leoapp.cl
Lili's	lilis.cl
Lipigas	lipigas.cl
LIVA	livacompany.com
Lokah	lokah.cl
Carolina Machuca	★
Made in Conce	madeinnconce.cl
Manada	alimentosmanada.com
Isabel Marín	daleprofe.cl
Maururu Travel	maururutravel.com
Cecilia Montecinos	daleprofe.cl
Melyna Montes	@melynamontesoficial
Camila Moreno	@camilacuisine
Muestra tu Seña	muestratusena.cl
Munay juguetes	munayandino.cl
Mundo Telúrico	★
Museo de la Papa	museodelapapa.cl
Museo del Juguete Chileno	@museodeljuguetechilenouc
Museo Taller	museotaller.cl
My Nipp	@my_nipp
Nalca Essence	@nalca.essence
Niu Sushi	niusushi.cl
Nouu	nouu.cl
Oikonos ecosystem knowledge	oikonos.org
OKWU Beauty	okwu.cl
Ökologie 3D	@okologie3d
Carlo Oloya	carlosoloya401@gmail.com
ONG Canales	ongcanales.cl
Jonathan Orozco	★
Fernando Oyanedel	★





Patpot	patpot.cl
Manuel Pérez	fullservigen@hotmail.com
Pescaysen	@pescaysen
Pichi tips	@pichi_tips
Planius	planius.ai
Politik	politik.cl
Poweroof	poweroof.cl
Radio Cochayuyo	radiocochayuyo.cl
Re-Trazos	@retrazos.cl
Reactua	@reactua_chile
Red de recursos humanos	redderrhh.com
Redciclach	redciclach.com
Redimir	redimir.cl
Regener Chile	regenerchile.cl
República del Cobre	republicadelcobre.cl
ROMAA	romaa.cl
Runway Fashion	runwayfashiondesign.com
RVP Confecciones	@rvp.confecciones
Daniela Salgado	daleprofe.cl
Eduardo Salvatierra	salvatierra@live.cl
Ana Santibáñez	@annyspringcake
Santiago Adicto	santiagoadicto.cl
Seaweed Cookie	daniela.rivera.tobar@gmail.com
Sembrando semillas emprendedoras	santotomas.cl
Sermaluc	sermaluc.com
Silvestre Coffee	@silvestrecoffee
Socialab	aceleradora.socialab.com
Residencial Sol del Desierto	soldeldesierto.cl
Spora	spora.co.uk
Super Pollo	superpollo.cl
Te Mahatu Surf Social	temahatu.cl
Teatro del Lago	teatrodellago.cl
Tremendas	tremendas.org
José Tuki	@tuki_roe
Turismo Hielo y Fuego	hieloyfuego.cl
Unimarc	unimarc.cl
Unión Comunal de JJVV de Concepción	@unioncomunaldeccp
Universidad Alberto Hurtado	uahurtado.cl
Universidad Católica Silva Henríquez	ucsh.cl
Universidad de las Américas UDLA	udla.cl
Universidad de Santiago USACH	usach.cl
Silvio Vera	bartschpatagonia@gmail.com
Paola Villavicencio	daleprofe.cl
Vivero Robinson Crusoe	viverorobinsoncrusoe.cl
VocaPath	vocapath.net
Waki Labs	wakilabs.cl
Water is Life	waterislife.org
Wom	wom.cl
Cora Yarur	★
York Bakery	@yorkbakery
Revista Nosotras	nosotraslarevista.com
Zen Kombucha	zenkombucha.cl







HAGAN UN DIBUJO ENTRE DOS, PERO CON UNA REGLA ESPECIAL: CADA PERSONA AGREGA UNA COSA Y DESPUÉS PASA EL LÁPIZ.

¡NO VALE BORRAR LO QUE HIZO EL OTRO!







SIGUE EXPLORANDO AQUÍ

¿QUIÉNES TRABAJARON PARA HACER ESTE LIBRO?

UN EMPRENDIMIENTO PARA CADA DÍA
©Cemprendedor

DIRECCIÓN EDITORIAL
Alejandra Mustakis
María Elba Chahuán
Piedad Rivadeneira
Florencia Álamos
Antonia Echenique
Julián Ugarte
Carol Recabarren Veloz
Virginia Píes
Francisca Ceresa

COORDINACIÓN CEMPRENDEDOR
Francisca Ceresa
Pía Duarte
Miriam Moya
José Francisco Whipple Caamaño

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO
Felicidad Pública
Ignacia Santillán
Antonia Berger
Javiera Montealegre

ILUSTRACIONES
Felicidad Pública
Antonia Berger
Romina Carvajal
Camila Cruz
Virginia Donoso
Florencia Landaeta
Karina Letelier
Ignacia Santillán
Daniela William

DESARROLLO DE CONTENIDOS
Cecilia Bontá Arias
Adriano García
Ana María Hurtado
Consuelo Kehr
Virginia Píes

DESARROLLO DE ACTIVIDADES
Fundación Kiri
Florencia Álamos
Antonia Echenique

CORRECCIÓN DE ESTILO
Moisés Venegas

Primera edición, noviembre de 2026.
ISBN: 978-956-08522-0-5

IMPRESIÓN
Quilicura Impresores
Santiago de Chile

DERECHOS RESERVADOS (©):
Titulares del copyright de textos e imágenes.

El proceso de escritura de los cuentos contenidos en este libro se realizó con el apoyo de Inteligencia Artificial.



SIGUE EXPLORANDO AQUÍ



CIERRA LOS OJOS DURANTE 1 MINUTO Y ESCUCHA CON MUCHA ATENCIÓN.

¿CUÁNTOS SONIDOS DIFERENTES PUEDES DESCUBRIR?

MIENTRAS SIGUES CON LOS OJOS CERRADOS PIENSA EN 3 COSAS QUE TE GUSTARÍA QUE DURARAN PARA SIEMPRE

FIN